

# Beth



**Andrea Muñoz Majarrez**

BETH

ANDREA MUÑOZ MAJARREZ

Copyright © 2019 Andrea Muñoz Majarrez  
Ilustración: © 2019 Álvaro García Bilbao  
Todos los derechos reservados.

ISBN: 1-09-637691-1  
ISBN-13: 978-1-09-637691-0  
Sello: Independently published.

*A Álvaro, a mi madre y a mi abuela.  
A mi padre y a mis hermanos.*

*Agradecimientos especiales:  
A mis corazones rebeldes, que están siempre ahí al pie del cañón, y  
especialmente a Chris Razo, Susy Hope y Luna Villa, por vuestro apoyo y  
vuestro cariño.*

# PRÓLOGO

*Oxfordshire, 1824*

Aquella tarde, el cielo estaba cubierto de nubes, y el tono oscuro de las mismas hacía presagiar que una fuerte tormenta se avecinaba. En Ascot Park, propiedad de lord Robert Arundel, su esposa, *lady* Emily, bordaba, sentada en un sillón junto a la ventana, en el salón de la casa. Con ella estaba su fiel doncella, Anne. Ambas tenían la misma edad, dieciocho años, y se conocían desde niñas.

Anne había entrado a trabajar como sirvienta en casa de lord Clarkson, vizconde de Grove, cuando tan sólo tenía diez años. Pronto estrechó lazos con la única hija de los señores de la casa, *lady* Emily, una niña tímida y sensible que no tenía hermanos ni amigos. A pesar de la diferencia de clases, las dos niñas se hicieron amigas.

Cuando *lady* Emily creció y se convirtió en una hermosa jovencita casadera, Anne pasó a ser su doncella. Ella fue la primera en saber que la joven se había enamorado del apuesto y arrogante lord Robert Arundel, único hijo y heredero del barón de Ascot.

En esa época, *lady* Emily conoció por primera vez el dolor y la tristeza. Sus padres, a los que adoraba, fallecieron en un accidente mientras viajaban a Londres para disfrutar de la temporada en uno de sus carruajes. El coche de caballos volcó y el matrimonio murió en el acto. Fue entonces cuando *lady* Emily se quedó sin familia, pero con una considerable fortuna, que los Arundel no dejaron escapar.

*Lady* Emily vio cumplido su sueño de casarse con el hombre al que amaba, pero para lord Robert aquel matrimonio fue una condena, puesto que él ya le había entregado su corazón a otra mujer.

Sus padres desaprobaron aquella relación, ya que la joven a la que lord Robert amaba era una costurera que vivía en el East End londinense, sin educación ni linaje. Robert Arundel jamás perdonaría a sus progenitores que le arrebataran la oportunidad de ser feliz, y juró hacer de la vida de Emily un infierno.

A pesar de los desprecios que sufría por parte de su esposo, *lady* Emily seguía creyendo que este cambiaría algún día. Por eso, cuando supo que estaba encinta, pensó, llena de esperanza, que el nacimiento de su retoño podría

aportar luz y felicidad al hogar.

Pero lord Robert no se tomó la noticia con entusiasmo. De hecho, le importaba poco. Ya había cumplido su cometido, y, por lo tanto, ya no tendría que volver a tocar a su esposa nunca más.

A esas alturas, *lady* Emily estaba a solo unos días de dar a luz. A pesar de la tristeza por la ausencia de su marido, que había decidido ir a Londres esa semana, aun sabiendo que pronto nacería el bebé, estaba contenta. La diminuta vida que llevaba dentro le había devuelto las ganas de vivir. Se juró a sí misma que sería valiente y fuerte por la criatura que llevaba en sus entrañas.

Dejó a un lado lo que estaba haciendo y miró por la ventana. Ya estaba empezando a llover y se escuchaban truenos a lo lejos. Suspiró. Estaba algo cansada últimamente y se sentía más débil de lo habitual, aunque su salud nunca había sido del todo buena. Anne también dejó su labor a un lado y dijo:

—¿Se encuentra bien, *milady*?

*Lady* Emily se giró hacia ella.

—Sí, es sólo que estoy cansada.

—Ya le dijo el médico que era lo normal. Sobre todo, en los últimos meses.

—Anne ¿crees que será niño o niña? —preguntó *lady* Emily acariciando su vientre.

Anne pensó un momento la respuesta.

—Pues no lo sé, *milady*. De momento, no soy adivina. De todas formas, eso da lo mismo. Lo importante es que venga sano.

—Sí, eso es verdad. Aunque a mí me gustaría que fuera una niña para poder ponerle vestidos y hacerle trenzas en el pelo—respondió *lady* Emily, entusiasmada.

—Y consentirla sin medida—comentó Anne, sonriendo.

Entonces la tristeza volvió al rostro de *lady* Emily, y Anne torció el gesto.

—*Milady*, no quiero meterme donde no me llaman, pero lo que hace lord Robert con usted no tiene nombre. Sabiendo que pronto nacerá la criatura, no entiendo qué hace en Londres. ¿No será que le oculta algo?

Emily negó con la cabeza.

—¿Ocultarme algo? No digas tonterías, Anne. Ya sabes que el señor es un hombre reservado.

—Reservado y rudo, *milady*. No me gusta cómo la trata.

—Soy su esposa, Anne, y según la ley puede hacer conmigo lo que quiera.

Anne se indignó ante el comentario.

—¡Pero bueno! ¡Esto es el colmo! Usted no merece que nadie la trate de forma cruel y despiadada, y el señor lo hace constantemente, sin ningún reparo, cuando usted lo único que hace es quererlo con toda su alma. No se lo merece, *milady*. No se merece su afecto—afirmó con rotundidad.

—Anne, deja de decir tonterías. Robert es un hombre reservado. Sí, es severo, pero sé que en el fondo es un hombre bueno, que necesita cariño y comprensión. Por eso, jamás podría abandonarlo—respondió Emily, alterada.

—Sé que usted no sería capaz de abandonarlo, pero él sí la abandona a usted siempre que puede—dijo Anne, enfadada.

—¡Anne, basta! ¡Auch!

*Lady* Emily se agarró el vientre al sentir un terrible dolor en esa zona, y al instante, notó humedad en sus piernas. Agachó la mirada y comprobó que había roto aguas.

Anne la miró, estupefacta, llevándose la mano a la boca, pero reaccionó rápidamente y fue a buscar ayuda.

Después de casi cinco horas, mientras la tormenta rugía con toda su fuerza, se oyó un llanto que llenó de dicha el corazón de los allí presentes. El médico confirmó que era una preciosa niña morena, como su padre. Tras un laborioso parto, *lady* Emily se sentía débil pero feliz por tener a su hija entre sus brazos. Al mirarla bien, observó que estaba sana y que tenía unos buenos pulmones, pues lloraba con fuerza. Supo con certeza que sería una muchacha fuerte y valiente. Lo opuesto a ella. Ese día, Beth Arundel llegaba a este mundo. Ahora empezaba un largo camino en busca de la felicidad.

# CAPÍTULO 1

*Oxfordshire, 1830*

Hacía un soleado y hermoso día en Ascot Park. La propiedad de los Arundel en Oxfordshire era una majestuosa mansión hecha de piedra y mármol, que estaba rodeada de amplias extensiones de hierba. Cerca de allí había un hermoso bosque, atravesado por un pequeño arroyo.

Era un lugar idóneo para pasear y disfrutar de la belleza de la naturaleza, sobre todo en un día como ese.

Lord Robert Arundel se encontraba lejos de Ascot Park la mayoría de los días del año. Prefería quedarse en Londres, atendiendo asuntos que solo él conocía.

Mientras tanto, su esposa, *lady* Emily, se quedaba allí cuidando de la casa y de la hija del matrimonio, Beth, que acababa de cumplir seis años. La pequeña era una niña curiosa, dulce, amable y risueña. Era la luz que iluminaba la oscuridad en la que vivía su madre la mayoría de los días. Madre e hija habían creado una atmosfera de paz y alegría en Ascot Park, y tanto el servicio como sus vecinos cercanos tenían en alta estima a estas dos damas.

Emily prescindió de los servicios de una institutriz, como era lo habitual entre las familias nobles, y decidió que ella se encargaría del cuidado y la educación de su hija, con la ayuda de su inseparable Anne, que adoraba a Beth. Por otro lado, la relación de Beth con su padre era casi inexistente.

El único interés que tenía lord Arundel en su hija era a la hora de regañarla por cualquier travesura, o por algún motivo nimio. Sin embargo, sus ausencias eran tan prolongadas que esto casi nunca sucedía. Padre e hija eran unos auténticos desconocidos que sólo compartían un vínculo sanguíneo.

A pesar de la tristeza que esto le producía, *lady* Emily conseguía sonreír gracias a Beth. Su hija era su principal razón para seguir viviendo.

Esa mañana, las dos estaban en el jardín jugando al escondite. Beth se escondió detrás de un enorme árbol, esperando que su madre no la encontrara.

Sin embargo, una tímida risa de la niña la delató, y *lady* Emily agarró a su pequeña en el acto, desatando las sonoras carcajadas de Beth.

Así transcurrían los días en Ascot Park. Madre e hija jugando y riendo, bajo la atenta mirada de Anne y del servicio, que disfrutaban del ambiente

alegre y tranquilo que se respiraba en la casa cada vez que el señor se ausentaba.

Por las noches, antes de dormir, *lady* Emily le contaba a Beth cuentos e historias que la niña escuchaba emocionada:

—Erase una vez, en un misterioso lugar de Escocia, un dragón habitaba un viejo castillo que escondía valiosos tesoros. Él era el encargado de guardarlos, y sólo un valiente guerrero de corazón puro podría acabar con él.

Un buen día, el dragón secuestró a una hermosa doncella de un pueblo cercano, harto de que los habitantes del lugar intentaran matarlo una y otra vez. Mientras todos se desesperaban, pensando que nada podrían hacer, llegó al pueblo un valiente guerrero llamado Callum.

El guerrero, curtido en mil batallas, y poseedor de la valentía y la fuerza necesarias para vencer al dragón, se dirigió al castillo para liberar a la doncella. Pero antes, el hechicero del lugar le dio un brebaje mágico, que lo haría invisible el tiempo suficiente para entrar en el castillo y rescatar a la doncella.

Callum tomó la poción justo antes de entrar, y consiguió llegar hasta la doncella. La liberó, y cuando pasó el efecto de la poción el dragón se enfrentó a él. Le escupió fuego sin cesar, pero Callum conseguía siempre esquivarlo—explicó *lady* Emily con emoción. Mientras narraba la historia, Beth apenas pestañeaba. Estaba completamente absorta—. Finalmente, clavó su espada en el corazón del dragón, y este acabó reducido a cenizas. Después de su hazaña, Callum se convirtió en un héroe y acabó casándose con la hermosa doncella.

—¡Bien! —exclamó Beth, sonriente, alzando sus bracitos.

—Y ahora, a dormir.

Beth puso un gesto de decepción.

—¿Ya? ¿No me puedes contar otra? —preguntó, suplicante.

—No, tesoro, ya es tarde—respondió *lady* Emily con ternura.

Beth se acomodó entre las sábanas, y su madre la tapó bien con la colcha para que no pasara frío.

—Mami, yo cuando sea mayor quiero conocer a un guerrero como Callum.

—Eso sería maravilloso, Beth—comentó su madre, sonriente.

—¿Y esta historia también te la contó tu niñera?

—Así es. Mary Donald. Era de Glasgow. Me contó muchas historias de su tierra.

—Yo quiero ir a Escocia, y ver duendes y hadas—dijo Beth, soñadora.

*Lady* Emily se rio ante la ocurrencia de su hija.

—No creo que los veas. Ya sabes que suelen esconderse. Pero estoy segura de que conocerás a algún valiente guerrero o a algún príncipe de las Tierras Altas.

—Sí, seguramente me tocará rescatarle, pero no me importa—respondió Beth con total naturalidad.

—Mi valiente princesa Beth—dijo *lady* Emily acariciando la mejilla de su hija—. Ahora un abrazo y un beso.

Madre e hija se abrazaron con fuerza, y a continuación, *lady* Emily salió de la habitación, dejando a Beth descansar plácidamente en su cama.

Minutos después, llegó a su cuarto. Anne ya estaba esperándola para ayudarla a cambiarse de ropa. Se puso un camisón, y se sentó delante del tocador. Mientras Anne la peinaba, *lady* Emily se mostraba pensativa. Anne enseguida notó que algo ocurría.

—¿Se encuentra bien, *milady*?

—Lo de siempre, Anne, lo de siempre—contestó con tristeza—. Aunque estoy más preocupada de lo habitual últimamente.

—¿No será por lo que dijo el doctor Jones la última vez? Muchos doctores le han dicho lo mismo muchas veces en estos años, y aquí sigue usted, vivita y coleando.

—Lo sé, pero puede que algún día ocurra lo inevitable, Anne.

—¡Señora, por favor! Ni lo mencione. Ni siquiera debería pensar en esas cosas—respondió Anne, angustiada.

Emily se giró hacia ella, mirándola con preocupación.

—Pero Anne, me preocupa que, si yo me voy de este mundo, Beth se quedará desprotegida.

—Eso no sucederá, *milady*.

—Su padre no se hará cargo de ella. Estoy segura de que hará de su vida un infierno. Debería hablar con el señor Hammond, mi abogado, él sabrá qué hacer.

—Eso no va a pasar, porque usted no se va a morir por ahora. Y escúcheme bien. Algún día, cuando las dos seamos viejas y veamos a Beth casada, nos reiremos de esta conversación—afirmó Anne, intentando quitar hierro al asunto.

Emily suspiró.

—Ojalá sea así, Anne, ojalá.



3 días más tarde...

Lord Robert Arundel regresó a Ascot Park después de un mes de ausencia. Odiaba la idea de volver, pero no le quedaba más remedio. Debía mantener las apariencias para evitar las habladurías.

Era un día lluvioso, y *lady* Emily y Beth estaban en uno de los salones, disfrutando de su mutua compañía al calor de la chimenea.

La niña jugaba con sus muñecas, mientras *lady* Emily leía una novela. Estaba sentada en uno de los sillones, tapada con una manta. Los días húmedos como aquel hacían que su salud empeorara.

En ese momento de paz, una de las sirvientas entró y anunció la llegada del señor de la casa. Al darse cuenta de la situación, *lady* Emily sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. A lord Robert no le gustaba ver a Beth jugando. De hecho, prefería no ver a la niña.

Enseguida, *lady* Emily recogió las muñecas que había en el suelo, y las escondió detrás de unos cojines, al tiempo que le pedía a Beth que se fuera a su cuarto.

Pero justo cuando la niña iba a salir, entró lord Arundel. Este miró a su hija con desdén, como si fuera una criatura insignificante. Al verlo, Beth se sintió angustiada y aterrorizada. Su padre le recordaba al temible dragón del cuento.

—Niña maleducada, ¿es que no sabes saludar? —dijo lord Arundel con indignación.

Beth agachó la mirada.

—Buenas tardes, padre.

—Desaparece de mi vista—le ordenó, molesto.

La niña obedeció y salió de la estancia rápidamente. Robert Arundel dirigió entonces una mirada de desprecio a su enfermiza esposa, que no tenía buen aspecto. Poco le importó.

—Te he dicho mil veces que la niña debería tener una institutriz. Es una salvaje. Aunque teniendo una madre inútil como tú no me extraña que sea así —sentenció sin miramientos.

*Lady* Emily tragó saliva, angustiada.

—Lo siento, querido. Es que últimamente no me encuentro bien.

—Pues llama al médico.

—Le avisé, ya me ha dado las medicinas que necesitaba—respondió ella

con temor.

—Entonces no sé de qué te quejas.

*Lady Emily* recordó que debía abordar un asunto importante con su marido. En la última reunión con el administrador de la familia, este le había informado del estado de las cuentas, y le había recomendado encarecidamente controlar los gastos. Sobre todo, el señor de la casa, que se estaba gastando mucho dinero en sus visitas a Londres. *Lady Emily* consiguió reunir el valor que necesitaba, y dijo:

—Robert, tengo que hablar contigo de algo importante. Verás, hace dos semanas vino a verme el señor Beckett y me enseñó el libro de cuentas; me dijo que debíamos controlar los gastos, porque si no, pronto tendríamos deudas...

—¿Qué estás insinuando? —preguntó él, desafiante.

*Lady Emily* sintió un escalofrío, y tragó saliva.

—No insinúo nada, Robert. Es solo que vi que muchas facturas venían de Londres y pensé...

—¿Pensaste qué? Si insinúas que gasto demasiado, poco me importa. Yo hago con mi dinero lo que quiero, que para eso es mío. Tu familia te dejó dinero ¿no? Pues úsalo. Si quieres alimentar a esa mocosa, ya sabes lo que tienes que hacer. Y no me molestes más con estas cuestiones. Una dama no habla de dinero—sentenció él con firmeza.

—Sí, Robert—respondió *lady Emily*, atemorizada.

—Bueno, tengo que irme. No cenaré en el comedor.

*Lady Emily* miró a su marido con tristeza.

—Pensé que después de tantos días querrías cenar con nosotras.

Lord Robert Arundel se rio con sorna.

—¡Por favor, no me hagas reír! Si he vuelto es para evitar las habladurías, no para estar contigo y la mocosa. ¿Pasar la velada con un diablillo y una mujer enferma? Es lo último que querría en este mundo. Y por favor, no montes una escena, me disgusta—dicho esto, cerró la puerta tras de sí.

*Lady Emily*, cabizbaja y abatida, enterró su rostro entre las palmas de sus manos, y las lágrimas inundaron sus preciosos ojos azules, liberando así la angustia y el pesar que llevaba dentro. De repente, notó que alguien le acariciaba el pelo con delicadeza. Alzó la vista y vio a Beth.

En ese instante, agarró sus diminutas manos entre las suyas, y las besó. Observó el rostro de su hija, que la miraba con tristeza y compasión. La

pequeña sonrió tímidamente, sin decir palabra, y ambas se fundieron en un abrazo.

Gracias a esto, *lady* Emily consiguió recuperar la compostura, y a continuación, secó sus lágrimas con un pañuelo que había sacado de uno de sus bolsillos.

—¿Qué te parece si le decimos a Anne que nos traiga la cena aquí? Estoy hambrienta—dijo *lady* Emily, sonriendo.

Beth asintió mientras su madre le acariciaba las mejillas. Minutos después, ya estaban las dos sentadas alrededor de la mesa de té de la sala, acompañadas de Anne, que les sirvió la cena. La alegría volvió a sus rostros, mientras conversaban animadamente, procurando no molestar al señor de la casa, que estaba solo en sus aposentos.

Después de cenar, *lady* Emily y Beth se prepararon para dormir. Esa noche, *lady* Emily no tenía demasiadas fuerzas, así que Beth no le pidió que le contara un cuento. Conocía bien la delicada salud de su madre.

—Buenas noches, tesoro—dijo su madre después de darle un beso en la frente.

—Buenas noches—respondió Beth con tristeza.

A pesar de alegrarse de estar a solas con su madre, aun se sentía inquieta por la presencia de su padre en la casa.

*Lady* Emily notó enseguida que algo le sucedía a Beth. Entonces, agarró una de sus pequeñas manos entre las suyas, y preguntó:

—¿Qué ocurre, tesoro?

Beth se mordió el labio inferior, nerviosa.

—¿Por qué padre no nos quiere? ¿He hecho algo malo?

*Lady* Emily cerró los ojos y respiró hondo, intentando apartar el dolor de su maltrecho corazón.

—Tesoro, tú no tienes la culpa de nada. Eres la niña más buena del mundo—contestó *lady* Emily, intentando tranquilizar a su pequeña.

—¿Entonces? ¿Por qué nos trata así? —preguntó Beth, angustiada.

Emily suspiró con pesar.

—Verás, Beth, hay personas en este mundo que solo tienen oscuridad y tristeza en su alma. Tu padre no ha tenido una vida fácil. No sabe expresar sus sentimientos como nosotras. No ha conocido el amor verdadero, y por eso, no es capaz de apreciar el cariño y el afecto que le ofrecemos. Sé que ahora no lo entiendes, pero algún día, cuando seas mayor, lo comprenderás.

—¿Y no podemos ayudarle?

Emily suspiró de nuevo.

—No, tesoro, no podemos. Debe ser él quien se dé cuenta. Tú lo que debes hacer es ser una buena hija, hacerle sentir orgulloso, y quererle a pesar de todo.

—Pero él a mí no me quiere.

—Estoy segura de que algún día se dará cuenta de su error.

—¿De verdad? —preguntó Beth, esperanzada.

—De verdad. Además, aunque él no te quiera, hay mucha gente que te quiere muchísimo. Como mamá, Anne, la señora Stevens, el señor Miller; todos los que te conocen te quieren. Y estoy segura de que en tu camino te cruzarás con gente maravillosa que te querrá también. Sin embargo, también te encontrarás con otros que no te querrán, pero estoy segura de que serán los menos—respondió *lady* Emily, convencida.

—Como el guerrero Callum.

—Sí, como el guerrero Callum, que al final después de un largo viaje, vence al dragón y se casa con una doncella—apuntó *lady* Emily, sonriendo—. Ya es hora de dormir, tesoro. —Besó a su hija en la frente y se apartó de la cama.

Cuando ya estaba en la puerta a punto de marcharse, *lady* Emily miró a su hija y dijo:

—Beth, la vida es un largo camino que una debe recorrer hasta llegar al final, donde todo termina. Y el tuyo, tesoro mío, sólo acaba de empezar.

## CAPÍTULO 2

*Oxfordshire, un año después...*

Aquella fría mañana de invierno, la lluvia acompañaba a la comitiva que salía de la iglesia de St Mary. Allegados y familiares caminaban detrás del féretro de *lady* Emily Arundel, que había fallecido días antes de unas fiebres que la habían tenido recluida en su cama durante semanas.

Lord Robert Arundel, vestido de luto, caminaba junto a su hija. Este mantenía un semblante serio y sereno. En cambio, Beth no pudo evitar que las lágrimas inundaran sus ojos. Anne iba justo detrás de ella, sin poder tampoco reprimir su tristeza.

Robert Arundel parecía estar ausente. Ni siquiera agarraba la mano de su hija, que necesitaba en esos momentos el afecto de su padre. Beth, de riguroso luto, caminaba sola y apenada.

Unos hombres colocaron el féretro delante de una lápida en la que podía leerse:

<<Emily Mary Arundel, esposa y madre. 1806—1831>>

Después del entierro, todos los asistentes marcharon a Ascot Park para celebrar una pequeña reunión en honor a la difunta.

Beth miraba a su alrededor, preguntándose quién era toda esa gente a la que nunca había visto en Ascot Park. Todos comían, conversaban e incluso reían. No podía entender que en un día tan lóbrego y triste alguien pudiera siquiera sonreír.

Decidió entonces alejarse del mundanal ruido, y subió al piso superior, donde estaban las habitaciones.

Se dirigió a un lugar que conocía bien: El cuarto de su madre. Abrió la puerta, y al hacerlo, esta rechinó un poco. Todo estaba igual que la última vez que estuvo allí.

Durante el tiempo que su madre estuvo enferma, le impidieron entrar en esa estancia por miedo a un posible contagio, así que no pudo darle el último adiós.

Estaba cansada después de haber pasado mucho tiempo llorando, y decidió tumbarse en la cama de su madre. Al hacerlo, un dulce aroma la envolvió de repente. Era el olor del perfume de su madre, que aún seguía

impregnado en las sábanas, a pesar de que éstas habían sido cambiadas tras su muerte. Era dulce y embriagador. Una mezcla de fragancias. Rosas y gardenias. Sintió una agradable sensación de paz y calidez, como si su madre la estuviera abrazando. Se agarró a la almohada y cayó en un profundo sueño.

Mientras, abajo en el salón principal, la actividad no cesaba. Anne estaba atendiendo las demandas de los invitados, pero en un momento dado, se dio cuenta de que Beth no estaba donde debía. Decidió dejar lo que estaba haciendo y buscar a la niña para traerla de vuelta al salón. Anne temía la reacción de lord Arundel si se percataba de que Beth no estaba allí. Cualquier excusa era buena para desatar su furia, y era mejor no darle motivos.

Subió a la segunda planta y empezó a buscarla por todas las habitaciones, hasta que llegó a la de su difunta señora. Abrió la puerta y vio ante sus ojos una escena que hizo que se le encogiera el corazón. Beth estaba plácidamente dormida sobre la cama de su madre.

A Anne le pareció estar volviendo atrás en el tiempo, cuando Beth era un bebé y dormía en el regazo de su señora. De repente, un sentimiento de culpa la invadió. No quiso escuchar las advertencias de *lady* Emily. Ahora la niña quedaba a merced de un ser despreciable, que era su padre solo en el nombre. Anne respiró hondo e intentó serenarse. No pensaba dejar a Beth sola, la protegería lo mejor que pudiera. Entonces, se acercó a la pequeña, y la despertó.

—Señorita Beth, despierte.

Beth abrió los ojos, se desperezó y miró a Anne con tristeza.

—Anne, ¿no puedo quedarme un poco más?

—No, señorita Beth. Su padre podría enfadarse si no la encuentra. Y no queremos eso ¿verdad?

La niña negó con la cabeza y se incorporó.

—Anne, ¿por qué Dios se ha llevado a mamá? —preguntó Beth, angustiada.

Anne notó un nudo en la garganta, y respiró hondo, intentando retener las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos.

—No lo sé, señorita. Los designios del Señor son un misterio. Pero puedo asegurarle, que donde quiera que esté, estará bien.

—Yo quiero ir con ella, Anne. Quiero verla otra vez—dijo Beth casi desesperada, con lágrimas en los ojos.

Anne negó con la cabeza, mientras acariciaba las mejillas de Beth.

—No, señorita Beth, todavía tiene que vivir mucho. Además, ¿sabe lo

que ocurriría si usted se fuera? Que yo sufriría un dolor tan grande, que el corazón se me rompería en mil pedazos. ¿Querría que eso me sucediera?

—No, Anne, eso nunca—respondió Beth, alarmada.

—Entonces no piense en esas cosas. Los que se van al cielo nunca nos abandonan, señorita. Nunca desaparecen, porque siempre les recordamos; de esa forma, siempre nos acompañan. Y estoy segura de que su madre la estará mirando ahora; y sé bien que ella querría que usted fuera fuerte y valiente, y se quedara conmigo.

—¿Tú crees, Anne?

—No lo creo, es que lo sé. Y aunque no lo parezca ahora, estoy segura de que todo saldrá bien.

—¿De verdad?

—De verdad—respondió Anne, convencida.

Ambas se abrazaron, y Anne empezó a llorar, liberando así su tristeza. Entonces, se separaron, y Anne, sonriendo, dijo:

—Pero ¿qué estamos haciendo? ¡Mire que caras tan feas tenemos ahora! Así no encontraremos marido nunca, señorita Beth. Vamos a secarnos estas lágrimas, y a comportarnos como dos damas que somos.

Las dos se rieron, y se secaron las lágrimas. A partir de entonces, Beth y Anne formaron un fuerte vínculo que nunca se rompería. Ya no eran la señorita de la casa y la doncella, eran una familia.



Las semanas transcurrieron en Ascot Park sin incidentes. Lord Robert Arundel se reunía cada semana con abogados y administradores para hablar del estado de sus cuentas y hacer gestiones, y el resto del tiempo permanecía en sus aposentos o en la biblioteca.

Mientras, Beth se pasaba los días paseando por los alrededores de la propiedad, observando la flora y la fauna del lugar.

En aquella época, había empezado a dibujar, una actividad que le servía de bálsamo para su maltrecho corazón. Cogía un cuaderno y unos lapiceros, y se marchaba a algún lugar apartado en los días soleados para dibujar las cosas que veía. Pájaros, flores, árboles o paisajes. Esta actividad la distraía, pues no había mucho más que hacer.

Con su padre ausente, y Anne atareada más que nunca, Beth pasaba los días en la más absoluta soledad. No obstante, pronto las cosas cambiarían.

Un buen día, un carruaje llegó a Ascot Park. Beth estaba en uno de los

salones y al escuchar ruido fuera, se asomó a la ventana. Vio que su padre estaba en la entrada, con una sonrisa en su rostro que ella nunca había visto.

En cuanto el carruaje se detuvo delante de él, vio bajar del mismo a una mujer y a una niña. Su padre se abalanzó sobre la pequeña, la cogió en brazos y la abrazó. Beth no podía creerse lo que estaba viendo. Su padre se mostraba afectuoso y sonreía.

La mujer era alta, de figura esbelta, tenía el cabello rubio, al igual que la niña, y la piel blanca. Sonreía y miraba la casa como si hubiera encontrado un tesoro.

Al percatarse de la presencia de Beth, la mujer desvió la mirada hacia donde ella estaba, y a Beth le entró un escalofrío. Aquella dama la miraba de una manera extraña que la hacía estremecer.

Beth se apartó de la ventana, y justo en ese momento, entró un sirviente indicándole que su padre requería su presencia en el vestíbulo. La niña se levantó, respiró hondo, se irguió y se dirigió al lugar. Allí se encontró con una escena cálida y familiar. Robert Arundel estaba sonriente, y no dejaba de mostrarse afectuoso con sus invitadas.

De repente, se percató de la presencia de Beth, y su semblante se tornó serio. Dirigió a su hija una mirada autoritaria, mientras las invitadas la observaban con altivez.

—Beth, te presento a la señorita Maxwell y a su hija Rose.

—Encantada de conocerlas—respondió Beth, haciendo una reverencia.

—Te informo que a partir de hoy vivirán en esta casa, y que, en unos días, la señorita Maxwell me hará el honor de convertirse en mi esposa. Por lo tanto, Rose será tu hermana. Espero que a partir de ahora te comportes como es debido—le advirtió.

Beth se quedó sorprendida ante la noticia. Solo habían pasado dos meses desde la muerte de su madre, pero a su padre poco le importaba.

A Beth le inquietaba la presencia de las Maxwell en la casa. Tenía la impresión de que las cosas iban a ser muy complicadas a partir de ese día.

Ninguna de las dos damas le dirigió la palabra, y Robert Arundel las acompañó al piso de arriba. En un momento dado, mientras Beth miraba como se marchaban, la pequeña Rose se giró y le sacó la lengua con malicia. Ante esto, Beth frunció el ceño. No entendía esa reacción si ella no había hecho nada.

Esperó a que subieran, y a continuación, decidió irse a su cuarto y alejarse del mundo. Cuando ya estaba dentro, de repente, abrieron la puerta.

—Papi, me gusta esta habitación. ¡Quiero esta! —comentó Rose mirando a Beth, desafiante.

Beth puso cara de preocupación.

—Pero este es mi cuarto...

—Beth, ¿qué te he dicho? —dijo su padre, enfadado. Entonces, miró ensimismado a Rose—. ¿Quieres quedarte en esta? — Rose asintió, sonriente, y Robert Arundel miró a su hija de nuevo—. A partir de hoy, tu habitación será la que hay en la torre. Daré orden al servicio para que traslade tus cosas allí—sentenció.

El cuarto al que se refería lord Arundel estaba muy alejado del resto de la casa, en lo alto de una fría y oscura torre. A Beth le aterrorizó la idea, pero no fue capaz de replicar. Tenía miedo a las represalias de su padre, y dedujo que tenía todas las de perder ante Rose Maxwell.

Unas horas más tarde, Anne le estaba ayudando a prepararse para dormir.

—¡Maldito hombre! Ponerla a dormir en este cuarto tan frío. Le pondré más mantas por si acaso. No quiero que se enfríe, señorita Beth—dijo Anne, indignada, mientras sacaba unas mantas de un baúl.

Beth miraba su nuevo cuarto. Pequeño, sin apenas luz, pues sólo tenía una ventana, y frío. Suspiró con tristeza. Sabía que esto solo era el principio de algo terrible. No dejaba de pensar en las Maxwell y en su altanero comportamiento.

Y, sobre todo, no se quitaba de la cabeza la actitud de su padre. Era tan distinto con ellas. Parecía un padre y un esposo de verdad, rebosante de amor. Ella nunca lo había visto así.

En ese instante, sintió una punzada de dolor en su corazón. Anhelaba un gesto de afecto por parte de su padre, aunque fuera una simple sonrisa.

—No se preocupe, señorita Beth. Yo cuidaré de usted, aunque no podré estar todo el día pendiente; el señor me manda muchas tareas últimamente para mantenerme lejos. Pero haré lo que pueda.

—Gracias, Anne—respondió Beth, agradecida.

De repente, se acordó de que esa mañana había hecho un dibujo para Anne. Era un hermoso petirrojo que había visto en uno de los árboles de Ascot Park. Rebuscó en su cuaderno y extrajo la hoja. A continuación, se la entregó a Anne, que se quedó sin palabras.

—Es para ti, Anne. Lo hice yo misma. Espero que te guste.

—¡Oh, señorita Beth, es precioso! —respondió Anne, emocionada—. Lo pondré junto a mi cama. Quedará muy bonito.

Beth se metió en la cama, y Anne le dio un beso en la frente. A continuación, se marchó, dejando a la niña sola en su nuevo cuarto.

Beth se acurrucó bajo el edredón y consiguió entrar en calor. De repente, sintió el peso de la soledad. Cerró los ojos con fuerza, intentando imaginar un lugar hermoso y tranquilo, donde nadie pudiera hacerle daño.

Aquella noche soñó que era un hermoso petirrojo sobrevolando Ascot Park. En un momento del sueño, aparecía Rose Maxwell lanzándole piedras. Entonces, Beth cambiaba el rumbo de su vuelo y se alejaba de Ascot Park, sintiéndose libre y segura. Un hermoso sueño que acabó cuando al día siguiente despertó y contempló su horrible realidad.

En los días sucesivos, Beth y el servicio pudieron comprobar de primera mano la naturaleza perversa de Vivian Maxwell y su hija Rose. La señora se dedicaba a hablar con altivez a todos los miembros del servicio, dando órdenes a diestro y siniestro.

Mientras tanto, Rose Maxwell hacía diabólicas travesuras. Quemó el pelo a una sirvienta, llenó de hollín uno de los salones, entre otras muchas cosas. Sobre todo, le gustaba molestar a Beth. La tiraba del pelo, le cortó con unas tijeras parte de su vestido, y la seguía a todas partes, evitando que Beth encontrara un momento de paz. Todo con tal de fastidiarla. Y para colmo, siempre le echaba la culpa de sus travesuras.

Lord Arundel y la señora Maxwell, en vez de regañar a Rose, la defendían a ultranza, complaciendo además todos sus caprichos.

Por suerte, la mayoría de los días, Beth conseguía alejarse de aquel demonio rubio. Siempre que tenía ocasión, se escapaba y paseaba por los alrededores de Ascot Park, que conocía como la palma de su mano.

Una de aquellas mañanas, vio a un hombre en el bosque, a la orilla del arroyo, lanzando piedras al agua y haciéndolas rebotar. Se escondió detrás de unos arbustos, y se dedicó a observarlo. Era un caballero alto, moreno, con el cabello a la altura de los hombros, y de complexión fuerte. Se fijó en que no llevaba pantalones, sino una falda.

De repente, recordó las historias sobre Escocia que le había contado su madre. En una ocasión le explicó que los miembros de los clanes llevaban una prenda llamada *kilt*, que era una especie de falda. A Beth se le iluminaron los ojos. Pensó que ese hombre era como el guerrero Callum.

Debido al entusiasmo, se movió sin querer, y una rama crujió bajo su pie. El hombre se giró, mirando hacia donde ella estaba, y preguntó:

—¿Quién anda ahí?

Beth se mordió el labio inferior, nerviosa, y salió de su escondite. El hombre sonrió al verla.

—Vaya, había un ratoncito y no me había dado cuenta—dijo el hombre, divertido—. ¿Cómo te llamas, pequeña?

Beth se irguió.

—Me llamo Beth Arundel. ¿Y usted?

—Angus Burns. Encantado—respondió, sonriente—. ¿Qué hacías ahí escondida?

Beth se encogió de hombros.

—Mirar lo que estaba haciendo.

El hombre asintió.

—Eres honesta, eso es bueno. ¿Quieres probar? —inquirió, ofreciéndole una de las piedras que tenía en la mano.

Beth asintió, y se acercó a él. Tomó una de las piedras, pero no la lanzó, ya que tenía ciertas dudas.

—¿Cómo lo hace usted?

Angus sonrió.

—Te enseñaré. —Se agachó un poco y se puso a su altura—. Coges la piedra, pones el brazo y la mano así—dijo poniendo el brazo en la posición de lanzamiento—. Y entonces, la lanzas. Vamos, prueba.

Beth, siguiendo sus instrucciones, lanzó la piedra, y consiguió que esta rebotara dos veces. La niña, al ver su hazaña, sonrió, entusiasmada.

—¡Bien hecho! No está mal para ser la primera vez.

—Gracias—respondió Beth con timidez. Miró a Angus con curiosidad, y se animó a preguntar—. Oiga, ¿es usted escocés?

Angus, que estaba concentrado en lanzar otra piedra, la miró, sorprendido.

—Sí, soy escocés. ¿Cómo lo has sabido?

—Por su *kilt*—contestó Beth, orgullosa.

—¡Vaya! Eres una niña muy lista. ¿Dónde has aprendido eso?

—Mi madre me contaba historias sobre Escocia. ¿Es verdad que allí hay hadas y duendes?

Angus se rio.

—Eso dicen, pero yo aún no los he visto.

Beth puso una mueca de decepción.

—¿Y tú donde vives, Beth?

—Vivo en Ascot Park. ¿Y usted qué hace en Inglaterra?

—Acabo de llegar de América, después de un tiempo trabajando allí. Voy de camino a casa.

—Así que es un viajero—comentó Beth, pensativa.

—Sí, así es.

—A mí me gustaría viajar. Aunque ahora no puedo hacerlo. Pero algún día viajaré alrededor del mundo, con Anne, por supuesto.

Angus frunció el ceño.

—¿Quién es Anne?

—Trabaja en Ascot Park, y es mi mejor amiga—contestó.

—Debes quererla mucho, entonces.

—Sí, señor. La quiero muchísimo.

—¿Y no preferirías viajar con tus padres?

Beth se entristeció, algo que inquietó a Angus.

—Mi padre nunca querría viajar conmigo, y mi madre está en el cielo.

Angus sintió una punzada de dolor en el corazón. <<Pobre criatura>>, pensó.

—El primer viaje será a Escocia. A Anne seguro que le gustará—apuntó Beth, mostrando un semblante alegre.

—Oye, ya tengo ganas de conocer a esa Anne de la que tanto hablas—comentó él.

Justo en ese momento, se oyó una voz a lo lejos. Beth miró hacia el lugar de donde provenía, y reconoció la voz de Anne enseguida. La mujer llegó a la zona donde estaban y puso sus brazos en jarras.

—¡Señorita Beth! Llevo buscándola un buen rato. Parece usted una exploradora, todo el día perdida. Ya es casi la hora de comer. Si llega tarde, su padre se enfadará—la advirtió.

De repente, Anne se dio cuenta de que Beth no estaba sola. Al ver al hombre que estaba junto a la niña se asustó, pero al instante, sintió cómo su corazón latía desbocado. Entonces, Beth decidió hacer las presentaciones.

—Anne, este es Angus, mi nuevo amigo.

Angus le dedicó una dulce sonrisa que la dejó sin aliento.

—Mucho gusto, caballero. Vamos, señorita Beth, tenemos que marcharnos. Despídase—ordenó, nerviosa, agarrando la mano de la niña.

—Adiós, Angus—dijo Beth.

Angus dejó de mirar a Anne, y centró su atención en la niña.

—Hasta pronto, Beth. Espero verte otro día—respondió, sonriente.

Beth sonrió en respuesta y Anne hizo una rápida reverencia. Mientras caminaban en dirección a Ascot Park, Beth se fijó en la actitud y el aspecto de Anne. Tenía las mejillas sonrosadas y parecía nerviosa.

—Anne ¿estás bien?

—Sí, claro que sí. ¿Por qué iba a estar mal? —contestó, apurada.

Beth decidió no seguir preguntando, aunque seguía convencida de que a Anne le pasaba algo raro. Desde luego, los adultos podían ser enormemente complicados, pensó Beth aquella noche, mientras intentaba conciliar el sueño.

Se durmió pensando en Angus Burns, su nuevo amigo, que se parecía mucho a Callum, el guerrero de las historias que le contaba su madre. ¿Habría ido allí a buscar a la doncella?

## CAPÍTULO 3

Durante aquellos días, Beth volvió a encontrarse con Angus Burns. Mientras paseaban por el bosque o se sentaban a observar el paisaje, Angus aprovechaba la ocasión para hacerle preguntas sobre Anne, ya que el escocés quería saber más acerca de esa mujer que le tenía cautivado.

Aunque Beth no entendía por qué le hacía tantas preguntas sobre su querida doncella, no le molestaba contestarlas.

Conversaban durante tanto tiempo, que al final Anne siempre acudía a buscar a Beth, para alegría de Angus. Su cabello caoba y sus ojos grises aparecían cada noche en sus sueños más hermosos. Anne se había convertido en la dueña de su corazón, y esperaba poder decírselo pronto.

Lo bueno es que parecía haber encontrado una buena aliada en Beth. La risueña niña le había robado un trocito de su corazón con su bondad. Lo único que no le gustaba era la tristeza que reflejaba su mirada. No quería imaginarse el motivo por el cual nunca quería volver a casa.

Uno de aquellos días, Beth estaba sentada dibujando en uno de los salones. Por suerte, su padre, Vivian y Rose no estaban en casa, pues habían ido a hacer unas visitas.

Estaba concentrada, terminando uno de sus dibujos, cuando oyó las risas de unas sirvientas. Llevada por la curiosidad, decidió acercarse a la puerta y escuchar la conversación.

—Pues Billy me ha regalado unas flores silvestres. Es tan atento y caballeroso—dijo una, risueña.

—¿Y cuándo se va a declarar? —preguntó otra.

—Estoy segura de que pronto lo hará. ¡Ay, ese hombre hace que las mejillas me ardan y que me tiemblen las piernas! Cada vez que lo veo, apenas puedo caminar—respondió, emocionada.

Beth pensó un momento, y recordó las reacciones de Anne cada vez que veía a Angus: Las mejillas sonrosadas, su nerviosismo.

—Vamos, que estás completamente enamorada, Louise.

—Pues sí. No pienso negarlo.

—¿Enamorada? —murmuró Beth para sí misma.

Consideró durante un momento el concepto, pero no conseguía

entenderlo. <<Debo preguntarle a Anne. Ella seguro que sabe lo que significa>>, pensó.

Salió del salón, y se fue a buscar a Anne. Revisó todos los rincones de la casa, hasta que llegó a la cocina. Allí no había nadie, pero en el patio se escuchaban unas voces. Se acercó a la pequeña puerta de madera que daba al exterior, y se asomó. Entonces, vio a Anne y a Angus hablando. No entendía lo que decían, porque apenas podía oírlos, sin embargo, podía ver sus caras. Ambos sonreían. Anne tenía las mejillas sonrosadas y no dejaba de moverse. Parecía nerviosa.

De repente, Angus agarró a Anne del mentón, y le dio un beso en los labios. Beth abrió mucho los ojos, asombrada. Nunca había visto algo así. Vio que Anne se aferraba a los hombros de Angus mientras se besaban. Instantes después, se separaron. A continuación, se dedicaron dulces miradas y tímidas sonrisas.

A Beth le emocionó la escena, y le pareció algo muy bonito. ¿Así que eso era estar enamorada? Se alejó de allí, y durante el resto del día, no dejó de pensar en Angus y Anne. Llegó a la conclusión de que hacían buena pareja, y sonrió con alegría. Ellos eran las personas a las que más quería en este mundo, y deseaba que fueran felices. No como su padre y su prometida, que parecían dos malvados ogros.

Llegó la hora de la cena, y Beth aprovechó el momento para hablar con Anne.

—Anne, ¿estás enamorada de Angus? —soltó de repente.

Anne se quedó quieta y la miró frunciendo el ceño.

—¿De qué está hablando, señorita Beth?

—Os he visto en el patio dándoos un beso. ¿Le quieres? ¿Vas a casarte con él? —preguntó, emocionada.

—¡No diga tonterías! No voy a casarme. Ha sido solo un beso—contestó, nerviosa.

—Entonces, ¿no estás enamorada?

Anne puso los brazos en jarras.

—A ver, ¿dónde ha aprendido esa palabra?

—Se la escuché a Louise.

—¿Y qué cree usted que es estar enamorada, señorita Beth?

Beth consideró la respuesta un momento.

—Darse besos y casarse ¿no?

Anne se rio.

—No, es más que eso, señorita Beth. Verá, estar enamorada es querer tanto a alguien que lo único que deseas es pasar el resto de tu vida con él. Tienes mariposas en el estómago, piensas en la persona que quieres todo el día, quieres estar siempre con él, y cuando no lo tienes cerca, te sientes muy triste. Y sin olvidar que tu corazón siempre se siente feliz y contento.

Beth observó a Anne con curiosidad.

—¿Y tú te sientes así con Angus?

Anne se ruborizó, apartó la mirada, y decidió no contestar.

—Será mejor que se tome la cena o se enfriará—y dicho esto, salió de la estancia.

Beth sonrió, triunfal. No tenía ninguna duda. Anne estaba enamorada de Angus. Entonces pensó que ojalá se casaran y los tres se fueran a Escocia. Así vivirían felices para siempre.



Llegó el día del gran acontecimiento, la boda de lord Arundel y la señorita Maxwell. Beth se preparó para la ocasión, aunque sin entusiasmo. Anne la ayudó a ponerse su vestido de color azul, ajustado en la cintura con un lazo del mismo color, y le recogió el pelo en un moño trenzado, decorado con hermosas flores silvestres. Anne, al verla, pensó que era una pequeña princesa de cuento. A Beth le gustó mucho su aspecto al mirarse en el espejo, y sonrió.

Las dos bajaron hasta el gran salón, donde su padre esperaba. Cuando llegó, lord Arundel apenas la miró, y a continuación, centró su atención en Rose, que iba vestida de rosa. Esta miró a Beth de arriba abajo con malicia y envidia. No le gustaba la idea de que Beth destacara por encima suyo. Ella debía ser el centro de atención.

Las dos niñas fueron a la iglesia acompañando a la señorita Maxwell, que llevaba un vestido gris claro, algo pomposo. La futura novia centraba toda su atención en su hija, ignorando por completo a Beth, que estaba deseando que aquello terminara.

Después de la ceremonia, todos marcharon a Ascot Park, donde el salón ya estaba preparado para recibir a los invitados. Allí, Beth se sentó en la mesa de los niños con Rose y los hijos de los demás asistentes. Beth no había visto a esos niños nunca, y eso que eran sus vecinos más cercanos. Los Berkley, los Hightower, los Langley, entre otros apellidos ilustres de la zona,

eran los invitados a esa boda que había despertado todo tipo de rumores.

Todavía muchos recordaban a la difunta *lady* Arundel, proveniente de un linaje de aristócratas, mientras que el origen de la nueva señora de Ascot Park era todo un misterio. Aunque al verla desenvolverse de manera tan natural entre ellos, dedujeron que estaba acostumbrada a la etiqueta y a codearse con gente de la alta sociedad.

Beth se mantenía en silencio, evitando así que Rose encontrara una excusa para martirizarla. Rose estaba disfrutando de la compañía de los otros niños, que compartían con ella los mismos rasgos de carácter: Caprichosos, ególatras e impertinentes.

En un momento dado, cuando la comida había terminado, se permitió a los niños jugar en otro de los salones. Y entonces, comenzó la pesadilla.

—Oye, Rose, ¿es verdad que esa niña es tu hermana? —preguntó Benjamin Hightower.

—Sí, aunque no quiero que lo sea. Es una huérfana. Dice mi madre que es una niña mala, un demonio. Que es caprichosa, mentirosa y pendenciera— afirmó Rose, con malicia.

Beth frunció el ceño, molesta.

—¿Es huérfana? Entonces Dios te ha castigado por ser mala, Beth Arundel. Estoy seguro de que tu madre estará en el infierno por tu culpa—dijo Marcus Langley, mientras los demás se reían.

Aquel comentario despertó la furia de Beth, y decidió enfrentarse a él.

—Mi madre era muy buena. Es un ángel y está en el cielo. ¡Y yo no soy ninguna mentirosa! ¡Vosotros sí que sois unos demonios e iréis al infierno! Sois malos y mentirosos—respondió con toda la fuerza de la que fue capaz.

Todos se miraron, y a continuación, le dedicaron una mirada perversa. No era un buen presagio.

—Vas a tener que pagar por lo que has dicho—dijo Rose, mientras el grupo de niños la rodeaba.

A partir de ese momento, todo fue oscuridad y dolor. El grupo de niños se le echó encima y empezaron a pegarla. La tiraron del pelo, deshaciendo el peinado, le dieron patadas y manotazos por todo el cuerpo, y arrancaron trozos de su vestido. No supo cómo consiguió salir de la habitación, pero cuando lo hizo, corrió todo lo que pudo hasta alcanzar la puerta principal.

Salió de la casa, y consiguió llegar rápidamente a uno de sus escondites, situado entre unos arbustos, en el bosque. Allí se sentó y empezó a llorar. Estaba exhausta y asustada. Todavía le dolían los brazos, la tripa y las piernas,

debido a los golpes. Tenía heridas repartidas por todo el cuerpo, y empezaron a aparecer moratones en su piel.

En ese momento, Angus, que pasaba por allí, oyó los sollozos y consiguió encontrarla. La niña al verlo se lanzó a sus brazos y lo abrazó, llorando desesperada. Angus, terriblemente preocupado, acarició su cabeza, intentando calmarla. Se preguntaba horrorizado qué habría pasado. Finalmente, la cogió en brazos y se la llevó hasta la pensión donde se alojaba. Nada más llegar, la dueña de la pensión ayudó a Angus a curarle las heridas.

—¿Qué ha pasado, Beth? ¿Quién te ha hecho esto? —preguntó Angus, indignado y enfadado.

Beth se negó a hablar. Angus pidió que alguien fuera a buscar a Anne a la casa, y minutos después, la sirvienta llegaba a la pensión con el rostro desencajado por la angustia. Al ver a Beth, le ardió la sangre, y abrazó a la niña.

—¿Qué ha pasado? —inquirió.

—La encontré escondida en el bosque llena de heridas y llorando— contestó Angus.

—Han sido esos malditos mocosos ¿verdad? —dijo Anne, enfadada, mirando a Beth.

La niña asintió.

—¿Esto te lo han hecho unos niños? —preguntó Angus, perplejo.

—Unos niños, no, unos demonios. ¡Malditos sean!

Beth agarró la mano de Anne.

—Anne, no me hagas volver allí. No quiero volver—le pidió, desesperada.

Anne abrazó a Beth. Esta acabó quedándose dormida en sus brazos, agotada. Angus las condujo a su habitación, donde Anne colocó a Beth sobre la cama para que descansara. En ese momento, Anne empezó a hablar.

—Angus, he estado pensando en tu propuesta, y debo declinarla. Ya has visto lo que ocurre. No puedo casarme contigo y dejar a Beth sola, a merced de esa gente. La destrozarían—dijo, abatida.

Angus sintió un enorme dolor en su corazón, pero entendía la situación.

—¿Por qué no venís conmigo a Escocia? —propuso.

—No puedo llevarme a la niña conmigo. No somos familia. Y su padre me denunciaría sin dudar, a pesar de que no la quiere. No, debemos quedarnos aquí—respondió Anne con tristeza.

Angus agarró sus manos entre las suyas y las besó. A continuación, miró a

Anne con determinación.

—No importa. Yo siempre estaré esperándote. Pase lo que pase, mi proposición sigue en pie.

Entonces, se besaron con ternura y se abrazaron. Beth, que había estado escuchando la conversación, se vio invadida por un terrible sentimiento de culpa. Sabía que ella era el motivo por el cual Anne no podría ser feliz. Y Angus tampoco lo sería. Eran las dos personas que más quería en este mundo, y debía hacer algo para ayudarles. De repente, tuvo una idea.

Recordó que, en numerosas ocasiones, su padre la había amenazado con mandarla a la escuela. Sí, esa sería la manera de alejarse de allí. Llegó a la conclusión de que nada podía ser peor que vivir en Ascot Park.

Se incorporó, y Anne y Angus se acercaron a ella rápidamente.

—¿Cómo se encuentra, señorita Beth? —preguntó Anne, preocupada.

Beth respiró hondo.

—Anne, tengo la solución. Voy a ir al colegio. Es lo mejor. Si no estoy en Ascot Park, nadie puede hacerme daño, y vosotros os podéis casar—dijo la niña con determinación.

Anne y Angus se miraron, sorprendidos.

—Pero ¿por qué dice eso de repente? —inquirió Anne.

—Padre siempre me dice que como me siga portando mal me mandará al colegio. Hoy se enfadará conmigo, así que hay que convencerle para que me mande lejos. Así no veré más a Rose, ni a mi madrastra, ni a padre—explicó Beth con serenidad.

Angus y Anne se quedaron sin palabras. La idea de Beth era brillante, la mejor solución posible. Aunque a Anne no le gustaba la idea de separarse de la niña, no quedaba otro remedio.

Cuando regresaron a Ascot Park, como era de esperar, lord Arundel montó en cólera. Anne, siguiendo el plan, le sugirió que la mejor solución para poner remedio a la mala conducta de su hija era mandarla a un colegio interna. Lord Arundel vio entonces la solución a todos los problemas. Apartar a Beth de su vista, y así vivir plácidamente con su nueva familia. Por una vez, padre e hija estaban de acuerdo en algo.

—Bien, partirá en dos días. Prepare su equipaje—ordenó lord Arundel.

Beth se preparó con entusiasmo para su gran viaje. Era la oportunidad que llevaba tiempo esperando: Marcharse de Ascot Park por tiempo indefinido.

El día antes de su marcha, asistió a la rápida ceremonia nupcial de Angus y Anne en la iglesia de St Mary. Después de la boda, los recién casados

partieron rumbo a Escocia, no sin antes despedirse de Beth.

—Le escribiré todas las semanas, señorita Beth. Tome—dijo Anne, entregándole un papel—. Esta es nuestra dirección en Escocia. En cuanto llegue, mándeme una carta. Y en vacaciones, intentaré ir a verla. ¿De acuerdo? ¡Ah! Y recuerde siempre abrigarse bien—comentó Anne, dándole un beso en la mejilla.

—Gracias, Anne. Aunque hay algo que tenemos que cambiar.

Anne frunció el ceño.

—¿El qué, señorita Beth?

Beth sonrió.

—Quiero que, a partir de ahora, dejes de llamarme señorita Beth. Ya somos familia, Anne.

Anne se rio.

—Está bien, señorita... Digo, Beth.

Angus se acercó a la pequeña, le dio un beso en la mejilla y un cálido abrazo.

—Cuídate mucho.

—Tú también, Angus—respondió Beth, sonriente.

Al día siguiente, Beth emprendió su viaje. Los Arundel no se despidieron de ella, demostrando una vez más lo poco que les importaba el destino de la pequeña.

Beth miró Ascot Park por última vez mientras el carruaje se alejaba. Allí se quedaban sus recuerdos más felices, pero también los más amargos. Comenzaba su propia aventura, como los héroes de los cuentos. ¿Tendría que enfrentarse a algún dragón? No lo sabía, aunque sus años en Ascot Park la habían preparado para enfrentarse a temibles monstruos y seres malvados. Pronto averiguaría lo que le depararía su nuevo destino.

## CAPÍTULO 4

*Escuela Graham para niñas, a las afueras de Londres.*

Eran alrededor de las cinco de la tarde, y la oscuridad reinaba en el lugar cuando el carruaje se detuvo en la entrada de la escuela. Beth se bajó del carruaje con la ayuda de uno de los sirvientes que la acompañaban.

Una mujer esperaba en la puerta de entrada con un candil, y le cedió el paso para que entrara. A continuación, la mujer le pidió que la siguiera, y ambas se adentraron en un pasillo situado al lado izquierdo del enorme vestíbulo de la escuela.

De repente, se detuvieron delante de una enorme puerta de madera, y la mujer golpeó la misma con los nudillos. Al instante, una voz que venía del otro lado las instó a entrar.

Una vez dentro, Beth observó la estancia. En ella, había un escritorio de madera de caoba, una ventana, una chimenea donde había un fuego encendido, y numerosas estanterías llenas de libros que cubrían las paredes. Sentado delante del escritorio, había un caballero.

—Reverendo Colton, acaba de llegar una nueva alumna. Aquí tiene la nota con todo lo que necesita saber—explicó la mujer, entregándole el papel que el sirviente que acompañaba a Beth le había dado.

El reverendo Colton se levantó y se colocó delante de Beth, que se mantenía erguida con la mirada al frente. A continuación, el hombre leyó el contenido de la nota en voz alta:

—Beth Arundel, hija de lord Robert Arundel, barón de Ascot. Proviene de Ascot Park, Oxfordshire. Edad: Siete años. —El reverendo entonces miró a Beth, examinándola con detenimiento—. Así que tenemos una nueva alumna. Me gustaría escuchar como saluda, señorita Arundel—dijo en tono severo.

—Buenas tardes, señor—respondió Beth.

El reverendo asintió, satisfecho.

—Parece que tiene buenos modales. Señorita Arundel, le doy la bienvenida a la escuela Graham. Soy el reverendo Colton, director de la escuela—explicó, paseándose delante de ella, con las manos cruzadas en la

espalda—. Aquí aprenderá lo elemental y necesario para defenderse en la vida. Lo más importante es que recuerde que aquí valoramos el saber estar, la disciplina y la buena educación. No se tolerarán malos comportamientos, gritos o travesuras. ¿Entendido? —le advirtió, deteniéndose y mirándola con severidad.

—Sí, señor—contestó Beth, asintiendo.

—Bien, me alegra que lo entienda, porque no me gusta repetir las cosas. Ahora la señorita Sutton la acompañará a las habitaciones. Allí debe prepararse para la cena, que será a las seis en punto. Todas las comidas tienen lugar en el comedor de la escuela, que está en la planta baja, como verá usted hoy. El desayuno es a las siete de la mañana, y el almuerzo a las doce. Es importante que lo recuerde, porque en esta escuela la impuntualidad se castiga de forma severa; no lo olvide, señorita Arundel. Y ahora puede retirarse—le ordenó el reverendo, dándole la espalda.

Beth asintió en respuesta. A continuación, siguió a la señorita Sutton hasta las habitaciones que estaban en el piso de arriba. Apenas podía ver nada, pero dedujo que el lugar era bastante grande.

Llegaron al segundo piso, y la señorita Sutton abrió otra puerta que conducía a una enorme estancia llena de camas, colocadas a ambos lados de la sala, formando un gran pasillo. Allí estaban las niñas de la escuela, que serían a partir de ahora sus compañeras. Todas la observaron con suma curiosidad.

Beth mantuvo la vista fijada en el suelo. Prefería pasar desapercibida, aunque no lo consiguió. Justo en ese momento, se detuvieron delante de una de las camas.

—Esta será tu cama. Ahí tienes una mesilla y aquí un baúl para guardar tu ropa. Ahora debes prepararte para la cena—dicho esto, se alejó de allí, y salió de la estancia.

Beth empezó a colocar su equipaje, mientras escuchaba murmullos a su alrededor. Entonces, la niña que estaba justo en la cama de al lado, se acercó a ella.

—Hola, me llamo Melinda Dickinson. ¿Tú cómo te llamas? —preguntó la hija del duque de Lewes, con actitud alegre y risueña.

Beth se quedó un poco sorprendida ante el repentino saludo.

—Me llamo Beth Arundel—respondió con timidez.

—¡Oh, qué nombre tan bonito! ¿De dónde eres?

—Soy de Ascot, Oxfordshire. ¿Y tú?

—De Londres. Bienvenida a la escuela Graham, Beth. Yo seré tu

compañera de al lado. No te asustes, aquí estarás bien. Aunque a veces las lecciones son aburridas, lo demás está muy bien—explicó Melinda, contenta, intentando que Beth se sintiera cómoda.

Beth sonrió, y se sintió más tranquila. Al momento, más compañeras se acercaron e hicieron las presentaciones pertinentes.

A las seis ya estaba preparada para acudir al salón, y bajó las escaleras rodeada de nuevas amigas que le contaban cosas agradables del colegio.

Durante la cena no hablaron, ya que el reverendo Colton prefería comer en silencio. Sin embargo, antes de dormir, tuvieron tiempo de seguir conversando.

Aquella primera noche, Beth durmió plácidamente como hacía mucho tiempo que no sucedía. Muchas niñas sufrían por estar lejos de su casa, sin su familia y conocidos. No obstante, Beth estaba contenta, porque se había sentido bienvenida en un lugar lleno de desconocidos. Sus días en el colegio prometían ser maravillosos.

La escuela Graham era más grande de lo que parecía a simple vista. Constaba de un inmenso edificio de cuatro plantas, rodeado de un enorme recinto ajardinado. Las habitaciones de las alumnas estaban ubicadas en la segunda, tercera y cuarta planta, y las de las profesoras en la primera. Las aulas, el comedor, la capilla y las cocinas estaban en la planta baja.

Melinda y sus compañeras se encargaron de guiarla los primeros días. Gracias a esto, Beth pronto conoció la escuela como la palma de su mano.

Siempre había alguna tarea que hacer. Clases de francés, latín, música, costura o álgebra. De vez en cuando, las alumnas jugaban en el recinto ajardinado de los alrededores, lo que suponía un descanso considerable después de tantas tareas. Y por supuesto, los domingos acudían a la misa que oficiaba el reverendo Colton en la capilla.

En esos primeros días, Beth conoció el temperamento de sus maestras. La señorita Easton era una mujer de mediana edad, autoritaria y con un sentido del decoro muy estricto, que no toleraba fallos ni defectos. Más de una alumna, por el simple hecho de susurrar o hablar a destiempo, se había llevado un severo castigo de los suyos, que consistía en golpear las palmas de las manos de la alumna en cuestión con su temible vara.

En el lado opuesto estaba la señorita Hart. Era igualmente autoritaria, pero mucho más dulce y paciente. No le gustaba usar la vara con nadie, una

simple reprimenda verbal bastaba. Beth admiraba a la señorita Hart, y debido a esto, decidió que algún día sería maestra como ella.

Beth pronto empezó a destacar notablemente en todas las materias, aunque el dibujo seguía siendo su pasión. Por aquella época realizó sus primeros retratos. Melinda y algunas de sus compañeras fueron sus primeros modelos, y cuando consiguió perfeccionar su técnica, dibujó los rostros de sus seres más queridos. No necesitaba tenerlos delante, porque sus caras estaban grabadas al detalle en su memoria.

Cada dos semanas, recibía carta de Anne desde Escocia. Angus y ella eran felices juntos, y esto alegraba el corazón de Beth. A pesar de que echaba de menos a Anne y a su madre todos los días, estaba tan ocupada, que apenas tenía tiempo de sentirse triste.

Los meses transcurrieron, y pronto llegaron las vacaciones de verano, que Beth pasó en el colegio junto a otras niñas que no esperaban visita, y que tampoco se marcharían a casa. Se dio cuenta entonces de que su tragedia personal no era única. Su padre jamás la escribía, aunque ella tampoco lo echaba en falta. Era feliz en la escuela y no quería regresar a Ascot Park.

Le dio pena saber que Anne no podría visitarla, porque no tenía suficiente dinero para el viaje. Sin embargo, Beth se mostró comprensiva. Sabía que Angus acababa de abrir su propio negocio, una carpintería ubicada en su ciudad natal. Beth aprendió que los principios siempre son duros, sobre todo para los que empiezan una nueva vida sin tener nada.

Llegó el último día de las vacaciones de verano, y Beth salió al jardín con su cuaderno para dedicarse todo lo que restaba de tarde a dibujar. Se sentó delante de un hermoso almendro que aún conservaba algunas de sus flores, abrió su cuaderno, cogió un lápiz y empezó a dibujar. No había nadie por allí cerca, aunque se podían escuchar las voces de sus compañeras a lo lejos.

A Beth le encantaba aquel rincón del colegio, porque le parecía un remanso de paz, un lugar alejado del mundo donde olvidarse de todo. Dibujaba las ramas trazando líneas precisas, mientras alzaba la vista de vez en cuando para comprobar si lo estaba haciendo bien. Era un ritual que exigía máxima concentración, y, por lo tanto, no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

De repente, oyó un crujido a su espalda. Beth, asustada, se dio la vuelta y

dejó a un lado su cuaderno y su lápiz. Se puso de pie, y entonces, vio al causante del ruido. Era un muchacho rubio, de ojos azules, elegantemente vestido, y que parecía tener una edad similar a la suya. El joven se ruborizó, al igual que ella, que notó cómo su corazón latía desbocado.

—Perdona, no quería molestarte—dijo el joven con timidez.

Beth enseguida se dio cuenta de que el muchacho no parecía peligroso.

—No te preocupes. No me has molestado—respondió Beth.

Él se acercó a ella despacio.

—¿Qué estás dibujando? —preguntó, mirando el cuaderno.

Al verle más de cerca, Beth se dio cuenta de que era más alto que ella, y que, seguramente, era un poco más mayor.

—Ese árbol de ahí—contestó Beth, señalando el almendro.

Él miró al silencioso modelo, y sonrió.

—¡Vaya! Es muy bonito. ¿Puedo? —dijo, señalando el cuaderno.

Beth se agachó y cogió el cuaderno. Se lo entregó, y el muchacho examinó el dibujo. Quedó maravillado con el trabajo.

—Es precioso.

Beth sonrió ante el halago.

—¿En serio? —preguntó con timidez.

—De verdad. No te miento. ¿Cómo te llamas? —inquirió él, sonriente.

—Beth Arundel.

Al oír ese nombre, el muchacho pareció recordar algo.

—Sí, tú eres amiga de mi prima Melinda. Soy Branwell Dickinson. Melinda no ha dejado de hablar de ti durante las vacaciones.

Beth se ruborizó, aunque no sabía si por la cercanía de Branwell, o por el hecho de que su amiga no dejara de hablar de ella.

—Lo que no mencionó es que eras una artista. Y buena, además. Yo soy pésimo para el dibujo. Sólo soy bueno en álgebra. ¿A ti qué tal se te da?

—Bueno, bien, aunque no es mi asignatura favorita.

—La mía tampoco. Prefiero la música.

Branwell la invitó a sentarse en la hierba junto a él.

—Tienes la edad de mi prima ¿verdad?

—Sí, tengo ocho años, aunque pronto cumpliré nueve.

—Yo acabo de cumplir doce.

—¿A qué escuela vas? —preguntó Beth, ya con más confianza.

—A Eton, dentro de una semana estaré allí de nuevo. ¿Y qué te parece Graham?

—Me gusta, aquí estoy contenta—respondió Beth, sonriente.

Branwell puso una mueca de asombro.

—¡Vaya! No he conocido a nadie que diga que le gusta la escuela. Todo el mundo prefiere estar en su casa.

—Pues yo no. Si por mí fuera, nunca volvería a casa—afirmó Beth, tajante.

Branwell la miró con cierta lástima.

—¿No eres feliz en tu casa?

—No, nunca lo he sido. Mi padre no me quiere, y mi madrastra tampoco—contestó Beth con tristeza.

—¿No tienes madre?

—No, murió hace un tiempo.

—Lo lamento—dijo él, apenado.

Beth lo miró, y volvió a ruborizarse ante esos ojos azules que la observaban con ternura.

—Y tú tienes padres ¿no?

—Pues no. Mi madre murió al nacer yo, y mi padre murió hace un par de años; vivo con mis tíos desde entonces. Pero al contrario que tú, sí soy feliz en casa. En eso he tenido suerte.

Beth se alegró de saber que, al menos, a pesar de la pérdida, Branwell era feliz. El muchacho notó la tristeza en el rostro de la pequeña, y decidió que era el momento de cambiar de tema.

—Oye, ¿qué te parece si terminas el dibujo y me lo regalas? Me encantaría ponerlo en mi cuarto en Eton. Así puedo presumir de que conozco a una artista—dijo Branwell, decidido y sonriente.

Beth sonrió dulcemente, y se puso a terminar el dibujo bajo la atenta mirada de Branwell. Una vez lo terminó, se lo entregó. El muchacho sonrió, enrolló el dibujo, y lo guardó.

A continuación, agarró la mano de Beth y le dio un beso en el dorso. La niña se tensó ante el gesto, ya que no estaba acostumbrada, y Branwell sonrió al ver sus mejillas sonrosadas.

—No se asuste, señorita Arundel. Es solo una muestra de gratitud—dijo él, guiñando un ojo.

En ese momento, oyeron que alguien se acercaba. Era Melinda, que venía con el pelo recogido en un moño trenzado, con su vestido color malva y una enorme sonrisa. Se dirigió directamente a Beth y le dio un fuerte abrazo.

—¡Beth, te he echado de menos! —Al separarse, se dio cuenta de que su

primo estaba allí de pie—. ¡Branwell! Mis padres te están buscando, ya están preparados para irse. Me han dicho que, si te veo, te lo diga.

—Bueno, pues ya es la hora—dijo Branwell. Entonces, miró a Beth—. Encantado de conocerte, Beth, y espero que nos veamos otro día. —Después miró a su prima—. Melinda, sé buena—le advirtió con sorna. Su prima le sacó la lengua en respuesta.

Branwell se alejó de allí, dejando a Beth con el corazón latiendo desbocado. Todavía podía notar el calor de los labios del joven en el dorso de su mano. Se sentía como una princesa que acababa de encontrar a su caballero de la brillante armadura.

Durante la cena y el resto de la tarde, Melinda no dejó de hablar de lo que había hecho en sus vacaciones. Un viaje a Francia, visitas a familiares en el campo, y paseos a caballo, entre otras muchas cosas. Beth parecía que la escuchaba, pero no era así. Todavía seguía pensando en Branwell, en sus hermosos ojos azules, y en su dulce sonrisa. Sentía que había encontrado a alguien que entendía perfectamente lo que era estar solo en el mundo, alguien que valoraba sus dibujos como algo más que simples garabatos.

En los días posteriores, Beth acudió a la biblioteca de la escuela en busca de libros cuya temática se alejaba de sus lecturas habituales, ya que solo había leído cuentos y novelas de carácter costumbrista, además de la Biblia. Pronto encontró, en un rincón oculto, una serie de libros de poesía, donde los sentimientos amorosos se expresaban empleando apasionadas y hermosas palabras.

Gracias a eso, pudo entender en parte lo que su corazón estaba sintiendo. Amor, añoranza, anhelo. Sentía amor al recordar a su madre, pero era un afecto distinto, que no se podía comparar con aquel.

Se pasaba los días pensando en Branwell, y notaba mariposas en el estómago cada vez que Melinda mencionaba algo sobre él. Esto demuestra claramente que el amor no tiene edad, y que puede llegar en cualquier momento.

Decidió no mencionar este asunto a Anne, porque seguramente no aprobaría que, siendo aún una niña, pensara en esas cosas de adultos.

Pasado un tiempo, llegaron buenas noticias de Escocia, aunque no se trataba de una pronta visita a la escuela Graham. Anne y Angus iban a ser padres, y a Beth le emocionó enormemente esta noticia. Como no tenía dinero ni medios para hacerles un regalo, les envió uno de sus dibujos. En él se veía

una hermosa vista de un castillo y unas montañas. Era la imagen que Beth tenía en su cabeza de la mágica y misteriosa Escocia.

El matrimonio recibió el regalo con alegría y colocaron el dibujo en una de las paredes del salón de su casa. A pesar de sentirse feliz, Anne no pudo evitar derramar unas lágrimas al darse cuenta de que, de nuevo, no podría visitar a Beth.



Finalmente, llegaron las vacaciones de Navidad. Ese año había nevado bastante, y los alrededores de la escuela lucían un hermoso manto blanco. Las alumnas disfrutaban jugando en la nieve en los ratos libres, y se respiraba un ambiente de alegría ante la inminente vuelta a casa. Como siempre, Beth se quedaría en la escuela, junto con la señorita Hart y otras alumnas.

Melinda se despidió de Beth con tristeza, pues quería pasar las vacaciones con ella. Como recompensa por su ausencia, prometió traerle algún regalo.

Toda la escuela estaba decorada con motivos navideños hechos por las alumnas, y se celebró una cena de Navidad, donde todos rieron y conversaron como algo excepcional, aprovechando la ausencia del reverendo Colton, que estaba celebrando la Navidad en su casa con su familia.

Beth se sentó al lado de la señorita Hart durante la cena. Gracias al carácter más permisivo de la maestra, las alumnas se sentían más confiadas a la hora de expresarse.

—¿Tiene usted familia, señorita Hart? —preguntó Beth.

—Sí, pero no viven en Inglaterra.

—¿Y dónde viven?

—En Bombay, donde yo nací.

—¿Bombay? ¿Eso dónde está? —preguntó otra de las niñas.

—En la India—contestó la señorita Hart.

Las niñas abrieron la boca y los ojos, sorprendidas. Nunca habían conocido a alguien que viniera de tan lejos.

—¿Es verdad que allí hay tigres? —inquirió una.

—Sí. Y otros animales muy peligrosos.

—¿Usted ha visto alguno? —preguntó Beth con curiosidad.

—Una vez, en la selva, cuando era niña.

Todas la miraron, asombradas. De repente, la señorita Hart se había convertido en un personaje exótico.

—¿Y ha visto monos? —preguntó otra.

La señorita Hart se rio.

—Sí, de hecho, tuve uno de mascota cuando era pequeña. Uno de nuestros sirvientes lo amaestró.

Beth miró a su maestra con devoción. Observaba sus movimientos, su forma de comer, su actitud calmada. Allí estaba esa mujer, venida del lejano Oriente, donde estaba lo desconocido, hablando de animales salvajes sin inmutarse, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Algún día me encantaría viajar a esos lugares que usted conoce, señorita Hart—comentó Beth casi con vergüenza.

La señorita Hart la miró con ternura.

—Por supuesto que irás a lugares maravillosos, Beth. Todas vosotras, algún día, saldréis ahí fuera, y viviréis miles de aventuras, conoceréis lugares maravillosos y cada una viviréis una vida diferente. Yo, cuando era niña, jamás me imaginé que viviría en Inglaterra. En aquel entonces, era un lugar lejano y extraño para mí. Sin embargo, un buen día, conseguí lo que me propuse con tesón y esfuerzo. Y, sobre todo, creyendo en mí y en mi fuerza de voluntad. Nada es imposible, aunque creamos que sea así. Y lo más importante, lo que nunca debéis olvidar. Los golpes que la vida os dé hoy son lecciones que os servirán mañana—dijo esto último mirando a Beth.

Esa noche, Beth se fue a dormir con la certeza de que algún día su vida cambiaría. Si una mujer como la señorita Hart había cruzado medio mundo para alcanzar su sueño, ella encontraría su camino.

Ya había decidido que sería maestra o institutriz. Le gustaba la escuela, y le encantaba ayudar a Melinda con sus deberes, pues su amiga no era buena en los estudios. Ayudando a sus compañeras se sentía realizada y útil. Al menos, ya tenía un objetivo, una meta. Eso era un buen comienzo.

Una vez terminaron las vacaciones de Navidad, Melinda regresó a la escuela Graham y trajo un regalo para Beth. Se trataba de un pañuelo de seda de color lavanda. Beth, agradecida, le dio un abrazo a su amiga. Entonces, Melinda sacó otro paquete y se lo entregó. Este era más grande.

—Esto es de parte de Branwell.

Beth se ruborizó y se apresuró a abrirlo. Era un estuche de pinturas, con distintos pinceles, lápices y acuarelas. Casi lloró de la emoción al verlo. Dentro había una nota. La abrió y la leyó:

<<Para mi artista favorita, espero que te guste y que hagas hermosos

dibujos. Si puedes, haz alguno para mí. Con afecto, Branwell.>>

Beth abrazó la nota, gesto que Melinda no entendió. A continuación, la guardó entre las hojas de su cuaderno y metió el estuche en un cajón.

—Branwell estuvo todo el tiempo preguntándome por ti. Y me ha dicho que tiene puesto tu dibujo en su cuarto, y que sus compañeros se quedaron impresionados. ¿Por qué tiene él un dibujo tuyo y yo no? —preguntó Melinda, indignada, cruzándose de brazos.

Beth se rio.

—Porque me lo pidió. Además, tú has sido mi modelo. Pero haré uno especial para ti, te lo prometo—respondió, emocionada.

Melinda pareció conforme, y enseguida se llevó a Beth afuera a jugar con la nieve. En todo ese tiempo, no había tenido noticias de su padre, que ni siquiera le había mandado una postal navideña. En cambio, Anne le envió una caja con un regalo. Era una preciosa bufanda de color rojo, que la niña llevó el resto del invierno. Ahora allí, jugando en la nieve, sonreía y reía con libertad. Se sentía libre por no tener miedo a que la regañaran solo por ser ella, Beth Arundel. A partir de aquellas vacaciones, su vida continuó feliz.

## CAPÍTULO 5

*Ocho años después...*

Los años y las estaciones se fueron sucediendo. Durante todo ese tiempo, Beth permaneció en la escuela Graham, sin regresar a Ascot Park y sin tener noticias de su padre. Lo único que sabía es que seguía pagando para que Beth permaneciera en la escuela. Aunque en realidad eso lo hacía su administrador, que era quien se ocupaba de las finanzas.

Anne finalmente cumplió su promesa de ir a visitarla, aunque tardó bastante tiempo. El reencuentro se produjo cuando Beth cumplió los doce años, y ambas se abrazaron y conversaron durante horas.

Por aquella época, su amistad con Melinda ya estaba más que consolidada, y en un momento dado, Beth le confesó lo que sentía por Branwell. Su amiga, emocionada, decidió hacer todo lo posible para propiciar encuentros entre ellos, siempre instando a Branwell a visitar la escuela cada vez que se veían o se escribían.

Beth conservaba aún el cuaderno y el estuche que él le regaló. Conocía tan bien los rasgos de Branwell, que ya había hecho unos cuantos retratos de él a lo largo de los años, sin necesidad de que él posara para ella. Retratos que conservaba con sumo secretismo en su cajón, fuera del alcance de la señorita Easton y su estricta moral.

Cuando Beth cumplió los dieciséis años se graduó, y consiguió un empleo como ayudante de la señorita Hart en la escuela Graham. Se prepararía a conciencia para convertirse en profesora o institutriz bajo la supervisión de su ejemplo a seguir.

Por el contrario, Melinda y las demás compañeras se preparaban para abandonar la escuela para siempre.

El final de curso había llegado, y era el último día de escuela antes del comienzo de las vacaciones de verano. Beth ya se había instalado en el área de profesores, y tenía su propio cuarto, junto al de la señorita Hart.

Por la tarde, cuando las clases ya habían terminado, fue a buscar a Melinda. Esta estaba junto a su cama, terminando de preparar su maleta, con la

ayuda de Betty, su doncella, que había venido para acompañarla en el viaje de vuelta a casa. Beth se acercó sigilosamente, pero Melinda alzó la vista y sonrió al verla.

—¿Ya tienes todo preparado? —preguntó Beth.

—Casi. Sólo falta terminar de hacer esta maleta. No me había dado cuenta de todo el tiempo que llevo aquí hasta que he empezado a guardar mis cosas. Han sido muchos años.

—Sí, desde luego que sí—respondió, pensativa.

—Beth, he hablado con mi madre por carta, y como durante el verano no tendrás trabajo, me ha dicho que estaría encantada de que pasaras unos días con nosotros en nuestra casa de Brighton. Siempre vamos allí a pasar unos días en verano.

Beth se sintió halagada ante la invitación.

—Oh, Melinda, me encantaría, pero no sé. Son vuestras vacaciones en familia. No quiero molestar.

—¡Tonterías! Además, la idea fue mía. Beth, siempre te quedas aquí sola. Tienes que ver algo de mundo. —Melinda se acercó a Beth, y agarró sus manos entre las suyas—. Escucha, tú ya eres parte de mi familia. Eres como una hermana para mí. Así que, por favor, ven a pasar unos días con nosotros. ¡Me haría mucha ilusión! —aseveró con una mirada de súplica.

Beth suspiró con resignación, y acabó cediendo.

—Está bien. Iré.

Melinda dibujó una enorme sonrisa, y dio un salto de alegría.

—¡Estupendo! Entonces, en cuanto te dejen libre, vienes a Brighton. Nosotros estaremos allí dentro de una semana.

—Hablaré con la señorita Hart, y veré cuando puedo ir.

—De acuerdo. —Melinda se dio la vuelta y cogió su bolso, que estaba encima de la cama. Rebuscó en él y sacó una tarjeta, que le entregó a Beth—. Esta es nuestra dirección en Brighton. Puedes ir cuando quieras. Te estaremos esperando. Y Branwell también—comentó, con una mirada llena de picardía.

En ese instante, Beth sintió calor en sus mejillas. Cada vez que se mencionaba el nombre de Branwell le ocurría lo mismo. Sonrió tímidamente, y dejó que Melinda siguiera haciendo su equipaje.

Al día siguiente, se despidieron en la entrada de la escuela. Se abrazaron y Melinda lloró debido a la emoción.

—No puedo creer que ya me vaya a ir de aquí. Y que, además, esté

llorando por ello—comentó Melinda.

—Ya verás como todo irá bien.

—Eso espero, Beth. Y yo espero que algún día puedas salir de aquí. Aunque estoy segura de que eso sucederá muy pronto—aseveró, convencida.

La doncella se acercó a ellas y les indicó que ya era hora de partir. Melinda y Beth volvieron a abrazarse, y se despidieron, prometiendo verse de nuevo en Brighton. El carruaje se alejó de la escuela, y Beth permaneció allí un buen rato. Ya estaba casi anocheciendo, y decidió pasear por los alrededores.

Sin darse cuenta, llegó hasta el viejo almendro de la escuela, el lugar donde se había encontrado por primera vez con Branwell.

De repente, recordó aquellos primeros días en los que todo era nuevo para ella. La escuela se había convertido en un atípico hogar donde se sentía segura.

Al pensar en el viaje a Brighton, sintió un poco de miedo. Hacía años que no salía al mundo exterior, y no sabía lo que se encontraría. Aunque en el fondo, deseaba ver lo que había fuera de los muros de la escuela.

Y, sobre todo, la idea de volver a ver a Branwell le alegraba el corazón. Ese corazón que latía desbocado con solo escuchar su nombre. No le importaba que él no la quisiera, estaba segura de que siendo él un hombre apuesto, habría encontrado ya a su futura esposa. Se conformaba con conversar con él y disfrutar de su compañía. Eso era mejor que nada.

Una suave brisa con olor floral la alejó de sus cavilaciones, y se dio cuenta de que apenas había luz. Era hora de regresar a la escuela.



*Brighton, dos semanas después...*

El carruaje se adentró en las calles de la ciudad costera, y enseguida una suave brisa marina entró por las ventanillas. El viaje había transcurrido sin problemas, y por fin había llegado a su destino. Era un precioso día soleado, y las calles estaban llenas de gente. Beth sonreía ante tan hermosa visión.

Nunca había tenido la oportunidad de ver el mar, ni de sentir el aire marino. Cerró los ojos, respiró hondo y sonrió. Aquello prometía ser una verdadera aventura, algo emocionante. Además, tenía ganas de ver a Melinda.

En esas dos semanas, había notado la ausencia de su amiga, que era quien ponía luz a sus días más sombríos.

Por fin llegó a la puerta de la casa de los Dickinson. Se trataba de una casa de verano de tres plantas, con la fachada de color blanco, y enormes ventanas. Estaba situada entre casas señoriales, con vistas al mar.

No hizo falta llamar, porque Melinda abrió la puerta en cuanto vio llegar el carruaje. Se abalanzó sin previo aviso sobre su amiga al grito de << ¡Beth!>>, y la abrazó con tanta fuerza, que casi pierden el equilibrio y acaban cayendo al suelo. Beth consiguió mantener la compostura, y sonrió ante la efusividad de su amiga.

—¡Me alegra tanto que hayas venido! —exclamó Melinda separándose de ella, sonriente y entusiasmada.

Entonces, apareció Branwell, y el color rojo se adueñó de las mejillas de Beth. Iba con su pelo rubio algo despeinado por la brisa, su mirada azul resplandecía, y vestía una camisa blanca de lino y unos pantalones azules claros. Se acercó a Beth, agarró una de sus manos, y besó el dorso.

—Bienvenida a Brighton. Ha pasado mucho tiempo—dijo Branwell, mirándola a los ojos y dedicándole una sonrisa.

Beth se puso nerviosa, aunque pudo responder sin que se le notara.

—Gracias. Sí, ha pasado mucho tiempo.

Branwell soltó su mano, pero no se alejó de ella. Se sentía cómodo y alegre siempre que Beth estaba cerca de él. La joven le agradaba mucho, y a lo largo de aquellos años, había notado que se había convertido en una muchacha madura y serena. No era particularmente hermosa, no era una belleza, aunque tenía algo especial. Algo que hacía que los demás se sintieran bien en su compañía. De repente, Melinda agarró a Beth del brazo.

—Bueno, vamos adentro, estarás cansada después del viaje. No te preocupes, Smith se ocupará del equipaje—dijo Melinda, conduciéndola al interior de la casa.

Entraron en el salón, donde estaban lord Dickinson y *lady* Dickinson. Después de los pertinentes saludos, Melinda la acompañó al cuarto de invitados, y le informó que esa misma tarde darían un paseo al atardecer por la playa, para que viera las hermosas puestas de sol.

Beth tuvo ocasión de cambiarse y descansar un rato, a pesar de que Melinda la instaba a estar con ella y recuperar el tiempo perdido.

Por la tarde, Branwell, Melinda y ella se fueron a la playa a dar el esperado paseo. Para Beth, aquella fue una experiencia muy especial. Le

encantaba sentir la fina arena bajo sus pies, y poder escuchar el sonido de las olas. Observaba a las gaviotas volando en el horizonte, y los colores que mostraba el cielo al atardecer. Era una visión preciosa, digna de ser plasmada en un cuadro.

—Dentro de dos meses, haré mi presentación en sociedad, en la temporada—comentó Melinda, entusiasmada.

—¿Y estás nerviosa? —preguntó Beth.

—Un poco. Pero no estaré sola. Branwell será mi guardián—contestó mirando a su primo, que caminaba a su lado.

—Lo dices como si fuera necesario que te vigilara. ¿Debería preocuparme? —inquirió en tono burlón.

—No, por ahora—advirtió Melinda, riéndose.

—Estoy segura de que todo irá bien—dijo Beth, convencida.

—Ojalá, es lo que más deseo. Conocer a un apuesto pretendiente—comentó Melinda, soñadora.

—¿Y tú, Beth? ¿No piensas en el matrimonio? —inquirió Branwell con interés.

Melinda frunció el ceño.

—¡Branwell! Esas cosas no se preguntan, y menos a una señorita. Es cosa suya. ¿Verdad, Beth?

—No te preocupes, Melinda, no me molesta. —Entonces miró a Branwell—. No es que no haya pensado en el matrimonio, es que nadie me ha hecho una proposición.

Branwell asintió, pensativo. No le extrañaba la respuesta. Teniendo en cuenta que no había salido nunca de la escuela, era lógico que no tuviera pretendientes.

—Entiendo. —Se limitó a responder.

—A eso hay que ponerle remedio. Estoy segura de que Branwell puede presentarte a algún amigo suyo. ¿Verdad, primo? —inquirió Melinda.

—Melinda, por favor, eso no es necesario. —Se apresuró a decir Beth.

—Aunque ahora que lo pienso. Eres hija de un barón. Se supone que deberías presentarte en sociedad para así poder pescar un buen partido.

Branwell se rio.

—Melinda, hablas como la tía con eso de pescar un buen partido.

Melinda frunció el ceño.

—Bueno, ¿y cómo quieres que lo diga? Es la mejor forma de expresarlo. Quiero que Beth, que es como mi hermana, encuentre a un buen hombre que la

trate como a una reina.

Beth se enterneció ante el comentario de su amiga.

—A mi padre no le importa con quién me case. Así que no hace falta que me presente en sociedad.

—Sí, pero estoy segura de que tu hermana habrá tenido su propio baile de presentación—dijo Melinda, indignada.

Branwell frunció el ceño.

—¿Tienes una hermana?

A Beth no le gustaba hablar de Rose, pero aun así respondió:

—Sí, bueno, en realidad es mi hermanastra. Es hija de la esposa de mi padre, aunque él la adoptó, y eso nos convierte en hermanas. Se llama Rose. Pero no tenemos relación; hace años que no la veo.

Branwell se sintió un poco molesto ante la actitud de lord Arundel con su hija.

—No entiendo cómo puede tratarse a un hijo de forma diferente. Me parece que eso no dice nada bueno de él como ser humano. Por favor, Beth, no te ofendas. Pero si yo tuviera dos hijas, las querría por igual, dándoles las mismas oportunidades.

Beth se sintió feliz ante la afirmación de Branwell. Ahora lo quería más todavía.

—No te preocupes, no me ofende. Al contrario, agradezco el comentario—respondió, casi temblando de la emoción.

Branwell la miró, y le encantó ver su rostro ruborizado. De repente, sintió enormes deseos de abrazarla, pero se contuvo, debido a la presencia de su prima.

Llegaron a una pequeña cala, y se sentaron sobre unas rocas. Desde allí, las vistas eran maravillosas. El sol empezaba a ocultarse en el horizonte, provocando una mezcla intensa de colores en el cielo, que pronto se llenaría de estrellas.

—¿Te gusta, Beth? —preguntó Melinda.

—Sí, es precioso—contestó Beth, maravillada ante las hermosas vistas.

Branwell no dejaba de observarla. Le parecía más interesante ver el rostro de Beth, que, con aquella luz dorada, resplandecía de una manera especial. Sus cabellos se deslizaban hacia atrás con la brisa marina, y se fijó en que sus labios eran carnosos y muy deseables. No entendía lo que le estaba pasando. De hecho, ahora lamentaba la presencia de Melinda más que nunca. Quería disfrutar de la compañía de Beth a solas.

En ese instante, sus miradas se encontraron. Ella apartó la mirada rápidamente, nerviosa, y Branwell actuó del mismo modo, sintiéndose un poco confuso. No sabía qué hacer con aquellos sentimientos que estaban empezando a despertarse en su interior.

Seguramente, ella no estaba interesada en él. No era esa clase de mujer apasionada que a él le gustaba. Ella era la rectitud y la sensatez personificadas. Y a pesar de todo, había algo en ella que lo atraía irremediabilmente, y que le hacía desear estar a su lado.

Durante los días siguientes, los paseos y las reuniones sociales se sucedieron. Beth se dio cuenta de que Branwell solía estar siempre rodeado de bellas mujeres, que caían rendidas a sus pies, aunque él mantenía las distancias. Al fin y al cabo, era el heredero del duque de Lewes, y era natural que captara la atención de las jóvenes casaderas. Esto igualmente era una tortura para su enamorado corazón, que anhelaba sus atenciones.

Él, mientras, la observaba sin que ella se diera cuenta. Estudiaba sus gestos y se deleitaba escuchando su voz, fascinado por su elocuencia y sabiduría. Era una mujer realmente interesante y encantadora. Un ser maravilloso, casi celestial. Cuando no estaba al alcance de su vista, sentía el enorme deseo de verla, de estar con ella. Y cuando le sonreía, su corazón daba saltos de alegría.

Un buen día, Beth tuvo la oportunidad de tener un momento de soledad. Se dirigió a la playa para poder dibujar. Se llevó su cuaderno y sus lápices, y se sentó en la arena, sobre una manta. Eran las tres de la tarde, y no había apenas gente a su alrededor.

Estaba tan concentrada, que no se dio cuenta de que Branwell la observaba a su espalda. Estuvo un buen rato ahí, mirándola, embelesado.

Después de unos minutos, decidió acercarse a ella, algo que sobresaltó a Beth, que no se lo esperaba.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Branwell.

Beth asintió.

—Por supuesto—respondió, dedicándole una tímida sonrisa.

A pesar de que estaba acostumbrada a su presencia, se puso un poco nerviosa. Branwell se mantuvo en silencio mientras ella seguía dibujando. Observó el dibujo. Era la playa que tenía delante de sus ojos. Branwell llegó a la conclusión de que Beth no había perdido un ápice de su talento. Al contrario, había mejorado su técnica con los años.

—¿Sabes? Aún conservo aquel dibujo que me hiciste—comentó

Branwell.

Beth lo miró, asombrada.

—¿De verdad?

—Sí. Ahora lo tengo en mi habitación en Londres. Espero que pronto otro le haga compañía—respondió, mirándola.

Beth sonrió.

—Desde luego que sí. De hecho, por aquí tengo alguno.

Beth miró en su cuaderno, buscando algún dibujo que pudiera gustarle a Branwell. De repente, un suave golpe de viento provocó que se desprendieran varias hojas, que acabaron cayendo sobre la arena. Entre ellas había varios retratos de Branwell.

Este los cogió, a pesar de que Beth no quería que los viera, ya que eran la muestra del amor que sentía por él. Para mayor angustia de ella, él se puso a examinarlos. Estaba sorprendido, pero a la vez, feliz. Esto demostraba que ella pensaba en él. La miró, y vio que estaba totalmente avergonzada.

—Son retratos que hago. Si quieres, puedes quedártelos—comentó, apurada.

Branwell los dejó sobre la manta, y se acercó más a Beth, que lo miró, desconcertada. Él, sin dejar de observarla, se quedó a unos centímetros de su rostro. Ella permaneció inmóvil y tragó saliva. Entonces, él la besó dulcemente en los labios. A continuación, agarró su rostro entre sus manos, y profundizó el beso aún más. Beth sintió mariposas revoloteando en su estómago. Saboreó los labios de Branwell, y casi lloró de la emoción. Si era un sueño, no quería despertarse. Unos instantes después, él se separó de ella, y Beth se recompuso como pudo.

—Branwell, ¿qué significa esto? —preguntó ella, con emoción en la voz.

—Significa que te quiero—contestó él con la respiración entrecortada—. Beth, no sé cómo ni cuándo ha sucedido. Solo sé que te quiero, y que deseo estar contigo. Ahora que he visto estos retratos, mis dudas han desaparecido. Sé que tú también sientes lo mismo.

Beth cerró los ojos.

—Dime que esto no es un sueño. Que, si abro los ojos, tú seguirás estando aquí.

Él sonrió, y volvió a besarla tiernamente. Beth abrió los ojos cuando él dejó de besarla. No era un sueño. Branwell la sonreía. A ella. Solo a ella. Ahora convencida, y libre de miedo y dudas, le rodeó la nuca con sus brazos.

—Yo también te quiero, Branwell. Desde hace mucho tiempo—confesó,

entusiasmada.

—¿De verdad? —preguntó él, acariciándole el cabello.

Beth asintió. A continuación, se fundieron en un abrazo, y después vinieron más besos. Los dos se mostraban sonrientes, locos de amor, felices. Poco o nada les importaba el mundo en ese momento.

—Entonces, ¿por qué esperar? Beth Arundel, ¿me harás el honor de ser mi esposa? —inquirió, mirándola con ternura.

Beth sonrió, emocionada.

—Sí, Branwell Dickinson, seré tu esposa.

Ese mismo día, durante la cena, anunciaron a los duques de Lewes su compromiso. Melinda dio saltos de alegría, y abrazó a los futuros novios con efusividad. Los duques se alegraron, pero hicieron hincapié en el asunto de la formalidad y la etiqueta. Antes de casarse, debían comunicar la noticia al barón de Ascot, padre de la novia, que debía dar su consentimiento. Beth sabía que ese día llegaría, puesto que era lo que se debía hacer, aunque a su padre le importara poco o nada su existencia.

Durante los días que le quedaban de estancia en Brighton, Branwell y ella apenas se separaron. Aprovechaban su tiempo juntos dando largos paseos por la playa, conversando hasta altas horas de la noche, e intercambiando caricias y besos cuando nadie los veía. Ambos se mostraban pletóricos y enamorados, disfrutando de su mutua compañía antes de la despedida.

Beth no cabía en sí de gozo, se sentía dichosa. Su cara sonriente y su mirada risueña eran el reflejo de su ánimo.

Branwell estaba contento y gratamente sorprendido. Su prometida era una mujer apasionada, que le demostraba siempre lo mucho que le quería con ardientes besos y tiernas caricias. Se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Finalmente, llegó el momento de regresar a la escuela Graham. Branwell le hizo la solemne promesa de ir a buscarla dentro de un año, el tiempo suficiente para arreglar sus asuntos económicos, ya que, como futuro heredero del duque de Lewes, debía prepararse para comenzar a administrar los negocios y las propiedades familiares. Después irían a visitar a su padre a Ascot Park para pedirle su consentimiento. Beth estaba preocupada ante el hecho de visitar su antiguo hogar en un futuro próximo.

—Beth, no te preocupes. Todo saldrá bien—aseveró Branwell, acariciando su rostro y dándole un beso en la frente.

—Deseo que el tiempo pase muy deprisa—dijo Beth, abrazándole.

—Yo también, mi vida—respondió Branwell, estrechándola entre sus brazos—. En un año iré a buscarte, y entonces nos casaremos. ¿De acuerdo?

Beth asintió, y finalmente se apartó de él para subir al carruaje que la llevaría de vuelta a la escuela. Odiaba tener que separarse de él, pero era importante no precipitarse. Lo bueno se hacía esperar.

## CAPÍTULO 6

Cuando Beth regresó a la escuela, era una muchacha diferente. Su actitud hacia la vida, que antes era moderada y casi sombría, ahora era absolutamente distinta. Veía el mundo que la rodeaba desde un punto de vista más optimista. Su corazón se debatía cada día entre la tristeza por estar lejos de Branwell, y la alegría al pensar que pronto estarían juntos para siempre.

La ajetreada rutina que se estableció después del letargo de las vacaciones de verano, cuando no había apenas nada con lo que mantenerse ocupada, ayudó a que los días, las semanas y los meses parecieran transcurrir con mayor rapidez.

También ayudaba el hecho de que cada semana recibía correspondencia de Branwell o de Melinda, que ahora estaba instalada en Londres, asistiendo a los bailes de la temporada.

<<Querida Beth,

Espero que cuando leas esta carta estés bien, aunque deduzco que la tristeza te acompañará debido a lo lejos que estás de Branwell. No te preocupes, entiendo que apenas echas de menos a tu amiga del alma, porque tu amor por mi primo ocupa un espacio especial en tu corazón y en tu mente. Espero que el hecho de estar atareada, te ayude a sobrellevarlo.

Debo decirte que apenas veo a Branwell porque está siempre ocupado. Está haciendo su mayor esfuerzo por aprender todo lo necesario para hacerse cargo del patrimonio de mi padre, y así poder volver a verte cuanto antes.

Yo también ando ocupada estos días. Asisto casi todas las noches a alguna velada, donde nunca me faltan pretendientes que me invitan a bailar. A pesar de esto, aún no he conocido a ningún caballero que me convenga. Ya sabes que el amor para mí no es importante en esta cuestión, aunque sí que me gustaría conocer a algún hombre apuesto de buena posición.

Querida amiga, estoy deseando que llegue el día en que por fin te conviertas en un miembro de mi familia. Será maravilloso poder vernos todos los días. Porque, claro está, viviréis en Londres. Así será como si no hubiera pasado el tiempo y estuviéramos en la escuela, aunque mucho mejor. A pesar de que tengo amigas aquí, ninguna es como tú, Beth. Contigo puedo hablar de

cualquier cosa, mientras que con las demás, las conversaciones son mucho más tediosas.

De nuevo, espero que todo vaya bien. Por favor, manda recuerdos a la señorita Hart de mi parte.

Con afecto,  
Tu hermana Melinda.>>

Beth deseaba que, en alguno de esos bailes, su amiga Melinda encontrara a un hombre bueno, del que quizás no se enamorara al principio, ya que los matrimonios de conveniencia eran algo común entre la alta sociedad. Pero sí alguien que consiguiera poco a poco llegar a su corazón.

A Melinda nunca pareció importarle el asunto del matrimonio por amor. Su amiga era mucho más realista y práctica, y eso era una ventaja. Así sabría siempre a qué atenerse. Beth se sentía afortunada por el hecho de que a su padre no le importara su porvenir, porque, si por él fuera, la casaría con el hombre más cruel y despiadado del mundo, convirtiéndola así en una mujer desgraciada.

La actividad en las aulas era incesante. Beth ejercía como ayudante de la señorita Hart, pero poco a poco le fueron asignando más responsabilidades, gracias a su buen hacer.

A veces, cuando era necesario, sustituía a la señorita Hart durante las lecciones, y demostraba ser una maestra que sabía imponer la disciplina con mano de hierro envuelta en guante de seda. Pronto se ganó el cariño de las alumnas, que solían acudir a ella siempre que tenían algún problema. Beth era perfectamente capaz de empatizar con cada una de ellas, especialmente con aquellas que preferían la soledad y a las que les costaba más socializar.

En uno de aquellos días, cuando el otoño acababa de llegar y las hojas empezaban a caer de los árboles, Beth se despertó animada y contenta. Había tenido un hermoso sueño.

En él, estaba sentada delante del viejo almendro en soledad, meditando, cuando, de repente, alguien le tapó los ojos. Una voz masculina preguntaba si sabía quién era, y ella lo adivinó enseguida. Sonriente, pronunció el nombre del hombre de sus sueños <<Branwell>>. Este apartaba sus manos y entonces se besaban. Durante el resto del sueño, solo se dedicaron a darse caricias y besos.

En un momento dado, Branwell le daba la noticia de que su padre había

dado su consentimiento, y que se casarían esa misma tarde en el jardín de la escuela, el lugar donde se conocieron años atrás. Pero justo cuando iban a marcharse para prepararse, Beth se despertó. Ahí terminó el sueño.

A pesar del abrupto final, Beth se sentía pletórica, y cuando bajó a las cocinas a desayunar, iba canturreando, risueña y soñadora.

Colocó sobre la mesa su cuenco del desayuno, y se sentó frente a la señorita Hart, que la miraba, divertida.

—Vaya, hoy pareces estar animada.

Beth no pudo evitar dibujar una sonrisa.

—Sí, estoy contenta, señorita Hart.

—Supongo que habrás tenido un sueño agradable.

—Sí, desde luego que sí.

—No me des detalles, puedo imaginar quién aparecía—dijo mientras se servía unas gachas—. Me alegra verte así. Una boda siempre es una buena noticia. Además, ya queda poco tiempo ¿no?

Beth se entristeció en ese instante.

—Bueno, aún queda seis meses.

—¡Oh, pero seis meses pasan muy deprisa! Ya lo verás. Cuando quieras darte cuenta, tu prometido estará en la puerta de la escuela buscándote.

Beth sonrió ante la perspectiva de ver a Branwell pronto. En ese momento, entró una de las ayudantes de la escuela, y repartió el correo. Beth, como cada semana, recibió una carta. Miró el remitente: Era Branwell.

Se dio prisa en terminar su desayuno, y se fue a su cuarto, aprovechando que aún tenía tiempo antes de que empezaran las clases. Una vez allí, abrió la carta.

<<Querida Beth,

¿Cómo estás? Yo echándote terriblemente de menos. Cada día me es más difícil soportar tu ausencia. Si por mí fuera, partiría ahora mismo para ir a buscarte y traerte conmigo. Pero debo ser fuerte.

Las cosas por aquí van bien. Estoy aprendiendo mucho bajo la supervisión de mi tío y su administrador, y cada día tengo más responsabilidades. Parece ser que algo debo estar haciendo bien.

Aunque todavía quedan unos cuantos meses para vernos, sería recomendable que escribieras a tu padre, para hacerle partícipe de nuestros planes. Sé que no te gusta la idea de ir a Ascot Park, pero mis tíos insisten en ello.

Te aseguro que para mí es una mera formalidad, porque no necesito la

aprobación de nadie para casarme contigo. Si es necesario podemos ir a Gretna Green y casarnos allí. Yo con tal de estar contigo, haría lo que fuera, Beth, sin importarme el resto del mundo.

¿Sabes? Ayer estuve en los jardines de Saint James y me detuve a ver los hermosos rosales que hay allí. Me fijé en una hermosa rosa de color blanco, que destacaba entre todas las demás. Me llamó mucho la atención, porque no parecía que encajara en ninguna parte. Y entonces me acordé de ti.

Para mí, tú eres esa rara flor que crece junto a las demás, y que pasa desapercibida ante los ojos del resto del mundo. Yo he tenido la suerte de encontrarte, y no pienso dejarte marchar. Te quiero y pienso en ti cada día. Sólo te pido paciencia y comprensión, mientras yo sigo luchando para tener un futuro mejor para los dos.

Tuyo para siempre,  
Branwell.>>

Beth se llevó la misiva al pecho, como abrazando a Branwell en su mente. Todos esos años, él había sido el protagonista de sus sueños infantiles más hermosos. Los años no redujeron el tamaño de ese amor. Al contrario, este fue creciendo día a día. Era el dueño de su corazón y sus pensamientos, el hombre a quien siempre esperó.

Durante las terribles noches en las que dormía en la torre de Ascot Park, a menudo aparecía en sus sueños un apuesto guerrero, cuyo rostro no podía ver con claridad. Él venía cabalgando sobre un raudo corcel, combatía a los dragones que la tenían secuestrada, y una vez los vencía, entraba en su cuarto y se la llevaba lejos de allí.

Ahora ese guerrero había revelado su identidad. Era Branwell Dickinson, que en este caso no empuñaba una espada, sino una pluma.

Al leer sus hermosas palabras, el miedo que le producía su visita a Ascot Park se desvaneció. Branwell no permitiría que volvieran a menospreciarla. Él la protegería y cuidaría de ella. Si él estaba a su lado, no tenía nada que temer.

Sin embargo, todavía quedaba una cosa por hacer. Debía escribir a Anne y contarle la noticia. Así tendría tiempo para organizarse y asistir a la boda. Se dio una palmadita en la cabeza ante tan enorme despiste.

<<Querida Anne,

Hoy te escribo para contarte algo importante y muy emocionante.

¿Recuerdas que te conté que había estado en Brighton? Bueno, pues se me olvidó contarte un detalle importante.

Allí me reencontré con lord Branwell Dickinson, el primo de Melinda. Él ha sido el dueño de mi corazón durante todos estos años. Gracias al tiempo que pasamos juntos, los dos llegamos a la conclusión de que no podíamos vivir el uno sin el otro, y ¿sabes qué? Branwell me pidió que me casara con él en el acto. Yo, por supuesto, he dicho que sí.

Sé que ahora mismo estarás asimilando la noticia, y seguramente estés algo preocupada por el rápido desarrollo de los acontecimientos. Sin embargo, te pido que no saques conclusiones precipitadas.

En estos momentos, Branwell se está preparando para hacerse cargo de los negocios y propiedades de su tío, el duque de Lewes, y por este motivo, hemos decidido esperar. Branwell quiere hacer lo correcto, y desea tener una situación económica estable antes de casarnos.

Por otro lado, antes de la boda, visitaremos Ascot Park para que Branwell pida mi mano en matrimonio. Sé lo que estarás pensando. Seguramente mi padre no lo aceptará y no dará su consentimiento, pero debo decirte que no nos importa. Si es necesario, nos casaremos sin su aprobación.

Espero que te alegre esta noticia. Yo no cabo en mí de gozo, y estoy deseando que el tiempo pase rápido para volver a vernos. Deseo, por supuesto, que nos acompañéis en este día. Pronto te daré más detalles. Manda saludos a Angus y Ben de mi parte.

Con afecto,  
Beth.>>

Anne terminó de leer la carta con gesto serio. Estaba feliz por Beth, pero al mismo tiempo, temía la crueldad de lord Robert Arundel. Ese demonio era capaz de cualquier cosa con tal de dañar a su hija. Solo esperaba que Branwell fuera lo suficientemente fuerte para aguantar las acometidas.

Angus llegó a casa en ese preciso momento. Su hijo Ben, de ocho años, se abalanzó sobre él para abrazarlo al grito de << ¡Papa!>>. Angus cogió a su hijo en brazos y lo abrazó.

—¿Cómo está mi pequeño? —preguntó Angus, sonriente.

De repente, se dio cuenta de que Anne estaba sentada en el sillón del salón, mirando fijamente el fuego de la chimenea. Parecía no haberse percatado de su presencia.

Angus entró en el salón, y vio que Anne sostenía una carta en la mano. Se

acercó a su esposa, y se inclinó delante de ella.

—¿Ocurre algo?

Anne se sobresaltó.

—¡Angus! ¿Cuándo has llegado?

—Acabo de entrar por la puerta, pero no te has dado cuenta. ¿Qué te pasa?

Anne suspiró, pesarosa.

—Beth se casa—respondió con una media sonrisa, mirando a su marido.

—No parece que la noticia te haya alegrado demasiado—comentó él, alzando una ceja.

—No es que no me alegre. Pero tengo un mal presentimiento, Angus.

—Vamos, es lógico que te preocupes por Beth, pero ya es una mujer. Estoy seguro de que todo irá bien, y que te habrás preocupado por nada—afirmó él, acariciando su mano.

Anne asintió, pensativa. Su marido siempre conseguía apartar de ella las preocupaciones con su visión más optimista de las cosas.

—Tienes razón. Beth es una muchacha fuerte, y será muy feliz—aseveró, mostrando una amplia sonrisa.

La respuesta desde Escocia no tardó en llegar.

<<Querida Beth,

Mi preciosa niña, estoy muy feliz por tan maravillosa noticia. Aún no puedo creerme que te vayas a casar. No me hago a la idea de que has crecido y de que los años han pasado tan rápido.

Sé que te preocupa la visita a Ascot Park, pero estoy segura de que todo irá bien, y pronto serás una mujer casada, y formarás tu propia familia. Estoy deseando que ese día llegue.

Por supuesto, Angus y yo estaremos encantados de acompañarte. Nunca se nos olvidará que, gracias a ti, a tu generosidad y sacrificio, nosotros pudimos casarnos y formar una familia. Lo que siempre lamentaré es que la distancia nos haya impedido vernos cada día. Sin embargo, te aseguro que no faltaré a tu boda.

Rezo cada noche por ti, y ahora redoblaré mis esfuerzos para pedirle al Señor que nada impida que todo salga bien. Te mandamos todo el amor del mundo, mi preciosa niña.

Con afecto,  
Anne y Angus.>>

Beth sonrió ante la preciosa misiva. Nada saldría mal, pensó convencida.

Pronto los meses pasaron, y el momento del reencuentro estaba cada vez más cerca. Beth escribió a Ascot Park para informar a su padre de que pronto Branwell y ella le harían una visita, con la intención de anunciar su boda y pedirle su consentimiento. La respuesta tardó en llegar dos semanas, y fue bastante escueta. No había problema, serían recibidos en Ascot Park. Beth sintió cierto alivio, aunque se mantuvo cautelosa. Nada era fácil ni sencillo cuando se trataba con lord Robert Arundel.

## CAPÍTULO 7

Eran ya las cinco de la tarde, y Beth estaba sentada frente al almendro de la escuela. Sabía que en esas fechas llegaría Branwell, y juntos partirían hacia Ascot Park. Llevaba muchas noches sin apenas dormir debido a la inquietud y a las ganas que tenía de ver a su prometido.

Había pocas nubes en el cielo, y el sol brillaba en el horizonte. En aquel apartado rincón, Beth disfrutaba de las vistas. Estaba tan absorta, que no notó la presencia que estaba justo detrás de ella. De repente, alguien le tapó los ojos con las manos. Beth sonrió, y entonces, con calma, preguntó:

—¿Quién es?

Branwell se mordió el labio inferior con picardía. Se acercó a su oído y susurró dulcemente:

—El hombre con quien vas a casarte.

Beth no dejó de sonreír mientras seguía con los ojos tapados.

—Branwell Dickinson.

En ese instante, Branwell apartó sus manos, Beth se giró hacia él, y sus miradas se encontraron. Finalmente, después de mucho tiempo de espera, se besaron apasionadamente.

—Parece que han pasado años, y sólo han pasado unos meses. ¡Oh, Beth! Estaba deseando que llegara este día—dijo Branwell, emocionado, mientras acariciaba el rostro de su prometida con ternura.

—Yo también—respondió ella, acariciando sus manos—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Me lo ha dicho la señorita Hart, aunque ya me lo había imaginado; es nuestro rincón secreto—contestó él, volviendo a besarla.

A continuación, se separó de ella, y se sentó a su lado. Branwell agarró una de sus manos entre las suyas, y Beth notó cómo su corazón latía velozmente. Su prometido iba elegantemente vestido con una camisa blanca, chaqueta y pantalón azules, y botas negras altas.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó ella.

—Muy bien. Tengo que darte buenas noticias. Ya tengo parte del control de las propiedades y los negocios de mi tío; aunque confía en mí plenamente, él seguirá supervisando mis decisiones. Además, tengo mi propia asignación

anual. Gracias a eso, he comprado una propiedad en Belgravia. Ya tenemos un hogar para nosotros—explicó Branwell con entusiasmo.

Beth sonrió, feliz.

—¡Branwell, eso es maravilloso!

—Así que, solo nos queda decidir la fecha y el lugar. ¿Qué te parece en julio en Londres? Es una buena época. Hablaré con mi tía para que lo organice todo—comentó él, mirándola, embelesado.

—Sí, Branwell, sería estupendo. No me importa la fecha, aunque si es lo antes posible, mejor.

—Yo también deseo que sea cuanto antes, aunque eso no depende de nosotros. Hay que reservar fecha; también es importante la lista de invitados, el vestido...—Beth puso su mano en los labios de su prometido y Branwell la miró.

—¿Por qué no dejamos eso para más tarde? Ahora quiero disfrutar de ti—dijo Beth, sonriente, mientras se acercaba más a Branwell.

De un modo apasionado y atrevido, le besó en los labios. Él se dejó querer, al tiempo que estrechaba a Beth entre sus brazos.

Durante el resto de la tarde, disfrutaron de su mutua compañía hasta que anocheció. Fue entonces, cuando Branwell regresó a la pensión en la que se alojaba, prometiendo volver al día siguiente.

Los momentos felices se sucedieron en aquellos días. Se reunían en el viejo almendro, donde daban rienda suelta a su pasión, sin llegar a mayores. Ante todo, estaba el decoro.

Intercambiaban confidencias, deseos y anhelos. Hacían planes de futuro, incluso decidiendo cuántos hijos tendrían y posibles nombres para sus retoños.

—Quiero que tengan tus ojos, Branwell. Son preciosos—dijo Beth, soñadora, mientras estaban los dos sentados juntos sobre la hierba.

—Yo quiero que tengan tu inteligencia, tu rostro. ¡Todo! —respondió él, dándole un beso en la mejilla.

—Eso no es posible, cada uno tendrá algo de los dos—aclaró Beth, divertida.

—Sí, aunque si solo tuviéramos niñas, me gustaría que fueran como tú.

—Sí, pero con tus ojos y tu sonrisa.

—Se hará lo que se pueda—comentó Branwell, besando a Beth en los labios—. ¿Sabes? Estaba pensando que en nuestra luna de miel podríamos ir al continente. Podríamos visitar París, Roma, Ginebra. Y podría regalarte vestidos nuevos y alguna joya. ¿Te gusta la idea?

—Me gusta la idea. Aunque no necesito tanto para ser feliz—respondió Beth, encogiéndose de hombros.

—¡Oh, Beth! Pero yo quiero que vivas como una reina. Quiero que lo tengas todo, así puedes restregárselo al barón de Ascot.

Beth se rio.

—No me importa lo que piense. Solo me importa ser feliz contigo. Lo demás está fuera de lugar. Aunque fueras un humilde obrero, me casaría contigo igualmente, Branwell. No me importa el dinero, solo el afecto.

—¿De verdad harías eso, Beth? ¿Aunque no tuviera un chelín? —preguntó él, enternecido.

—Aunque no tuvieras un chelín—aseveró Beth.

Branwell volvió a besarla y se abrazaron. Se sentía afortunado por haber encontrado a una mujer dulce y generosa. Aunque para los demás no fuera la más hermosa de las mujeres, para él era maravillosa. Estaba seguro de que su matrimonio sería dichoso. Él se aseguraría de ello.



Había llegado el momento de partir hacia Ascot Park. Beth apenas había dormido la noche anterior debido a la tensión que le provocaba volver a ver a su padre. Era cierto que ya no era una niña, y que no debía temerlo. Aun así, estaba inquieta.

Branwell se sentó a su lado en la diligencia, y se mostró sonriente y cariñoso durante todo el trayecto, intentando calmar su inquietud.

Él también estaba nervioso ante la idea de enfrentarse a semejante hombre. En Londres había oído toda clase de rumores sobre él. Decían que estaba casi en la ruina, y que su hija Rose despertaba pasiones allá donde iba. Lo describían como un hombre arisco y egocéntrico, al contrario que su esposa, que se mostraba siempre simpática, aunque uno no debía fiarse. *Lady Arundel* solía criticar sin piedad a las espaldas.

Horas más tarde, llegaron a Ascot Park. Beth sintió un escalofrío al ver la fachada de la casa. No había cambiado nada, al igual que los alrededores. El miedo de antaño se apoderó de ella, sobre todo, al observar la torre donde estaba su antigua habitación. Aquel lugar despertaba sus más aterradoras y oscuras pesadillas.

El coche de caballos se detuvo en la puerta, y salió a recibirles el viejo mayordomo, que se quedó gratamente sorprendido ante el buen aspecto de

Beth.

—¡Señorita Beth! ¡Cuánto me alegro de verla! Han pasado muchos años.

—Sí, señor Miller, muchos años. ¿Cómo está?

—Bien, señorita—respondió el hombre, contento.

Beth hizo las presentaciones, y el mayordomo los condujo al interior de la casa. Se fijó en que la decoración parecía más recargada que antes, reflejo de los gustos de su madrastra.

Branwell no se separó de ella en ningún momento, y se mantuvo expectante. Por ahora, no había ni rastro del señor de la casa.

Fueron a las habitaciones que las habían preparado a dejar su equipaje y cambiarse. Beth se sintió aliviada al saber que no tendría que dormir en su antiguo y frío cuarto.

Una vez se cambiaron, se dirigieron al salón principal. Allí estuvieron solos unos minutos hasta que se abrió la puerta.

Apareció por fin el barón de Ascot. Beth observó el semblante serio de su padre. Tenía algunas canas en el pelo, pero apenas había cambiado. No mostró alegría al verla. De hecho, se dirigió directamente a Branwell.

—Bienvenido a Ascot Park, *lord* Branwell Dickinson—dijo, estrechando la mano del joven con actitud solemne. Entonces, miró a su hija—. Beth.

—Padre—respondió ella.

A continuación, les invitó a sentarse con una indicación de su mano. Él permaneció de pie delante de la chimenea, que no estaba encendida en ese momento. Lord Robert Arundel los miró con las manos colocadas detrás de la espalda y dijo:

—Bien, ¿a qué debo esta visita? Sé que mencionaste algo en tu carta, pero quiero conocer más detalles.

—Padre, lord Branwell y yo tenemos intención de casarnos—respondió Beth con cierto temor.

Entonces, Branwell agarró su mano con firmeza.

—Hemos venido para pedir su bendición, milord. Deseo pedirle la mano de su hija en matrimonio—explicó Branwell, decidido.

Lord Robert Arundel los miró de arriba abajo.

—Antes de nada, quisiera saber más cosas de usted, lord Branwell. No puedo darle la mano de mi hija sin saber nada de usted—respondió, aparentando ser un padre comprensivo y preocupado.

A Beth le extrañó esa actitud.

—Soy el heredero del duque de Lewes, que es mi tío paterno. En estos

momentos, estoy empezando a administrar los negocios y propiedades familiares. Cuento, además, con una asignación anual considerable.

Lord Robert Arundel empezó a mostrar mayor interés en Branwell.

—¿Tiene alguna propiedad?

—Sí, *milord*. Acabo de adquirir una propiedad en Belgravia; será nuestro hogar cuando nos casemos—apuntó Branwell, intercambiando una mirada de complicidad con Beth.

—Vaya, así que has conseguido un buen partido, hija—comentó el caballero, intentando parecer amable. Beth frunció el ceño ante su insólita actitud—. Bueno, entonces, después de saber esto, no tengo ninguna objeción al respecto. Os doy mi bendición.

Branwell y Beth se miraron, sorprendidos. Él sonrió, aliviado, mientras que ella aún no se lo creía.

—Gracias, *milord*—dijo Branwell, emocionado.

—¿Y cuantos días pensáis quedaros? —preguntó lord Arundel, mostrándose simpático.

Branwell y Beth se miraron de nuevo.

—Bueno, habíamos pensado marcharnos mañana; tenemos mucho que preparar—contestó Branwell, apurado.

—¡Tonterías! Debéis quedaros aquí unos días. Hace mucho que no veo a mi hija, y quiero disfrutar más de su compañía antes de que se case.

Beth empezó a pensar que su padre había cambiado realmente en esos años, y un halo de esperanza se adueñó de ella.

—De acuerdo, padre. Nos quedaremos—respondió Beth, decidida.

Los tres charlaron animadamente, y Beth se sorprendió al darse cuenta de que estaba disfrutando de la compañía de su padre.

Una hora más tarde, llegó su madrastra, *lady* Arundel, que se mostró agradable y simpática con los recién llegados. La señora de Ascot Park explicó la ausencia de Rose, asegurando que estaba en Londres en compañía de unos amigos, y que regresaría al día siguiente.

Durante el resto del día, el ambiente fue cálido y casi familiar. Lord Arundel se mostró amable con su hija, aunque manteniendo cierta distancia. Sin embargo, esto a Beth no le molestaba. Comprendía que, al fin y al cabo, apenas se conocían, y no debía esperar que se mostrara efusivo con ella. Al menos, podían estar en la misma habitación y conversar sin acritud.

Por la noche, antes de irse a dormir, Beth y Branwell se vieron a

escondidas en el pasillo, cuando todos dormían. Beth quería llevarle a su antiguo cuarto. Los dos subieron a la torre, y con la llave que había cogido prestada del ama de llaves, entraron en la habitación.

Beth observó que la habitación llevaba tiempo sin limpiarse. La luz de la luna llena atravesaba la diminuta ventana, e iluminaba el cuarto de forma tenue.

Branwell estaba detrás de ella, y la abrazó, mientras ambos observaban la luna a través de la ventana.

—Así que este era tu cuarto—dijo Branwell, apoyando su mentón en su hombro.

—Sí, este era mi cuarto. —Beth agarró los antebrazos de Branwell con sus manos—. Estoy sorprendida; no pensaba que mi padre pudiera cambiar, pero lo ha hecho.

—El tiempo cambia a las personas, Beth. A lo mejor se ha dado cuenta de que no te valoró como debía, y ahora quiere enmendarlo. Estoy seguro de que te acompañará al altar.

Beth sonrió.

—No lo sé, pero eso me alegraría. Todos estos años le temí. Tenía miedo de él, de su ira, de su maldad. Pero en el fondo siempre quise que me abrazara, que me quisiera como quería a Rose. Espero que ella también haya cambiado, al menos un poco.

—Estoy seguro de que habrá cambiado. Ya no sois dos niñas.

Beth besó el antebrazo de Branwell, y suspiró.

—Ojalá pudiera quedarme en tus brazos para siempre. Ojalá el resto del mundo desapareciera, y nos quedáramos tú y yo solos—comentó, emocionada.

Branwell le dio un beso en la mejilla, y sonrió. Estuvieron abrazados sin moverse durante bastante tiempo, hasta que finalmente decidieron irse a dormir.

Aquella noche, Beth durmió plácidamente, feliz por sentirse cómoda en Ascot Park. El miedo se había ido para siempre.

Al día siguiente, un carruaje llegó a Ascot Park. Rose Arundel se bajó del coche de caballos, y entró rápidamente en la casa. Justo en ese momento, Beth salió de su cuarto y se encontró con Branwell, que la estaba esperando en el pasillo. Después de darle los buenos días, intercambiaron un tierno beso, y se dirigieron al salón principal.

Allí estaban los Arundel, conversando con Rose en voz baja. Su

hermanastra se dio la vuelta, y los miró a ambos, sonriente. Sí, desde luego había cambiado, pensó Beth.

Estaba radiante luciendo un vestido azul que resaltaba su esbelta figura. Su melena rubia con tirabuzones y sus ojos verdes resplandecían. Era una belleza perfecta, de esas que hacían girar las cabezas de los caballeros.

En ese instante, Beth notó que Branwell no se movía, y lo miró. Lo que vio no le gustó. Parecía estar hechizado.

—¡Beth! ¡Cuánto tiempo! —exclamó Rose, acercándose a ella y abrazándola. Beth no sabía bien qué hacer y se mantuvo quieta. Se separó de ella, y a continuación, Rose centró su atención en Branwell—. Usted debe ser lord Branwell Dickinson, ¿verdad? —comentó Rose con una sonrisa.

Branwell sacudió su cabeza y consiguió articular palabra.

—Sí, así es.

—Yo soy Rose Arundel. A partir de ahora, seremos familia—apuntó Rose, agarrándole del brazo, y haciendo que se sentara junto a ella en el comedor.

Beth se quedó allí de pie, observando la escena. En pocos minutos, Rose ya gozaba de toda la atención de Branwell, que la miraba, absorto. Beth se había convertido en un ente invisible. A pesar de que Rose no había hecho nada malo, sintió una sensación de malestar en todo su ser. Clara señal de que una tormenta estaba a punto de desatarse.

A lo largo de aquellos días, la actitud de Branwell cambió por completo. Se mostraba distante y esquivo con ella. Rose se pasaba el día tras él, y viceversa. Se sentaban juntos en las cenas y las comidas, y conversaban como si se conocieran desde hace mucho tiempo.

Beth lo único que quería era estar a solas con su prometido y preguntarle qué estaba ocurriendo. Quería saber por qué mantenía las distancias con ella. Sin embargo, no conseguía hablar con él.

Todos actuaban con normalidad ante la situación, y Beth prefirió no compartir su malestar con su padre. Tampoco escribió a nadie en esos días, por miedo a preocupar a sus amistades. Ella intentaba convencerse de que era una tontería, que eran imaginaciones suyas, y que, por lo tanto, debía evitar armar un escándalo. Sin embargo, la paciencia se le iba agotando con el paso de los días.

Una tarde en la que Branwell le había dicho que estaría con su padre en el despacho discutiendo unos asuntos, Beth salió a dar un paseo por los

alrededores, como siempre hacía cuando era niña.

Llegó hasta el arroyo, y recordó, emocionada, el día en que conoció a Angus. Era uno de los mejores recuerdos de su infancia, sin duda alguna.

De repente, escuchó algo detrás de unos arbustos. Parecían gemidos producidos por una voz femenina. Se alarmó al pensar que alguien podía estar herido. Se acercó rápidamente, y entonces, vio algo que jamás hubiera deseado contemplar.

Rose estaba tumbada de espaldas sobre la hierba, y encima de ella estaba Branwell con los pantalones bajados. Su hermanastra la vio y sonrió con malicia. En ese instante, Branwell se detuvo, y miró hacia donde Rose tenía fijada la vista.

El rostro de Branwell se puso pálido. No obstante, Beth no pudo verlo con claridad, porque la vista se le nubló. Notó que le faltaba el aire, y empezó a retroceder. Él se incorporó y se subió los pantalones a toda prisa. Mientras, Rose permanecía impasible, bajándose la falda.

—Beth, puedo explicarlo—dijo Branwell, nervioso.

Intentó acercarse a Beth, pero ella salió corriendo al instante. Corrió como alma que lleva el diablo, sin embargo, no llegó muy lejos. De repente, tropezó y cayó al suelo. Aterrizó sobre la hierba húmeda, y no pudo levantarse. No tenía fuerzas. Branwell llegó hasta ella, y la ayudó a incorporarse. En cuanto estuvo de pie, se apartó de él rápidamente.

—Beth, lo siento mucho. He intentado evitarlo, pero no he podido. Sé que te prometí que nos casaríamos, sin embargo, mi corazón ha hablado. Amo a Rose. Y es con ella con quien voy a casarme.

La furia invadió por completo a Beth, mientras las lágrimas anegaban sus ojos.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —gritó.

—Lo antes posible. Yo...

—¿Desde cuándo? —preguntó con la voz rota.

—¿Qué?

—¿Desde cuándo la amas? ¿Desde ayer? ¿Desde hoy? —inquirió, desolada.

Branwell tragó saliva, y apartó la mirada.

—Desde que la vi por primera vez.

Beth se llevó las manos a la cabeza, totalmente devastada.

—No puedo creer que esto esté pasando. Tiene que ser una pesadilla.

Branwell la miró, abatido, sin saber qué hacer ni qué decir. En ese

momento, Beth se secó las lágrimas con las manos, se acercó a él y lo miró a los ojos.

—Branwell Dickinson, no quiero volver a verte en mi vida. —Tragó saliva, intentando contener el nudo que tenía en su garganta—. Ahora me marcho. Espero algún día tener la fuerza para perdonarte—dicho esto, se alejó en dirección a la casa.

Branwell permaneció allí de pie, observándola. A pesar de que se había enamorado, no se sentía feliz. De hecho, estaba confuso, preguntándose si había hecho lo correcto.

En ese momento, notó la presencia de Rose, que lo abrazó por detrás. Sintió su calor y dejó de dudar. Había elegido correctamente. Se debatió durante unos días entre su amor por Beth y la atracción que sentía por Rose. Sin embargo, al hablar más con esta, y ver que tenía un corazón amable y bondadoso, no pudo evitarlo. Amaba a Rose y deseaba pasar el resto de su vida con ella.

Beth subió rápidamente las escaleras. Irrumpió en su cuarto, y empezó a preparar su equipaje, guardando sus cosas a toda prisa. No deseaba permanecer ni un minuto más en Ascot Park.

Ahora se daba cuenta de lo necia que había sido. Todo estaba planeado desde el principio. Su padre quería que Rose se casara con un buen partido, y Branwell era el candidato perfecto.

Durante esos días, los viejos sirvientes habían hablado con ella en confianza, y sabía que los Arundel pasaban severos apuros económicos. A pesar de esto, pretendían mantener su nivel de vida como en el pasado. ¿Y qué mejor que casar a Rose, su hija favorita, con el heredero del duque de Lewes para solucionar sus problemas y poder seguir viviendo en la opulencia?

Sin embargo, Branwell era peor que todos ellos. La había traicionado, había roto su corazón, y había destruido sus sueños y sus esperanzas. En su interior, se desató una rabia salvaje, que pronto dio paso a un dolor insoportable.

Terminó de recoger sus cosas, y se alegró de no cruzarse con nadie ni en el pasillo ni en el vestíbulo. No fue a despedirse de su familia. No merecía la pena alargar la humillación.

Antes de marcharse, miró por última vez la fachada de Ascot Park, y pudo ver en una de las ventanas la figura de su padre. La observaba desde la ventana de su despacho con altanería, luciendo una sonrisa malvada. Había conseguido lo que buscaba, volver a hacerla daño. Ya nunca lo olvidaría. A

partir de ese día, estaba muerta para ellos.

## CAPÍTULO 8

El coche de caballos se detuvo delante de la escuela Graham cuando ya estaba anocheciendo. Nada más bajarse del carruaje, Beth se desmayó por el agotamiento y la tensión. La señorita Hart y una de sus ayudantes, que la habían visto llegar, acudieron a auxiliarla, y la llevaron a su habitación.

Despertó unas horas más tarde, y a pesar de no haber comido nada en todo ese tiempo, no probó bocado. La tristeza y el dolor le habían quitado el apetito.

En los días sucesivos, en los que no se movió de la cama, pensó muchas veces en abandonar este mundo. La tristeza le impedía pensar con claridad, y solo era capaz de ver un futuro incierto y oscuro.

Una tarde, la señorita Hart, viendo la grave situación en la que se encontraba su antigua alumna, decidió compartir con ella una experiencia dolorosa de su pasado.

—Hace muchos años, cuando tenía tu edad, sufrí un desengaño. Por aquel entonces, vivía con mis padres en la India, y allí conocí a un apuesto capitán del ejército de su Majestad; su nombre era Barnaby Jones. Nos presentaron en una velada, y yo me enamoré perdidamente de él al instante, con la inocencia de una muchacha joven, que apenas había visto el mundo. —Hizo una pausa, respiró hondo, y continuó—. Nunca he conocido a un hombre como él. Apuesto, elegante, gentil, todo un caballero. El sueño de cualquier mujer.

>>Él nunca correspondió mis sentimientos, aunque siempre se mostró amable conmigo. Quizás por eso, siempre albergué la esperanza de que algún día se enamoraría de mí como yo lo hice de él.

>>Pero un buen día, me enteré de que iba a casarse con una hermosa dama de la alta sociedad. Entonces caí en un abismo del que jamás creí que lograría salir. Dejé de comer, de reír, e incluso de llorar; apenas me quedaban lágrimas. Así que, tiempo después, siguiendo el consejo de mi madre, decidí viajar a Inglaterra, y trabajar como maestra.

>>Al principio fue difícil; pero al cabo de un tiempo, ya no recordaba su rostro, ni su voz. Me enteré por amigos comunes de que su matrimonio fue desgraciado, y que él acabó muriendo por culpa de unas fiebres. Lamenté su desgracia y lloré su muerte, pero ya no como una mujer enamorada, sino como

otro ser humano que llora la pérdida de una vida.

En ese momento, agarró la mano de Beth, que la escuchaba atentamente —Beth, todo en la vida se supera menos la muerte. Eres joven, estás llena de vida, y hay un mundo muy grande ahí fuera. Todavía tienes muchas cosas que hacer, y no deberías estar aquí sufriendo por un hombre que ha demostrado con sus actos que no te merece. Debes mirar más allá del horizonte que se presenta ahora ante ti.

La historia de la señorita Hart surtió efecto, y Beth salió de su encierro. Cada día, salía a pasear en soledad, y por las noches apenas dormía, pensando qué sería de ella de ahora en adelante.

El reverendo Colton le había informado de que su puesto ya estaba cubierto. Debido a que ella les había comunicado en su momento que dejaría su empleo para casarse, se habían hecho las gestiones pertinentes para encontrar una sustituta. Así que, debía encontrar pronto un trabajo y marcharse de la escuela.

Un buen día, se acercó al viejo almendro y se sentó delante de él. En un momento dado, cerró los ojos. Un hermoso recuerdo la hizo volver a un pasado no tan lejano.

Sintió cómo unas manos le tapaban los ojos, y escuchó con claridad la voz de Branwell pronunciando su nombre con ternura. Incluso llegó a sentir la calidez de su tacto.

De repente, abrió los ojos, ahora llenos de lágrimas. Respiró hondo, intentando serenarse. Necesitaba alejarse de aquellos dolorosos recuerdos.

Esa misma tarde, revisó el periódico en busca de anuncios donde solicitaran institutrices o maestras, y no tardó en encontrar lo que buscaba. Lord Gibson, un diplomático que pronto se trasladaría a Bélgica con su familia, solicitaba una institutriz británica, que cuidara de su hija de siete años, y que estuviera dispuesta a vivir fuera de Inglaterra.

Al día siguiente, Beth envió una carta, donde proporcionaba los detalles de su educación y su experiencia, acompañada de las excelentes referencias del reverendo Colton y de la señorita Hart.

Mientras esperaba la respuesta, llegaron noticias de Melinda.

<<Querida Beth,

Espero que estés bien cuando recibas esta carta. Quiero que sepas, que estoy totalmente indignada con la noticia de la próxima boda de Branwell. Desde que me enteré de lo sucedido, no he vuelto a dirigirle la palabra. Ni siquiera cuando se presentó en Londres con su prometida.

Me pareció una mujer vulgar y estúpida, además de cínica y egocéntrica. Estoy segura de que pronto Branwell se arrepentirá de su decisión. Y yo deseo que su matrimonio sea desgraciado, por todo el daño que te ha causado.

La desgracia es que no puedo evitar asistir al enlace, porque si me ausento, mis padres se enfadarían conmigo, y es lo último que quería. He tenido la oportunidad de conocer a tu padre y a su esposa. Al principio, parecían agradables, sin embargo, me han bastado unos minutos para comprobar que lo que se dice de ellos es cierto. No son buenas personas, y sé que Rose se casa con Branwell solo por el título y el dinero. Tengo la impresión de que los Arundel van a causar muchos problemas.

Iré a visitarte cuando pueda, porque entiendo perfectamente que no quieras pisar Londres. Yo tampoco lo haría.

Beth, quiero decirte que estaré aquí siempre que me necesites. Porque para mí, aunque no tengamos la misma sangre, eres mi hermana de corazón. Rezaré para que tu dolor desaparezca pronto.

Te mando todo el amor del mundo.

Con afecto,  
Melinda.>>

Beth se sintió un poco mejor ante las afectuosas palabras de su amiga. Aun así, su dolor seguía latente. Solo deseaba no escuchar más el nombre de Branwell Dickinson, ni de los Arundel. A partir de ahora, ella era Beth Arundel, una joven maestra huérfana.

Anne conoció la noticia en cuanto Beth tuvo fuerzas para escribir y contarle todo. Anne había entrado en cólera al saber lo que había ocurrido, y maldijo a lord Robert Arundel y a toda su familia. También, deseó que el matrimonio de Branwell fracasara, aunque de eso estaba completamente segura. Según ella, pronto se daría cuenta de la clase de arpía con la que se había casado, el pobre infeliz.

Un mes después, llegó la respuesta de lord Gibson. Había aceptado su solicitud, y la instaba a viajar a Dover lo antes posible, ya que estaba previsto que en dos semanas partieran hacia Bélgica. Cuando terminó de leer la carta, Beth sonrió, aliviada, y se dispuso a preparar su equipaje inmediatamente.

Al día siguiente, ya estaba lista para partir. La señorita Hart y todo el personal de la escuela salieron a despedirla. Antes de subir al carruaje,

abrazó a su antigua maestra, y dijo:

—Señorita Hart, gracias por su ayuda. No sé cómo podré agradecerérselo.

—No te preocupes. Me conformo con que llegues a tu destino sana y salva, y me escribas de vez en cuando para saber que todo va bien.

—Así lo haré.

La incertidumbre y la emoción se mezclaban en su corazón, mientras dejaba atrás la escuela Graham. No sintió nostalgia ni tristeza en ese momento. Solo pensaba en el futuro. A partir de ahora, empezaba una nueva vida.



### *Dover*

Reinaba la oscuridad cuando el carruaje se adentró en las calles de la ciudad. Una agradable brisa marina envolvía el ambiente nocturno, y algunos transeúntes salían de las numerosas tabernas que había cerca del puerto.

Finalmente, el carruaje se detuvo delante de una casa con la fachada de ladrillo rojo, cuya entrada era una enorme y elegante puerta de madera oscura. Beth tocó la campana, y enseguida un caballero con el pelo canoso abrió la puerta.

—Es usted la señorita Arundel, supongo—dijo el hombre con tono solemne.

—Sí, señor—respondió Beth.

—Por favor, entre, la estábamos esperando—le indicó el caballero, cediéndole el paso.

Beth entró, y el hombre cerró la puerta tras de sí.

—Sígame, por favor.

El hombre la condujo hasta el elegante salón de la casa, donde los señores la estaban esperando.

—*Milord, milady*, la señorita Arundel acaba de llegar—anunció el hombre.

*Lady* Gibson inclinó la cabeza, y dijo amablemente:

—Señorita Arundel, por favor, acérquese.

Beth obedeció e hizo una reverencia. *Lady* Gibson estaba sentada en uno de los sillones de la estancia, y lord Gibson estaba de pie junto a la chimenea.

—Buenas noches, *milord, milady*—dijo Beth, serena, aunque estaba un poco nerviosa.

—Le doy la bienvenida, señorita Arundel—comentó Lord Gibson con gesto amable.

—Gracias, *milord*.

—Debe estar agotada después del viaje. Señor Harris, por favor, acompañe a la señorita Arundel a su habitación para que pueda cambiarse. — El señor Harris asintió, y *lady* Gibson se dirigió a Beth de nuevo—. Cámbiese y baje después, así podremos hablar tranquilamente.

La habitación que le habían asignado no era muy grande, pero era espaciosa. Suficiente para ella. Dejó su equipaje a un lado, y se cambió de ropa. Se puso un sencillo vestido de color marrón oscuro, y bajó a reunirse con los señores.

Mientras caminaba por el pasillo que conducía al salón, notó una presencia a su espalda. Miró hacia atrás, pero no vio a nadie. Decidió no hacer más averiguaciones, aunque estaba segura de que alguien la observaba. Entró en el salón, y lord Gibson la invitó a sentarse.

—Cuando leímos sus referencias, quedamos gratamente impresionados. No deja de sorprenderme que, a pesar de su juventud, ya tenga tanta experiencia. Además, me alegra haber encontrado a alguien que ha sido educada y ha trabajado en un colegio tan prestigioso como Graham. ¿Qué me puede decir del lugar? —preguntó *lady* Gibson.

—Es una escuela excelente; la disciplina y la buena educación son sus valores más importantes. Allí tuve buenos maestros que me enseñaron todo lo necesario para poder desenvolverme bien en cualquier situación.

—Eso es lo que quiero para Olivia: Disciplina y buena educación—dijo *lady* Gibson.

—La niña tiene siete años, ¿cierto?

—Así es. No es la primera vez que tiene una institutriz. El año pasado estuvo bajo la supervisión de la señorita Blake, que le enseñó lo elemental. Pero hace unos meses, cuando le hicimos saber que debíamos marcharnos a Bélgica, nos dijo que no quería dejar Inglaterra. Por ese motivo, pusimos el anuncio—explicó lord Gibson.

—Bueno, ya es hora de que conozca a su alumna. —*Lady* Gibson se levantó y tiró de la campana. Acudió al momento el señor Harris—. Señor Harris, dígame a la señorita Olivia que venga, por favor.

El mayordomo asintió, y salió de la estancia, en busca de la señorita de la casa. Al cabo de unos minutos, entró la pequeña, que se dirigió al lugar donde su madre estaba sentada, y se quedó de pie a su lado. Olivia tenía el

pelo rubio con tirabuzones y unos inquietos ojos azules. Beth dedujo que era una niña tímida, aunque curiosa. Estaba segura de que era ella quien la había estado observando antes a escondidas.

—Olivia, esta es la señorita Arundel. A partir de ahora, será tu nueva institutriz—anunció *lady* Gibson.

—Buenas noches, señorita Arundel—dijo Olivia con timidez.

Beth sonrió a la niña.

—Encantada de conocerla, señorita Olivia.

Olivia dibujó una sonrisa en su rostro. Le dio la impresión de que la señorita Arundel era una mujer amable y dulce, y no se equivocaba.

A partir de ese día, Beth y Olivia se volvieron inseparables.

En los días que estuvieron en Dover, pasaban prácticamente todo el día juntas. Al principio, Beth examinó los deberes y preguntó a la niña por las enseñanzas de su anterior institutriz.

Una vez se pusieron al día, comenzaron las lecciones, aunque no de forma constante, ya que debían preparar todo para el viaje. Por las noches, Beth le contaba las historias que su madre le había enseñado, algo que a Olivia le entusiasmaba.

Como pronto partirían, Beth escribió a Anne y a Melinda, para contarles sus planes. Explicó a cada una, en sus respectivas cartas, que a partir de entonces viviría en Bélgica y que no sabía cuándo regresaría a Inglaterra.

Melinda se sintió feliz por ella, ya que entendía que era algo bueno para Beth. Sin embargo, le entristeció el hecho de pensar que no tendrían ocasión de despedirse.

Anne, por su parte, montó en cólera, y desesperada, habló con Angus, que no entendía el alboroto.

—¡Angus, tienes que detenerla! ¡Es una locura! ¿Por qué tiene que marcharse? ¿Es que no hay trabajo en esta maldita isla?

—¡Anne, cálmate, por el amor de Dios! Es una buena oportunidad para la muchacha. Trabajará para una familia de aristócratas, tendrá techo y comida, y será independiente—dijo Angus, intentando calmarla.

—¡Está huyendo! Huye de ese mal nacido que la ha abandonado. ¡Esto es un disparate! Ahora mismo quiero que vayas a Dover y le hagas cambiar de opinión. Vendrá aquí a vivir con nosotros—respondió Anne con rotundidad.

Angus suspiró exasperado ante la terquedad de Anne. Como no quería más problemas, preparó su equipaje, y partió a Dover al día siguiente. Aunque

para cuando llegara, seguramente Beth ya estaría en el barco, pensó.

Varios días después, llegó a la entrada de la casa de los Gibson a primera hora de la mañana, pero no había nadie. Un vecino que pasaba por allí le informó que estaban ya en el puerto.

No tardó en llegar, y buscó el barco que salía con destino a Bélgica. Beth estaba delante de la pasarela, a punto de subir al barco. Giró la cabeza, y al instante, frunció el ceño al ver un rostro conocido entre la multitud. Al darse cuenta de quién era, porque a pesar de los años transcurridos, apenas había cambiado, sonrió.

—¿Angus?

Angus siguió el sonido de la voz que le había llamado. Reconoció aquella mirada de ojos castaños y esa dulce sonrisa.

—¿Beth? —inquirió él, sonriendo. Entonces, se acercó hasta ella—. ¿Eres tú, pequeña?

Beth asintió sin perder la sonrisa.

—Sí, soy yo, Angus. ¿Qué haces aquí?

—Recibimos tu carta. Anne quiere que te lleve a Escocia conmigo.

Beth suspiró, apesadumbrada.

—No va a poder ser; estamos a punto de partir.

—Beth, ¿por qué te marchas tan lejos? ¿no hay trabajos aquí? Además, no sabes si vas a volver. Ya sabes que tienes una casa en Escocia—dijo, intentando hacerla cambiar de opinión.

—Lo sé, Angus. Pero no puedo quedarme. —Respiró hondo, intentando contener la emoción—. Tengo el corazón herido, y si me quedo, sé que nunca conseguiré sanarlo. Tengo muchos recuerdos que me persiguen, y necesito ver otros lugares, conocer a otras personas. No puedo estar dependiendo de vosotros, porque, sino, nunca podré salir adelante sola. Y ahora mismo necesito encontrar mi propio camino.

Angus entendió a la perfección lo que quería decir. Entonces, la agarró por los hombros, y la miró a los ojos.

—Vive tu vida, Beth. Encuentra tu camino. Debes caerte y aprender a levantarte sin ayuda. Sé que cualquier cosa que hagas, la harás bien. Y que, si te equivocas, sabrás enmendar el error. —En ese momento, un marinero llamó a los pasajeros. Beth miró hacia el barco—. Es la hora—dijo Angus, apartándose de ella.

Beth no pudo contener la emoción ante la inminente despedida, y unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Gracias, Angus. Gracias por venir. Espero que Anne lo comprenda y no se enfade.

Angus acarició su rostro.

—Le explicaré todo y se enfadará un poco, pero sé que lo entenderá. Ahora vete—la instó con ternura.

Beth se despidió de Angus con un sentido abrazo, y a continuación, subió al barco, que zarpó enseguida.

Mientras la veía alejarse, Angus recordó a aquella niña tímida y dulce, que siempre fue capaz de sonreír a pesar de su sufrimiento. Solo esperaba que el día que volvieran a verse, Beth le sonriera sin un ápice de tristeza en la mirada.

El barco se alejó poco a poco de la costa, y Beth observó el horizonte desde la cubierta, acompañada de Olivia y *lady* Gibson. La niña decía adiós a Inglaterra entusiasmada.

Mientras, Beth pensaba en todo lo que dejaba atrás. Amor, dolor, sufrimiento, odio. No sabía si algún día regresaría. La visita de Angus le había recordado que había gente que siempre la esperaría y que la quería de verdad. Y deseaba que Anne entendiera sus razones. No pensó en Branwell, ni en Melinda. Ahora no tenía tiempo, porque a partir de entonces, Olivia Gibson se convertiría en el centro de su existencia.

## CAPÍTULO 9

### *Bruselas, Bélgica*

La residencia de los Gibson en Bruselas estaba muy cerca de la Grand Place. La propiedad, construida en ladrillo rojo, con tejado a dos aguas y hastial escalonado, colindaba con otras dos casas del mismo tipo.

No era tan grande como su mansión en Londres, pero tenía todas las comodidades necesarias, y la zona en la que estaba situada era agradable y tranquila.

En aquellos primeros días, en los que todos estaban adaptándose a su nuevo entorno, Beth notó que *lady* Gibson parecía estar triste y alicaída. En Inglaterra tenía una vida social muy dinámica, rodeada siempre de amistades que conocía de toda la vida, y ahora debía empezar a relacionarse con desconocidos.

Ya en las primeras semanas de su nueva vida en Bruselas, Beth dedicaba todo su tiempo al cuidado y la educación de Olivia. La niña era muy inquieta, curiosa y habladora, siempre haciéndole preguntas sobre todo lo que veía o escuchaba.

El idioma no era un problema para ambas, porque Beth tenía un francés perfecto, y obligaba a Olivia a hablar con ella en esa lengua cuando estaban a solas y cuando salían de la casa. La niña aprendió con rapidez, y no tardó en dominarlo.

Quien sí tenía problemas con el idioma era *lady* Gibson. A pesar de que tenía nociones elementales de francés, no hacía esfuerzos por hablarlo. Consideraba que, teniendo un personal que hablaba inglés, y teniendo en cuenta que las amistades de su marido eran casi todas británicas y si no lo eran, sabían hablar perfectamente su lengua, no necesitaba dominar el idioma local, porque según ella, era una pérdida de tiempo.

Pronto, Beth y Olivia establecieron su propia rutina. Por las mañanas, dedicación completa al estudio. Olivia enseguida demostró una gran destreza para la lectura, a pesar de ser aún muy joven. Por otro lado, las matemáticas le aburrían considerablemente. Sin embargo, era una alumna diligente y

obediente con ganas de aprender.

Por las tardes, se dedicaban a actividades más lúdicas, como pasear por la ciudad, y visitar monumentos o parques.

El lugar favorito de ambas era un pequeño café que había en una de las esquinas de la Grand Place, donde Olivia podía sentirse mayor, y degustar un delicioso chocolate caliente, mientras hablaba con su institutriz. Se divertían conversando y comentando lo que veían en la famosa plaza, por donde solía pasear gente de toda clase y condición.

En esos primeros meses, era esencial darse a conocer en el entorno social, y los Gibson decidieron que Olivia también debía participar en las reuniones sociales, y confraternizar con los niños de otras familias de la alta sociedad belga.

Fue en uno de aquellos días, cuando realizaron su primer viaje fuera de la ciudad. Concretamente, viajaron al norte del país, invitados por *Monsieur* Bisset, que tenía una propiedad a las afueras de la ciudad de Mechelen.

La *Maison Bisset*, que así se llamaba la propiedad, se encontraba en un entorno idílico, rodeado de verdes prados. El dueño del lugar había decidido aprovechar aquellos días de sol y buen tiempo, para ofrecer una pequeña fiesta campestre a sus amigos y conocidos.

En esta ocasión, por ser recién llegados, los Gibson fueron los invitados de honor. Beth acompañó a la familia en el viaje, para cuidar a Olivia, por supuesto.

Llegaron a la *Maison Bisset* por la mañana, y se acomodaron en las habitaciones que los habían preparado. Estarían alojados allí durante un par de días.

*Monsieur* Bisset tenía la misma edad que lord Gibson, unos treinta y nueve años. Era alto, apuesto, con el cabello y los ojos oscuros. Su esposa, *madame* Bisset también era una belleza. El matrimonio tenía dos hijos, Gastón, que era más mayor y estudiaba en Suiza, y Chloe, que tenía la misma edad que Olivia. Ambas niñas se hicieron amigas enseguida.

El primer día, salieron al jardín, y las dos niñas se unieron a otro grupo de pequeños, hijos de otras familias amigas de los Bisset, que estaban jugando en la hierba. Beth, mientras tanto, se situó en un lugar estratégico, sentándose debajo de un enorme roble, desde donde podía observar perfectamente a Olivia.

Pronto se unieron a ella las otras institutrices: *Madmoiselle* Caron, la institutriz de los Bisset, *madmoiselle* Rochelle, y *madmoiselle* Dubois. Las cuatro damas conversaron cordialmente, primero en francés y luego en inglés.

—¿Y qué le parece Bélgica, *madmoiselle* Arundel? —preguntó *madmoiselle* Caron, observándola con sus llamativos ojos grises.

—Me gusta. Creo que es un hermoso país—respondió Beth, sonriendo con timidez.

—¡Oh, me alegra mucho! Yo tengo ganas de viajar a Inglaterra, me han dicho que es un hermoso lugar—dijo *madmoiselle* Caron.

—Sí, lo es.

—Y dígame, ¿cómo se lleva con su alumna? —inquirió *madmoiselle* Dubois en voz baja.

—Olivia es una niña muy buena. No tengo queja alguna.

—¡Qué suerte tiene, *madmoiselle*! No como yo. El señorito Gerard y su hermana Clare son unos demonios—afirmó *madmoiselle* Rochelle.

—No eres la única. La semana pasada la señorita Gabrielle me puso mermelada de fresa en la silla. Eché un vestido a perder—comentó *madmoiselle* Dubois, indignada—. Y cuando se lo dije a *madame*, no hizo nada; ni siquiera una reprimenda. —Suspiró—. Son unos niños consentidos y caprichosos.

—Sí, pero ya sabes, de tal palo tal astilla. Los niños son reflejo de sus padres. Y no nos dan autoridad. Si hubieran crecido en mi casa, se hubieran llevado más de un azote—aseveró *madmoiselle* Rochelle.

Beth lamentaba la mala suerte de sus compañeras. Había oído historias parecidas en Inglaterra, cuando la señorita Easton hablaba de su pasado como institutriz. Recordaba que siempre renegaba de aquella época de su vida, porque sus señores nunca le permitían imponer el orden. Pero todo cambió cuando se convirtió en maestra en la escuela Graham. Allí sí tenía autoridad.

—Lamento que su situación sea tan difícil—dijo Beth con sinceridad.

—Oh, no se preocupe, no vamos a ser institutrices siempre. Yo, en dos años, cuando mi Adrien reúna el dinero, nos casaremos, y podré dejar este empleo—respondió *madmoiselle* Dubois, contenta.

—¿Usted qué planes tiene para el futuro, *madmoiselle* Arundel? —preguntó *madmoiselle* Rochelle.

Beth consideró un momento la respuesta.

—La verdad es que no me gusta hacer planes. La última vez que planee mi futuro, no salió como esperaba. Prefiero pensar en el presente.

Minutos después, *madmoiselle* Rochelle y *madmoiselle* Dubois dejaron a Beth y a *madmoiselle* Caron solas, porque tenían que atender a sus alumnos.

Olivia y Chloe estaban sentadas cerca de allí, jugando con unas muñecas. *Madmoiselle* Caron, que apenas había intervenido en la conversación, decidió hablar.

—Es usted muy sabia al no hacer planes. Yo opino lo mismo que usted, es mejor vivir el presente, porque si uno piensa en el futuro, puede que no le guste lo que puede venir—aseveró de forma enigmática.

Beth la miró con interés, y le dio la impresión de que algo escondía.

—¿No le han ido bien las cosas, *madmoiselle* Caron?

La joven suspiró, apesadumbrada, y miró al frente.

—No demasiado. Digamos que no tengo muchas expectativas de futuro—afirmó con tristeza.

A Beth le preocupó esa afirmación.

—Bueno, a veces la vida nos da golpes que parecen irreversibles, pero creo que todo se puede superar. Lo que no te mata, te hace más fuerte, eso es lo que dicen.

Al decir esto, Beth entendió que esas palabras bien podían servirle a ella para combatir un dolor que aún seguía latente.

—Pero ¿y si no hay esperanza? ¿Y si sabe una con certeza que es imposible? —inquirió *madmoiselle* Caron, mirándola con angustia.

Beth sintió una punzada de dolor al verla así.

—¿Existe algún problema de esa clase? Puede contármelo, no lo compartiré con nadie. Tal vez pueda ayudarla.

*Madmoiselle* Caron desvió su mirada, y miró sus manos, que estaban posadas sobre su regazo. Sonrió tímidamente, y contestó:

—No, no se preocupe. No ocurre nada malo. Pero gracias por su interés, de verdad. Nadie se preocupa por nosotras demasiado, porque somos invisibles ¿verdad?

Beth dibujó una media sonrisa ante esa dolorosa afirmación. De repente, Chloe y Olivia se acercaron a ellas, entusiasmadas y sonrientes. Habían hecho un importante descubrimiento en la hierba, y querían compartir con sus institutrices su hallazgo. Se trataba de un saltamontes, que huía de las niñas como alma que lleva el diablo.

Beth las reprendió a ambas, para que dejaran al pobre animal marcharse en paz, cosa que las niñas hicieron sin dejar de observarlo, fascinadas. Gracias a esto, desapareció esa atmósfera triste, dando paso a la alegría.

Tras un largo día de juegos y diversión, llegó la hora de irse a dormir. Beth acompañó a Olivia a su cuarto, y después ella se fue al suyo para descansar.

Pasada la medianoche, cuando estaba plácidamente dormida, Beth oyó unas voces. Esto la despertó, y decidió averiguar quién estaba perturbando su sueño. Abrió la cortina, y se asomó a la ventana.

El cuarto que ocupaba estaba en la primera planta, delante del jardín, donde vio dos figuras. La luz de la luna desveló quienes eran. Se trataba de *monsieur* Bisset y *madmoiselle* Caron. Ambos estaban abrazados, y hablaban en voz baja. Aun así, Beth pudo escuchar perfectamente lo que decían.

—Alain, no podemos seguir con esto. ¿Y si alguien nos descubre? —dijo ella con voz entrecortada, mientras él repartía besos por su rostro y su cuello.

De repente, se separó de ella y la miró a los ojos, acariciándole el rostro.

—*Mon amour*, ¿cómo me pides eso? Yo ya no puedo vivir sin ti.

—Pero Alain, esto no está bien. Yo no quiero ser tu amante, quiero ser tu esposa.

—Sabes que eso no puede ser, *mon amour*. Vamos, no pensemos en eso ahora. Quiero amarte esta noche—y dicho esto, él devoró sus labios con premura y deseo.

Beth se apartó de la ventana sigilosamente. Una vez se metió bajo las sábanas, intentó asimilar lo que acababa de presenciar.

Por un lado, se veía a sí misma en la piel de *madame* Bisset. Eran las engañadas, las que ignoraban lo que ocurría. Por el otro, entendía la tristeza de *madmoiselle* Caron. Era, sin duda, un amor imposible. Él nunca abandonaría a su familia, y, sin embargo, ella no podía ser su amante para siempre. Su reputación y su vida quedarían arruinadas. De repente, sintió una gran angustia por *madmoiselle* Caron. ¿Y si además de ella, alguien más los había visto? Eso sería terrible.

Al día siguiente, decidió exponer el asunto a la institutriz. Acordó verse con *madmoiselle* Caron en un pabellón de caza que había en la propiedad, y que estaba bastante alejado de la casa. Quedaron en verse allí a medianoche, cuando todos durmieran.

*Madmoiselle* Caron estaba bastante nerviosa ante el misterioso encuentro. Beth no le había revelado por qué quería verla, aunque había insistido en que se trataba de algo sumamente importante.

—*Madmoiselle* Caron, anoche fui testigo de su secreto. No tiene que contarme nada; lo sé todo.

*Madmoiselle* Caron se puso pálida, y decidió sentarse en una silla que había en la sala donde estaban. Respiró hondo, y no pudo evitar que unas lágrimas de angustia anegaran sus ojos. Beth, al verla tan mal, dijo:

—Por favor, no se preocupe, me llevaré el secreto a la tumba.

*Madmoiselle* Caron la miró, aliviada.

—*Merci, madmoiselle.*

—Pero quería hablar con usted. Sólo quiero advertirla. Esto no traerá nada bueno.

*Madmoiselle* Caron tragó saliva.

—Lo sé. Yo intenté evitarlo desde el principio, pero no hubo forma; no pude evitar enamorarme de él.

—Claro que eso no se puede evitar. Lo sé bien. El amor aparece y no podemos hacer nada. Sin embargo, debe terminar con esto por su bien.

—No puedo—respondió con tristeza.

—¡Claro que puede! Debe buscar otra posición, y abandonar a los Bisset. Si todo se descubre, la echarán sin contemplaciones, y no podrá trabajar como institutriz. Además, sabe perfectamente que no va a dejar a su esposa por usted.

—Pero él me ama. No tiene la culpa. Su matrimonio es una obligación. Y yo no podría abandonarlo.

—Pues debe hacerlo. Al principio, sufrirá un dolor enorme, pero lo superará con el tiempo. Yo doy fe de ello.

—Usted es fuerte y yo débil. No nos puede comparar—aseveró con un nudo en la garganta.

—¡Tonterías! Usted es una mujer fuerte, *madmoiselle* Caron; aunque no lo crea. Todos llevamos una enorme fuerza de voluntad dentro. —Beth se acercó más a ella, se inclinó y le puso una mano en el brazo—. Temo por usted, por lo que le pueda pasar. Quedándose aquí nunca tendrá la oportunidad de ser feliz. ¡Piense en ello!

*Madmoiselle* Caron se quedó en silencio unos instantes, y finalmente asintió.

—Pensaré en lo que me ha dicho, *madmoiselle* Arundel. Se lo prometo.

Beth se quedó más tranquila al escuchar esa respuesta, y no dijo nada más. Ella había hecho lo que creía correcto, y ahora era *madmoiselle* Caron quien debía tomar una decisión.

Al día siguiente, los Gibson regresaron a Bruselas. Antes de partir, Beth

tuvo tiempo de despedirse de *madmoiselle* Caron.

—Quiero darle las gracias *madmoiselle* Arundel.

—No hay de qué. Sólo espero que haya podido ayudarla en algo.

—Sí, me ha ayudado, sin duda. Nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

Cuando la conocí, supe que usted era una mujer fuerte y valiente. Y eso hará que su vida sea próspera. Rezaré porque así sea.

Beth sonrió.

—*Merci, madmoiselle* Caron.



Unos meses más tarde, Beth recibió noticias de *madmoiselle* Caron. Le sorprendió ver que la carta no procedía de Bélgica, sino de Francia. La abrió apresuradamente, y la leyó.

<<Querida *madmoiselle* Arundel,

Espero que cuando lea esta carta esté bien. Quise escribirle antes, pero me ha sido imposible. Quería contarle que seguí su consejo, y hace tres meses abandoné a los Bisset para siempre. *Monsieur* Bisset intentó convencerme para que me quedara, pero me mantuve firme y finalmente me marché.

Conseguí un puesto en una escuela en un pequeño pueblo del sur de Francia, y la distancia me está ayudando a sobrellevar el dolor de mi herido corazón.

Como usted bien dijo, no podía ser la amante de *monsieur* Bisset. Eso hubiera arruinado mi vida sin remedio. Ahora estoy feliz en mi nuevo puesto, y estoy haciendo nuevos amigos. Espero que algún día volvamos a encontrarnos. Gracias de nuevo por su ayuda.

Con afecto,  
*Madmoiselle* Caron.>>

Beth terminó de leer la carta, y dibujó una sonrisa en su rostro. Eran grandes noticias. Sólo esperaba que pronto *madmoiselle* Caron sanara sus heridas y encontrara el amor verdadero.

Miró a Olivia, que estaba sentada dibujando. Beth se sintió afortunada en ese momento, a pesar de que su futuro era incierto. No obstante, esa incertidumbre no la perturbaba. Estaba satisfecha con su vida actual.

Lo único que tenía claro es que el amor no entraba en sus planes. No deseaba enamorarse de nuevo. De hecho, se convenció plenamente de que ella

no se casaría.

De nuevo, después de muchos días, apareció Branwell en su pensamiento, sonriendo y mirándola con ternura. En ese instante, sintió una punzada de dolor en su corazón.

Cuando la tristeza estaba empezando a apoderarse de su ánimo, Olivia se puso delante de ella y le mostró el dibujo que acababa de hacer.

—¡Señorita Arundel! ¿Qué le parece? —preguntó Olivia, entusiasmada.

Beth salió de su ensimismamiento, y agarró el papel entre sus manos, examinándolo. La niña había dibujado dos monigotes junto a una casa, o eso parecía.

—¿Quiénes son? —preguntó Beth.

Olivia puso los ojos en blanco.

—¿Pues quienes van a ser? ¡Usted y yo, por supuesto! —contestó la niña, poniendo los brazos en jarras.

Beth miró a su alumna, que la observaba con impaciencia. En ese momento, le recordó a la señorita Easton, pero en versión infantil. Le divirtió su gesto, y se rio. Olivia frunció el ceño, extrañada por la reacción de su institutriz.

—Es muy bonito—dijo Beth sin dejar de sonreír, y mirando el dibujo de nuevo.

Cuando fue a devolvérselo, Olivia lo apartó, algo que dejó a Beth desconcertada.

—¡Señorita Arundel, no tiene que devolvérmelo! ¡Es un regalo! —explicó Olivia, tajante.

Beth notó que ese pequeño atisbo de tristeza que casi se apodera de ella había desaparecido, y tuvo ganas de abrazar a la pequeña. No sabía por qué, pero tenía la impresión de que su alumna había notado su pesar. Acarició su cabeza, y la sonrió.

—Muchas gracias, Olivia.

La niña le devolvió el gesto, y regresó a su sitio para seguir dibujando. Poco a poco, la melancolía se marcharía, pensó Beth. El tiempo ayudaría a que así fuera.

## CAPÍTULO 10

*Bruselas, cinco años después...*

El día había amanecido gris y frío. Aunque ya era primavera, la lluvia era una constante en aquel mes de abril. Esto impedía que la mayoría de los días, Beth y su alumna pudieran hacer actividades al aire libre.

La vida en Bruselas transcurría tranquila y sin sobresaltos, acomodada en una previsible y organizada rutina. Beth se había adaptado a la perfección a su nueva vida en Bélgica.

Había hecho nuevas amistades, y se había ganado la confianza y el respecto tanto de los miembros del servicio como de sus señores. Por aquel entonces, había desarrollado una estrecha relación de amistad con el señor Harris, que, a pesar de su carácter huraño, era un hombre amable, y con su esposa, la señora Harris, la cocinera, que era encantadora.

Dos años antes se había incorporado nuevo personal a la casa de los Gibson. Dos jóvenes sirvientas belgas, Marianne y Aurelie, que eran más jóvenes que Beth, y Jacques, que ejercía como ayudante del señor Harris, y se encargaba de llevar y traer a lord Gibson cuando era menester.

El amo de la casa se pasaba casi toda la semana viajando o encerrado en su despacho. Mientras, *lady* Gibson solía salir a menudo a visitar a amigas suyas de la alta sociedad belga.

Durante todo ese tiempo, Beth no había perdido el contacto con sus amistades de Inglaterra.

Al poco tiempo de llegar a Bruselas, tuvo noticias de Melinda. Su amiga omitió cualquier mención a Branwell y su boda, mostrando así su enorme sensibilidad y tacto. Sin embargo, sí le habló de su pretendiente, que pronto se convirtió en su marido. Se trataba de lord Ferdinand Avery, poseedor del título de marqués de Woodford y dueño de una considerable fortuna.

Se conocieron en una de las veladas de la temporada, y se habían entendido a la perfección, aunque Melinda en ningún momento habló de amor. La elección gustó a ambas familias y se casaron poco tiempo después en una ceremonia por todo lo alto, a la que acudió lo mejor de la alta sociedad. A

Melinda le apenó el hecho de que Beth no pudiera acompañarla, y a lo largo de esos años, nunca se olvidó de recordarle que cuando regresara, su casa estaba abierta y lista para recibirla.

También tuvo noticias de Anne. Al principio, recibió un severo reproche por el hecho de no haber recurrido a ella cuando se encontraba en problemas. Pero después, se mostró comprensiva, expresando su deseo de que su ausencia fuera lo más corta posible. Siempre le contaba las travesuras del pequeño Ben, que poco a poco se fue convirtiendo en un hombrecito amable y simpático, como su padre. A Angus no le iban mal las cosas, y siempre tenía trabajo en el taller. Incluso, realizaba encargos para acaudalados clientes.

Durante un tiempo intercambió correspondencia con *madmoiselle* Caron, que pronto cambió de nombre. Meses después de empezar a trabajar en la escuela, esta había conocido a un apuesto profesor universitario, al cual le presentaron unos amigos comunes. *Monsieur* Granger le propuso matrimonio al poco tiempo, y ella aceptó. Se fueron a vivir a París, donde él daba clases en La Sorbona, y formaron una familia. Beth se alegró por tan feliz desenlace.

En cuanto a su desengaño, el paso del tiempo hizo su efecto. Cada día que pasaba, iba olvidando los gestos, la voz y los rasgos de Branwell. Aunque nunca podría olvidarle del todo, porque había sido el único hombre al que había amado.

Sin embargo, su recuerdo ya no le producía dolor ni tristeza. Su corazón ya había sanado sus heridas. Aquello se había convertido en una vivencia más de su pasado, sin dejar de ser una parte importante del mismo. Como bien le dijo la señorita Hart: <<Todo en la vida se supera, menos la muerte.>>

De ella no volvió a saber más, debido a que, dos años después de su llegada a Bruselas, recibió carta de la señorita Easton, donde lamentaba comunicarle una triste noticia: Su antigua maestra había fallecido a causa de una gripe, dejando a la escuela desolada. Solo tenía treinta y seis años. Esto afectó profundamente a Beth, y la aflicción por esta pérdida la acompañó durante largo tiempo.

Esa mañana gris, Beth y Olivia estaban en el cuarto de estudio. Beth estaba escribiendo en la pizarra un problema matemático, mientras le daba instrucciones a su alumna para poder resolverlo.

Sin embargo, la muchacha, que acababa de cumplir doce años, no estaba por la labor. Estaba distraída, observando el cielo nublado a través de la ventana.

Beth se giró y vio que Olivia no le estaba prestando atención. A

continuación, puso los brazos en jarra, mientras sostenía la tiza en una de sus manos, y miró a su alumna con severidad.

—¡Olivia! ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Olivia miró a su institutriz, y suspiró, apoyando el codo en la mesa, y su cabeza sobre una de sus manos.

—Señorita Arundel, ¿de verdad necesito saber resolver estos problemas? ¿No podemos hacer algo más interesante? Como pintar o dibujar...

Beth lanzó un suspiro exasperado, y puso los ojos en blanco.

—Olivia, todo esto es importante.

—¿Ah sí? Pues no estoy tan segura, señorita Arundel. Veamos, ¿en qué momento de la vida tendré que saber cuánto me tienen que devolver cuando me den el cambio? Las sirvientas son las que se encargan de esas cosas—respondió Olivia, intentando mostrarle a su institutriz su punto de vista.

—Olivia, toda enseñanza en esta vida es importante. Nunca se sabe cuándo podemos necesitar saber algo, o cuándo utilizaremos los conocimientos que tenemos. Y repruebo totalmente ese pensamiento que tienes.

—Señorita Arundel, al final, ser hermosa es lo más importante, porque es lo que le gusta a la gente. Ser inteligente no es esencial; con eso no se llega lejos—aseveró.

Esta afirmación indignó a Beth.

—¿Dónde has oído semejante disparate?

Olivia se puso más seria.

—Lo dijo el otro día Gabrielle Dupond en la fiesta campestre.

Beth negó con la cabeza. Esa Gabrielle Dupond era una niña estúpida y consentida, que no tenía dos dedos de frente.

—Olivia, por favor, no hagas caso a esa muchacha. No sabe lo que dice. Además, te diré que la belleza solo es importante para los que no ven más allá de sus narices.

—¿De verdad? —preguntó Olivia con interés.

Beth asintió.

—Veamos, imagínate que yo soy una hermosa mujer; una belleza perfecta y sublime. Y resulta que, cuando conversamos, te doy la razón en todo porque no tengo criterio propio ni opinión. ¿Tú qué pensarías de mí?

—Pues pensaría que es verdaderamente aburrida. De hecho, creo que no sería capaz de conversar con usted —contestó.

—¡Exacto! La belleza es algo que cambia con el tiempo, Olivia. Todos envejecemos y cambiamos con el paso de los años. Por eso es importante

alimentar la mente y el espíritu con conocimiento. Porque al final, lo que queda es lo que llevamos dentro. Y qué triste y desoladora sería nuestra existencia si solo tuviéramos belleza exterior que ofrecer. ¿No crees?

Olivia asintió, convencida.

—Pues tiene usted toda la razón, señorita Arundel.

Beth sonrió.

—Bien. Y ahora a estudiar.

Olivia puso cara de fastidio. Aun así, obedeció y apuntó lo que la señorita Arundel había escrito en la pizarra. Beth estaba satisfecha con el resultado de la conversación. No iba permitir que Olivia se convirtiera en una persona vacía y superficial.

Estuvieron trabajando gran parte de la mañana en los ejercicios, y a la hora de comer, Olivia fue al comedor a reunirse con su madre.

Beth se dirigió a la cocina, donde estaba la señora Harris, que le estaba sirviendo un plato de sopa caliente. Beth se sentó a la mesa, y empezó a comer.

—¿Cómo han ido hoy las lecciones? —preguntó la señora Harris, que en ese momento estaba preparando los postres.

—Bien, aunque hoy la señorita Olivia se ha aburrido un poco. Opina que no es importante estudiar.

—Bueno, ya sabe, señorita Arundel. Está en esa edad en la que uno empieza a rebelarse.

—Sí, eso creo yo también. Aunque, por suerte, he conseguido que cambie de opinión.

—No lo dudaba. Desde luego, aprender es importante. Cuanto más lista eres, menos posibilidades hay de que te engañen. Aunque déjeme que le diga, que, por desgracia, muchos hombres prefieren casarse con mujeres bonitas, pero poco inteligentes. Y en la alta sociedad, eso no es distinto.

—Bueno, tal vez eso sea cierto. Sin embargo, opino que no todos los hombres piensan de la misma forma.

—No todos, en eso estoy de acuerdo. Pero sí una gran parte.

Beth suspiró, pensativa.

—A mí me gustaría que la señorita Olivia se casara con alguien que la amara y la respetara.

—¡Ja! Eso sería un milagro, créame. Y ya veremos con quién se casa. Eso será decisión de los señores.

Nada más decir esto, entró una de las sirvientas para llevarse los postres,

y otra trajo los platos vacíos. La conversación se detuvo, y Beth terminó de comer en silencio.

Se dio cuenta, al mirar por una de las ventanas, de que el cielo estaba empezando a despejarse, así que esa tarde podrían salir a dar un paseo. Olivia recibió con alegría la noticia, y se preparó para salir con Beth.

Salieron bien abrigadas, pues hacía un poco de frío, y se dirigieron a la zona comercial, donde Beth quería visitar la librería de *Monsieur* Gastini. Las calles estaban abarrotadas, por lo que ambas se agarraron de la mano y no se separaron en todo el camino.

Llegaron por fin a la librería de *Monsieur* Gastini. El hombre estaba al fondo, detrás del mostrador, ordenando unos libros.

El librero era un caballero de unos cincuenta años, que llevaba toda su vida dedicado a los libros. Según les había contado, viajó mucho en su juventud, y gracias a eso, aprendió idiomas y conoció diferentes culturas. Estaba casado con Georgette, una mujer encantadora, que también trabajaba en la librería, ayudando a su marido. El matrimonio tenía un hijo de la edad de Beth, que vivía en el sur del país, y dos preciosos nietos más jóvenes que Olivia.

Las estanterías y las tres góndolas que había repartidas por el centro de la tienda estaban llenas de libros, y a esa hora, las tres y media, no había demasiados clientes.

Beth y Olivia se acercaron al mostrador, y *Monsieur* Gastini dibujó una amplia sonrisa nada más verlas.

—*Bonjour, mademoiselle Arundel et mademoiselle Gibson! Comment ça va?* [1]—las saludó, entusiasmado.

—*Bonjour, monsieur, ça va bien, merci.* [2]—contestó Beth.

—¿En qué puedo ayudarlas? —preguntó el hombre con un fuerte acento francés.

—Venimos buscando nuevas lecturas—explicó Olivia, sonriente.

—Oh, tengo libros nuevos que acaban de llegar. *Un moment s'il vous plait*! [3]—respondió el caballero, perdiéndose entre los volúmenes que tenía en el mostrador. Sacó al cabo de unos instantes tres libros—. Eugénie Grandet de Balzac, Valentine de George Sand y Notre-Dame de París de Víctor Hugo. Y también ha llegado el libro que me encargó, *mademoiselle* Arundel.

Beth examinó los libros, y finalmente eligió dos para ella: El de George Sand y el de Víctor Hugo. Para Olivia compró la novela Sentido y sensibilidad de Jane Austen, que había encargado hacía unas semanas.

Después de despedirse de *monsieur* Gastini, las dos salieron de la tienda, y continuaron paseando por las calles cercanas.

De repente, un delicioso olor llegó hasta ellas. Provenía de la pastelería de *Madame* Dauville. Olivia le pidió a Beth que entraran en la tienda, ya que quería que le comprara un bollo de crema, una de las especialidades de la dueña del establecimiento. Beth dudó un momento, sin embargo, pensó que no sería mala idea comprar algunos dulces como postre para la cena.

Entraron en la pastelería donde se podía casi masticar el aroma a hojaldre recién hecho. Había algunos clientes, pero nada más verlas, la dueña del establecimiento las saludó. *Madame* Dauville siempre recordaba las caras de sus clientes habituales.

—*Bonjour!*

—*Bonjour, madame*—contestó Beth.

Mientras esperaban su turno, Olivia se deleitó mirando los dulces que había en las vitrinas. Pronto les atendió Ivonne, la hija de *madame* Dauville, de diecisiete años. La muchacha solía hablarles en inglés, aunque con dificultad.

Hacía su mayor esfuerzo por aprenderlo, porque le gustaba todo lo relacionado con Gran Bretaña, y deseaba hablar bien el idioma.

Al principio, Beth tuvo que reprender a Olivia por reírse de las equivocaciones de la muchacha. <<No pidamos la perfección, cuando nosotros mismos carecemos de ella>>, le decía. Esto hizo cambiar la actitud de su alumna, que pronto entabló amistad con la joven.

Justo cuando estaban haciendo su pedido, entró en la pastelería Jacques, el ayudante del señor Harris. Ambas lo miraron, sorprendidas, preguntándose qué hacía allí. Él no pudo evitar mostrarse inquieto al verlas.

—*Mademoiselle* Arundel, *mademoiselle* Olivia, ¿qué hacen aquí? —preguntó él con naturalidad, aunque se le notaba nervioso.

—Hemos venido a comprar unos dulces. ¿Y usted?

—A comprar unos dulces también—respondió él.

—¿A usted también le gustan los bollos de crema, Jacques? —inquirió Olivia, sonriente.

Este asintió con una sonrisa.

—Sí, los bollos de crema me gustan, *mademoiselle*.

—Pues hemos comprado muchos. De hecho, íbamos a compartirlos con todos. ¿O quiere comprar más? —preguntó Beth con interés.

De repente, Olivia observó algo que le llamó la atención. Jacques miraba

de reojo hacia el mostrador, donde Ivonne estaba envolviendo el paquete de bollos que le habían encargado. Ella tenía las mejillas sonrosadas, aunque en un primer momento, Olivia pensó que era debido al calor que hacía en la pastelería. Sin embargo, al ver aquel discreto intercambio de miradas, empezó a considerar que algo estaba sucediendo entre esos dos.

—No, creo que será suficiente, *madmoiselle*. Ahora las acompañaré a casa, si es que iban hacia allí—dijo Jacques.

—Eso sería estupendo. Muchas gracias, Jacques—respondió Beth. A continuación, pagó el encargo y se despidió de Ivonne—. *A bien tot, Ivonne. Et merci.*

—Hasta pronto, señorita Arundel, señorita Olivia.

Finalmente, salieron de la tienda acompañadas de Jacques, y regresaron a casa dando un agradable paseo, mientras conversaban.

Una vez llegaron, Olivia se dirigió al señor Harris y le entregó la bolsa de bollos. Ya en la cocina, la señora Harris reprobó la decisión de comprar el postre fuera de la casa, pero Beth la convenció, diciéndole que así trabajaría un poquito menos, y que lo hicieron pensando en ella.

La señora Harris era débil frente a las miradas suplicantes de la señorita Olivia y la señorita Arundel, que parecían dos cachorrillos abandonados.

Más tarde, a la hora de dormir, Beth fue a darle las buenas noches a Olivia como hacía siempre, y esta compartió con ella lo que le rondaba por la cabeza.

—Señorita Arundel, ¿no ha notado usted algo raro en la pastelería?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, cuando ha venido Jacques a la tienda. Creo que ha ido a ver a la señorita Ivonne.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque los dos estaban muy nerviosos, y creo que la señorita Ivonne se ha ruborizado—respondió Olivia.

Beth pensó un momento en ello. Sí, recordaba que Jacques parecía nervioso. Tal vez Olivia tuviera razón.

—Es posible. Pero no es asunto nuestro—concluyó.

Olivia se incorporó un poco.

—¡Oh, señorita Arundel! ¿Por qué no les ayudamos? A lo mejor no se atreven a decirse que se quieren.

Beth la miró, incrédula.

—Olivia, no debemos meternos en los asuntos ajenos.

—¡Pero sería tan bonito que se casaran por nuestra culpa! —comentó Olivia, soñadora—. Hacen una pareja preciosa. Como el señor Darcy y la señorita Bennett.

Beth se rio.

—¿Orgullo y Prejuicio otra vez? Olivia, es una buena novela, pero en la vida real las cosas son bien distintas.

—¡Tengo una idea! ¿Y si les hacemos llegar una nota a ambos, haciéndoles creer que uno se va a declarar al otro? O podría invitar a Ivonne a casa—propuso Olivia, entusiasmada.

—¡Olivia, por el amor de Dios! ¡Deja ya de decir tonterías! No debemos intervenir. Lo que tenga que pasar, pasará. Y ahora a dormir—ordenó Beth.

Olivia se fue a dormir un poco decepcionada, pero no volvió a mencionar el asunto. A Beth le enterneció el hecho de que Olivia quisiera ayudar a aquellos dos. Sin embargo, consideraba que debía frenar sus impulsos, porque estos podían acarrearle serios problemas.

Dos días más tarde, mientras bajaba las escaleras, pudo escuchar a Olivia hablando con alguien. Abrió la puerta que daba a la cocina, y allí estaba su alumna hablando con Jacques, a quien le estaba entregando una nota. Beth sospechaba que la muchacha estaba poniendo en práctica su plan.

A pesar de que su cabeza le decía que debía reprenderla, decidió no hacerlo. En el fondo, no quería dañar su alegre y generoso espíritu, y si se equivocaba, aprendería de sus errores.

Por la tarde, fueron a la pastelería de *Madame* Dauville, y de nuevo, compraron una bolsa llena de bollos de crema.

Olivia llevaba oculto en uno de los bolsillos de su chaqueta un pequeño libro, que dejó intencionadamente en el mostrador, y que contenía una nota en la primera página.

Salieron de la pastelería, sin que Beth se diera cuenta de que Olivia no llevaba una de sus pertenencias. Sin embargo, sí se percató de la suave y pícaro carcajada que emitió su alumna nada más salir del establecimiento. Sabía con certeza que algo había hecho.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, Jacques entró en la cocina canturreando. A Beth le llamó la atención la actitud del hombre, que solía mostrarse siempre comedido y reservado. La señora Harris se echó a reír al verlo tan contento.

—¿Qué le ha pasado, Jacques?

Jacques se sentó al lado de Beth, y suspiró.

—Algo maravilloso, señora Harris—contestó él, risueño.

—Oh, ya entiendo. El amor ha llamado a su puerta—comentó la mujer.

Jacques dibujó una amplia sonrisa, y a continuación, tomó su desayuno en silencio.

Beth sonrió, pensativa. El plan de Olivia había funcionado. En ese momento, se sintió orgullosa de su alumna, pues había demostrado arrojo y determinación. Aunque se llevaría una suave amonestación por desobedecerla.

Una semana más tarde, los señores decidieron realizar un viaje a Brujas, que duraría tres días, y Beth y Olivia los acompañaron. Se alojaron en un pequeño hotel en el centro de la ciudad.

Mientras los Gibson visitaban a amigos, Beth y Olivia se perdían por las calles y avenidas, recorriendo los canales, y disfrutando de placenteros paseos.

Una de aquellas tardes, ambas se sentaron en un banco, frente a uno de los canales. Beth llevó su cuaderno de dibujo, y mientras Olivia contemplaba el panorama, ella lo dibujaba. A la joven le encantaban los dibujos de su institutriz, y ya se había hecho con una buena colección.

—Bueno, al final mi plan fue un éxito ¿verdad, señorita Arundel? —comentó Olivia, entusiasmada.

—Sí, admito que sí. Pero insisto en que no vuelvas a hacerlo.

—Lo prometo. No lo volveré a hacer—respondió Olivia—. ¿Cree que se casarán?

—Por supuesto que sí. Y seguramente pronto.

Olivia sonrió. Sin embargo, al instante se puso seria. Beth observó a su alumna, y le pareció ver tristeza y preocupación en su mirada.

—¿Qué ocurre, Olivia? —preguntó Beth, dejando lo que estaba haciendo. Olivia la miró.

—Señorita Arundel, ¿es cierto que mis padres decidirán con quién debo casarme?

Beth se mordió el labio inferior, inquieta. Era difícil contestar a esa pregunta sin herir a la joven.

—¿Dónde has oído eso?

—Hace unos días oí a las sirvientas hablando de ello. Decían que me casarían con algún duque o con alguien importante. ¿Es eso cierto?

Beth respiró hondo, al mismo tiempo que pensaba bien lo que debía decir y cómo lo iba a expresar. Se giró hacia Olivia, y la miró a los ojos.

—Olivia, debo explicarte algo. En la vida, tú estás en una situación acomodada, que te permite tener acceso a una buena educación y a todo tipo de privilegios. Otros, por desgracia, no tienen esas mismas oportunidades. Dicho esto, tú tienes una desventaja frente al resto. Normalmente, los matrimonios entre la alta sociedad son concertados. Esto se debe a que todos quieren mantener sus privilegios intactos, y para ello, suelen acordarse matrimonios que benefician a ambas partes.

—¿Y a mí me pasará eso? —preguntó Olivia con un poco de angustia.

—No voy a mentirte. Será así, Olivia. En el peor de los casos, te casarás con un hombre que tenga una buena posición social, de acuerdo con los deseos de tus padres, y vuestro matrimonio no será por amor.

El desconsuelo y la aflicción invadieron el ánimo de la joven, y Beth, al ver su rostro compungido, sintió una punzada de dolor en su corazón. Debido a esto, quiso disminuir la inquietud de su alumna.

—Aunque no tiene por qué ser malo. Algunas veces, ocurre que, en un baile o una velada, dos personas que comparten la misma posición se conocen, y encuentran cosas que les unen. Puede incluso surgir el amor. Es cierto que no sucede a menudo. Sin embargo, existe una posibilidad de que así sea.

Olivia, que estaba a punto de llorar, vio un halo de esperanza en esas palabras. Entonces, agarró las manos de su institutriz entre las suyas.

—¿De verdad lo cree así, señorita Arundel?

—Por supuesto que sí. El amor puede surgir en cualquier parte. Y estoy segura de que conocerás a un hombre maravilloso. ¡Ya lo verás! —dijo Beth, acariciando el rostro de su alumna, que parecía sentirse más aliviada.

Esa noche, mientras se preparaba para dormir, Beth no dejaba de pensar en la conversación que había mantenido con Olivia.

De repente, apareció en su mente la imagen de Melinda, joven y despreocupada, asumiendo que ella se casaría con un hombre rico de su misma posición porque era su deber. Al contrario que Olivia, Melinda nunca había mencionado el amor en sus conversaciones. Era una mujer práctica, poco dada a los sentimentalismos. Sin embargo, las cartas que se habían intercambiado durante todos esos años indicaban que las cosas no eran como parecían.

Melinda había compartido con ella su dolor y su sufrimiento. Su matrimonio había resultado ser un fracaso desde el principio. Se había casado con un hombre de su círculo social, adinerado y con títulos, pero sin

sentimientos. Al principio, apenas se conocían, no obstante, con el paso de los años, Melinda se dio cuenta de que había cometido un error. Su marido era un mujeriego, que no la respetaba y que apenas hablaba con ella. Para él, lo más importante era que se mantuviera callada y fuera una buena anfitriona.

A pesar de estas desavenencias, cumplieron con sus obligaciones maritales y tuvieron dos hijos, Matthew y Roger, que eran el único apoyo de su madre. Su amiga había decidido que su vida estaría dedicada a sus hijos, mientras ignoraba a su marido. Nunca encontraría en él a un compañero fiel y respetuoso.

Esto apenaba a Beth, y rezaba porque Olivia no tuviera ese destino. Si estaba en su mano, haría lo que fuera porque eso no sucediera.

# CAPÍTULO 11

*Dover, cuatro años después...*

El mar estaba en calma y el cielo despejado. Una suave brisa acariciaba la cubierta del barco, que en esos momentos se acercaba al puerto de Dover.

Olivia Gibson se mostraba emocionada, mientras su institutriz permanecía a su lado en actitud serena. Beth miraba al horizonte, donde ya se distinguían los edificios. Su corazón latía inquieto, pero su rostro no lo reflejaba.

Regresaba a Inglaterra después de nueve años de ausencia, y no sabía lo que se encontraría. Además, su futuro era incierto.

Olivia había cumplido dieciséis años, y debutaría en sociedad con la esperanza de conseguir marido pronto. Los Gibson habían intentado calmar su inquietud, diciéndole que permanecería con Olivia hasta que esta estuviera a los pies del altar.

A partir de ahora, ya no sería su institutriz, sino su carabina y doncella.

—Señorita Arundel, ¿no está emocionada? Dios mío, no puedo creer que estemos en Inglaterra de nuevo—dijo Olivia, sonriente.

—Sí, es emocionante—respondió Beth, sonriendo tímidamente.

—Aunque le confieso que echaré de menos Bélgica. De hecho, me considero más belga que inglesa. ¿No le parece?

Beth se rio.

—Bueno, es lógico. Has vivido mucho tiempo allí.

—Espero adaptarme bien.

—No te preocupes, estoy segura de que así será—respondió Beth, agarrando la mano de Olivia, e intercambiando con ella una mirada de complicidad.

Minutos más tarde, el barco atracó, y descendieron por la pasarela seguidas de lord Gibson y *lady* Gibson, que estaba rebosante de felicidad. La dama estaba entusiasmada ante la idea de volver a estar en casa, ya que, a diferencia de su hija, nunca se sintió dichosa viviendo en Bélgica.

Se subieron a un carruaje y se dirigieron al hotel en el que pasarían la noche. Al día siguiente, partirían hacia Londres, donde se instalarían de forma

permanente.

Olivia y Beth observaron las calles y los edificios desde las ventanillas del coche de caballos. Beth comprobó que Dover no había cambiado demasiado desde la última vez que estuvo allí. Mientras tanto, Olivia lo miraba todo con sumo entusiasmo y curiosidad, aunque en el fondo, ya echaba de menos los hastiales escalonados de las casas belgas.

Cuando llegaron, dejaron su equipaje en sus habitaciones, y tomaron un refrigerio en el hotel. Unas horas más tarde, se fueron a dormir para reponer fuerzas antes del viaje a Londres.

Llegaron al día siguiente a la bulliciosa capital. Los Gibson observaron con interés los cambios que se habían producido en la ciudad durante su larga ausencia. Había construcciones nuevas, necesarias debido al rápido crecimiento de la urbe, que cada vez tenía más población. Beth nunca había estado en Londres antes, así que para ella todo era una novedad.

Se instalaron en una elegante vivienda en Berkeley Square. El cuarto de Beth, cuyas vistas daban a la plaza, estaba situado al lado de la habitación de Olivia.

En cuanto al personal de servicio, solo los acompañaban el señor Harris y la señora Harris, ya que los demás se quedaron en Bruselas. Jacques se casó con Ivonne años atrás, y ambos trabajaban en la pastelería de *madame Dauville*. Las sirvientas también se casaron y dejaron la casa de los Gibson.

Durante aquellos primeros días, Beth y Olivia se dedicaron a hacer turismo. Visitaron museos, recorrieron los parques londinenses e hicieron algunas compras. A ambas les resultaba extraño no escuchar a la gente hablar francés o neerlandés por las calles.

En una ocasión, Olivia le comentó, divertida, que sería una buena idea hablar en francés entre ellas, para que nadie las entendiera cuando quisieran intercambiar alguna confidencia en público. Beth reprobó su idea, naturalmente. Sin embargo, compartía su nostalgia. Nueve años era mucho tiempo, una parte considerable de una vida, y su estancia en Bélgica le había dejado una profunda huella.

A lo largo de aquel primer mes, Olivia visitó a los mejores modistos para que le confeccionaran hermosos vestidos, que necesitaría para los numerosos bailes y reuniones sociales de la temporada londinense a los que debía asistir. Beth siempre la acompañaba y asesoraba a la joven, que confiaba plenamente en su criterio.

Después de realizar su puesta de largo en el palacio de Saint James, donde fue presentada a la reina Victoria, Olivia empezó a asistir a los eventos de la temporada.

*Lady* Gibson también ordenó encargarse un vestido de gala para Beth. Según le explicó, uno de sus vecinos iba a celebrar un baile, y Olivia se había empeñado en que fuera su acompañante. A pesar de las protestas de Beth, que consideraba que aquello era del todo inadecuado, madre e hija insistieron, y finalmente cedió.

Su alumna la ayudó a escoger una hermosa tela de color azul marino, y encargaron que el vestido tuviera escote en forma de pico, con encajes. A Beth le parecía excesivo, pero Olivia la convenció con unos sólidos argumentos, acompañados de algunos pucheritos.

Días más tarde, por la noche, los Gibson, acompañados de Beth y Olivia, se dirigieron a casa de lord Houston para asistir al baile que tendría lugar allí. Al evento acudirían personalidades importantes de la ciudad y varios amigos de los anfitriones.

Beth estaba nerviosa y preocupada. Desde que regresó a Londres, viejos fantasmas la perseguían: Branwell Dickinson y los Arundel. A menos que las cosas hubieran cambiado, cabía la posibilidad de que ellos también asistieran al evento de esa noche. Si se encontraban, sería una catástrofe. Por este motivo, rezó todo lo que pudo para que eso no sucediera.

Finalmente, llegaron a casa de lord Houston. Mientras los Gibson saludaban a sus viejas amistades, Beth y Olivia se adentraron en el enorme salón de baile, donde ya había parejas danzando en la pista. Tras un rápido vistazo, Beth comprobó aliviada que ninguno de sus viejos fantasmas estaba allí.

Se sentaron en un rincón, junto a un grupo de mujeres un poco más mayores que Beth, casi todas casadas. Las dos mantuvieron cordiales conversaciones con las damas allí presentes, y Beth comprobó orgullosa que su alumna se desenvolvía bien en sociedad. No necesitaba sus consejos. Había hecho un buen trabajo.

—Por cierto, ¿han visto a ese doctor escocés que ha venido con lord Benedict Hewitt? —comentó *lady* Kemp.

—Ah, sí. Es un caballero realmente apuesto. ¿Qué relación tiene con lord Benedict? —inquirió otra de las damas.

—Estudiaron juntos en Edimburgo. Por lo visto, el doctor escocés, creo

que se apellida MacGregor, es todo un prodigio de la medicina a pesar de tener solo treinta y tres años. Además, también es profesor e imparte clases aquí en Londres, en la facultad de Medicina—respondió *lady Kemp*.

Beth sintió cierta curiosidad, pero se abstuvo de preguntar nada.

—¿En serio? Yo pensaba que los escoceses solo raptaban y saqueaban, no que estudiaran. Son unos salvajes que solo son capaces de hacer barbaridades. Seres inferiores, claramente—afirmó *lady Sutton* con desprecio.

Beth y Olivia la miraron, incrédulas. No podían creerse lo que acababan de escuchar.

—Vamos, no seas tan dura, querida—dijo *lady Kemp*, apurada.

—¿Es que no tengo razón? Ni siquiera pudieron defender sus propias tierras, porque no tienen la inteligencia para hacerlo. Son unos brutos; todos y cada uno de ellos. Y a saber cómo ha conseguido semejantes méritos ese doctor. Dudo que sean ciertos—respondió con soberbia.

No sabía *lady Sutton* que el doctor MacGregor estaba detrás de unas cortinas, justo al lado del rincón donde estaban sentadas.

El hombre apretó la mandíbula y los puños, intentando contener la rabia y la indignación que sentía tras haber escuchado aquellas malintencionadas afirmaciones. Sin embargo, decidió quedarse donde estaba. No quería armar un escándalo.

Olivia estuvo a punto de intervenir en ese momento. Quería decirle a esa arpía lo que pensaba de su actitud desalmada y su lengua viperina. Sin embargo, Beth la detuvo con un gesto de su mano.

—Disculpe, *milady*. Espero no ofenderla, pero debo decir que no estoy de acuerdo con ninguna de sus afirmaciones sobre los escoceses. Creo sinceramente que estas son producto de la ignorancia y el desconocimiento absoluto—dijo Beth con actitud serena—. Jamás me atrevería a juzgar a alguien por su origen o su condición, y opino que nadie debería hacerlo. Imagínese que alguien dijera que los ingleses somos despreciables por el hecho de que uno de nosotros lo fuera, sin tener en cuenta que somos muchos, y que cada uno somos seres humanos diferentes. Creo que sus comentarios son totalmente injustos, y no debemos dudar de nadie ni presuponer nada, sin conocerlo antes.

Todas la miraron, horrorizadas, a excepción de Olivia, que sonrió con satisfacción. Estaba muy orgullosa de la señorita Arundel, y de cómo había puesto en su sitio a esa señora.

*Lady Sutton* se rio burlonamente, y después miró a Beth con absoluto

desprecio, algo que no la asustó, pues estaba acostumbrada desde su infancia a esa clase de gestos.

—Señorita...

—Arundel—intervino Olivia, mostrándose indignada ante el olvido intencionado.

*Lady Sutton* le lanzó una mirada reprobadora a la joven, y al instante, centró su atención en Beth.

—Señorita Arundel, debo decirle que estoy verdaderamente sorprendida. No entiendo cómo tiene el atrevimiento de rebatirme nada, cuando usted pertenece a una clase social inferior a la mía. Usted es una simple institutriz, un ser insignificante para el resto del mundo. Por lo tanto, su opinión no vale nada. Y por favor, enséñele a su alumna a no hablar cuando no se le pregunta.

Dicho esto, tomó un sorbo de su copa y nadie más habló. Olivia quiso intervenir de nuevo, sin embargo, Beth la detuvo. Era mejor no empeorar la situación.

En ese momento, el doctor MacGregor salió de su escondite. Beth tenía su vista puesta en su regazo, y no se dio cuenta de la presencia del caballero hasta que oyó su voz.

—Buenas noches, señoras.

Todas se quedaron sin habla al verlo. Era un caballero con una presencia imponente. Alto, apuesto, de complexión robusta, con unos cautivadores ojos azules, la mandíbula marcada, y el cabello y la barba pelirrojos. Llevaba un elegante traje oscuro, y corbatín y camisa blancos. El caballero fijó su atención en *lady Sutton*, que lo miraba absorta.

—Creo que no nos han presentado. Soy el doctor MacGregor—dijo, mientras tomaba una de las manos de la dama entre las suyas.

—*Lady Sutton*—respondió, un poco azorada.

Él besó el dorso de su mano, y a continuación, le dedicó una mirada seductora y una pícara sonrisa.

—*Lady Sutton*, ¿me haría el honor de concederme este baile?

*Lady Sutton* aceptó la invitación, mostrándose completamente fascinada con el escocés. A continuación, los dos se adentraron en la pista y comenzaron a bailar.

—¿Ha visto eso, señorita Arundel? Hace un momento lo estaba criticando, y ahora baila con él. ¡Mire su cara! Parece realmente estúpida—comentó Olivia en voz baja, riéndose.

—¡Olivia! —exclamó Beth, llamándole la atención.

Minutos después, Beth decidió salir a tomar el aire. Se dirigió a una de las puertas del salón de baile, y salió a la terraza que daba al inmenso jardín de la casa.

Observó la luna llena en todo su esplendor, intentando no pensar en el desagradable episodio que había tenido lugar antes.

Mientras, Olivia, que estaba sentada sola en otro rincón de la sala, observaba a las parejas bailar, y no pudo evitar reírse al ver de nuevo a *lady* Sutton, que miraba embelesada al doctor MacGregor. El hombre ya le caía bien solo por el hecho de ponerla en evidencia de aquella forma.

—¡Cuánta hipocresía! —dijo casi para sí misma.

—Desde luego—respondió una voz masculina a su lado.

Olivia giró la cabeza, buscando de donde provenía la voz, y vio a un muchacho un poco más mayor que ella sentado en otra silla, a su lado. Iba vestido con traje de noche, llevaba su pelo oscuro peinado hacia atrás, y sus ojos verdes la miraban con cierta sorpresa. Los dos apartaron la mirada, y se ruborizaron. << ¿Por qué mi corazón late tan deprisa? >>, se preguntó Olivia.

Beth llevaba más de media hora fuera, apoyada en la barandilla de piedra que daba al enorme jardín. No estaba pensando en nada en particular, aunque las palabras de *lady* Sutton aún resonaban en su cabeza.

A pesar de estar acostumbrada a esa clase de desprecios, todavía le dolían. Sin embargo, no se arrepentía de lo que había dicho. No podía quedarse callada ante aquellas malvadas afirmaciones.

En ese momento, escuchó unos ruidos que provenían de uno de los arbustos que había delante de ella. De allí salió una mujer que llevaba el cabello un poco despeinado, y detrás de ella iba un caballero.

Beth se escondió detrás de una pequeña estatua que estaba colocada encima de uno de los soportes de la barandilla, con la intención de que no se percataran de su presencia.

—No sé cómo ha pasado, pero no debemos volver a hacerlo—dijo la mujer, aturdida—. Igualmente, ¿me escribirás? —preguntó, suplicante.

Él entonces se rio.

—Lo siento, querida. Soy un bruto escocés que no sabe escribir—respondió con sorna.

Beth se asomó discretamente al darse cuenta de que eran *lady* Sutton y el doctor MacGregor. Este acababa de darle una buena lección a la engreída dama, y ante semejante respuesta, *lady* Sutton se fue de allí, totalmente dolida e indignada. Por suerte, la dama no la vio. No obstante, el doctor MacGregor

sí.

—Señorita Arundel, ya puede salir de su escondite—dijo el hombre, divertido, mientras caminaba hacia donde ella estaba.

Beth obedeció, pero igualmente decidió marcharse, y dio media vuelta con la intención de regresar al salón de baile.

—Vamos, no se vaya, quédese un rato haciéndome compañía, por favor—le pidió él.

Beth suspiró con resignación, y detuvo su huida. No deseaba ser desconsiderada con el caballero, sobre todo, después de su amable petición.

A continuación, el doctor MacGregor llegó a donde ella estaba y apoyó sus manos en la barandilla. Beth se puso a su lado, pero a una distancia prudencial. Ante todo, debían guardarse las formas.

—Disculpe, pero ¿cómo sabe mi nombre? No recuerdo que nos hayan presentado—comentó Beth.

Él la miró, y respondió:

—Bueno, es que no he podido evitar escuchar la conversación que estaban manteniendo antes de que yo llegara, y oí su nombre en boca de *lady* Sutton.

—Entiendo.

—Sé lo que se está preguntando: Qué ha ocurrido aquí ¿cierto? —inquirió él, mirándola con una sonrisa.

—Eso no es asunto mío, doctor—respondió, cautelosa.

El doctor MacGregor alzó una ceja, totalmente sorprendido.

—Vamos, no me diga que su valentía se ha quedado ahí dentro. Antes no tuvo reparos en defender a los escoceses. Un acto que, por cierto, le agradezco enormemente.

Beth sonrió ante el agradecimiento.

—No debe agradecerme nada, doctor. No podía quedarme callada ante semejantes afirmaciones; creo que son totalmente injustas.

—Igualmente, se lo agradezco. No todo el mundo en su posición se atreve a contradecir a una dama de la alta sociedad, aunque lo de dama lo pongo en entredicho, si se me permite.

—No se preocupe, no conozco tanto a *lady* Sutton como para querer defender su honor.

Él la miró fijamente, estudiándola.

—Es usted institutriz ¿cierto?

—Lo fui hasta hace poco tiempo. He sido la institutriz de *lady* Olivia

Gibson durante nueve años. Ahora soy su doncella.

—¡Ah, sí! *Lady Olivia Gibson* es esa muchacha que estaba sentada a su lado. Vi que la joven quiso intervenir, pero usted no se lo permitió.

—Es que ella debe guardar las formas. Al fin y al cabo, esta es su primera temporada, y mi misión es ayudarla a que todo vaya bien.

—Ha hecho lo correcto, sin duda. Aunque usted se ha llevado los golpes—advirtió él.

—No me importa, estoy acostumbrada—respondió ella, tajante.

Él le dedicó una media sonrisa.

—Uno nunca se acostumbra al sufrimiento, señorita Arundel. Aunque cierto es que uno se vuelve menos vulnerable con el tiempo—comentó, pensativo.

Beth no podía estar más de acuerdo con ese comentario, aunque no dijo nada.

—¿De dónde es usted? —inquirió él.

—De Oxfordshire.

—¿Y lleva mucho tiempo en Londres?

—No, señor. Acabamos de llegar hace unas semanas.

—¿Y dónde ha vivido antes?

—Primero viví cerca de Londres, en la escuela Graham, y he vivido en Bélgica los últimos nueve años, con los Gibson.

—¡Vaya! Es toda una trotamundos. Yo viajé hace unos años por Europa, pero no llegué a visitar Bélgica. ¿Es bonito aquello?

—Desde luego que sí. Bélgica tiene unas ciudades muy bonitas—aseveró Beth con añoranza—. ¿Y de dónde es usted?

—Nací en una pequeña ciudad al sur de las Tierras Altas, y después estudié en Edimburgo, allí me licencié en Medicina y ejercí unos años. En los últimos tiempos, he ejercido en Londres y he dado clases en la universidad, pero ahora he decidido regresar a casa.

—¿Y cuándo regresará a Escocia?

—Mañana por la tarde. Ya está todo preparado. ¿Y usted qué hará cuando su alumna se case? ¿Seguirá trabajando para los Gibson?

—No, doctor; buscaré otro puesto como institutriz.

—¿Y no ha pensado en volver a casa? Aunque sea por un tiempo.

—Pues...

Justo en ese momento, alguien interrumpió la conversación. Era lord Benedict, que venía a comunicarle a su amigo que ya era hora de marcharse.

El doctor MacGregor lamentó tener que despedirse de la señorita Arundel, porque estaba muy a gusto en su compañía.

—Bueno, me temo que debo dejarla. Ha sido un verdadero placer conocerla. Sin duda, conocerla a usted ha sido lo mejor de la velada—dijo con una tierna sonrisa en el rostro.

—Igualmente, doctor. Ha sido un placer—respondió Beth, usando un tono más formal.

El doctor MacGregor se marchó, y Beth se quedó un rato más allí. La verdad es que se había quedado gratamente impresionada con el doctor MacGregor. Le había parecido un caballero muy agradable y simpático. Se alegraba de que, a su manera, se hubiera vengado de la malvada *lady* Sutton.

Minutos más tarde, Olivia fue en su busca, y los Gibson se marcharon de la casa de lord Houston.

A partir de ese día, Olivia asistió a numerosas veladas con la esperanza de encontrar un pretendiente adecuado.

## CAPÍTULO 12

Eran las once de la mañana, y Londres había amanecido con un cielo cubierto de nubes. A esa hora de un domingo cualquiera, las calles ya estaban repletas de gente.

Beth había asistido a la misa del domingo en la iglesia de la Inmaculada en Farm Street con los Gibson, como llevaba haciendo desde que se había instalado en Londres.

Habían transcurrido tres meses desde su regreso a Inglaterra, y por fin ese día, Beth tenía unas horas libres.

Esto se debía a que Olivia había ido con sus padres a hacer una visita a unos familiares, y estaría ausente el resto del día.

Melinda estaba en Londres con motivo de la temporada, y se alojaba en Avery House, el bastión de los Avery en Londres, situado en el barrio de Mayfair.

Beth le había mandado una nota a su amiga nada más pisar Londres, pero debido a los compromisos de ambas, el encuentro tuvo que posponerse. Sin embargo, hoy por fin volverían a verse.

Avery House era una casa grande de tres plantas, con la fachada blanca, altas ventanas, y una enorme y elegante puerta de madera de color oscuro.

Beth llegó a la casa de Melinda envuelta en nerviosismo y expectación. Tenía muchas ganas de volver a ver a su querida amiga.

Un mayordomo abrió la puerta, y condujo a Beth hasta el salón, donde se quedó esperando.

El salón de Avery House era una estancia elegante, cuyas altas ventanas daban a la calle. La decoración no era demasiado ostentosa, y predominaban los colores beige y verde en sofás y paredes. Encima de la chimenea, un enorme retrato del matrimonio Avery con sus dos hijos presidía el lugar.

Beth, que estaba de pie observando el cuadro, se dio la vuelta al escuchar cómo se abría la puerta. Y por fin, se produjo el esperado encuentro. Allí estaba Melinda, sonriente y con los ojos humedecidos debido a la emoción, al igual que Beth. Las dos se acercaron rápidamente, y se abrazaron.

—¡Oh Beth! ¡Mi querida Beth! ¡Cuánto tiempo! —dijo Melinda, emocionada.

—Sí, demasiado tiempo, querida amiga—respondió Beth, feliz.

Se separaron, y a continuación, se sentaron en uno de los sofás. El mayordomo dejó encima de la mesa una bandeja con té recién hecho y unas pastas, y después, las dejó a solas.

—¿Y cómo va todo? Imagino que habrá sido un cambio muy grande volver aquí de nuevo—dijo Melinda, mientras le servía el té.

—Sí, desde luego que lo ha sido. Sobre todo, Londres. Es una ciudad tan grande y bulliciosa.

—Bueno, te acabas acostumbrando. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte por aquí? —preguntó Melinda, mientras le entregaba su taza.

—Aún no lo sé. Todo dependerá de los acontecimientos. En cuanto mi alumna se comprometa, tendré que buscar otro empleo.

—Vaya, lamento que la situación sea poco halagüeña—comentó Melinda, preocupada—. Si puedo hacer algo, no dudes en pedírmelo.

—No te preocupes; tengo años de experiencia y buenas referencias. Así que no creo que tarde en encontrar otro puesto. —Beth tomó un sorbo de su té, y habló de nuevo—. Bueno, cuéntame cómo va todo.

Melinda suspiró con tristeza.

—Bueno, no tengo derecho a quejarme, al fin y al cabo, soy una privilegiada. Aunque no en todos los aspectos.

—¿No han mejorado las cosas entre tu marido y tú? —preguntó Beth con preocupación.

Melinda soltó una suave y triste carcajada.

—Nunca mejorarán, Beth, porque nunca fueron bien desde el principio. Sabes perfectamente que no me casé por amor. Sin embargo, pensé que, con el tiempo, él llegaría a sentir aprecio y respeto por mí. No obstante, me equivoqué. De hecho, a raíz de nacer los niños, se ha desentendido cada vez más de sus obligaciones. —Melinda suspiró—. Y lo peor de todo son los rumores y las habladurías que tengo que soportar. Tiene multitud de amantes, y no es nada discreto.

—Lo siento mucho, Melinda—respondió Beth, agarrando la mano de su amiga.

Melinda puso su otra mano sobre la de Beth, y dijo:

—Bueno, podría ser peor. Para mí, lo más importante son mis hijos, Beth. Por suerte, ambos estudian lejos de casa, y no saben nada de esto. Lo que me duele es que Ferdinand sea tan duro con ellos, cuando son muy buenos chicos. Son estudiosos, responsables y educados. Pero parece que para él nunca es

suficiente.

Beth sintió el dolor de su amiga en esas palabras, y eso hizo que amargos recuerdos de su infancia regresaran.

—Entiendo perfectamente lo que dices. Yo tuve la mala suerte de crecer junto a un padre que no me soportaba. Pero afortunadamente, tus hijos te tienen como aliada.

—¡Desde luego! Más de una vez me he enfrentado a Ferdinand por este asunto. No tolero las injusticias, ya me conoces—explicó Melinda—. Lo bueno del caso es que pasa poco tiempo con nosotros. Así puedo hacer y deshacer a mi antojo.

En ese momento, llamaron a la puerta, y apareció de nuevo el mayordomo. Este le entregó a su señora una carta. Melinda cogió la misiva, y al ver quién era el remitente, se puso tensa.

—¿Quién la envía? —inquirió Beth.

—Un amigo—contestó Melinda, nerviosa.

Beth miró a su amiga con suspicacia, pues sabía que Melinda ocultaba algo.

—Melinda...

Su amiga suspiró con resignación.

—A ti no puedo mentirte. Es una carta del capitán Chambers. Es un amigo nuestro, bueno, de Ferdinand. Nos conocemos desde hace años.

—¿Y por qué te escribe a ti?

Melinda se mordió el labio inferior, y miró alrededor, comprobando si había alguien cerca. Entonces, se acercó más a Beth, y contestó en voz baja:

—Porque está enamorado de mí.

Beth se quedó perpleja ante la sorprendente revelación. A continuación, miró de nuevo a su amiga con suspicacia, y preguntó:

—¿Sois amantes?

Melinda abrió los ojos de par en par.

—¡No! ¡Por supuesto que no! Yo ya le he dicho que soy una mujer casada, y que lo único que puede haber entre nosotros es amistad. Nada más—aclaró.

—Melinda, debes cortar todo contacto con él. Si alguien lo descubre, sería un escándalo—le advirtió Beth.

—Lo sé. Sin embargo...—Melinda hizo una breve pausa. Necesitaba encontrar las palabras adecuadas para explicarle a su amiga lo que sentía—. Beth, ¿qué harías si estuvieras caminando por el desierto durante varios días, sedienta y hambrienta, y alguien te ofreciera un poco de agua?

Beth pensó un momento antes de contestar.

—Aceptaría el ofrecimiento sin dudarlo. ¿A dónde quieres llegar?

—El capitán Chambers me ofrece respeto, comprensión y afecto. Y yo no soy capaz de rechazarlo. —Al ver la mirada reprobadora de Beth, Melinda se apresuró a aclarar la situación—. Te juro que ni siquiera me ha tocado. Sólo me escribe hermosas cartas de amor, que alimentan mi espíritu y me alegran cada día. Gracias a él y a mis hijos, consigo soportar mi vida con Ferdinand. Yo no voy a fugarme con él, no soy una irresponsable, y como ya te he dicho, solo pienso en el futuro de Matthew y Roger. Pero no podría rechazar su amistad. Y en el fondo, sé que mi corazón ya le pertenece, Beth.

Una vez dicho esto, Melinda empezó a llorar. Beth abrazó a su amiga, intentando darle consuelo. No podía juzgarla, ella no era quien.

Sabía que muchos eran desgraciados en esos matrimonios concertados, y su amiga no era una excepción. Casi todos ellos buscaban consuelo y afecto en otros brazos, intentando así olvidarse durante un tiempo de su desdichada existencia.

Beth sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo entregó.

—Recuerdo que, cuando estábamos en la escuela y yo me ponía triste, tú siempre me decías que dejara de llorar porque sufrías al verme así. ¿Y ahora tú vas a hacerme sufrir a mí, querida amiga? —dijo Beth, intentando animarla.

Melinda negó con la cabeza.

—No, Beth, jamás se me ocurriría.

Beth sonrió, y decidió cambiar de tema.

—¿Y tienes noticias de nuestras antiguas compañeras?

Melinda se secó las lágrimas, se serenó, y respondió:

—Apenas. Supe algo de Caroline y Juliette. Se casaron con un marqués y un duque, respectivamente. De quien tengo noticias, y no precisamente buenas, es de ya sabes quién.

Beth se rio.

—Puedes decir el nombre; han pasado muchos años y ya no sufro por ello.

Melinda suspiró, aliviada.

—Me alegra, porque no se merecía tu sufrimiento.

—¿Y dices que son malas noticias?

—Sí. Bueno, realmente todo tiene que ver con los Arundel. Por lo que tengo entendido, su situación económica es preocupante. Tu padre y tu madrastra acumulan deudas porque se niegan a recortar gastos, y Branwell

siempre acaba saldándolas para evitar males mayores. Y eso sin contar que debe satisfacer los caprichos de Rose: Viajes, vestuario nuevo, reformas en la casa de Belgravia, cambio de decoración cada cierto tiempo, joyas. Y si no lo hace, se pone histérica y monta un escándalo. Ya le dije la última vez que lo vi, que se lo tenía merecido por no haberse casado contigo.

Beth torció el gesto al escuchar ese último comentario.

—Melinda, no debes decir esas cosas. Nadie se merece eso.

Melinda se indignó.

—¡Beth, no me digas que no es cierto! Él sabía con quién se casaba, y te dejó de la manera más miserable.

—No sabía con quién se casaba, Melinda. Rose hizo un papel brillante. Incluso yo me lo creí. Seguramente reveló su verdadera naturaleza una vez consiguió lo que quería. Yo no me di cuenta de lo que planeaban hasta que ya era demasiado tarde, y eso que los conocía bien. Mi padre siempre ha sido una persona derrochadora; y veo que no ha cambiado.

—No, desde luego que no.

A pesar de todo el dolor que le causó en su momento, Beth no deseaba que Branwell fuera desgraciado. De hecho, hacía tiempo que lo había perdonado.

—A pesar de lo ocurrido, nunca desearía su mal. Pero ya no hay vuelta atrás—sentenció con cierta tristeza.

Melinda miró a su amiga con interés.

—¿Le sigues queriendo, Beth? ¿Después de todo lo que te hizo?

Beth consideró un momento la respuesta.

—No lo sé. No puedo olvidar que fue mi primer amor. El único, de hecho. Fue el hombre con el que iba a casarme. Lo he perdonado, eso sí. Y en parte lo he olvidado. Ya no me duele el corazón al recordarlo. Pero no sé si le quiero. Es una pregunta que ahora no puedo responder.

—¿Y si preparo un encuentro? Tal vez así salgas de dudas. Me encantaría que te viera ahora, hecha una mujer de mundo. Estoy segura de que se arrodillaría y te suplicaría que volvieras a quererle—comentó con cierto aire malvado.

Beth se rio.

—No, gracias. Prefiero que las cosas se queden como están. Ahora sólo pienso en mi futuro. Lo demás no importa.

—Bien, entonces la próxima vez que me pregunte, le diré que no te he visto en Londres.

Beth miró a su amiga con curiosidad.

—¿Te sigue preguntando por mí?

—Cada vez que nos vemos, desde hace años. De hecho, hace tiempo quiso ponerse en contacto contigo, y me pidió que le diera tu dirección en Bruselas, pero yo me negué. Aunque si tú quieres...

Beth se puso nerviosa, y negó con la cabeza. A pesar de todo, no estaba preparada para verle.

—No, prefiero que no. Gracias—contestó, tajante. Cogió su taza, y tomó un buen sorbo de té. Necesitaba calmarse—. Háblame de tus hijos, Melinda.

Melinda sonrió, y se dirigió a la cómoda, donde había dos pequeños retratos. A partir de ese momento, la conversación giraría entorno a los dos pequeños.

El resto del tiempo recordaron los viejos tiempos, hablando de todos aquellos que ya no estaban o de viejas anécdotas.

Resultó ser un día divertido y alegre para ambas, ya que tuvieron la oportunidad de recuperar el tiempo perdido.

Almorzaron juntas, y después de otra larga y animada conversación, se despidieron en el vestíbulo, prometiendo repetir el encuentro lo antes posible.

Beth regresó a Berkeley Square poco antes de la hora de cenar, y nada más entrar en la casa de los Gibson, se encontró con Olivia. La muchacha la saludó, jovial y alegre, mientras Beth se quitaba el sombrero y los guantes.

—Señorita Arundel, tengo algo importante que contarle—dijo, emocionada.

—¿Ah sí? Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Beth, sonriente.

—Venga, se lo contaré en privado—contestó Olivia, indicándole que la acompañara a su habitación.

Entraron en el cuarto de Olivia, y la joven se sentó en el borde de la cama, mientras Beth se acomodaba en la silla que había delante del tocador.

—Bueno, aún no se ha hecho público, así que va a ser una de las primeras personas en saberlo.

—Tú dirás.

Olivia sonrió, y dijo, emocionada:

—¡Estoy prometida, señorita Arundel!

Beth se quedó petrificada. La noticia le había pillado por sorpresa. Se mantuvo en silencio, dejando que Olivia se explicara.

—Se trata de lord Lawrence Garamond, el heredero del marqués de Faringdon. Nos conocimos en la fiesta de lord Houston, pero entonces no nos

presentaron. Después volvimos a encontrarnos en casa de lord Ashby, y poco a poco, hemos ido conociéndonos. ¡Estoy completa y perdidamente enamorada de él! —afirmó, risueña—. Ayer nos vimos, y se me declaró. Yo le dije que sí, por supuesto.

Beth escuchaba atentamente a la joven, que se mostraba entusiasmada.

—Siento no habérselo contado antes, pero queríamos ser discretos. Hoy ha enviado una nota; mañana va a venir a reunirse con mi padre para pedirle mi mano. ¡Oh, señorita Arundel, es maravilloso! Es un hombre bueno, amable, cariñoso. Es el hombre de mis sueños. ¡Soy tan feliz!

Beth se sintió dichosa al escuchar esas palabras.

—Es una noticia maravillosa, Olivia. Me alegro tanto por ti. Solo me queda desearte que seas feliz, aunque ya lo eres—comentó Beth, sonriente.

Olivia se levantó y se dirigió a ella. Entonces, se abalanzó sobre Beth y la abrazó con fuerza. Beth respondió al gesto del mismo modo.

Aún recordaba el día que se conocieron, cuando Olivia era una niña pequeña y ella una joven que deseaba empezar de nuevo.

Ahora Olivia era toda una mujer. Una excelente joven que había florecido bajo su atenta mirada y sus cuidados. Su trabajo había terminado.

Al día siguiente, lord Lawrence Garamond se presentó en la casa de los Gibson hecho un manojo de nervios. Nada más entrar, el señor Harris lo acompañó al salón.

Allí estuvo unos minutos a solas, hasta que Olivia acudió a su encuentro acompañada de Beth. Lawrence sonrió al ver a su prometida, que estaba radiante con un sencillo vestido de color verde, y a continuación, saludó a Beth.

—He oído hablar mucho de usted, señorita Arundel. Olivia la menciona siempre que tiene ocasión—aseveró el joven.

—Espero que para bien—respondió Beth, sonriente.

—Desde luego que sí—contestó Lawrence con una sonrisa.

Beth, al verlos juntos, comprobó que hacían una excelente pareja. Observó las miradas de complicidad que se dedicaban. Cualquiera podía ver que se amaban de verdad. Beth sintió entonces una enorme alegría en su corazón.

—No os preocupéis. Estoy segura de que todo saldrá bien. Lord Gibson es un caballero muy agradable, lord Lawrence.

En ese momento, el señor Harris entró, y pidió a Lawrence que lo

acompañara. Lord Gibson lo recibiría en su despacho.

En un momento dado, *lady* Gibson se reunió con ellas en el salón, y mientras Olivia se dedicaba a dar vueltas por la estancia, la señora y Beth conversaban sobre diversos temas.

Pocos minutos después, lord Gibson y Lawrence entraron en la sala. El primero anunció, sonriente, que había aceptado la propuesta de Lawrence, y que les daba su bendición. Los futuros novios sonrieron, aliviados, y Beth les dio la enhorabuena.

Unas horas más tarde, Beth se reunió con lord y *lady* Gibson para hablar de los términos de su marcha. Acordaron que dejaría su puesto un día después de la boda, ya que Olivia había insistido en tenerla cerca hasta el último día.

Esto suponía que Beth tenía dos meses para encontrar un nuevo empleo. Por supuesto, como ambos le dijeron, redactarían unas excelentes referencias.

Su alumna no podía evitar sentirse culpable por su situación. Sin embargo, Beth la tranquilizó, diciéndole que todo saldría bien y que lo importante era que empezara su nueva vida lo antes posible.

Aquella noche, a Beth le costó conciliar el sueño. El día anterior se había levantado con buenas expectativas, pensando que el compromiso de Olivia tardaría mucho tiempo en llegar, pero se había equivocado. La vida podía cambiar en un instante, y aunque uno siempre intentaba estar preparado, nunca era así.

Se preguntaba qué le depararía el destino de ahora en adelante. Esperaba poder encontrar un buen empleo como el que había tenido con la familia Gibson. Junto a ellos, había vivido unos años buenos, tranquilos, sin sobresaltos. Sus señores eran personas reservadas, pero amables, que siempre habían respetado las decisiones que había tomado respecto a la educación de Olivia. Esa confianza que habían depositado en ella ciegamente había dado sus frutos. Sabía de buena mano que su caso era excepcional, pues la profesión de institutriz era dura y difícil, aportando más momentos malos que buenos. ¿Qué sería de ella ahora?

## CAPÍTULO 13

Beth se encontraba de nuevo en casa de su amiga *lady* Melinda Avery. Las dos estaban ese día en el jardín de la casa, sentadas delante de una mesa, donde había dos tazas de té, y unos pasteles de merengue y chocolate.

Ya habían pasado tres semanas desde el anuncio del compromiso, y Beth había publicado un anuncio en uno de los periódicos de tirada nacional más importantes de Londres. Por aquel entonces, aún no había recibido respuesta.

—Yo he hablado con varias amigas mías, pero no ha habido suerte. No puedo entender que, en una nación tan grande, nadie necesite una institutriz—comentó Melinda.

—Bueno, hay que tener paciencia—respondió Beth, intentando animarse.

—Otra opción que se me ocurre es presentarte a un hombre rico. Conozco a unos cuantos que son excelentes partidos. Te casas con uno de ellos, y así ya no tendrás que preocuparte de nada.

Beth se rio ante la ocurrencia.

—Tú siempre con tus ideas.

—Bueno, no lo descartemos. Es el plan de emergencia—dijo Melinda—. ¿Y cómo van los preparativos de la boda?

—Muy bien, según creo. *Lady* Gibson y *lady* Garamond están supervisando todos los preparativos. Esta semana Olivia visitará a una importante modista, la señora Galloway, por lo que tengo entendido es una eminencia.

Melinda asintió.

—Sí, la conozco. Nunca le he encargado un vestido, pero he oído que su trabajo es excelente.

—Eso parece. *Lady* Gibson no quiere menos para Olivia.

—¿Y cómo está ella? Imagino que estará nerviosa.

—Pues, a decir verdad, no la he notado nerviosa. Más bien, emocionada. Oh, Melinda, soy muy feliz por ella. Casarse por amor es lo mejor que le podía pasar. Y, además, teniendo la suerte de que el pretendiente gusta a los padres. No hay oposición por ninguna de las partes. Olivia se pasa el día suspirando, soñadora y risueña—explicó Beth, sonriendo con ternura.

—Es afortunada, desde luego. Lo único que me molesta es que su

felicidad suponga un problema para ti.

—No me preocupa porque es un problema que tiene solución, aunque tarde en llegar un poco. De hecho, escribí a Anne contándole la noticia. Si hay algún empleo en aquellas tierras, seguramente ella se entere antes que yo.

—Aún recuerdo las historias que me contabas de Escocia; eran preciosas. Siempre decías que querías conocer a un guerrero escocés. —En ese momento, Melinda hizo una pausa ante una idea que le acababa de venir a la cabeza—. ¿Te imaginas que vas allí, y conoces a un apuesto escocés? ¡Sería maravilloso!

Beth se rio al recordar que, curiosamente, ya había conocido a uno.

—Pues, de hecho, conocí a uno hace un tiempo.

Melinda la miró, sorprendida.

—¿Ah sí? ¿Y cuándo pensabas contármelo? —preguntó, poniendo los brazos en jarras.

—Bueno, es que no le di mayor importancia entonces. Fue en casa de lord Houston. Era uno de los invitados. Fue tremendamente curioso nuestro encuentro. Estábamos hablando con un grupo de mujeres, cuando una de ellas comentó que había un médico escocés en la sala, que además tenía unas credenciales excelentes. Entonces, *lady* Sutton, no sé si la conoces...

—Sí, una arpía con veneno en la lengua—espetó Melinda.

—*Lady* Sutton habló con absoluto desprecio sobre los escoceses, e incluso llegó a poner en duda los méritos del doctor. Yo, que no me vi capaz de guardar silencio ante semejante ultraje, contradije todas sus palabras. Y la señora, por supuesto, me contestó de la manera más grosera posible. Prefiero no entrar en detalles, porque fue muy desagradable.

—Me lo puedo imaginar. Esa mujer es una amargada, y le encanta criticar a los demás.

—El caso es que, después de eso, apareció el médico escocés.

Melinda la miró con sumo interés, y se acercó un poco más a ella.

—¡Continúa! —la instó.

—El hombre se presentó, y le pidió un baile a *lady* Sutton. ¡Tenías que haber visto su cara! Se quedó sin palabras—explicó Beth, divertida.

—Ese hombre tiene mérito; dejar a esa arpía sin palabras es casi imposible.

—Yo entonces salí al jardín, y después de un largo rato, observé movimiento en unos arbustos que tenía delante. Y adivina quién salió de ahí ruborizada, nerviosa y con el cabello despeinado.

Melinda abrió la boca y los ojos.

—¿*Lady Sutton*!? —preguntó, incrédula.

—¡Exacto! Ella y el doctor MacGregor, que es el nombre del caballero, habían estado... Bueno, ya sabes—respondió Beth, apartando la mirada, un poco apurada.

—¡Vaya con la señora! ¡Menuda hipócrita! —exclamó Melinda, indignada.

—Entonces, ocurrió algo que me dejó asombrada. *Lady Sutton* le pidió al doctor MacGregor que la escribiera, y él la contestó: “Lo siento, querida. Soy un bruto escocés que no sabe escribir.” —dijo imitando la voz del doctor—. Imagínate cómo debió sentirse cuando el doctor la dejó en evidencia. Así que lo único que pudo hacer fue irse de allí indignada y furiosa.

Melinda y ella se rieron.

—Ese hombre ya me cae bien solo por eso.

—Después, estuvimos conversando a solas. Fue muy agradable—comentó Beth, recordando aquel momento con una sonrisa en el rostro.

Melinda miró a su amiga con suspicacia.

—Así que, es un hombre agradable.

—Sí, desde luego que sí.

—¿Y es apuesto? Vamos, cuéntame más cosas sobre él—la instó Melinda.

Beth se sintió un poco tímida de repente.

—Es apuesto, sí, eso no se puede cuestionar. Alto, fuerte, tiene los ojos azules y el cabello pelirrojo. Me pareció un caballero amable y educado.

En ese momento, Melinda sonrió con picardía.

—Entiendo.

Beth frunció el ceño ante la sospechosa reacción de su amiga.

—¿En qué estás pensando?

—Creo que ese hombre te gustó. Ese tal doctor MacGregor. Por tu descripción, parece un buen pretendiente.

Beth puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—¡Tonterías! No puedo enamorarme de alguien a quien apenas conozco, por muy apuesto que sea—afirmó.

—Bueno, tienes ojos en el rostro, y es natural que te agrade ver a un hombre apuesto.

—Sí, lo sé. Sin embargo, debemos mirar más allá de la belleza que ven nuestros ojos antes de entregar nuestro corazón—sentenció Beth, seria.

—Bueno, en eso te doy toda la razón.

—Además, nuestro encuentro fue una casualidad. No volveré a verle nunca.

Melinda se encogió de hombros.

—Puede que así sea. Pero no te confíes. Recuerda que la vida está llena de sorpresas.



*Callander, Escocia, dos semanas después...*

Lauren Fraser lloraba desconsoladamente, mientras se despedía de la que había sido su señora los últimos siete años.

Hace poco menos de un mes, un viejo pretendiente, Fergus Bollander, le había pedido matrimonio, y ella, que ya estaba condenada a ser una solterona de por vida a sus treinta y seis años, había aceptado la propuesta encantada. Debido a esto, dejaría de trabajar como doncella para la señora Wallace.

Esta apreciaba enormemente a Lauren, y lamentaba su repentina marcha. Era una de sus mejores empleadas, y había conseguido entablar una buena relación con ella. Ahora tendría que buscar otra doncella que ejerciera sus funciones con la misma eficacia. Y eso sería complicado.

—Bueno, Lauren, no llores más, querida. Que parece que vas a un entierro—comentó la señora Wallace con buen humor.

—Oh, perdóneme, señora. Es que estoy muy emocionada, y ya sabe que cuando empiezo a llorar soy peor que una cascada—respondió, sonándose la nariz con un pañuelo de lino.

El doctor MacGregor observaba la escena, pensativo. Conocía a Lauren desde hace años, y sabía que ella y su tía estaban realmente unidas. Por eso entendía perfectamente la emoción de Lauren.

A su lado estaba el señor Bollander, que aguardaba a su prometida. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, robusto, con barba y bigote rubios, y ojos oscuros. Al ver que la despedida se alargaba demasiado, decidió intervenir.

—Vamos, Lauren, querida, que se nos hace tarde—dijo el hombre con dulzura, acariciando el brazo de su prometida.

Lauren se despidió de la señora Wallace y del doctor MacGregor, y finalmente, se marchó del lugar junto a su futuro esposo.

Minutos después, la señora Wallace se dejó caer lentamente en uno de los sofás del salón, y suspiró con resignación. Mientras tanto, su sobrino se quedó de pie, junto a la ventana.

—Bueno, pues ya está—dijo la mujer—. ¡Maldita sea, Cameron! ¿Cómo se le ocurre a Lauren casarse? ¿Quién demonios se casa con casi cuarenta años?

El doctor MacGregor alzó una ceja.

—Pues tú te casaste casi a los treinta, si no recuerdo mal.

Su tía lo miró, indignada.

—A los veintisiete, jovencito. Y yo a esa edad aparentaba veinte, no me compares. Además, mi caso fue distinto. Yo me casé con un capitán del ejército de Su Majestad, y Lauren se casa con un leñador.

—Herrero, el señor Bollander es herrero—la corrigió.

—Lo que sea—respondió, quitándole importancia.

El doctor suspiró con resignación.

—Tía, no deberías hablar así. Ya lo has visto. Lauren es muy feliz. Deberías alegrarte por ella, después de todos los años que ha estado contigo.

—Lo sé, querido. Y me alegro por ella, de corazón. Es que estoy un poco inquieta. Estoy segura de que me va a resultar muy complicado encontrar a alguien que me entienda tan bien como ella. Ya sabes que tengo un carácter algo especial.

—Desde luego que lo sé.

Su tía lo miró con reprobación, pero el doctor la sonrió de forma inocente.

—De todas formas, yo estoy aquí, y puedo hacerte compañía y ayudarte cuando lo necesites.

La señora Wallace sonrió, agradecida.

—Te lo agradezco, Cameron, pero no te preocupes. Tú tienes pacientes a los que visitar, y emergencias que atender; no puedes estar pendiente de mí. No, no. Lo que haré será poner un anuncio. Seguro que pronto habrá candidatas.

Al día siguiente, Anne se presentó ante la puerta de Taigh Abhainn, la

propiedad de la señora Wallace.

Anne llevaba tiempo preocupada por la complicada situación de Beth, que, según le había contado, todavía no había recibido ninguna respuesta a su anuncio.

La noche anterior, Angus le contó que había llegado a sus oídos que la señora Wallace se había quedado sin doncella. Al oír esto, Anne tuvo una idea.

Llamó a la puerta de Taigh Abhainn, y abrió una de las sirvientas. La muchacha la invitó a entrar, y a continuación, la condujo al salón principal de la casa. Allí la recibió la señora Wallace.

—¡Querida Anne! ¿A qué debo tu visita? —preguntó la dama con una sonrisa.

—Espero no importunarla, señora Wallace.

—Ya sabes que no. Siempre me alegran tus visitas.

Anne suspiró con pesar. La señora Wallace se percató de este detalle, y la instó a sentarse a su lado en uno de los sofás.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó, preocupada.

—Verá, hay una joven a la que aprecio profundamente. De hecho, es como una hija para mí. Trabajé para su madre en Inglaterra, antes de casarme con Angus. Y aunque hace años que no nos vemos, no hemos perdido el contacto. —Anne respiró hondo—. Pues bien. Es una muchacha trabajadora y responsable. Ha trabajado en una escuela, y en los últimos años, ha estado en casa de un importante diplomático, trabajando como institutriz. Es una mujer preparada y bien educada, incluso sabe idiomas. El problema es que ahora su alumna se va a casar, y ella tiene que buscar otro empleo. Ha puesto un anuncio, pero nadie responde; así que he pensado que como usted no tiene doncella, creo que ella sería la persona idónea para el puesto.

La señora Wallace consideró la idea, pero necesitaba saber más.

—¿De dónde es?

—De Oxfordshire.

—¿Dónde estudió?

—En la escuela Graham.

La señora Wallace se quedó asombrada.

—¡Vaya! Esa es una buena institución. ¿Y dices que trabajó en una escuela?

—Sí, de hecho, trabajo en esa escuela como ayudante y como maestra.

La señora Wallace asintió, pensativa.

—Excelente. ¿Y después?

—Ha estado nueve años trabajando para lord Gibson, cuidando de su hija.

—Vaya, estoy sorprendida. La verdad es que parece tener experiencia.

—Sí. Además, tiene excelentes referencias. Si usted así lo quiere, Beth estará aquí lo antes posible.

La señora Wallace miró a Anne, y comprobó que la mujer no mentía. Tenía buena intuición para saber ese tipo de cosas.

Lo cierto es que no le apetecía tener que poner un anuncio, y ver desfilar a candidatas día sí y día también. Además, debía ser una joven disciplinada, teniendo en cuenta que había sido institutriz. Por este motivo, decidió darle una oportunidad.

—Está bien, Anne; escribe a la muchacha, y dile que venga a Callander lo antes posible. Y si puede enviarte las referencias antes, mejor—dijo la señora Wallace.

Anne sonrió, aliviada, y contuvo las ganas de dar saltos de alegría delante de la señora Wallace. Parecía que Dios había escuchado sus ruegos, pensó.

Más tarde, ese mismo día, la señora Wallace, ya sentada a la mesa del comedor junto a su sobrino, compartió la noticia con este, que se mostró escéptico.

—Así que, vas a contratar a alguien de quien no sabes nada, y de quien, por el momento, no tienes referencias—dijo el doctor en tono serio.

—Lo sé, parece una locura, pero me fío de Anne. Esa mujer nunca me ha mentido.

—Yo no dudo de Anne. Dudo de las intenciones de la muchacha. ¿Y si resulta que no consigue empleo porque en realidad no tiene referencias? O puede que tenga cuentas pendientes con la justicia... —comentó, preocupado.

La señora Wallace puso los ojos en blanco.

—O puede que sea una asesina de ancianas. ¡Por el amor de Dios, Cameron! A la gente hay que darle oportunidades. Recuerdo que antes no eras tan desconfiado—advirtió.

—Bueno, de todo se aprende. Además, ni siquiera sabes cómo se llama.

En eso su sobrino tenía toda la razón, pero no se lo hizo saber.

—Lo mencionó en la conversación. Creo que el nombre empezaba por B... Sí, por B. Bueno, soy una mujer mayor, Cameron, y me olvido de las cosas—dijo, tratando de justificarse.

—Estupendo—respondió él con sarcasmo.

La señora Wallace suspiró, exasperada.

—¿Quieres tranquilizarte? Soy más mayor que tú, y tengo más experiencia en estas cosas. Antes de casarme con tu tío, era una mujer soltera, que estaba criando a dos criaturas sola, sin ayuda. Y supe arreglármelas muy bien, por cierto. Así que, gracias por tu preocupación, pero sé lo que me hago. ¿De acuerdo?

El doctor MacGregor asintió. No le quedó más remedio que rendirse ante la evidencia. Su tía podía arreglárselas sin su ayuda. Era una mujer sabia, que no solía equivocarse nunca, sobre todo, a la hora de juzgar a las personas. Sólo esperaba que la joven desconocida hiciera buenas migas con ella.

## CAPÍTULO 14

*Londres, un día antes de la boda...*

Beth estaba en su cuarto preparando su equipaje. Había recibido carta de Anne hacia dos semanas, y en ella decía que una tal señora Wallace quería contratarla como su doncella.

Como Anne le había pedido en la misma misiva, envió sus referencias a Taigh Abhainn, la propiedad de la señora Wallace en Callander. Esta había quedado gratamente impresionada al leerlas, y estaba deseando conocer a Beth.

Anne le había hablado maravillas de su futura señora. Parece ser que, a pesar de las riquezas que poseía, heredadas de su difunto marido, el capitán Wallace, no era una mujer presuntuosa. De hecho, todo el mundo en Callander la apreciaba por su simpatía y generosidad. Además, le había mencionado que la señora Wallace no vivía sola. Su sobrino también se alojaba en la casa, aunque pasaba casi todo el tiempo fuera trabajando.

Estaba tan concentrada pensando en su futuro viaje a Escocia, que no se dio cuenta de que Olivia había entrado en la habitación.

—Señorita Arundel, ¿necesita ayuda?

Beth miró a la joven. Estaba radiante con su vestido color malva, y su pelo recogido en un moño trenzado.

—No, no hace falta. Ya casi he terminado—contestó Beth, sonriente.

Olivia se acercó más a ella.

—¿Le apetece dar un paseo por Hyde Park? Es que hace una tarde estupenda, y he pensado que sería agradable salir a dar un paseo.

Beth sonrió de nuevo y asintió en respuesta. Dejó su maleta apartada sobre una silla, y se preparó para acompañar a Olivia.

Minutos más tarde, llegaron a Hyde Park, donde dieron un apacible paseo a la orilla del Serpentine.

—Bueno, mañana es el gran día. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Beth.

—Bien, aunque un poco nerviosa, si le soy sincera.

—Eso es lo normal, supongo. El matrimonio es un paso importante.

—Sí, aunque estoy un poco triste.

De repente, Beth se detuvo, y miró a Olivia. Esta se quedó quieta a su

lado.

—¿Por qué? ¿Algo va mal?

Olivia negó con la cabeza.

—No, todo va bien. Es solo que, me entristece pensar que no voy a verla todos los días como hasta ahora. Voy a echarla terriblemente de menos. ¿Quién me aconsejará ahora? Usted ha sido una madre para mí, señorita Arundel. Tengo miedo de no saber hacer las cosas bien sin sus consejos.

Beth agarró las manos de Olivia entre las suyas, y dibujó una dulce sonrisa.

—Olivia, no tengas dudas. Eres más sabia de lo que crees. No necesitas mis consejos. Sé que sabrás arreglártelas. Ahora crearás tu propio hogar, tendrás tu propia familia, y sabrás cómo hacerlo. No me cabe duda.

Olivia sonrió.

—Gracias por todo, señorita Arundel.

Ambas se abrazaron, emocionadas. Beth también la echaría terriblemente de menos. Aunque no le daba pena separarse de ella. Al fin y al cabo, Olivia se iba a casar por amor con un hombre maravilloso. No tenía motivos para estar triste.

—Prométame que me escribirá, y me contará todo sobre su vida en Escocia—le pidió Olivia, mientras reanudaban el paseo.

—Lo prometo.

—Oiga, y si encuentra duendes o dragones, avíseme—comentó Olivia, riéndose.

—Desde luego, nunca se me ocurriría no mencionar una cosa así—respondió Beth, entre risas.

Olivia se mordió el labio inferior, y la dedicó una mirada pícara.

—A lo mejor conoce a un guerrero escocés. Como esos que aparecen en los libros. Fuertes, aguerridos, apuestos...

Beth puso los ojos en blanco y se rio.

—Por supuesto que sí—respondió con sorna.

El resto del tiempo se dedicaron a caminar y a charlar animadamente sobre sus planes de futuro. Según le explicó Olivia, nada más acabar la ceremonia nupcial, su esposo y ella viajarían a Dover. Desde allí zarparían rumbo a Calais, y terminarían su viaje en París, donde pasarían su luna de miel. Después, volverían a Inglaterra, y comenzarían su nueva vida en Kensington Hall, el bastión de los Garamond en Faringdon.

La boda se celebró en la iglesia de St George en Mayfair, y a ella

asistieron numerosos invitados. Los novios se mostraron radiantes y felices en todo momento.

Terminada la ceremonia, Olivia se despidió de la que había sido su institutriz con lágrimas en los ojos. Después, los recién casados partieron hacia su luna de miel, entre vítores y despedidas.

Esa misma noche, Beth terminó de hacer su equipaje y ultimó los preparativos de su viaje. Días antes, le había comprado a Anne un regalo, y se había despedido de Melinda, que la deseó suerte y la instó a escribirle en cuanto llegara.

Partió al día siguiente temprano, después de despedirse de los Gibson y del servicio de la casa. Estaba emocionada ante la perspectiva de volver a ver a Anne y Angus después de tantos años. También le entusiasmaba la idea de conocer Escocia, aquella tierra donde tenían lugar las mágicas historias que su madre le contaba de niña. No sabía qué le depararía el futuro, pero Beth se mostraba optimista.

Tras varios días de viaje, finalmente llegó a su destino. Nada más verlo, se quedó sin palabras. Taigh Abhainn era una casa grande, situada a orillas del río Teith. Su fachada mostraba altas ventanas, sobre una construcción hecha con piedra gris. Una enorme puerta de madera, colocada entre dos columnas de mármol que sujetaban un elegante pórtico, presidía el conjunto. La propiedad, ubicada a las afueras de Callander, estaba rodeada de grandes extensiones de tierra, verdes prados y algunos árboles.

Cuando Beth llamó a la puerta aún no había anochecido. Rápidamente, una sirvienta abrió, y la invitó a entrar. Un mozo cogió su equipaje, y subió sus maletas a uno de los cuartos, dejando a Beth sola en el salón.

A pesar de que era verano, hacía frío en esa zona de Escocia, y por este motivo la chimenea estaba encendida. Se quedó allí de pie, sintiéndose un poco nerviosa ante el inminente encuentro. De repente, la puerta de la estancia se abrió, y apareció una mujer mayor que la miró con curiosidad.

—Señorita...

—Arundel. Beth Arundel, señora—respondió Beth, sin moverse del sitio.

—Señorita Arundel, bienvenida a Taigh Abhainn. Siéntese, por favor—dijo la señora Wallace mientras se acomodaba en un sillón.

Beth se sentó frente a ella y esperó a que la mujer hablara.

—Bueno, ¿cómo ha ido el viaje? Imagino que estará cansada.

—Bien. Sí, estoy un poco cansada, pero no tiene importancia—respondió

Beth, sonriendo con timidez.

La señora Wallace sonrió.

—¿Le apetece un té, querida?

—Sí, gracias, señora.

Tras recibir las oportunas instrucciones de la señora Wallace, la sirvienta salió de la sala, y se quedaron a solas.

—Bien, señorita Arundel. Leí sus referencias y son excelentes, debo decir. Me dijo Anne que era una mujer de mundo; tengo entendido que ha vivido fuera de Inglaterra.

—Así es, señora, viví en Bélgica nueve años.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! ¿Y ha visitado otros países?

—Sí, señora. Estuve en Italia, Francia, Suiza y España.

—Maravilloso. Viajar es importante. Ver el mundo alimenta la mente.

—¿Usted ha viajado mucho?

—No, por desgracia. Solo he estado en Inglaterra y una vez en Francia. Con dos niños pequeños en casa, era complicado.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó Beth con interés, intentando recordar si Anne se lo había mencionado en su carta.

—¡Oh, no, querida! Yo nunca tuve hijos. Se trata de mis sobrinos. Una historia trágica. Mi hermano, el señor MacGregor y su esposa Marian, murieron en un incendio durante un viaje. Yo, que era su única familia, me hice cargo de Cameron y Fiona, sus hijos. En aquella época, tenían cinco años y ocho meses, respectivamente.

En ese momento, entró la sirvienta con una bandeja que contenía té y unas pastas. La dejó sobre la mesa, y se marchó. Cuando Beth vio que la señora Wallace iba a servir el té, se adelantó, y cogió la tetera.

—Permítame.

La señora Wallace se quedó un poco desconcertada, pero enseguida recordó que, al fin y al cabo, ella sería su doncella.

—Sin leche y con dos cucharadas de azúcar, por favor—dijo la mujer.

Beth le sirvió el té siguiendo sus instrucciones, y le entregó su taza.

—Pues bien. Yo tenía veintiséis años cuando esto sucedió. Soltera y con pocos recursos, imagínese. Entonces, un antiguo amor de juventud, el capitán Wallace, me propuso matrimonio. Yo, a pesar de que me resistí un poco al principio, acepté finalmente, porque en el fondo, siempre le había querido.

Beth notó un sutil tono de tristeza en su voz.

—¿Cuánto hace que...? —inquirió con delicadeza.

La señora Wallace suspiró con pesar.

—Nos dejó hace tres años.

Beth asintió, pero no dijo nada.

—Y usted, ¿tiene familia? —preguntó la señora Wallace, intentando cambiar de tema.

Beth se puso tensa ante la pregunta.

—No, señora. Los Burns son los únicos seres queridos que me quedan, aunque no compartamos la misma sangre.

—Anne me dijo que trabajó para su madre.

—Sí, señora.

—¿Su familia era adinerada? Perdóneme la pregunta, es que me gusta saberlo todo sobre la gente que trabaja para mí.

Beth intentó serenarse, y trató de mostrarse convincente.

—Sí, pero hace muchos años que dejaron de serlo. Quiero decir, que cuando mi madre y mi padre murieron, no quedó nada.

La señora Wallace notó que le estaba ocultando algo. Sin embargo, decidió no indagar más. Aquella muchacha tenía algo que le gustaba, y estaba segura de que había hecho bien en contratarla.

En ese momento, se abrió la puerta del salón y apareció un caballero.

Al verlo, la señora Wallace sonrió ampliamente mientras el hombre se acercaba a ella. Beth se quedó totalmente sorprendida al comprobar de quién se trataba. No podía creerse lo que estaba viendo.

En un primer momento, el doctor MacGregor apenas reparó en ella, sin embargo, cuando se encontraron frente a frente, se quedó perplejo.

—¡Cameron, querido! Te presento a la señorita Beth Arundel, mi nueva doncella.

La señora Wallace los miró a los dos, y entonces notó que algo ocurría.

—No puedo creer lo que estoy viendo, la señorita Arundel en persona— dijo el doctor MacGregor, sonriente y gratamente sorprendido.

Beth sonrió también. No podía creerse su buena suerte.

—Doctor MacGregor, me alegra mucho volver a verle.

La señora Wallace frunció el ceño.

—¿Os conocéis?

—Sí, desde luego. Esta mujer es una firme defensora de los escoceses, tía. Has hecho bien en contratarla—aseveró, divertido.

—Bueno, ahora mismo os vais a sentar los dos, y me vais a explicar que está pasando aquí—ordenó la señora Wallace.

Los tres se sentaron, y entre Beth y el doctor MacGregor le explicaron su encuentro en casa de lord Houston. La señora Wallace los escuchaba y los observaba con atención. Tenía la impresión de que entre ellos había algo, aunque no sabía el qué.

Entonces llegó a la conclusión de que todo esto tenía una razón de ser. La petición de Anne, ese encuentro fortuito. Parece que el destino estaba empeñado en reunirlos por algún motivo.

Esa noche, Beth se durmió enseguida debido al cansancio que llevaba arrastrando a causa del largo viaje. Todavía no se creía del todo el giro que habían dado los acontecimientos. Hace unos días estaba en Londres, y ahora estaba en Escocia, esa tierra mágica de la que tanto le hablaba su madre.

Sin embargo, la mayor sorpresa había sido encontrarse de nuevo con el doctor MacGregor. El destino siempre tiene preparada alguna sorpresa, pensó Beth.

Deducía, por la primera impresión que había tenido de sus señores, que sería fácil, e incluso, agradable, trabajar bajo sus órdenes. Ahora descansaría para reponer fuerzas. Y en cuanto tuviera ocasión iría a visitar a su querida Anne, a la que tenía muchas ganas de ver.

Eran las once de la mañana, y la señora Wallace le había mandado ir a la oficina postal a enviar unas cartas. Su señora, sabedora de su amistad con Anne, le dio permiso para hacer una rápida visita a su vieja amiga.

Gracias al largo y agradable paseo, tuvo tiempo de entretenerse un poco observando la hermosa arquitectura de Callander. Casas de piedra en su mayoría, algunas construidas con ladrillos, unas separadas, otras unidas.

A esa hora, había muchos vecinos paseando por las calles de la ciudad, y comprando en las numerosas tiendas y puestos de venta que allí había.

Después de realizar el encargo, se dirigió a casa de Anne, que estaba al final de una diminuta calle.

Llamó a la puerta, y Anne abrió. Ambas se quedaron calladas, mirándose. La mujer frunció el ceño, extrañada ante la visita de aquella muchacha a la que no había visto nunca.

Beth comprobó que su vieja amiga apenas había cambiado en estos años: su cabello seguía teniendo el mismo tono cobrizo, y solo percibió algunas marcas del paso del tiempo cerca de los ojos.

Al ver que no adivinaba quién era, Beth sonrió y dijo:

—¡Vaya! ¿Tanto tiempo ha pasado que no te acuerdas de tu dulce señorita

Beth?

Anne se llevó una mano al pecho, mientras abría la boca, sorprendida. A continuación, se abalanzó sobre Beth para abrazarla, lanzando un grito de alivio y alegría.

—¡Ay, mi Beth! Dios mío, eres toda una mujer ya—dijo Anne, agarrándola por los hombros y mirándola de arriba abajo—. Pasa, querida.

Las dos mujeres entraron en la casa, y Beth dejó su capa y su sombrero en un perchero que había junto a la puerta. Siguió a Anne hasta una pequeña sala, que parecía ser el salón.

La casa de Anne y Angus era un *cottage* muy acogedor y luminoso, con dos habitaciones, salón, cocina, y un hermoso jardín con un pequeño huerto en la parte de atrás.

Anne la instó a sentarse junto a ella en una de las sillas que había en la estancia.

—Bueno, ¿quieres tomar un té?

—Oh, Anne, te lo agradezco, pero no tengo mucho tiempo. Me temo que mi visita será breve.

—Está bien, no importa. —Anne la miró de nuevo fijamente—. Beth, han pasado tantos años. Dios mío, estás preciosa, tesoro.

Beth sonrió ante el halago.

—¿Cómo están Angus y Ben? Estoy deseando verlos.

—Bien, los dos están trabajando. Ben ha empezado a ayudar a Angus en el taller. Y tiene madera para eso, nunca mejor dicho—explicó Anne, riéndose—. ¿Y tú cómo estás, tesoro? —preguntó Anne agarrando una de sus manos, que Beth tenía apoyadas en su regazo.

—Bien, el viaje fue largo, pero la señora Wallace y el doctor MacGregor son muy agradables. ¡Oh! ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Ya conocía al doctor MacGregor.

Anne se quedó sorprendida.

—¿De verdad?

Beth asintió.

—Sí. Nos conocimos en un baile en Londres. Él era uno de los invitados, y yo acompañaba a *lady* Olivia. Aquella noche, estuvimos conversando, y debo decir que me pareció un caballero muy agradable entonces.

—¡Vaya! Esto es cosa del destino, sin duda.

—Sí. Imagina nuestras caras de sorpresa al vernos—dijo Beth, divertida.

—El doctor MacGregor es todo un caballero, y un médico excelente. Todos en Callander y en los pueblos de alrededor le aprecian mucho. Estuvo muchos años lejos de aquí. Estudió en Edimburgo, y allí ejerció un tiempo, según tengo entendido. Después, se marchó a Londres, allí enseñó en la universidad. Vamos, que es un hombre de mundo. Tenemos suerte de tenerle entre nosotros.

—Desde luego.

—¿Y qué te ha parecido la señora Wallace?

—Es una dama encantadora.

—Sí, lo es. Siempre lo ha sido. Aquí también se la quiere mucho. Sin duda, has ido a parar a una buena casa. Y, por cierto—comentó Anne poniéndose más seria—, ¿qué sabes de los Arundel? Me dijiste en una de tus cartas que habías visto a *lady* Melinda.

—Bueno, según me contó ella, las cosas no van bien en Ascot Park.

Anne torció el gesto.

—No me extraña. Esas sabandijas encuentran lo que se buscan. Me alegra que no estés cerca de ellos, no harían más que traerte desgracias. ¿Y qué tal le va a ese canalla con su arpía?

Beth puso una mueca de desaprobación.

—Anne, tienen nombre.

—Lo sé, pero me resulta más fácil llamarlos así—sentenció—. Supongo que les irá muy bien, teniendo en cuenta que son muy parecidos.

—Pues no. Melinda me contó que Branwell es muy desgraciado.

—¡Bien merecido se lo tiene! Él se lo buscó cuando se casó con esa bruja que es igual que su madre, una aprovechada—aseveró.

Beth estaba empezando a sentirse incómoda. Lo último que quería después de tantos años sin ver a su querida Anne, era que su despreciable familia fuera el tema principal de su conversación. Por este motivo, decidió cambiar de asunto.

—¿Sabes? Te he comprado un regalo en Londres.

Anne la miró, ilusionada.

—¿Ah sí?

Beth asintió, sonriente.

—Pero no lo tengo conmigo. Te lo traeré otro día. —En ese momento, el reloj que había en la sala sonó, indicando que era hora de marcharse—. Ahora tengo que irme, Anne.

—¡Oh, qué pena! Por cierto, ¿qué día tienes libre?

Beth pensó un momento la respuesta.

—El miércoles.

—Muy bien, entonces el miércoles por la noche, estás invitada a cenar. ¿Te parece bien? —dijo Anne mientras la acompañaba a la puerta.

—Estaré encantada, Anne.

Las dos se despidieron con un abrazo, y Beth finalmente se marchó. Anne se quedó un rato mirando cómo se alejaba. No podía creerse que Beth ya fuera toda una mujer.

De repente, sintió un enorme sentimiento de nostalgia y tristeza, al recordar a la pequeña Beth paseando junto a su madre. Anne suspiró con pesar y entró de nuevo en la casa. Caminó lentamente hasta el pequeño salón, y dijo en voz alta:

—*Milady*, su Beth ya es una mujer hecha y derecha. Puede estar orgullosa, es una buena muchacha. No se preocupe, ahora que la tengo cerca, cuidaré mejor de ella—y dicho esto, miró hacia el techo, queriendo en realidad mirar al cielo, y sonrió.

## CAPÍTULO 15

La vida de Beth en Taigh Abhainn transcurría apacible y tranquila. Ya estaba plenamente integrada en el servicio de la casa. Había hecho amistad con la señora Ferguson, el ama de llaves, y con el resto del personal, con quienes solía compartir desayunos, comidas y cenas en la cocina.

Se pasaba gran parte del día junto a la señora Wallace, acompañándola mientras esta hacía diversas actividades como bordar, leer, visitar a sus vecinos y amigos, o recibirlos si era menester.

Beth llevaba sólo una semana allí, y ya había entablado conversaciones profundas y muy interesantes con su señora

—Mi padre era maestro, aquí en Callander. Era un hombre muy respetado y querido por sus vecinos. Mi madre nos dejó muy pronto, a los pocos meses de nacer Bruce, mi hermano. Fue mi padre quien cuidó de nosotros, con mucho esfuerzo y dedicación. Murió cuando yo cumplí los veinte años, y ya trabajaba como su ayudante en la escuela. Fue entonces, cuando Bruce y yo nos quedamos solos. —La mujer tomó un sorbo de su té y continuó—. Estábamos muy unidos. Mi mayor alegría fue que se casara con el amor de su vida, Marian. Era una muchacha encantadora. Pensé en aquella época que la felicidad había decidido quedarse con nosotros para siempre.

Beth, dado el ambiente de confianza que había, se animó a preguntar:

—¿Y usted por qué no se casó entonces?

—Porque el único hombre con el que quería casarme estaba en el ejército, sirviendo lejos de Escocia, y preferí quedarme soltera, antes que casarme con alguien a quien no quería. Sin embargo, el destino tenía otros planes. —La señora Wallace hizo una pausa, respiró hondo y continuó—. Cuando mi hermano y su esposa murieron, yo me quedé sola con Cameron y Fiona. Justo en ese momento, John regresó a Callander, con muchas condecoraciones y una considerable fortuna. Recuperó las tierras que habían sido de su familia, y reconstruyó esta casa, que estaba en ruinas. Un buen día se presentó ante mi puerta y me propuso matrimonio. —La mujer sonrió—. Yo, al principio, le rechacé, pensando que lo hacía por pena. Sin embargo, él se presentaba en mi casa cada día, me traía un ramo de flores silvestres, y se dedicaba a jugar con los niños. Los dos cayeron rendidos a sus encantos, y lo

adoraron desde el primer momento. Así que, al final, le dije que sí. Y no me arrepiento. Fueron los años más felices de mi vida—afirmó orgullosa.

Beth tuvo que contener la emoción ante tan preciosa historia de superación y amor.

Por fin llegó su primer día libre, y decidió aprovechar el buen tiempo que hacía para salir a dar un paseo, y buscar un agradable rincón donde poder sentarse a dibujar.

Eran las tres de la tarde, y Beth se dirigió a un páramo que había cerca de la casa. Los verdes prados resplandecían, y la hierba se balanceaba con la suave y fresca brisa. Desde allí, se podían ver perfectamente una serie de montañas que se levantaban al otro lado del río Teith. Una visión majestuosa, casi mística, pensó. Ahora más que nunca sentía que estaba en una tierra de hadas, magos y guerreros.

Se sentó a la sombra de un enorme y solitario árbol, puso su cuaderno sobre su regazo, y los lápices a un lado. Examinó el paisaje, y finalmente, escogió las montañas que tenía justo delante como modelo. A continuación, cogió un lápiz y comenzó a dibujar.

Estaba tan concentrada en su tarea, que no se dio cuenta de que había alguien más allí cerca. De repente, una voz que le era familiar dijo:

—Buenas tardes, señorita Arundel.

Beth alzó la vista, y vio al doctor MacGregor, que estaba de pie a su lado, sonriéndola.

—Buenas tardes, doctor—respondió con timidez, mientras dejaba lo que estaba haciendo.

—¿Puedo sentarme con usted? Si no es molestia, claro.

Beth negó con la cabeza, y a continuación, el doctor MacGregor se sentó a su lado, sobre la hierba. El hombre vestía un traje oscuro, camisa blanca y llevaba su maletín médico con él.

El doctor se mantuvo en silencio, observando lo que Beth hacía. Apenas habían hablado desde que ella llegó a la casa, porque él estaba prácticamente todo el día fuera visitando pacientes, o en su gabinete atendiendo a otros, y rara vez se encontraban.

Beth, a pesar de estar un poco nerviosa, siguió concentrada en su tarea.

—Debo decir que estoy asombrado. Dibuja usted muy bien—comentó el doctor con sinceridad.

—Gracias, doctor—respondió Beth sin dejar de dibujar.

—¿Desde cuándo dibuja?

—Desde que era una niña. Siempre me ha gustado.

—Pues, desde luego, tiene talento. ¿También hace retratos?

—Sí, de hecho, he realizado algunos, aunque no soy tan buena.

El doctor MacGregor sonrió.

—Estoy convencido de que lo es. Aunque, evidentemente, no está bien reconocerlo. Uno no debe pecar de vanidoso.

—No, doctor, claro que no.

—Espero que algún día me los enseñe. Me gustaría verlos, si no le importa.

Beth se detuvo, y lo miró.

—Por supuesto, doctor. Los tengo guardados en mi cuarto. Si quiere, cuando termine, puedo mostrárselos.

El doctor MacGregor sonrió de nuevo.

—Me parece una idea excelente.

Beth dibujó una tímida sonrisa, y siguió dibujando. Se mantuvieron en silencio hasta que ella terminó.

Después, mientras regresaban a Taigh Abhainn, reanudaron la conversación.

—¿Y cómo van las cosas con mi tía en esta primera semana?

—Bien, la verdad es que su tía es una mujer encantadora.

El doctor MacGregor asintió.

—Sí, aunque no crea, tiene su carácter.

—Bueno, a veces es necesario tener carácter, y, sobre todo, fortaleza.

—Imagino que ya conocerá su historia.

—Sí, y me ha hecho admirarla de corazón. Es una mujer muy valiente.

—Sin duda. —Hizo una breve pausa y dijo—: ¿Sabe? Me siento un poco culpable.

Beth lo miró con preocupación mientras seguían andando.

—¿Por qué, doctor?

—Porque hoy es su día libre; usted venía buscando la soledad, y yo le he estropeado los planes. Perdóneme, señorita Arundel, pero es que sentía mucha curiosidad por saber lo que estaba haciendo.

Beth negó con la cabeza.

—No, doctor, por favor, no se sienta culpable. De hecho, me agrada su compañía. Normalmente, nadie suele interesarse por mis dibujos, y que alaben el trabajo de una es algo realmente agradable. Así que, no me ha molestado en

absoluto.

Él la miró, y sonrió en respuesta. De repente, Beth notó algo en su pecho. Su corazón dio un fuerte latido, y esto la inquietó. Sacudió su cabeza, y siguió andando tranquilamente junto al doctor.

Una vez entraron en la casa, el doctor MacGregor la esperó en la biblioteca, donde no había nadie.

Minutos después, Beth se reunió con él, trayendo consigo una carpeta de cartón atada con un cordel. La abrió, y empezó a mostrarle los dibujos que había hecho a lo largo de los años. Había paisajes de los lugares donde había estado y retratos de las personas que había conocido.

El doctor MacGregor examinaba con suma curiosidad cada retrato que Beth le mostraba.

—Este es el señor Harris, el mayordomo de los Gibson. Y esta es Olivia, mi alumna, a los diez años—explicó Beth.

—Ha conocido a mucha gente por lo que veo—comentó el doctor MacGregor sin dejar de mirar los dibujos.

—Así es, doctor.

—Reitero lo dicho, es usted muy buena. Tiene verdadero talento—afirmó el doctor MacGregor, convencido—. Debería estar exponiendo en la National Gallery.

Beth sonrió con timidez.

—Yo no hago esto buscando reconocimiento y fama. Lo hago porque me gusta.

Entonces, el doctor MacGregor reparó en una serie de retratos de un joven caballero, que estaban semi ocultos entre varias hojas.

Beth estaba distraída, ordenando los dibujos, y no se dio cuenta de lo que el doctor tenía entre sus manos. Este leyó una pequeña inscripción, escrita en la esquina de una de las hojas.

—Branwell, Brighton, 1841.

Al oír esto, Beth tragó saliva, y dirigió su mirada a los dibujos que el doctor estaba observando. Eran unos retratos que había hecho de Branwell antes de que se comprometieran, aquellos que este había visto en Brighton por accidente.

Se quedó quieta unos instantes, paralizada por la tensión. Entonces, el doctor la miró, y al ver que estaba muy pálida y no se movía, preguntó, alarmado:

—¿Se encuentra bien?

Beth sacudió la cabeza, y contestó:

—Perfectamente, doctor.

De repente, sonó el reloj de la biblioteca, indicando que eran las cinco. Beth empezó a recoger los dibujos, incluidos los de Branwell, que estaban depositados en el escritorio.

—Debo marcharme ya, doctor. Esta noche ceno con los Burns y debo prepararme. Si me disculpa—dicho esto, cogió la carpeta entre sus manos, y salió de la biblioteca apresuradamente.

El doctor MacGregor apenas tuvo tiempo de decir nada, y se quedó allí de pie, delante del escritorio, pensando en lo que acababa de suceder. El cambio de actitud de la señorita Arundel le había dejado intrigado.

Al ver los retratos de aquel joven, se mostró nerviosa y angustiada, como si hubiera visto un fantasma. Dedujo que ese hombre había sido alguien importante en su vida. ¿Un antiguo amor? ¿Un desengaño?

La señorita Arundel era todo un misterio para él. No sabía apenas nada de ella, y se sorprendió al darse cuenta de que le entusiasmaba verdaderamente la idea de conocerla mejor.

Durante la cena, compartió con su tía lo acontecido en la biblioteca aquella tarde.

—Bueno, es lógico. Es una mujer joven que habrá tenido pretendientes, sin duda. Aunque no sea una gran belleza—comentó la señora Wallace.

—Debió sufrir mucho. Parecía inquieta, incluso se puso pálida—dijo el doctor MacGregor, pensativo.

—Bueno, tú sabes bien lo que es eso ¿verdad? —respondió su tía, mirándole de reojo.

El doctor MacGregor suspiró con resignación.

—Sí, supongo que sí—dicho esto, tomó un sorbo de vino.

—Estaba pensando, ¿a qué viene este interés por la señorita Arundel y su vida amorosa?

—A nada en particular. Simplemente me gusta saber cosas de la gente que vive bajo el mismo techo que yo.

Su tía lo miró con suspicacia.

—Dudo que te sepas la vida y milagros de todo el servicio.

—Pues te diré que sí. Ya se encarga la señora Duvall de mantenerme informado de todo cada vez que la visito—aseveró, divertido.

La señora Wallace se rio.

—Es mejor que el periódico local. Debería pagarla a ella, en vez de

comprar el periódico. Siempre se entera de todo antes que nadie.

Aunque el tema de conversación había cambiado ligeramente, la señora Wallace sentía verdadera curiosidad por saber lo que pasaba por la cabeza de su sobrino. Sospechaba que quizás, este, después de vivir múltiples romances, había encontrado algo interesante en la señorita Arundel, una mujer diferente, que no tenía nada que ver con las mujeres que él solía conquistar. Estaba deseando saber qué sucedería entre aquellos dos.

Beth, que portaba con ella el paquete que contenía el regalo de Anne, llegó a casa de los Burns a la hora acordada.

Angus abrió la puerta, y enseguida la estrechó entre sus brazos con emoción y alegría. Beth comprobó que su melena oscura conservaba su tonalidad, y que algunas arrugas surcaban su rostro. A pesar del paso del tiempo, Angus seguía siendo ese guerrero alto y fuerte que había conocido en Ascot Park.

—¡Mi pequeña Beth! ¡Cuánto tiempo! Estás preciosa—dijo Angus, mirándola con una sonrisa.

—Gracias, Angus. ¡Qué alegría me da volver a verte! —respondió Beth, emocionada.

—Me alegra que finalmente estés aquí con nosotros. ¿Cómo van las cosas con la señora Wallace?

—Muy bien, Angus.

Pasaron al pequeño salón, donde había un chico joven de pie, junto a la chimenea. Este se acercó a ella, y Beth adivinó de quién se trataba.

—Tú debes de ser Ben.

—Sí. Encantado de conocerte por fin, Beth—respondió Ben, sonriendo.

—Venga, siéntate. Le diré a Anne que has venido—dijo Angus, dejando a Ben y Beth solos.

Una vez sentados uno frente al otro, Beth observó bien al muchacho. Era muy parecido físicamente a Angus, pero tenía los ojos de Anne.

—Parecerá una tontería, pero he oído hablar tanto de ti durante estos años, que realmente siento que te conozco—comentó Ben.

—Sí, a mí me pasa lo mismo.

—¿Y qué te parece Callander?

—Es un lugar muy agradable, me gusta mucho.

—Sí, es bonito, aunque a veces pueda ser aburrido. No es como Edimburgo o Londres.

—Bueno, lo cierto es que no se puede comparar Callander con Edimburgo o Londres. Aunque no creo que Callander sea aburrido, al menos a mí no me lo parece—afirmó Beth.

La conversación se vio interrumpida cuando Anne entró en el salón, y saludó a Beth. Esta le entregó el regalo que había comprado en Londres, un pañuelo de seda de color blanco, con sus iniciales bordadas. Anne recibió el detalle con alegría, y guardó el pañuelo en su cómoda, ya que no quería que se ensuciara.

La cena estaba preparada, así que todos se sentaron alrededor de la mesa que había junto a la cocina, y se dispusieron a comer. Anne había preparado una deliciosa crema de champiñones, y *haggis*, plato que Beth nunca había probado.

—Me alegra saber que en casa de la señora Wallace las cosas te van bien —comentó Angus.

—¿Conocéis a la señora Wallace desde hace mucho tiempo? —preguntó Beth.

—Yo de toda la vida. Su padre, el señor MacGregor, fue maestro mío. Era un hombre muy amable. Todos le apreciaban. También fui amigo de su hermano, Bruce MacGregor—explicó Angus.

—La señora Wallace siempre abre la puerta a todo el mundo, y ayuda cuando puede a quien se lo pide, al igual que hacía el capitán Wallace. Todo Callander tiene en alta estima a esa familia—afirmó Anne.

—Me contó su historia hace poco—dijo Beth.

—Sí, una tragedia—respondió Anne.

—Su sobrina vive en Edimburgo ¿verdad?

—Sí, hace poco se casó con el señor Fawcett, un hombre de buena familia. Viven allí desde que se casaron. Es una buena mujer. Fiona, se llama —apuntó Anne.

—Supongo que la conoceré pronto—comentó Beth.

—Beth, ¿cómo es Londres? —preguntó Ben de repente.

Anne puso los ojos en blanco.

—Estás obsesionado con Londres, hijo—dijo Anne con aire cansado—. Se piensa que allí las calles están hechas de oro—comentó Anne, dirigiéndose a Beth.

Ben frunció el ceño.

—¡No pienso eso! Es sólo que, Ronald Kennedy estuvo allí el año pasado, y me dijo que era una ciudad muy excitante—respondió Ben,

emocionado.

Beth sonrió al ver el entusiasmo del joven.

—Bueno, es un lugar grande, donde hay muchas cosas que hacer. Y sí, es excitante, pero también tiene sus partes malas.

—Tú has estado con los ricos ¿no? —inquirió Ben de nuevo.

—Sí, bueno, trabajé para una familia de la aristocracia.

—Vaya, entonces habrás vivido con toda clase de lujos—comentó Ben.

—He vivido cómodamente sin lujos, aunque estuviera rodeada de ellos. —Beth miró a Anne, que parecía preocupada por el interés de su hijo en visitar la gran metrópoli—. En Londres eres una hormiga, alguien insignificante entre la multitud. Créeme, aquí estás en el paraíso, aunque tú no lo creas.

Ben torció el gesto.

—Sí, el paraíso con Gracie MacDonald todo el día detrás de mí.

Beth se quedó sin saber qué decir, y miró a Anne con gesto interrogante.

—Gracie es la hija del panadero. Son vecinos y amigos. Ella y Ben solían jugar juntos no hace mucho tiempo—explicó Anne.

—Sí, y cree que yo tengo que seguir igual que antes. ¡Ya somos mayores! Además, siempre se enfada cuando hablo de otras chicas—respondió Ben, indignado.

Beth entendió enseguida la situación, pero no dijo nada. Se limitó a intercambiar una mirada de complicidad con Angus.

En ese momento, cuando ya habían terminado de cenar, llamaron a la puerta. Ben fue a abrir, y al momento, regresó al salón, para hacerles saber que saldría con unos amigos a dar un paseo.

Angus quiso reprobar a su hijo, sin embargo, no le dio tiempo, porque el joven salió rápidamente de la casa.

—No sé qué voy a hacer con este muchacho—dijo Anne, exasperada.

—Anne, solo tiene diecisiete años. Estas cosas son normales—comentó Beth.

—¿Sabes por qué está obsesionado con Londres? Porque el verano pasado vino a Manor Hall *lady* Catherine Cardigan, la hija de lord Cardigan. Ben está obsesionado con ella, y como sabe que vive en Londres, no se quita la idea de la cabeza.

—¿Manor Hall? —preguntó Beth.

—Es una propiedad que está al pie de la montaña, bastante alejada de la ciudad. Fue la casa de un laird, pero se la compraron los ingleses cuando cayó

en desgracia. Desde hace unos años, pertenece a los Cardigan—explicó Angus.

—Siempre diré que ese lugar solo trae desgracias. Seguramente esté maldito. Tu patrón lo sabe bien—aseveró Anne.

Al momento, Angus lanzó una mirada de reprobación a su esposa, ya que había hecho un comentario sobre algo que no debía. Anne abrió mucho los ojos al darse cuenta de ello.

—¿Qué has querido decir con eso? —inquirió Beth, mirando a Anne con suspicacia.

—Nada—respondió Anne, tajante y nerviosa.

Beth decidió no indagar más, pues estaba claro que se trataba de un asunto privado de su señor.

Sin embargo, Anne, con su actitud impulsiva, había hablado de más. Angus cambió el tema de conversación rápidamente. El resto de la velada hablaron sobre Bélgica, la vida de Beth allí, y los viejos y pocos recuerdos felices del pasado.

Esa noche, Beth regresó a Taigh Abhainn acompañada de Angus, que se despidió de ella en la puerta.

Ya en su habitación, y tras haberse puesto su camisón, se acercó a la ventana y fijó su vista en la oscuridad que reinaba fuera.

De repente, entre las sombras, e iluminada de forma tenue por la luz de la luna, divisó una solitaria mansión situada al pie de la montaña.

No podía verla con claridad, pero supuso que sería una gran casa señorial parecida a Ascot Park. En ese instante, un escalofrío le recorrió la espalda, y se alejó de la ventana apresuradamente.

Amargos recuerdos la visitaron en esa hora de soledad, como no lo habían hecho desde hacía tiempo. Probablemente, volver a ver el rostro de Branwell en aquellos retratos la había afectado más de lo que ella creía.

Sacudió la cabeza, y se tumbó en la cama. No iba a permitir que el dolor del pasado volviera a atormentarla.

## CAPÍTULO 16

Amaneció en Callander, y Beth se levantó temprano para desayunar y prepararse para despertar a su señora.

Esta dormía plácidamente en su cama, cuando Beth entró sigilosamente en la habitación, se dirigió a una de las ventanas, y corrió las cortinas. La luz, que era de un tono plateado debido al cielo nublado, se introdujo en la estancia y dio de lleno a la señora Wallace, que se despertó enseguida. La mujer no era una persona a la que le costara madrugar, ni mucho menos.

Beth la ayudó a vestirse, y la acompañó al comedor, donde ya estaba esperando el doctor MacGregor, sentado a la mesa. Ella desapareció de allí, y se dedicó a hacer otras tareas, mientras su señora desayunaba.

—Hoy debo visitar a Melissa Burton. Está bastante mal—comentó el doctor MacGregor, preocupado.

—¿Quieres decir que ha empeorado? —preguntó la señora Wallace con delicadeza.

—Así es. Pensé que había mejorado, pero no ha sido así. Y me temo lo peor, tía—respondió con tristeza y cierta frustración.

La señora Wallace suspiró con pesar.

—Rezaré porque todo vaya bien—aseveró, mirando a su sobrino.

El doctor MacGregor acabó su desayuno rápidamente, y se despidió de ella. Hoy no regresaría en todo el día, ya que estaría pendiente de lo que ocurriera con la joven señorita Burton.

Beth entró en el comedor justo cuando el doctor acababa de marcharse, y le entregó a su señora la correspondencia. La señora Wallace abrió las misivas dirigidas a ella. No parecía haber noticias relevantes, y se limitó a pedirle a Beth que las dejara sobre el escritorio de la biblioteca, donde escribiría las pertinentes respuestas.

Beth obedeció, y media hora más tarde, la señora Wallace le entregaba unas cartas que debía llevar a la oficina postal.

Beth se puso su capa y su sombrero, y salió de la casa. Decidió darse prisa en hacer el recado, ya que el cielo amenazaba con desatar una tormenta. Hoy no era un buen día para pasear, pensó.

Justo cuando estaba a punto de regresar a Taigh Abhainn, se cruzó con

Ben, que iba acompañado de una joven. Este se acercó a ella con una sonrisa en el rostro, y la saludó.

—¡Beth! ¡Buenos días! ¿Qué haces por aquí? —preguntó Ben en tono jovial.

Mientras, la muchacha que iba a su lado la miraba con curiosidad.

—Vengo de entregar unas cartas en la oficina postal.

Ben se dio cuenta de que su amiga permanecía aún junto a él, y fue entonces cuando decidió hacer las presentaciones.

—Beth, esta es Gracie MacDonald.

Gracie hizo una tímida reverencia.

—Encantada de conocerla, señorita.

Beth sonrió. <<Así que esta es Gracie>>, pensó. La joven tenía unos encantadores ojos verdes, y un precioso cabello pelirrojo, que escondía bajo un sombrero.

—Encantada. Ben me ha hablado mucho de ti—comentó Beth.

Al ver que Ben se sonrojaba, sonrió, divertida.

—Bueno, tampoco he hablado tanto—se apresuró a responder él.

Gracie se ruborizó, y sonrió tímidamente. Beth lo tuvo claro en ese instante: Aquella joven estaba enamorada de Ben. Sin embargo, él parecía no entender la situación en absoluto.

De repente, aparecieron unos jóvenes detrás de ella. Éste sonrió al verlos, y cuando ya estaban a su lado, hizo las pertinentes presentaciones.

—Beth, estos son mis mejores amigos, John McLeod, Fergus McLeod y Richard Stirling. Muchachos, esta es la señorita Beth Arundel. Ya os he hablado de ella.

Los muchachos, que llevaban puestos sus correspondientes *kilts*, hicieron una sutil reverencia y sonrieron.

—Es un placer conocerlos—respondió Beth.

—Bueno, será mejor que me marche. ¡Hasta pronto, Beth! —dijo Ben, dedicándole una amplia sonrisa. No obstante, con Gracie cambió el gesto. Se puso serio y se despidió con desgana—. Adiós, Gracie.

Los cuatro se alejaron de allí, y Beth sintió ganas de reprobar la conducta de Ben, aunque no era ni el lugar ni el momento. No le había gustado su actitud con la muchacha.

—Discúlpale, Gracie. No creo que lo haga de manera intencionada—dijo, intentando que la joven no se sintiera mal.

Gracie agachó la mirada y se encogió de hombros.

—No se preocupe, estoy acostumbrada. Cada vez le agrada menos mi presencia—respondió la joven, abatida.

Beth torció el gesto ante esa respuesta.

—Oye, Gracie, ¿te gustaría acompañarme? Aún me queda un pequeño tramo hasta llegar a Taigh Abhainn y me gustaría que habláramos un poco. Si tienes tiempo, claro—propuso.

La muchacha asintió, sonriente.

—Sí, me encantaría.

Empezaron a caminar en dirección a Taigh Abhainn, una al lado de la otra.

—Me contó la señora Burns que eres hija del panadero local.

—Sí, señorita, así es. Este año he empezado a ayudar a padre y madre. Se me dan bien las tartas—aseveró Gracie con orgullo.

—¿De verdad? Pues me encantaría probarlas.

—La señora Wallace suele comprar nuestras tartas de vez en cuando. ¿Le gusta alguna en particular?

Beth pensó un momento.

—La tarta de fresas es una de mis favoritas, aunque no rechazo ninguna.

—Pues, si quiere, un día puedo prepararle una yo misma. ¡Se va a chupar los dedos! —afirmó, entusiasmada.

—¡Me encantaría, Gracie! Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete recién cumplidos.

—Vaya, tan joven y ya eres una experta pastelera. Es para sentirse orgullosa.

Gracie sonrió en respuesta.

—¿Y usted de donde es, señorita Arundel?

—De Oxfordshire, pero he vivido en Londres y en Bélgica. Así que, digamos que soy de muchas partes—respondió Beth.

Gracie abrió los ojos y la boca, fascinada.

—¡Vaya! Sí que ha viajado usted.

—¿A ti te gustaría viajar, Gracie?

—Sí, aunque tampoco me importa demasiado. Aquí tengo todo lo que quiero y todo lo que necesito—contestó, risueña.

Beth sonrió ante esa respuesta.

—Y, a parte de elaborar tartas, ¿qué otras cosas te gustan?

—Pues pasear por el campo, cocinar, y los animales. Me gusta estar rodeada de naturaleza.

Beth asintió.

—A mí me ocurre lo mismo.

—Pero a cierta persona le parecen tonterías—comentó Gracie con cierta tristeza.

Beth se puso seria.

—No debe importarte lo que piensen otros, Gracie.

—Sí, eso dice mi madre. Pero ¿está mal desear que él también me quiera? —Entonces, la joven se detuvo, y se dio cuenta de que había revelado más de lo que debía—. No, yo no quería decir...—dijo, angustiada.

Beth puso su mano sobre su hombro.

—No te preocupes, no lo compartiré con nadie. Sin embargo, debo decirte algo: No debes cambiar para convertirte en lo que él espera o desea. Él es quien debe aceptarte tal y como eres. Y si no lo hace, es mejor que no le entregues tu corazón, porque entonces eso significa que no te merece, Gracie —explicó Beth con toda la delicadeza que pudo.

Gracie no dijo nada en respuesta. Se despidieron más adelante, cuando llegaron al puente que cruzaba el río.

Una vez estuvo sola, Beth alzó la vista, y pudo divisar Manor Hall en todo su esplendor desde donde se encontraba. Su visión a plena luz del día seguía inquietándola. En ese instante, escuchó el sonido de un trueno, y empezó a caminar más deprisa. No se detuvo hasta llegar a Taigh Abhainn.

La lluvia cayó sin cesar durante el resto del día. Por la tarde, Beth y la señora Wallace se sentaron en el salón. Allí se dedicaron a bordar unos pañuelos, adornándolos con motivos florales, mientras compartían una animada conversación.

—Por cierto, no me contaste cómo fue la cena de anoche en casa de los Burns—comentó la señora Wallace mientras enhebraba una aguja.

—Muy bien, señora. Hablamos de los viejos tiempos y de la vida en Callander. Fue una velada muy agradable—respondió Beth.

—Me alegra mucho. Tengo que ir un día a visitar a Anne. Creo que esta semana sin falta iré a la ciudad a ver a algunos de mis vecinos. Tengo pendientes unas cuantas visitas, pero con este tiempo que estamos teniendo últimamente, a una se le quitan las ganas de salir.

De repente, Beth recordó lo que dijo Anne sobre Manor Hall, en referencia al doctor MacGregor. Llevada por la curiosidad, decidió preguntar a su señora.

—Señora Wallace, anoche Anne me habló de esa propiedad que hay al pie de la montaña, Manor Hall. Me dijo que Ben estaba interesado en lady Catherine Cardigan. ¿Qué sabe de esa familia?

La señora Wallace dejó lo que estaba haciendo, y la miró fijamente.

—Dime qué quieres saber, y te lo diré—respondió con un tono grave.

Beth se inquietó un poco, y enseguida se arrepintió de haber preguntado. Sin embargo, ya era tarde.

—Me dijo que ese lugar solo trae desgracias. Incluso llegó a afirmar que está maldito.

La señora Wallace puso los ojos en blanco y suspiró con resignación.

—Menuda ocurrencia. El lugar no está maldito, son las personas que lo habitan las que son malas. Los Cardigan son una familia de aristócratas. Viven aislados en Manor Hall; no les interesa Callander ni sus alrededores. Vienen en verano, celebran sus fiestas, y se van. Eso es todo.

—Anne está preocupada por Ben y por su interés en *lady* Catherine.

—Es lógico. Ben está enamorado de un imposible. Conozco a la joven. Es una hermosa muchacha, egoísta y caprichosa, que tiene encandilados a casi todos los muchachos de la zona; hace con ellos lo que quiere. De hecho, me recuerda a alguien a quien prefiero no nombrar. —En ese momento, la señora Wallace la miró con suspicacia—. ¿Te han contado alguna historia que tenga relación con mi sobrino?

—Anne mencionó algo, pero no entró en detalles.

La señora Wallace apartó la mirada.

—Es una historia dolorosa, Beth. Y ahora mismo, no me veo con la fuerza suficiente para contártela. Sólo te diré que Manor Hall trae amargos recuerdos a mi memoria. Y espero que Ben se olvide de *lady* Catherine pronto, por su bien. Hay personas en este mundo que lo único que hacen es crear problemas a los demás, mientras ellos se alejan impunemente, y continúan con su vida como si nada hubiera sucedido.

Beth decidió no indagar más, y siguió con su tarea. Después de escuchar a la señora Wallace, estaba realmente preocupada por Ben. Tenía un mal presentimiento, aunque no sabía exactamente por qué.

Sufría también por Gracie, que estaba enamorada de alguien que ni siquiera la tenía en cuenta. ¡Qué bien la comprendía!

No era fácil olvidarse del primer amor, ni tampoco asumir la idea de no ser correspondida. Si ella pudiera hacer algo lo haría. Por desgracia, no estaba en sus manos solucionarlo.

Eran ya las doce de la noche, y el doctor MacGregor regresaba por fin a su hogar después de una dura jornada. Había pasado el día intentando salvar a la señorita Burton, pero esta había sucumbido a la enfermedad que llevaba tiempo padeciendo, y ya no estaba en el mundo de los vivos.

Estaba agotado, y se sentía frustrado y triste. Odiaba perder la batalla contra la muerte, sobre todo, cuando se trataba de alguien joven. Era totalmente injusto que alguien que aún tenía toda una vida por delante, se marchara tan pronto.

Dejó su maletín en el vestíbulo, y se dirigió al salón. Necesitaba un buen vaso de *whisky* escocés para entrar en calor y relajarse.

A medida que se acercaba, se dio cuenta de que la sala estaba ocupada. La chimenea estaba encendida, y observó desde el marco de la puerta que alguien estaba sentado en uno de los sillones.

Beth estaba leyendo el libro que tenía entre sus manos. Se trataba de la novela *El romance del bosque* de la escritora Ann Radcliffe<sup>[4]</sup>. Estaba tan absorta en la lectura, que no notó que alguien entraba en la estancia.

—Buenas noches, señorita Arundel—dijo el doctor.

Esto la sobresaltó, provocando que el libro casi se le cayera al suelo. Alzó la vista, y se encontró con la figura del doctor MacGregor, que estaba de pie a su lado.

—Buenas noches, doctor—respondió, aún alterada.

—Siento haberla asustado. ¿Le importa que me quede aquí con usted? —inquirió él sin el tono risueño habitual.

—No se preocupe, si lo desea puedo marcharme.

El doctor MacGregor se sirvió un vaso de *whisky*, y a continuación, se sentó en otro sillón, justo delante de ella.

—Por favor, no se marche. Me vendría bien tener compañía—respondió casi en tono suplicante.

Beth no se movió del sitio. Cerró el libro, y lo dejó apoyado en su regazo. Observó que el doctor parecía decaído. Algo debía haber pasado, sin embargo, prefirió no preguntar.

—¿Qué estaba leyendo?

—El romance del bosque de Ann Radcliffe.

—¿Es interesante?

—Sí, la verdad es que me está gustando mucho.

—Siento haber interrumpido su lectura.

—Oh, no se preocupe. De hecho, iba a dejar de leer hace unas dos horas.

Sin embargo, me estaba gustando tanto, que no he podido detenerme. Si usted no hubiera llegado, a las cinco de la mañana aún seguiría leyendo—respondió Beth, casi riéndose de la situación.

—Bueno, entonces me alegra haberla salvado de perder horas de sueño —comentó él—. Otros no han tenido esa suerte.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó, preocupada.

Él la miró fijamente, y dibujó una media sonrisa.

—A usted no se le escapa nada ¿verdad?

—No cuando es evidente.

El doctor suspiró, abatido.

—Hoy ha fallecido uno de mis pacientes. Melissa Burton, veinte años. Unas fiebres que no he podido curar la han llevado a la muerte. Hace un mes la visité, y pensé que había mejorado. Sin embargo, no fue así. —Suspiró de nuevo con tristeza—. Sé que en mi profesión, la muerte es una compañía inevitable en muchos casos. Sin embargo, y a pesar de los años que llevo ejerciendo, nunca consigo acostumbrarme—dicho esto, tomó un sorbo de su vaso de *whisky*.

Beth pensó bien lo que iba a decir, porque era una situación difícil, y debía hablar con suma delicadeza.

—Nadie se acostumbra nunca a la muerte, por muchas veces que la haya visto de cerca. Siempre he pensado que la vida y la muerte van de la mano. Mientras en un lugar del mundo hay un ser humano que nace, otro muere, y no podemos luchar contra eso. Usted ha hecho todo lo que ha podido por su paciente. Estoy segura. No. Sé que usted ha luchado como nadie, pero no siempre podemos ganar las batallas.

—Lo sé. De todas formas, esto es algo que debemos afrontar.

—Sí, no nos queda otro remedio.

—Usted perdió a su familia ¿verdad?

En ese instante, Beth sintió una punzada de dolor en el corazón.

—Sí, doctor.

El doctor MacGregor asintió, pensativo.

—Nosotros perdimos a nuestros padres demasiado pronto. A pesar de esto, aún guardo gratos recuerdos de ellos. ¿Y usted?

Beth tragó saliva, intentando contener la emoción.

—Guardo hermosos recuerdos, sobre todo de mi madre. Era con quien mejor me llevaba.

—¿Y de su padre no?

Beth se puso tensa.

—Mi padre tenía un carácter más frío. Apenas tuvimos relación.

El doctor asintió.

—Una pena. Yo los pocos recuerdos que tengo de mi padre son buenos. Puedo afirmar que fue un padre cariñoso y atento. Aunque quien ejerció más tiempo ese papel fue mi tío.

—Es algo maravilloso crecer en un hogar donde a uno le quieren— comentó Beth con cierta melancolía.

—Sí, conozco a muchas familias que no tienen esa suerte. Es una desgracia que, en un mundo donde estamos tan solos, haya gente que no muestre afecto por aquellos que comparten su misma sangre—afirmó él.

—Sí, es cierto—respondió Beth, pensativa.

—Mi único consuelo respecto a lo sucedido, es que su familia ha estado acompañándola en su camino a la muerte. Al menos, no ha muerto sola y desamparada. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Hace mucho tiempo, trabajé en un hospital para pobres. Le sorprendería saber cuánta gente muere sola, sin un alma caritativa que le acompañe en sus últimos momentos. En realidad, esas personas no temen a la muerte, sino a la soledad.

—Si uno no la busca, la soledad puede ser más terrible que la peor de las muertes—dijo Beth, convencida.

—¿Usted busca la soledad, señorita Arundel? —inquirió él de forma enigmática.

—A veces. Sin embargo, le diré que durante un tiempo no la busqué, y fue algo horrible—respondió Beth recordando su triste infancia.

—Y las veces que la busca, viene el incorregible doctor MacGregor a molestarla—comentó él con una media sonrisa, recuperando el buen humor.

Beth se rio ante la ocurrencia.

—Usted no me molesta nunca, doctor.

El doctor MacGregor la observó con detenimiento. Pensó que estaba muy hermosa en ese momento, con su pelo recogido en un moño trenzado, luciendo un sencillo vestido de color gris, y mostrando una sonrisa sincera, sin adornos ni artificios. Además, gracias a su elocuencia y su carácter bondadoso, se sentía realmente cómodo en su compañía.

El reloj del salón sonó, y Beth se dio cuenta de que ya era muy tarde. Entonces, decidió que era el momento de retirarse.

—Será mejor que me retire ya, o sino mañana no tendré apenas fuerzas— dijo Beth, levantándose.

El doctor MacGregor se incorporó también, dejando su vaso de *whisky* vacío sobre una mesilla.

—Sí, yo también me voy a dormir. Mañana debo volver al trabajo.

—¿Debe visitar a muchos pacientes?

—La verdad es que sí. Siendo el único médico de la ciudad, no me queda más remedio.

Los dos subieron las escaleras, y se adentraron en el pasillo que llevaba a las habitaciones. Beth debía dirigirse al fondo, donde estaba su cuarto, junto al de su señora. Ambos se detuvieron ante la puerta del cuarto del doctor MacGregor, y se despidieron.

—Le agradezco que me haya hecho compañía. Gracias a usted, he sido capaz de sobrellevar un momento tan triste como este.

Beth sonrió tímidamente.

—No hay de qué, doctor. Si necesita cualquier cosa, no dude en contar conmigo.

—Lo haré, sin duda.

Beth se dirigió a su habitación, y se metió en la cama enseguida. Mientras se desvestía, el doctor MacGregor recordaba la conversación que habían mantenido. Llegó a la conclusión de que la señorita Arundel debió tener una vida difícil, aunque esta circunstancia no parecía revelarse en su carácter ni en su actitud.

Sintió un cosquilleo en el estómago al recordar su sonrisa: Honesta, dulce e inocente. La verdad es que no recordaba haber conocido a alguien tan misterioso. Alguien que no destacaba entre la multitud, que pasaba siempre desapercibida. Y se sorprendió al descubrir la fascinación que despertaba en él. Por supuesto, no desde un punto de vista amoroso.

La señorita Arundel no era una criatura pasional ni seductora. Era la institutriz, la doncella perfecta. Un espíritu cándido y noble, cuya compañía alegraba la existencia de los demás.

Desde que llegó Beth, había escuchado más de una vez a su tía reír a carcajadas, feliz y despreocupada, algo que no ocurría desde que su tío murió. Sin duda, la señorita Arundel tenía el don de hacer el bien a todos aquellos que tenían el privilegio de estar cerca de ella. Y se sintió afortunado por tenerla bajo su mismo techo.

## CAPÍTULO 17

Eran las ocho y media de la mañana, y la señora Wallace estaba ya sentada a la mesa, desayunando junto a su sobrino. Beth entró en el comedor, y trajo las cartas que acababan de llegar para sus señores. La señora Wallace observó que una de ellas venía de Edimburgo. Era una carta de su sobrina Fiona. La abrió y la leyó atentamente. Cuando terminó, sonrió, contenta.

—Fiona nos invita a ir a visitarla a su nueva casa en Edimburgo. Dice que tiene muchas ganas de vernos. ¿Qué te parece si vamos la semana que viene? —preguntó a su sobrino.

—Bueno, tendría que hablar con el doctor Cunningham para que me sustituyera durante esos días. ¿Cuánto tiempo habías pensado pasar allí?

—Unos días, menos de una semana, tal vez.

—Creo que puedo conseguir cuatro días como mucho.

—Eso sería estupendo.

—Entonces, hoy mismo iré a Kilmahog para ver al doctor Cunningham y decírselo. De momento, no envíes tu respuesta a Fiona.

Por la tarde, después de comer, aprovechando que hacía un sol espléndido, y que las temperaturas habían subido un poco, la señora Wallace y Beth se dirigieron a Callander en el carruaje para realizar algunas visitas que su señora tenía pendientes.

Primero fueron a casa de los Stewart, y después de compartir una amena conversación con ellos, visitaron a los Taylor. Todos eran viejos conocidos y amigos de la señora Wallace.

—Casi todos somos parte del mismo clan, y a pesar de que muchos se han ido, los que nos quedamos aquí nos hemos mantenido unidos. Conservamos ese sentimiento de comunidad, de echarnos una mano unos a otros. Por supuesto, también acogemos y ayudamos a los que vienen de fuera. Aquí todos somos iguales—le explicó la señora Wallace tiempo atrás.

Cierto era que había rencillas y viejas rivalidades, pero apenas se notaban. Si alguien podía ayudar a otro, lo hacía sin excusa.

Iban subiendo por una de las calles de Callander, después de realizar las correspondientes visitas, cuando se cruzaron con la señora Drummond.

La dama, esposa de uno de los amigos de la infancia del doctor

MacGregor, estaba embarazada de nueve meses, y en unos días saldría de cuentas. Rondaba la edad de Beth, y ya era madre de dos preciosas niñas, según le explicó la señora Wallace. Al verlas, la mujer se acercó a saludarlas, y empezaron a conversar.

—¿Y qué le trae por aquí, señora Wallace? —preguntó la señora Drummond con un marcado acento escocés.

—Visitas a viejos amigos, que los tenía un poco abandonados. ¿Cómo vas con el retoño?

—Bueno, tengo ganas ya de que nazca. Estoy un poco cansada—contestó la mujer acariciándose el vientre.

En ese momento, la señora Wallace se dio cuenta de que no había hecho las presentaciones.

—Oh, Rachel, esta es mi doncella, la señorita Beth Arundel. Beth, te presento a Rachel Drummond.

Ambas mujeres se estrecharon la mano.

—Encantada, señora Drummond.

—Ya había oído su nombre, señorita Arundel. Anne Burns me habló de usted. Bienvenida a Callander, espero que se sienta a gusto aquí—respondió la mujer con sinceridad.

—Muchas gracias. La verdad es que Callander me parece un lugar maravilloso—comentó Beth, sonriente.

—Bueno, no se crea, que tenemos nuestros defectos, pero son los menos—dijo la mujer, riéndose.

De repente, su gesto cambió y se tornó serio. Se aferró a su vientre y el dolor se vio reflejado en su rostro. Algo no iba bien. Beth y la señora Wallace se miraron, alarmadas, y enseguida agarraron entre las dos a la señora Drummond, que parecía no poder mantenerse en pie.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Beth, preocupada.

La señora Drummond la miró, angustiada.

—Creo que ya viene.

La señora Wallace se llevó la única mano que tenía libre a la cabeza.

—¡Ay, dios mío! Tenemos que llevarte a casa enseguida. Beth, sostenla un momento.

La señora Wallace se acercó a hablar con un hombre que pasaba por allí, y este salió corriendo para ir en busca del doctor MacGregor. Beth, mientras esperaba, sostenía a la señora Drummond como podía. La pobre mujer estaba sufriendo tremendos dolores.

La señora Wallace enseguida trajo refuerzos, porque justo pasaban Angus y Ben por allí, y ambos liberaron a Beth de su carga, llevando entre los dos a la señora Drummond a su casa.

Los cuatro entraron en la casa de la parturienta, y la ayudaron a subir las escaleras que conducían a su cuarto. Por suerte, la casa no era demasiado grande, así que no tardaron en llegar.

Beth y la señora Wallace se quedaron con la señora Drummond, que ya estaba tumbada en la cama, y parecía más calmada. Mientras, Ben y Angus fueron en busca del padre, que estaba trabajando en ese momento. Las hijas del matrimonio estaban oportunamente con su abuela paterna en su casa según explicó la señora Drummond.

Pasó casi media hora hasta que el doctor MacGregor entró por la puerta, acompañado del señor Drummond. Ethan Drummond era un hombre moreno, alto, con barba, corpulento, y con los ojos azules. En un primer momento, a Beth le pareció una especie de gigante temible, pero su cara de preocupación al ver a su esposa delataba un carácter sensible. El hombre se acercó a su mujer, y le agarró la mano.

—Rachel, cariño, ¿cómo te encuentras? —preguntó el hombre, preocupado.

—Estoy bien, Ethan. Hay que tener paciencia—respondió ella, intentando tranquilizarle.

El doctor MacGregor carraspeó, llamando la atención de los presentes y dijo:

—Bueno, hay demasiada gente aquí. Sólo necesito a una persona. Señorita Arundel, ¿le enferma la visión de la sangre?

—No, doctor—aseveró Beth.

—Bien, entonces usted me ayudará. Los demás, salid de la habitación.

El padre de la criatura y la señora Wallace obedecieron, aunque el doctor no pudo evitar la expectación que se generó fuera de la habitación. Familiares y amigos esperaban sentados en el salón, mientras las horas transcurrían.

En un momento dado, empezaron a escucharse los gritos de dolor de la señora Drummond. El señor Drummond dio un respingo, y su rostro se desencajó por la angustia. La señora Wallace no se separó de su lado, intentando tranquilizarle, dándole palabras de ánimo, y recordándole la fortaleza de su esposa, que no era nueva en esto de traer niños al mundo.

Mientras, en la habitación, Beth sostenía la mano de la señora Drummond y le daba palabras de aliento. El doctor MacGregor estaba tranquilo y

concentrado. Era el segundo alumbramiento en el que intervenía, y este prometía ser otro éxito. Todo estaba yendo bien. La madre era fuerte, y aguantaba las sacudidas de dolor con enorme entereza.

Por fin, el doctor pudo ver la cabeza del bebé, y animó a la madre a hacer un último esfuerzo. Minutos más tarde, ya tenía a la criatura entre sus manos, llorando a pleno pulmón.

—Rachel, es una preciosa niña—anunció el doctor, sonriendo y envolviendo a la recién nacida en una manta.

Beth y la madre se miraron, emocionadas. El doctor colocó a la recién nacida en el regazo de la señora Drummond. La pequeña, que estaba llorando, se calmó al entrar en contacto con su progenitora.

—Es preciosa—afirmó la señora Drummond, feliz, mirando a su pequeña.

Beth estaba absorta observando la escena, cuando el doctor MacGregor se dirigió a ella.

—Es hora de que conozca al padre. Señorita Arundel, ¿querría cogerla y llevarla abajo?

Beth se quedó sorprendida ante aquella petición. No obstante, la atendió con gusto. La señora Drummond le entregó a la pequeña, y Beth la cogió con sumo cuidado.

La niña era diminuta y frágil. Parecía sentirse tranquila y segura entre sus brazos, ya que no lloró mientras la sostenía. Beth la miró, fascinada, y sintió una enorme alegría en su corazón.

Bajó las escaleras, y cuando llegó abajo se encontró al señor Drummond de pie, esperando. Beth sonrió, y le entregó a la niña:

—Le presento a su hija, señor Drummond.

El hombre la cogió en brazos, emocionado. A Beth le invadió la ternura al ver aquella escena. Un hombre grande y fuerte, sujetando a esa pequeña criatura entre sus brazos de acero. Unas lágrimas de alegría se deslizaron por el rostro de Ethan Drummond al ver a su hija. Entonces, la señora Wallace le dio una palmadita en el hombro.

—Es muy bonita.

—Sí que lo es—respondió él, sonriendo y sin dejar de mirarla.

Todos aplaudieron y vitorearon a la recién nacida, felicitando al padre con entusiasmo. A continuación, Beth y él subieron, y entraron en el cuarto. El señor Drummond se dirigió a su esposa, que estaba agotada pero feliz, y le dio un apasionado beso en los labios, sin dejar de sostener a la pequeña.

—Siento que no haya sido un niño—dijo ella.

—No importa en absoluto. Es perfecta, Rachel. ¿Qué nombre quieres ponerle?

—Julie. Me gusta ese nombre.

—Entonces Julie se llamará—sentenció él, triunfal, y volvieron a besarse.

Beth, que estaba mirando la escena desde el marco de la puerta, no pudo evitar sentir un poco de envidia por la pareja, que se mostraba enamorada y pletórica con su pequeña.

—Oye, que aún sigo aquí. Al menos podríais esperar a que me vaya antes de haceros carantoñas—dijo el doctor MacGregor con una sonrisa burlona, mientras guardaba el instrumental.

—Perdone, doctor—respondió el señor Drummond sonriendo.

—Anda que me dais las gracias—comentó en broma.

—Te prometo que al próximo le pondremos tu nombre—bromeó la señora Drummond.

—Bueno, pero esperad a que esa pequeñaja crezca un poco—respondió el doctor, divertido.

Beth se rio discretamente. Le divertía ver ese intercambio dialéctico tan jovial entre viejos amigos de la infancia.

Minutos después, los tres regresaron a Taigh Abhainn.

—Dios mío, ya es muy tarde. La hora de cenar ya ha pasado—comentó la señora Wallace.

—Es lo que tienen los partos. Se sabe cuándo empiezan, pero no cuando acaban—apuntó el doctor MacGregor.

—Ha sido muy bonito. Y menos mal que Beth no es aprensiva—dijo la señora Wallace—. Ha debido ser una experiencia emocionante ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí, señora. Lo que más me ha gustado ha sido ver el rostro de felicidad de la señora Drummond. Nunca había visto algo así. Era la felicidad personificada.

—Sí, dicen que ese es un momento de felicidad único—respondió la señora Wallace—. Pero no a todas nos toca vivirlo.

Beth sintió una punzada de dolor en el corazón al escuchar ese comentario. Aunque hacía tiempo que había asumido que nunca se casaría ni tendría hijos, no podía evitar sentirse desdichada en cierta manera por ello.

Recordó en ese instante las conversaciones que mantuvo con Branwell al respecto, cuando eran una pareja enamorada que soñaba con formar una

familia, un hogar feliz. Sueños frustrados que quedaron en el pasado.

Sacudió la cabeza y respiró hondo, consiguiendo regresar al presente.

—Por cierto, tengo buenas noticias. El doctor Cunningham me sustituirá durante cuatro días. Así que podemos ir a Edimburgo la semana que viene—dijo el doctor, cambiando de tema.

La señora Wallace sonrió ampliamente.

—¡Maravilloso! —exclamó la mujer con alegría.

Esa noche, la imagen del señor Drummond y la señora Drummond junto a la pequeña Julie apareció en la mente de Beth más de una vez. ¿Se sintió su madre así cuando ella nació? ¿Y Anne? Recordó el olor y el suave tacto de la recién nacida. Un cúmulo de emociones se agolparon en su corazón cuando la sostuvo en brazos: Alegría, amor, ternura. Había sido una de las mejores experiencias de su vida, y se sentía dichosa por haber podido ayudar a que todo saliera bien.

Puede que no fuera a tener su propia familia, pero había más cosas en la vida. Ayudar a los demás, hacerlos sentir felices. Ella tenía ese don e iba a aprovecharlo. Su vida en Callander estaba resultando ser más excitante de lo que pensaba.



*Edimburgo, unos días más tarde...*

Edimburgo estaba envuelta en una espesa y densa niebla, que impedía ver la ciudad en todo su esplendor. El carruaje tuvo que ir despacio atravesando las empinadas calles, debido a la poca visibilidad. La casa de Fiona estaba situada cerca de la Royal Mile, una de las avenidas más transitadas de la urbe.

Llegaron finalmente, y al entrar en la casa, Fiona les recibió con entusiasmo.

—¡Tía! ¡Cameron! —exclamó, abrazando a ambos.

Ellos respondieron con la misma efusividad.

—¿Cómo está mi hermana favorita? —preguntó el doctor MacGregor.

—Bien, aunque, si no recuerdo mal, soy tu única hermana—respondió ella, riéndose.

A su lado estaba su esposo, el señor Alan Fawcett. Beth, al mantenerse a una distancia prudencial, se fijó mejor en los anfitriones. El señor Fawcett llevaba unas gafas de metal, tenía los ojos azules, era alto, rubio, y lucía un

bigote bien recortado y peinado. Fiona era alta, esbelta, con el cabello pelirrojo y los ojos azules, igual que el doctor MacGregor.

En un momento dado, la dueña de la casa se fijó en ella, y se presentó.

—Usted debe ser la señorita Arundel. Es un placer tenerla aquí. Mi tía me ha hablado mucho de usted en sus cartas.

—Mucho gusto, señora Fawcett. Es un placer conocerla.

—Espero que disfrute de su estancia en Edimburgo—comentó Fiona, sonriente.

Una sirvienta la acompañó hasta una de las habitaciones de invitados. El hogar de los Fawcett era bastante grande: Una casa de tres plantas, con numerosas habitaciones y amplias estancias. El cuarto en el que se alojaría Beth daba a una tranquila calle apenas transitada.

Según le comentó la señora Wallace, el señor Fawcett era un importante administrador, que trabajaba para numerosas familias adineradas del reino. La fortuna sonreía a la pareja, aunque no solían presumir de su suerte. No habían perdido un ápice de humildad, a pesar de estar en una posición social privilegiada, y ambos vivían una vida sencilla y apacible sin grandes lujos.

Durante la cena, Beth se quedó junto al resto de sirvientes, y tuvo la oportunidad de conversar con ellos animadamente. Ella preguntaba por la vida en la ciudad, y ellos le contaban las cosas que podía ver y hacer.

Beth llegó a la conclusión de que Edimburgo se parecía a Londres en algunos aspectos. Era una ciudad bulliciosa y grande, que, sin embargo, parecía más enigmática y misteriosa que Londres. Estaba deseando conocerla en profundidad.

## CAPÍTULO 18

La espesa bruma que les había recibido el día anterior había desaparecido por completo, dando paso a un sol espléndido y poco habitual en aquellos días.

La señora Wallace y Fiona decidieron que sería un buen día para hacer unas compras, y el doctor MacGregor y Beth las acompañaron. Visitaron todos los comercios de la Royal Mile. Compraron zapatos, algunas telas para vestidos, y visitaron una joyería, donde Fiona se probó un collar de perlas que había visto en el escaparate.

Como la señora Wallace quería tener un detalle con su adorada sobrina, decidió regalárselo. La mujer no compró nada para ella, y no precisamente porque el dependiente no pusiera interés. Este le mostró anillos de oro, pendientes, colgantes, collares y pulseras, intentando que la señora Wallace comprara algo. Sin embargo, la fuerza de voluntad de la dama era considerable, y no cayó en la tentación.

El doctor MacGregor y Beth preferían observar el entorno mientras las damas se distraían comprando. Un edificio, un grabado en una fachada, el escaparate de una curiosa tienda de antigüedades, o los *close*, empinados y oscuros callejones situados a ambos lados de la Royal Mile, envueltos en un halo de misterio sumamente atrayente.

El doctor MacGregor se percató enseguida de que Beth estaba poco interesada en visitar tiendas, y de repente, tuvo una idea.

—Tía, Fiona, ¿os importa que nosotros demos un paseo? La señorita Arundel no conoce la ciudad, y esta sería una buena oportunidad para mostrársela, aunque sólo sea durante un par de horas.

Beth quiso protestar, ya que estaba en sus horas de trabajo, y su obligación era acompañar a su señora, sin embargo, ésta se lo impidió.

—¡Claro! No hay problema. ¿Qué os parece si nos encontramos en el Grassmarket dentro de dos horas?

—¡Estupendo! Nos vemos entonces—respondió el doctor MacGregor, dándose media vuelta y caminando en dirección al castillo.

Beth le siguió inmediatamente, después de hacer una reverencia a su señora. Estaba algo aturdida, pero en el fondo, contenta. Tenía ganas de

conocer la ciudad.

Consiguió alcanzar al doctor MacGregor, que caminaba dando grandes zancadas por la empinada Royal Mile. Ese era el único defecto que le encontraba a Edimburgo, sus elevadas calles.

Los transeúntes andaban por la calle a paso ligero. Todo era ruido y griterío. Beth miraba tanto hacia arriba, para observar la hermosa arquitectura de Edimburgo, con aquellos altos edificios que casi tocaban el cielo, como hacia abajo, para evitar las grietas del suelo y así procurar no caerse.

Después de un buen rato caminando, llegaron a las puertas del majestuoso castillo, que se erguía ante sus ojos con orgullo y gallardía.

—¿Sabe que el castillo está construido sobre la cima de un volcán? —comentó el doctor MacGregor, como si fuera un maestro enseñando a una alumna.

—No tenía ni idea. ¡Es fascinante! —respondió Beth sin apartar su mirada del castillo.

El doctor MacGregor la miró de reojo. Estaba totalmente absorta, y sus ojos brillaban con ilusión.

—No pensé que la sorprendería tanto, dada su experiencia como viajera.

—La curiosidad nunca desaparece. Cada nuevo lugar que descubro me fascina y emociona como si fuera el primero. Una nunca deja de aprender, de adquirir sabiduría. Eso es lo que más me gusta: Aprender y descubrir cosas nuevas.

—¿Incluso las cosas malas?

—Incluso las malas. De todo se aprende—sentenció Beth, mirándole con determinación.

El doctor MacGregor sonrió.

—Vamos, aún queda mucho por ver—la instó.

Se dirigieron entonces a los Princes Street Gardens, un parque situado entre la Old Town y la New Town. Allí se quedaron de pie, contemplando el lugar a través de la verja que lo rodeaba, ya que no estaba permitida la entrada a todo aquel que no residiera en la zona. Sin embargo, esto no les impidió disfrutar de la belleza de sus jardines.

—Todo esto que ve, hace unos años, era el lugar donde estaba el Nor Loch. Era un lago adonde iban a parar todos los desperdicios de la ciudad, y donde se realizaron algunas ejecuciones. La gente dice que llegó un momento en que la pestilencia era insoportable—explicó el doctor MacGregor.

—Es increíble el hecho de pensar que todo esto, que es verdaderamente

hermoso, fuera en algún momento un lugar lleno de desperdicios—comentó, pensativa.

—Sí, pero al final mire. De algo tan asqueroso y horrible, ha surgido algo bonito—aseveró, divertido.

—Desde luego—respondió Beth, riéndose.

Ya que estaban cerca, visitaron la New Town, cuya distribución en forma de cuadrícula contrastaba con todo lo que había al otro lado de los Princes Street Gardens.

Allí las construcciones eran bastante nuevas, y era mucho más cómodo pasear por sus calles, al haber menos transeúntes. En Edimburgo, lo nuevo y lo viejo convivían en perfecta armonía, según pudo comprobar Beth. Era una ciudad en expansión, que cada día crecía y mejoraba.

Después de un largo paseo, regresaron a la Old Town, y se dirigieron al Grassmarket, uno de los puntos más importantes de la ciudad. En la plaza había tabernas y comercios, y el lugar bullía de actividad.

Cuando llegaron ya era casi la hora de reencontrarse con la señora Wallace y Fiona. Decidieron esperarlas en una de las esquinas de la plaza, aunque el doctor MacGregor sabía con certeza que no serían puntuales. Cuando ambas salían de compras, solían olvidarse de mirar el reloj. Estaban allí observando el trasiego de gente, cuando ante ellos se detuvo una dama.

—¡Hombre! Pero si es Cameron MacGregor en persona—dijo la mujer, con gesto indignado.

El doctor MacGregor tragó saliva, y se revolvió incómodo. Parece ser que conocía a la dama, pero no por un buen motivo.

—¡Janine! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo te va todo? —respondió él, forzando una sonrisa y mirando a Beth de reojo.

—Bien, y no gracias a ti, precisamente—respondió la mujer, malhumorada.

—Vamos, el pasado es el pasado—comentó él un poco avergonzado, mirando a Beth de forma inocente.

Beth alzó una ceja. Estaba claro que se trataba de alguno de los líos amorosos de su señor, pensó. Según le contó la señora Wallace, el doctor MacGregor conquistaba a cuanta mujer hermosa se cruzaba en su camino. Beth no se sorprendió cuando se lo dijo, ya que había sido testigo de ello aquella noche en casa de lord Houston.

—Veo, por otro lado, que otra pobre muchacha ha caído en tus redes—dijo la dama mirándola de arriba abajo.

Beth abrió mucho los ojos y con verdadero apuro, intentó aclarar la situación.

—Disculpe, pero no es lo que piensa... Yo solo...

Entonces, el doctor MacGregor intervino.

—Querida, no te molestes. Está celosa porque tú sí que has conquistado mi corazón. Además, si no recuerdo mal, ¿tú no estabas casada, Janine?

La mujer empezó a balbucear, para sorpresa de Beth. En ese instante, el doctor miró detrás de ella, y dijo:

—Oye, creo que tu marido te anda buscando. Deberías ir, a ver si va a pensar que le escondes algo.

La dama apretó la mandíbula, y con gesto indignado y mirada furiosa, se alejó de allí, dando grandes y exageradas zancadas. Beth miró al doctor, mientras este se reía a carcajadas.

—Doctor, eso no ha estado bien—le regañó Beth cruzando los brazos sobre su pecho con gesto severo.

—Vamos, señorita Arundel, ella fue la que vino buscando pelea.

—¡Eso no es excusa! Además, le ha mentido descaradamente. Usted y yo no estamos juntos.

—Pero lo aparentamos. Venga, sólo era una broma, una mentira piadosa para que nos dejara tranquilos. Le aseguro que esa dama es una fiera.

—Ya, pero usted no es un ángel precisamente—respondió Beth, sin perder su gesto serio.

Él le dedicó una mirada pícara.

—Bueno, algo de diablillo tengo, pero usted sabe que en el fondo no soy tan malo.

—Reitero lo dicho: No ha estado bien. No se debe mentir—aseveró Beth.

—¿Y a ella no le dice nada, señorita Arundel? Estuvimos juntos solo unos meses, y ella ya estaba casada. Me usó sin ningún tipo de reparo. Se aprovechó de mi debilidad por las mujeres bonitas. ¡Yo soy el ofendido! —respondió, fingiendo indignación.

Beth se rio.

—Sí, muy ofendido le veo.

Él no se rio, aunque dibujo una sonrisa. Entonces, la miró con ojos de cordero degollado.

—Bueno, ya que está en su papel de institutriz, ¿me va a imponer algún castigo por mi mala conducta?

Beth puso su mano en el mentón, y simuló estar pensando en una buena

reprimenda.

—Tal vez le mande copiar cien veces la frase “No debo mentir”. Pero ya veremos si se me ocurre alguna otra cosa—contestó ella, divertida.

Los dos se rieron, y justo en ese momento llegaron la señora Wallace y Fiona. Tía y sobrina se miraron algo extrañadas al ver aquella escena. El doctor y Beth se mostraban relajados y sonrientes en su mutua compañía. La complicidad que había entre ellos era evidente. A la señora Wallace le encantó verlos así, y le fastidió un poco tener que interrumpirlos, sin embargo, no quedaba más remedio. Debían regresar a casa.

Al día siguiente, el doctor MacGregor se ausentó durante todo el día, ya que fue a visitar a viejas amistades de la época en la que la ciudad era su hogar.

Mientras, Beth, la señora Wallace y Fiona se quedaron en casa, debido al mal tiempo que hacía aquel día, con una lluvia constante que no dio tregua.

La señora Wallace no se encontraba particularmente bien. Estaba algo cansada después de la incesante actividad del día anterior, así que se fue a descansar nada más terminar de comer. Fue en ese momento, cuando Fiona y Beth se quedaron a solas.

—Me ha dicho mi tía que se ha adaptado perfectamente a Callander.

—Sí. Es un lugar maravilloso.

—Es pequeño, pero hay una comunidad muy unida.

—Habrá sido un cambio considerable para usted vivir en una ciudad tan grande como Edimburgo.

—Sí, aunque visité Edimburgo muchas veces antes de casarme. Es una ciudad que conozco bien, y no está lejos de Callander, así que puedo visitar a mi familia cuando quiera. Por cierto, me contó mi tía que usted es de Oxfordshire ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Conoce usted Didcot?

—Sí, no está lejos de donde yo nací, aunque no he estado nunca.

—Mi marido tiene un conocido allí. Lionel Hudson, es el administrador de lord Hightower, duque de Didcot.

Al escuchar ese nombre, Beth sintió un escalofrío. Sabía perfectamente quién era lord Hightower. El caballero era uno de los amigos íntimos de su padre. De repente, Fiona observó que Beth se estaba poniendo pálida.

—¿Se encuentra bien? —inquirió, poniendo una mano en su hombro.

Beth asintió, mientras intentaba serenarse.

—Sí, señora. Estoy bien.

Fiona pareció convencida con esa respuesta, y siguió preguntando.

—¿Y de qué parte de Oxfordshire es usted?

—De Faringdon—mintió.

A Beth le preocupaba el nivel de cercanía que los Fawcett tenían con el administrador de lord Hightower. Podían atar cabos y era mejor no arriesgarse.

—¿A qué se dedicaba su familia? Si no le importa contestar—comentó Fiona, algo apurada.

—Mi padre era abogado y mi madre era ama de casa.

Lo cierto es que, a pesar de estar haciéndolo con sorprendente facilidad, odiaba tener que mentir sobre su pasado.

—¿Eran? —preguntó Fiona, desconcertada.

—Murieron siendo yo muy joven.

Fiona asintió.

—Entiendo. Una pena. Comprendo la situación perfectamente, señorita Arundel. Yo ni siquiera conocí a mis padres; murieron siendo yo un bebé. ¿Y a qué escuela fue?

—A la escuela Graham.

—¡Vaya! Es una de las mejores, según tengo entendido.

—Sí, así es—respondió Beth, ya más tranquila.

—Yo me eduqué en Callander, con tutores. Mi tío nos ofreció la mejor educación que pudo. De hecho, insistió mucho en que yo tuviera la misma formación que mi hermano. Ya sabe que no es lo habitual. Si por él hubiera sido, yo también habría asistido a la universidad.

—Eso es poco común—comentó Beth, impresionada.

—Lo sé. Por eso siempre digo que fui afortunada.

—Su hermano y usted están muy unidos ¿cierto?

Fiona sonrió.

—Sí, le adoro. Aunque a veces me preocupa. Me gustaría que dejara las aventuras amorosas, y encontrara una esposa. Pero desde aquella vez, no ha sido posible—se lamentó.

Beth la observó con gesto interrogante. Fiona respiró hondo, y decidió sincerarse.

—Todo esto es culpa de un desengaño amoroso. Suele ocurrir. Nos enamoramos de alguien con quien no podemos estar. Esa mujer lo abandonó y

se casó con otro que era de su misma clase. Desde entonces, mi hermano no ha sido capaz de entregar su corazón. Y esto me entristece y me indigna, señorita Arundel. Debería superarlo y enamorarse de verdad. Estoy convencida que su alma gemela está ahí fuera, pero él se niega a encontrarla—aseveró Fiona.

Beth entendió muchas cosas en ese momento, y decidió compartir con Fiona su perspectiva.

—Yo pienso que en la vida todo sucede por alguna razón. Tal vez no ahora, pero en un futuro, estoy segura de que ocurrirá lo que usted desea. A veces no es cuestión de buscar, sino de que nos crucemos por el camino con la persona adecuada. —Beth agachó la mirada—. Créame, entiendo bien a su hermano, y a todos los que son como él.

>>A veces un amor queda tan marcado en nuestro corazón, que llegamos a pensar que la vida es un lugar sombrío donde solo cabe el sufrimiento, y que jamás volveremos a ser felices. Hasta que un día, recuperamos la esperanza, volvemos a creer en nosotros mismos y abrimos nuestro corazón de nuevo.

Fiona la miró con fascinación. Beth Arundel era una mujer verdaderamente sabia, pensó.

—Entonces, esperaré y rezaré porque así sea. Y también porque usted encuentre un buen mozo escocés—dijo, riéndose.

Beth se rio con ella. Se sorprendió al darse cuenta de la sabiduría que había adquirido después de tantos años respecto a estos asuntos. Era capaz de entender ese complicado sentimiento llamado amor, y cómo podía afectar a otros a la perfección. Ella había asumido su suerte, sin embargo, deseaba de corazón que la del doctor cambiara. Gracias al poco tiempo que habían pasado juntos, le tenía en alta estima. Y cuando uno aprecia a otra persona, desea su felicidad de corazón.

El doctor MacGregor regresó a la hora de cenar, y se reunió con la señora Wallace y los Fawcett en el comedor. Beth comió junto a los sirvientes, mientras charlaba distendidamente con ellos.

Eran casi las once, cuando la señora Wallace y los Fawcett decidieron que era hora de irse a dormir.

Beth, tras ayudar a la señora Wallace a cambiarse, se dirigió al salón, buscando algo de soledad. Sin embargo, se encontró con el doctor MacGregor, que estaba mirando la luna a través de una de las ventanas de la estancia.

—Venga aquí, señorita Arundel—le ordenó, sin mirarla.

Beth, sorprendida al comprobar que había adivinado que era ella, se

acercó a él.

—¿Sí, doctor?

Él, sin apartar su vista de la luna, dijo:

—Observe esta maravilla. Luna llena. Es difícil verla en días así. ¿Había visto alguna vez algo tan bonito?

Beth observó la luna, que se mostraba enorme y majestuosa.

—Alguna vez, doctor—respondió ella, sin dejar de mirar. Entonces, Beth comentó para sí misma, aunque en voz alta—. Tan hermosa y tan solitaria.

El doctor la miró, pensativo.

—¡Vaya! Nunca lo había visto de esa manera—comentó, volviendo a centrar su vista en la luna—. Sí, tiene razón. Está muy sola. —Entonces, suspiró con pesar—. Como muchos, supongo.

Beth, al notar su serio tono de voz, intentó animar la conversación.

—¿Y cómo le ha ido el día?

El doctor se alejó de la ventana, pero se mantuvo de pie, junto a la chimenea.

—Bien, he visitado a viejos amigos. Todos casados y con hijos. Yo soy el único que no ha cambiado—contestó él con aire cansado—. Todos me preguntan siempre cuándo voy a casarme, y yo me canso de darles la misma respuesta: Que eso no va a suceder.

Beth entendió perfectamente a qué se refería después de la conversación con Fiona.

—Bueno, es algo normal. Eso demuestra que sus amigos se preocupan por usted.

El doctor MacGregor la miró.

—¿Sus amigos se preocupan mucho por usted, señorita Arundel? —preguntó con interés.

—Sí, desde luego que sí. Sé que puedo contar con ellos si algo me ocurre. Anne y Angus Burns son un ejemplo.

—¿Y hay alguien más que se preocupe por usted aparte de los Burns? —inquirió, sin dejar de mirarla.

—*Lady* Melinda Avery. Ella es de las pocas amigas que tengo en Inglaterra.

—¿Avery? Conozco a un Avery.

—Mi amiga está casada con lord Avery, marqués de Woodford.

El doctor MacGregor reconoció al caballero del que hablaba.

—Sí. Lo conozco. Aunque no fue demasiado amable en nuestro primer y

único encuentro—comentó él, torciendo el gesto.

—Sí, tengo entendido que es alguien un poco peculiar.

—Deduzco entonces que el matrimonio de su amiga fue de conveniencia.

—Sí, doctor, así es. Ya sabe que eso es lo normal en la alta sociedad.

—Sí, por desgracia sí—respondió él, serio.

En ese momento, el doctor MacGregor se sentó en uno de los sillones de la estancia, y fijó su vista en el fuego. Se mostraba pensativo y parecía triste. De repente, un amargo recuerdo regresó a su mente.

—Fue en una noche como esta, hace dieciséis años—dijo, mientras apartaba su vista del fuego. Beth estaba de pie, observándole, esperando a que continuara—. Esta noche, señorita Arundel, necesito hablar con alguien que no me juzgue. ¿Podría compartir con usted mi historia y mi pesar? —preguntó, mirándola.

Beth vio en sus ojos un atisbo de súplica que indicaba que aquel hombre buscaba comprensión, alguien que lo escuchara. Por este motivo, se acomodó en uno de los sillones, frente a él, y respondió:

—Le escucho.

## CAPÍTULO 19

El crepitar del fuego era el único sonido que rompía el silencio que reinaba en la habitación, mientras la luz de las llamas iluminaba sus rostros de forma tenue.

Beth miraba al doctor MacGregor, expectante. Este se mostraba serio y pensativo, mientras contemplaba las llamas. De repente, lanzó un sonoro suspiro y comenzó su relato.

—Yo tenía diecisiete años por aquel entonces. Era verano. En aquellos días, llegaron unos nuevos inquilinos a Manor Hall. Entre ellos había una joven llamada Evelyn Cardigan. —El doctor cerró los ojos, respiró hondo, y volvió a abrirlos al instante—. Era una hermosa muchacha, con unos preciosos ojos verdes, y una espesa y suave melena oscura. Era seductora y atrevida, pero a la vez, sofisticada. No tenía nada que ver con las otras muchachas a las que había conocido hasta entonces. Era tan distinta, señorita Arundel. Fue un soplo de aire fresco para mi predecible y anodina vida en Callander. Desde el primer momento en que la vi, deseé que fuera solo para mí.

Beth podía sentir la verdad que residía en aquellas palabras en el fondo de su corazón, porque ella sintió lo mismo una vez. No obstante, se mantuvo en silencio, y siguió escuchando.

—Nos enamoramos y empezamos a vernos a escondidas. —Entonces, el doctor desvió su mirada hacia Beth—. ¿Alguna vez se ha enamorado, señorita Arundel? Es maravilloso cuando uno ama y es correspondido. ¡Qué indescriptible felicidad siente uno cuando es amado! Uno siente que es invencible y que nada malo puede suceder. Sin embargo, una tormenta que ninguno preveíamos se desató.

>>Su padre le concertó un matrimonio con un duque. El trato estaba hecho y no era negociable. —Suspiró con pesar—. ¿Sabe? Cuando me enteré, me puse mis mejores galas, y me presenté ante su padre. Conseguí reunir el valor que necesitaba para pedirle la mano de Evelyn, y así lo hice. —El doctor soltó una dolorosa carcajada que estremeció el corazón de Beth—. Yo, un pobre muchacho que iba a estudiar Medicina, que no tenía dinero ni propiedades; sobrino de un militar que no tenía ningún título.

>>Como ya imaginará, me echaron de allí en el acto. Sin embargo, no me

rendí. Decidimos que, si no nos aceptaban, entonces nos fugaríamos. Planeamos encontrarnos en el puente, a media noche, y partir hacia Gretna Green en la primera diligencia. —Hizo de nuevo una pausa, mientras Beth tenía su corazón en un puño—. Pero el tiempo pasó, y ella no acudió a la cita.

Él se detuvo de nuevo y tragó saliva. Beth observó que tenía los ojos humedecidos debido a la emoción y la tristeza.

—A la mañana siguiente, mi tío me encontró en el puente, durmiendo en el suelo. Sentí que había fracasado, que había sido un necio por haberme atrevido a amar a quien no debía.

>>Por eso, a partir de ese día, guardé mi corazón para siempre y juré no entregárselo a nadie. No por egoísmo, no se crea. Si no porque aún hoy, no he sido capaz de olvidarla. Y todavía me pregunto qué le impidió acudir a la cita, y qué hubiera pasado si en vez de quedarme esperando, hubiera ido a Manor Hall a buscarla. —Suspiró, abatido—. Pero es algo que ya nunca sabré.

Tras escuchar al doctor, Beth sintió una imperiosa necesidad de hablar. Ahora era ella quien quería narrar su historia.

—Me ha preguntado usted antes si he estado enamorada alguna vez—dijo Beth, mirándole. Él entonces la observó con curiosidad y sumo interés—. Sí, doctor. Hace años, entregué mi corazón a alguien, igual que usted. —Beth apartó la mirada, y centró su vista en las llamas. El doctor MacGregor se quedó perplejo ante la inesperada revelación, pero se mantuvo en silencio, expectante—. Le amaba desde la infancia. Soñaba cada noche con él, llenaba mis pensamientos con su rostro y su voz, y le entregué mi corazón sin pensarlo, esperando que algún día él me correspondiera.

>>Cuando cumplí dieciséis años, él me confesó que también me amaba. ¡Cuán feliz fui entonces! Sentía que estaba en un hermoso sueño—comentó, sonriendo—. Decidimos esperar un año para poder casarnos. Durante ese tiempo, fui la más dichosa entre los mortales.

>>Estaba ilusionada, y me alegraba pensar que mi existencia era apreciada y preciosa para alguien. Él aseguraba en sus cartas que solo tenía ojos para mí y que soñaba con pasar el resto de su vida a mi lado. —Beth suspiró, abatida—. Entonces, pasado el tiempo, algo cambió. Conoció a otra mujer y se enamoró de ella—dijo, omitiendo detalles demasiado reveladores.

Al escuchar esto, el doctor MacGregor sintió una punzada de dolor en su corazón, y de forma inexplicable, deseó darle su merecido a ese desgraciado que la había hecho sufrir.

—Nuestros caminos se separaron. Yo me marché y él se casó con ella.

Durante días quise desaparecer de este mundo, porque sentía que mi existencia estaba vacía sin él. Sin embargo, una buena amiga me dio un consejo: Debía irme lejos, ver el mundo que había fuera, y vivir.

>>Fue entonces cuando me marché a Bélgica, y le aseguro que fue la mejor decisión que pude tomar. El tiempo me ayudó a superar aquel desengaño, y un buen día comprendí que él realmente no me amó nunca. Quizás fue pena, un ardiente deseo momentáneo. No lo sé. Pero llegué a la conclusión de que no debía sufrir por alguien que no me merecía—sentenció, convencida.

Cruzaron sus miradas, y ambos comprendieron en ese preciso instante que habían encontrado a un igual en el otro.

El doctor MacGregor notó cómo su corazón latía desbocado, y un intenso deseo de abrazarla se apoderó de él. No entendía esa sensación que aquella mujer le estaba provocando. A su lado, se sentía en paz, tranquilo, calmado. Cada vez que se la encontraba, estaba deseando conversar con ella. Y si no la veía, se preguntaba qué estaría haciendo. No entendía por qué le ocurría, pero así era.

—Doctor, si me lo permite, ¿puedo darle un consejo?

El doctor MacGregor no contestó, pero desde luego, no tenía ningún reparo en que ella le aconsejara. De hecho, confiaba en su juicio ciegamente después de haber compartido su historia con él.

—No permita que el dolor del pasado se adueñe de su presente y de su futuro. Estoy segura de que lo bueno está por llegar, y no me gustaría que se lo perdiera—comentó Beth, dedicándole una tierna sonrisa.

Él la miró, fascinado, mientras su corazón no daba tregua. ¿Cuándo se había convertido Beth Arundel en la criatura más hermosa de la Tierra? Quería contemplarla más tiempo. Sin embargo, quedó decepcionado al comprobar que ella estaba preparándose para marcharse. Se levantó justo cuando ella pasaba a su lado, y entonces, sus miradas se encontraron.

—¿Se marcha ya? —preguntó él.

—Sí, doctor. Ya es muy tarde—contestó Beth, algo alterada y sorprendida por la repentina cercanía del doctor MacGregor.

Él puso una mueca de decepción.

—Bueno, entonces le deseo felices sueños—dijo como si le estuviera abandonando.

Beth sonrió tímidamente, pero no se dejó llevar por su corazón, que deseaba quedarse allí junto a él.

—Doctor, quiero agradecerle que haya compartido conmigo su historia. Para mí, ha sido un honor escucharle. Y si necesita o quiere alguna cosa, no dude en pedírmela.

El doctor MacGregor pensó que esa frase era tentadora. ¿Pedirle algo? Un beso, tal vez. Sus labios, ahora viéndolos de cerca, parecían realmente apetecibles.

Entonces, sacudió su cabeza, y lanzó un reproche a su cerebro. Una vez se recompuso, respondió:

—Gracias a usted. Perdóneme si con todo esto he reabierto alguna herida.

Beth negó con la cabeza.

—Al contrario, me ha ayudado mucho, de verdad. Necesitaba encontrar a un amigo que no juzgara mi historia, que sólo me dejara contarla. —Se fue alejando despacio, y justo antes de llegar a la puerta, se dio la vuelta y dijo—: Buenas noches, doctor.

Beth cerró la puerta tras de sí, y el doctor se quedó allí de pie.

—Buenas noches, Beth—le respondió cuando ella ya no estaba allí.

Beth se cambió, y a continuación, se metió bajo las sábanas. Todavía estaba nerviosa y alterada. Ese momento de intimidad que había compartido con el doctor MacGregor, en el cual los dos habían abierto sus corazones, había provocado en ella emociones que hacía tiempo que no sentía.

Había encontrado en el doctor MacGregor a una persona que había sufrido como ella. No obstante, había una clara diferencia entre ambos: Ella ya no arrastraba ese sufrimiento, mientras que él era un hombre atormentado.

De repente, su corazón se estremeció al pensar en él, en la calidez de su mirada, en su cercanía. Decidió entonces cerrar los ojos, y centrar sus pensamientos en otra cosa. No debía considerar ni por un momento la idea de volver a enamorarse.



Dos días después regresaron a Taigh Abhainn, y se encontraron con un cielo encapotado a primera hora de la tarde. La señora Wallace estaba agotada después del viaje, que no había sido nada placentero.

Habían tenido algún que otro contratiempo, debido a que los caminos estaban llenos de barro por las fuertes lluvias que habían caído esos días. Esto hizo que el carruaje en el que viajaban se quedara atascado en el barro a mitad

de camino, y el doctor y el cochero tuvieron que ponerse manos a la obra para solucionar el percance.

Una vez entraron en la casa, se cambiaron, y después, se sentaron en el salón y tomaron una bebida caliente. A pesar de que el viaje había sido agotador también para el doctor MacGregor, este no tendría tiempo para descansar. Debía volver al trabajo lo antes posible, y pronto desapareció de la vista de Beth y la señora Wallace.

Uno de los sirvientes le entregó a Beth una carta que había llegado en su ausencia. Miró de quien se trataba y comprobó con alegría que era de Olivia. Abrió apresuradamente la misiva, y comenzó a leerla.

<<Querida señorita Arundel:

¿Cómo está? Espero que su vida en Escocia esté siendo maravillosa. Sé que hace mucho que no le escribo, pero últimamente apenas he tenido tiempo.

Estamos acudiendo a muchos actos sociales, porque soy la nueva sensación de la zona. Como usted sabe, me encantan estas reuniones, y me he integrado perfectamente en mi nueva vida. Eso no quiere decir que no la eche de menos. Mi querida señorita Arundel está siempre en mis pensamientos.

El motivo de mi carta es que tengo que darle una maravillosa noticia: Dentro de unos meses, ¡seremos padres!

Ahora mismo siento como si estuviera caminando sobre una nube. Estoy deseando que venga ya mi hijo al mundo para presentárselo. Aunque, por otro lado, estoy algo asustada ante la enorme responsabilidad a la que deberé enfrentarme. Sin embargo, soy inmensamente feliz.

Espero que la noticia le haya alegrado, y ojalá le sea posible visitarnos pronto. Ya sabe que tiene las puertas de mi casa abiertas cuando quiera.

Con afecto,  
Lady Olivia Garamond.>>

Beth sonrió, emocionada, y se puso a escribir su respuesta rápidamente. Por supuesto, le hizo saber a Olivia que estaba muy feliz con la buena nueva, y le mandó sus mejores deseos. Estaba segura de que sería una madre maravillosa. Compartió la noticia con la señora Wallace, que dibujó una sonrisa al ver a Beth tan contenta.

Al día siguiente, la rutina regresó a la vida de la señora Wallace y Beth. El cielo había ofrecido una tregua, y fueron a Callander a hacer unas visitas.

Allí se enteraron de otra agradable noticia.

Acudieron a casa de la señora Horne, una vieja amiga de la señora Wallace. La mujer, luciendo una enorme sonrisa, les dio la buena nueva:

—Mi hija Elinor se casa con George Murphy. Y por supuesto, usted está invitada, señora Wallace—dicho esto, le entregó la invitación, que iba dentro de un sobre—. Iba a enviarle la invitación hoy mismo, pero he tenido la suerte de que ha venido a verme.

La señora Wallace abrió el sobre y leyó el contenido de la invitación.

—Joan, no hace falta que me trates de usted y me llames señora. Hemos crecido en la misma calle—dijo la señora Wallace.

—Entonces, ¿podrás venir, Edith? Tu sobrino me ha dicho que vendrá a la boda.

La señora Wallace miró de reojo a Beth, que estaba allí presenciando la conversación sin decir palabra.

—¿Puede acompañarme Beth? Me vendría bien por si necesito ayuda. ¿Te gustaría venir? —preguntó mirando a Beth, que se quedó sin saber qué decir ante tan súbita e inesperada invitación.

—¡Oh, no hay problema! Cuantos más, mejor—respondió la señora Horne, animada.

Beth se mordió el labio inferior y se mostró algo apurada.

—Señora, me encantaría, pero no tengo ningún vestido adecuado para la ocasión.

La señora Wallace agitó una de sus manos, quitando importancia al problema planteado.

—¡No te apures! La boda será dentro de un mes, tiempo de sobra para encargarse un vestido a la señora Larsson.

Beth se quedó sin saber qué decir. No le quedaba más remedio que asistir, ya no tenía excusa. El resto del tiempo siguió la conversación, y pasadas dos horas, regresaron a casa.

Por la tarde, una de las sirvientas le encargó a Beth, que estaba en ese momento desocupada, que le llevará al doctor MacGregor un té caliente y unas pastas a su gabinete.

Llevó la bandeja con sumo cuidado, y cuando llegó, llamó a la puerta. Enseguida, pudo escuchar una voz al otro lado:

—Adelante—indicó el doctor MacGregor.

A continuación, Beth abrió la puerta y entró en la estancia. El gabinete

era una sala bastante grande. Sus ventanas daban a la zona del río, y tenía una enorme estantería llena de libros sobre medicina y ciencia. Había en un lateral un escritorio grande de madera de caoba. Al fondo, en la parte cercana a una de las ventanas, había una camilla, y justo al lado, una mesa con instrumental médico. En el otro lado, había un armario de cristal lleno de frascos, y delante del escritorio había dos sillas.

Ese era el lugar donde el doctor recibía a veces a sus pacientes, que llegaban allí desde el vestíbulo, atravesando un pasillo que conducía directamente al gabinete.

Beth dejó la bandeja sobre el escritorio en silencio. En ese momento, el doctor estaba concentrado, buscando un libro en la estantería. Cuando lo halló, se dio la vuelta y vio a Beth, quedándose algo sorprendido ante su presencia.

—Señorita Arundel, no me había dado cuenta de que era usted.

—Fanny me pidió que le trajera esto, doctor, porque ella no podía en este momento. Pero no se preocupe, ya me marchó—respondió Beth, dándose la vuelta.

—¡Espere! —exclamó él. Beth se quedó dónde estaba y miró al doctor—. Usted no había estado nunca aquí ¿verdad? —inquirió, acercándose a ella.

—No, doctor. De hecho, nunca había estado en un gabinete médico.

—Bueno, es mejor así. Es preferible no visitar al médico demasiado—comentó él, sonriendo.

—Sí, es cierto—respondió Beth, tímidamente. Paseó su vista por el gabinete, y en un momento dado, se quedó mirando la estantería—. ¿Todos son libros sobre medicina?

El doctor asintió.

—Así es. Bueno, en realidad también hay de otras ciencias. Aquí tengo las últimas publicaciones. Me gusta estar siempre al tanto de las novedades.

—Usted fue profesor ¿verdad?

—Sí. Di clases de anatomía en el London College. —Hizo una breve pausa, entrecerró los ojos, y dijo—: De hecho, voy a mostrarle algo.

Volvió a la estantería, cogió un libro y se lo entregó. Beth leyó el nombre de los autores y se quedó totalmente sorprendida.

—Así que, usted escribió esto—comentó, mirándole con admiración.

—Sí, bueno, junto con otros médicos. Fue una investigación que hicimos sobre el funcionamiento de las articulaciones.

—¡Vaya! Es impresionante, doctor. Además de salvar vidas, escribe libros—apuntó Beth.

—No, usted es mejor. Es una artista. Yo no sería capaz de hacer los dibujos que usted hace—afirmó—. Por cierto, ¿cuándo va a dibujarme? Tiene que hacerme un retrato.

Beth se rio.

—Cuando usted pueda, doctor. Yo solo necesito papel, lápiz y un buen sitio para que usted pose.

—De acuerdo. Intentaré que sea lo antes posible, así que no se comprometa con nadie—le advirtió él, divertido.

El resto del tiempo que Beth pasó allí, el doctor le mostró otros muchos libros sobre medicina, que ella examinó con interés, mientras él le contaba curiosidades y algunas anécdotas.

Los dos rieron y charlaron animadamente, disfrutando de su mutua compañía. Después de un buen rato, Beth se marchó del gabinete, y se dedicó a sus tareas, más sonriente de lo habitual.

Esa noche, el doctor MacGregor se reencontró con unos viejos amigos, Luke Thomson y Gavin Robertson. Estos eran dos fornidos escoceses, que lucían pobladas barbas y largas melenas. Ambos trabajaban como granjeros y eran amigos de la infancia del doctor MacGregor.

Estaban los tres bebiendo en la taberna de Lawrence, otro viejo compañero de travesuras. Solían encontrarse allí para tomar una jarra de cerveza o un vaso de *whisky*, y conversar.

—Bueno, ¿y cómo vamos de amores, Cameron el Conquistador? —preguntó Luke dando un codazo a su amigo.

El doctor MacGregor se encogió de hombros mientras daba un sorbo a su cerveza.

—Ni bien ni mal. No hay nada de momento.

Sus amigos se quedaron sorprendidos ante esta respuesta.

—Debes estar bromeando. Tú siempre estás con una y con otra. ¿Qué demonios te pasa ahora? —preguntó Gavin, mirándole con suspicacia.

—Sí, eso digo yo—comentó Luke.

El doctor MacGregor se revolvió incómodo en su taburete.

—No me pasa nada. Es sólo que ya conozco a todas las mujeres de por aquí, y no me gusta ninguna. Eso es todo.

Luke y Gavin se miraron, pensativos, y llegaron a una conclusión.

—Luke, este se ha enamorado, te lo digo yo—afirmó Gavin, convencido.

—Ya lo creo—respondió Luke, asintiendo.

El doctor MacGregor suspiró, exasperado, y puso los ojos en blanco, mientras sus amigos intentaban averiguar de quién se trataba.

—Tal vez se ha enamorado de esa chica que trabaja para Smith. Loreen creo que se llama. La pelirroja. ¡Menudas posaderas tiene! —comentó Luke, riéndose.

Gavin negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Además, esa ya está comprometida.

—¿Y desde cuando eso ha sido un problema para Cameron? —preguntó Luke con sorna.

—No, es alguien más cercano. Estoy seguro—aseveró Gavin, pensativo.

El doctor MacGregor decidió que había tenido suficiente. Por eso, dejó unas monedas en la barra y se levantó.

—Creo que será mejor que me vaya, mañana tengo que madrugar—dijo, dejando a sus amigos sin palabras—. Hasta pronto, muchachos.

El doctor MacGregor salió de la taberna. A continuación, se subió a su caballo y puso rumbo a Taigh Abhainn. El aire frío le golpeaba en el rostro mientras cabalgaba. Su caballo y la luna llena eran su única compañía. A esas horas, las calles de Callander estaban ya desiertas.

En ese momento, pensó en la conversación que acababa de tener lugar. Sus amigos tenían razón. Algo le estaba sucediendo. Él siempre tenía a alguna mujer entre sus brazos, sin embargo, desde que regresó a Callander no había sido así.

De hecho, ni siquiera tenía el más mínimo interés en encontrar afecto fuera de Taigh Abhainn. ¿Sería cierto que se estaba enamorando?

Eso era imposible para él. No obstante, estaba empezando a dudar de sí mismo. Sacudió su cabeza, y siguió concentrado en el camino. Hizo que el caballo galopara más deprisa para que el aire lo golpeará con más fuerza. Así se quitaría ciertas ideas de la cabeza.

## CAPÍTULO 20

Días más tarde, aprovechando el buen tiempo que hacía, Beth, el doctor MacGregor y la señora Wallace salieron al jardín. Era el momento perfecto y el escenario ideal para que Beth realizara un retrato del doctor.

Este se puso su *kilt* con los colores de los MacGregor, camisa blanca y botas. Beth cogió su lápiz y su cuaderno, y se sentó en una silla. El doctor MacGregor se colocó delante de ella, con los brazos en jarras y una amplia sonrisa.

Beth se quedó impresionada ante su imponente aspecto, que le recordaba al de aquellos guerreros legendarios que protagonizaban las historias que le contaba su madre. No pudo evitar ruborizarse ante la preciosa sonrisa que el doctor MacGregor le dedicó, y en ese instante, sintió una sacudida en su corazón. Inmediatamente, agachó la mirada, y se concentró en su tarea.

La señora Wallace, que estaba allí cerca, sentada, observando la escena, no pasó por alto el detalle. Consideró que aquellos dos no hacían mala pareja. Ambos eran inteligentes, buenas personas y parecían llevarse muy bien.

Le gustaba mucho Beth. Era una mujer capaz, juiciosa y honesta. Sabía cuándo callar y cuándo hablar, siempre mostrándose comprensiva con el carácter a veces testarudo de su señora.

Había estado hablando con Fiona sobre este asunto durante su estancia en Edimburgo, y ambas pensaban lo mismo: Beth sería una esposa perfecta para Cameron.

Observó a este último, y vio algo que le llamó la atención. Su sobrino observaba a Beth con ternura y afecto. Quería agradarla, ganarse su atención. Cada poco tiempo se movía y se dirigía a ella, provocando que Beth, con dulzura y paciencia, le pidiera que se estuviera quieto. Él protestaba como un niño pequeño, pero acababa obedeciendo.

Beth lo miraba y trazaba líneas en su cuaderno. Se fijó en sus hermosas facciones. Un rostro de rasgos fuertes y atractivos, barba perfectamente recortada que le aportaba un aire reflexivo, y una mirada azul que denotaba determinación, y al mismo tiempo, sensibilidad.

Desde que compartieron confidencias en Edimburgo, ya nada fue lo mismo. Beth había cambiado completamente su percepción de él. Veía ahora

en sus bromas una forma de protegerse, de quitar importancia a todo. Sus amoríos eran una manera de escapar, de alejarse de su pasado, meros intentos de mitigar el dolor que residía en su corazón.

Y ahora estaba allí, ante ella, mostrándose risueño y encantador. A Beth le divertía su forma de protestar cuando llevaba menos de cinco minutos quieto. Le recordaba a Olivia cuando posaba para ella.

—Espero que el resultado sea brillante. Si no haré la pertinente reclamación—dijo él, mirándola de reojo.

—No se preocupe, doctor. Mientras esté quieto, no habrá ningún problema—respondió Beth con una sonrisa en su rostro.

El doctor MacGregor aprovechó un momento en el que ella tenía su vista fijada en el cuaderno para observarla mejor. Se deleitó mirando con detenimiento sus suaves facciones, y le pareció que estaba preciosa en ese momento.

Cuando ella alzó la vista, él apartó su mirada, tratando de disimular.

<<Cameron, deja de pensar en tonterías.>>, se dijo a sí mismo.

Horas más tarde, Anne vino a hacerles una visita. Beth se alegró mucho de verla, al igual que la señora Wallace, que le preguntó por las últimas novedades.

—Bueno, pues parece que Gracie se ha cansado de esperar a Ben. De hecho, ya no viene a casa desde hace varios días—comentó Anne tomando un sorbo de su taza de té.

—Es natural, Anne. Ben tampoco es que fuera muy amable con ella—aseveró Beth.

—Claro que lo entiendo, Beth. Yo no hubiera aguantado tanto. Lo que me molesta es que mi hijo sea tan tonto y esté tan ciego, suspirando por una señorita que ni siquiera le mira al pasar—se lamentó Anne.

—Bueno, querida, ya sabes lo que dicen: Deseamos lo que no podemos tener. Estoy segura de que dentro de un tiempo se le pasará, ya lo verás. Y en cuanto a Gracie, es una muchacha joven y encantadora, encontrará a otro que sepa apreciarla como se merece—afirmó la señora Wallace.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. Aunque quien me preocupa es Ben. ¿Sabe si volverán los Cardigan a Manor Hall? —preguntó Anne, inquieta.

La señora Wallace torció el gesto.

—Seguramente sí. Pero ya sabes que ellos no se relacionan con nadie. Ni

siquiera conmigo. Y menos mal. No me gustaría tener que visitarles o recibirles. Es gente que no me agrada en absoluto.

—Temo que Ben se ponga en evidencia visitando a la señorita Cardigan —comentó Anne, disgustada.

—Ya verás como no, Anne. Todos hemos pasado por algo así, y hemos sufrido desengaños. Ahora le toca a Ben—respondió Beth, poniendo su mano sobre la de Anne, que le sonrió.

Beth comprobó que el plato de pastas estaba vacío y que se habían quedado sin té, así que se llevó la bandeja y se dirigió a la cocina para pedir que les sirvieran más.

Cuando Beth salió de la estancia y cerró la puerta tras de sí, la señora Wallace se acercó más a Anne, y le habló en voz baja:

—Anne, querida, quiero comentarte algo, pero es algo que debes mantener en secreto.

Anne se quedó intrigada, y respondió:

—Descuide, soy una tumba.

—Verás, he estado observando ciertos... Comportamientos. Y puedo afirmar que entre mi sobrino y Beth está pasando algo.

Anne abrió los ojos y la boca, sorprendida.

—Quiere decir que...

—No, no. Aún no. Pero creo que comparten los mismos sentimientos.

Anne se alegró de saberlo.

—Pues si me permite decirlo, me encantaría que así fuera. Deseo la felicidad de Beth por encima de todo. Además, aprecio mucho a su sobrino. Creo que harían una pareja maravillosa—afirmó Anne, emocionada.

La señora Wallace sonrió.

—Comparto tu opinión, Anne. Creo que sería una unión perfecta. Aún debo hallar la manera de darles ese empujoncito que necesitan. Cuando la encuentre ¿podré contar contigo? —inquirió la señora Wallace mirándola, decidida.

—¡Por supuesto!

Ambas se estrecharon la mano, sellando así ese pacto secreto. Minutos después, Beth entró de nuevo en el salón y las dos mujeres la recibieron con una sonrisa, disimulando. Gracias a esto, Beth no se percató de nada.



Y llegó el gran día para los Murphy y los Horne. Por la tarde tuvo lugar la preciosa ceremonia nupcial en la iglesia de la ciudad, y a ella acudieron casi todos los habitantes de Callander.

La señora Wallace había comprado para Beth tres vestidos diferentes, que podría lucir en ocasiones especiales como esta. Eligió uno de color frambuesa, con escote en forma de pico con encaje en los bordes.

La señora Wallace miró a su doncella, y sonrió, satisfecha. Beth estaba realmente elegante y hermosa. El vestido se ajustaba perfectamente a su esbelta figura, y su cabello, recogido en un moño trenzado, resplandecía, al igual que su rostro.

El doctor MacGregor se quedó sin palabras al verla. Pensó que estaba realmente bonita, pero se guardó los halagos, ya que sabía que su galantería podría poner en apuros a Beth.

Durante el trayecto, el doctor la miraba de reojo cuando creía que ella no se daba cuenta. Beth estaba acostumbrada a pasar desapercibida, por lo que las miradas furtivas del doctor MacGregor le abrumaban un poco, aunque, por otro lado, le agradaban, ya que percibía en ellas aprecio y cierta fascinación.

Ella también se deleitó discretamente observando al doctor, que estaba sumamente apuesto vestido con el tradicional *kilt* con los colores de los MacGregor, una camisa blanca, y botas altas de piel, luciendo su barba perfectamente recortada.

Tras la ceremonia nupcial que se celebró en la iglesia local, todos se dirigieron a la casa de la familia Murphy, donde tendría lugar el convite.

En el amplio jardín trasero de la casa, se colocaron unas mesas alargadas, y todos los invitados degustaron un delicioso y abundante banquete nupcial.

Los novios estaban perdidos el uno en el otro. Beth los miraba de vez en cuando, y sonreía al observar las tiernas miradas que se dedicaban.

A la boda también asistieron Anne, Ben, Angus y la joven Gracie, que iba elegantemente vestida con un traje de color verde. Se sentaron lejos de ella en la mesa, con la promesa de verse más tarde.

Beth se sentó junto a Luke Thomson, su esposa Faye, y la señora Wallace. Sentado enfrente estaba el doctor MacGregor, junto a su amigo Gavin y la esposa de este, Danielle.

Enseguida empezaron a conversar como si se conocieran de toda la vida. Era realmente fácil hacer amigos en aquel rincón del mundo, pensó Beth.

—Aún recuerdo cuando vosotros tres os ibais de aventuras por los

alrededores. Eran tres demonios—aseveró la señora Wallace.

—Sí, sobre todo Cameron. Era el líder, el que planeaba las travesuras—comentó Luke, riéndose.

—¡Ahora echadme la culpa de todo! Pero yo fui quien os presentó a vuestras esposas, no lo olvidéis.

—Eso es cierto—respondió Gavin, mirando a su esposa, ensimismado.

—Al final has conseguido que todos nos casemos, menos tú—comentó Faye, la esposa de Luke.

El doctor no respondió al comentario, y se limitó a tomar un sorbo de su copa de vino.

—Por cierto, señorita Arundel, usted que sabe más del asunto. ¿Puede darnos alguna pista sobre quién está en los pensamientos de nuestro amigo Cameron? —preguntó Luke, mirando a su amigo.

El doctor MacGregor puso un gesto de alarma, abriendo los ojos de par en par y reprobando a su amigo con la mirada, mientras la señora Wallace ponía toda su atención.

—No entiendo bien lo que quiere decir, señor Thomson—contestó Beth, desconcertada.

—Es que tenemos la teoría de que nuestro querido amigo se ha enamorado, y queríamos saber si usted tiene alguna idea de quién puede ser—explicó Gavin.

Beth miró a los dos hombres y al doctor MacGregor, que se había llevado una mano a su frente, ocultando su rostro, muerto de vergüenza.

—Me temo que no puedo ayudarles en este asunto, caballeros—respondió Beth, dibujando una inocente sonrisa.

El doctor MacGregor la miró, sonriendo agradecido, y en ese instante, Beth sintió un fuerte latido en su corazón. De repente, Ben apareció por allí, poniéndose a su lado.

—¿Me concedes este baile, Beth? —preguntó el muchacho, tendiéndole la mano.

<<Salvada>>, pensó.

Beth asintió, y lo acompañó hasta el centro de la improvisada pista de baile. Había pocas parejas bailando al ritmo de las gaitas, así que se convirtieron en el centro de atención. Beth se movía con torpeza, porque no conocía los pasos, y Ben y ella se reían. Estaban disfrutando como niños, olvidándose de las miradas que acaparaban.

El doctor MacGregor observaba a Beth, ensimismado. Pensaba que

estaba preciosa bailando torpemente y riéndose. Parecía feliz y despreocupada, y le gustaba verla así.

Al percatarse de las atentas y afectuosas miradas que el doctor MacGregor le dedicaba a Beth, Luke y Gavin hallaron la respuesta que buscaban, mientras que la señora Wallace confirmó lo que ya sabía.

Ben y Beth acabaron exhaustos, y se sentaron en unas sillas que había allí cerca. En ese momento, Gracie se puso a bailar en el centro de la pista con otro joven. Ben los miró con cierto fastidio, detalle que Beth no pasó por alto.

—¿No crees que Gracie está muy guapa esta noche?

Ben apartó su mirada de Gracie, y contestó, distraídamente:

—No sé, supongo que sí.

—¿Hace mucho que no habláis?

—Sí, bastante tiempo. Pero no me importa. Puede irse con quien quiera—respondió Ben, tajante y molesto.

Beth comprendió por el tono y la actitud de Ben, que este estaba celoso, aunque sabía que nunca lo admitiría. Le estaba bien empleado, pensó. Uno muchas veces no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde.

Después de un segundo baile, esta vez con Angus, Beth regresó a su mesa. Allí solo estaban Luke, Faye, Gavin y Danielle, ya que el doctor MacGregor y la señora Wallace estaban charlando con otros invitados en distintos rincones del jardín.

Los amigos del doctor aprovecharon la ocasión para conocer más a Beth, haciéndole preguntas sobre sus orígenes y su vida en Taigh Abhainn, que ella contestó con suma amabilidad. Después empezaron a contarle divertidas anécdotas sobre el doctor MacGregor.

—Cameron es un buen amigo. Si puede hacerte un favor, lo hace sin pedir nada a cambio—afirmó Luke.

—Sí. Recuerdo cuando conocí a Danielle. Fue en un viaje a Edimburgo. Por aquel entonces, yo era muy tímido, y me costaba mucho hablar con las mujeres. El caso es que ya había visto a Danielle en el Grassmarket durante más de una semana, pero nunca me atrevía a hablarle. Así que, un buen día, Cameron, harto de mis suspiros, se acercó a ella y nos presentó. Gracias a eso, reuní el valor suficiente para pedirle relaciones. ¿Y sabe lo más gracioso? ¡Que yo a ella también le gustaba, pero no se atrevía a decírmelo! —explicó Gavin, riéndose, mientras su mujer asentía, risueña.

—Lo mío fue más interesante. Conocía a Faye desde que éramos unos renacuajos, y todo el día andábamos peleando. Cameron se empeñaba en

decirme que en el fondo nos gustábamos, y que debíamos dejarnos de tonterías —comentó Luke.

—Así que, el muy pillo nos puso por parejas en un juego de la búsqueda del tesoro, y Luke y yo teníamos que ir juntos. Al final, acabamos tirados en la hierba, besándonos—explicó Faye.

—¿Y encontraron el tesoro? —preguntó Beth con una sonrisa inocente.

Todos se miraron y rieron ante la pregunta.

—Pues creo que lo encontró Cameron solo. Era el único que iba sin pareja—contestó Luke, riéndose a carcajadas.

A pesar de que en ese momento el ambiente era agradable y alegre, un pensamiento amargo cruzó la mente de Beth cuando observó a aquellas parejas tan felices riendo juntos. Los recuerdos de un pasado lejano regresaron.

Recordó a esa Beth de diecisiete años, una joven inocente y enamorada, que planeaba casarse con el hombre de sus sueños. Suspiró con cierto pesar. De repente, pensó en Melinda, su amiga del alma, que estaba atrapada en un matrimonio fracasado e infeliz.

Miró hacia la pista de baile, y observó a los novios, que bailaban abrazados. Ellos habían tenido suerte, al igual que Olivia, pensó.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Faye.

Beth la miró, sacudió su cabeza y sonrió.

—Sí, muy bien. Creo que voy a dar un paseo. Necesito andar un poco—contestó Beth levantándose de la silla—. Si me disculpan.

Después de aquella conversación, los amigos del doctor MacGregor llegaron a la misma conclusión: Beth Arundel era una mujer verdaderamente agradable y encantadora.

Sabían que Cameron sentía algo más que simple afecto por ella, pero su tozudez y el miedo le impedían admitirlo. A partir de ese día, rezarían para que eso cambiara pronto.

Beth se apoyó en una de las paredes de la fachada de la casa. Desde donde estaba, podía observar a todo el conjunto de asistentes. La señora Wallace charlaba animadamente con la madre de la novia, mientras Anne y Angus bailaban en la pista, mirándose, embelesados. Sonrió al recordar a aquellos dos cuando eran más jóvenes. En realidad, no habían cambiado tanto, porque seguían amándose igual que el primer día.

En un rincón, Gracie hablaba con una mujer, mientras miraba de reojo a Ben, que estaba conversando con otros invitados. A pesar de haberse alejado de él, Gracie aún le quería. No era un enamoramiento pasajero.

De repente, notó una presencia a su lado. Giró la cabeza, y vio al doctor MacGregor, que estaba apoyado en la pared, observando a los invitados, igual que ella.

—Perdone, doctor, no sabía que estaba aquí—dijo Beth, algo apurada.

—No se preocupe. Su presencia nunca me molesta—respondió él sin mirarla, mientras sostenía una copa en la mano—. ¿Le gustan las bodas, señorita Arundel?

Beth pensó un momento la respuesta.

—No me disgustan. La verdad es que he asistido solo a una, aparte de esta.

—A mí tampoco me disgustan. Ves a viejos amigos, recuerdas viejos tiempos.

—Bueno, en mi caso, hoy he conocido a mucha gente. Y ha sido divertido, debo decir.

—La otra boda a la que asistió fue la de su alumna ¿verdad?

—Sí, doctor.

—Sería muy distinta a esta.

—Desde luego que sí. No había tanta espontaneidad; era mucho más formal. Pero...

—¿Pero? —preguntó, mirándola.

—Los novios estaban enamorados—respondió Beth, sonriendo tímidamente—. No es algo muy común entre los matrimonios de la alta sociedad.

—Así que fue por amor.

—Sí, así es—afirmó Beth con orgullo—. Ahora es una mujer felizmente casada y enamorada, que pronto será madre. Siempre desee que fuera así.

—Estoy seguro de que usted tuvo algo que ver en eso. Normalmente, los jóvenes no se rebelan contra su destino.

—Me temo que el mérito es de la providencia, que obró a su favor. Para otras no ha sido así, lamentablemente.

—Como su amiga *lady* Avery.

Beth entonces torció el gesto al recordar el matrimonio desgraciado de su amiga.

—Sí, como *lady* Avery. —Suspiró con pesar—. Si tan solo tuvieran la posibilidad de separarse y empezar una vida nueva por separado.

El doctor MacGregor asintió con cierta amargura.

—Sí, eso solucionaría muchos problemas, pero no estaría bien visto.

Para la mayoría de los mortales, solo la muerte puede disolver un matrimonio.

—Es algo tan injusto. Forzar a dos personas a estar juntas, y hacer de su vida un infierno por los intereses de otros es algo cruel e indignante—afirmó Beth con amargura.

El doctor MacGregor dibujó una sonrisa ladeada en su rostro.

—Cada día me sorprende más, señorita Arundel.

Beth lo miró, desconcertada.

—¿Por qué dice eso, doctor?

—Porque es una adelantada a su época, me temo. Pocas personas opinan como usted y como yo. —Entonces desvió su mirada hacia los invitados—. Mire a toda esa gente. —Beth miró a la multitud que reía y charlaba animadamente—. Para ellos, el matrimonio es una institución sagrada e indisoluble. Nunca aceptarían a alguien separado o divorciado, porque creen firmemente que un matrimonio puede durar toda la vida. Incluso los que saben que están condenados al fracaso. Creencias que han pasado de padres a hijos. Mentalidades que son difíciles de cambiar. Yo creía que era el único que pensaba de esa manera, y de repente, usted, Beth Arundel, esa desconocida a la que conocí en una noche como esta, me dice que piensa igual que yo. De todas las personas que hay en el mundo, usted comparte conmigo esas ideas. ¿Ahora entiende porque me sorprende?

Beth sonrió tímidamente y no respondió. Ahora se sentía un poco inquieta al percibir la atenta mirada del doctor MacGregor sobre ella.

—Esa noche en casa de lord Houston me dejó totalmente impresionado, no había conocido a nadie como usted, señorita Arundel, y a pesar de eso, salí de allí convencido de que no volvería a verla. Tiempo después, cuando nos reencontramos en Taigh Abhainn, llegué a la conclusión de que el destino se había empeñado en ponernos en el mismo camino, aunque entonces no conocía el motivo. Sin embargo, ahora lo sé—aseveró él, sin dejar de mirarla.

Beth giró la cabeza, y cuando sus miradas se encontraron, le pareció que el resto del mundo había desaparecido a su alrededor. Aquellos ojos azules, que la observaban de una manera que ella no sabía cómo describir, provocaban que su corazón latiera desbocado, y que unas traviesas mariposas revolotearan en su estómago.

En ese momento, ninguno de los dos se dio cuenta de que alguien se acercaba.

—¡Oh, querida, aquí estás! Te he estado buscando. Creo que ya va siendo hora de marcharnos. Estoy agotada—dijo la señora Wallace sin mirar a su

sobrino, que puso una mueca de fastidio.

Beth miró a su señora, asintió, y a continuación, se marcharon, dejando al doctor MacGregor solo.

Minutos más tarde, ambas estaban en Taigh Abhainn, preparadas para irse a dormir. Beth también estaba cansada, pero decidió quedarse despierta un rato más, leyendo en su cama.

Una hora después, justo cuando estaba a punto de acostarse, llamaron a la puerta principal. A esas horas no había nadie despierto en la casa, así que Beth se puso una bata, cogió un candelabro y fue escaleras abajo.

Abrió la puerta, y se encontró con Gavin y Luke, que sostenían al doctor MacGregor entre los dos. Según le contaron, este estaba completamente borracho, y apenas podía mantenerse en pie. El doctor MacGregor alzó la vista y estrechó la mirada. Al reconocerla, sonrió.

—Buenas noches, señorita Arundel—dijo arrastrando las palabras.

Enseguida Beth les cedió el paso. Luke y Gavin consiguieron llevarlo hasta su habitación con la ayuda de Beth, que fue la encargada de iluminarles el camino con el candelabro. Entraron en el cuarto del doctor, y Luke y Gavin lo colocaron sobre la cama.

—Muchas gracias por su ayuda. Ya puedo encargarme yo de lo demás, no se preocupen—aseveró Beth.

Luke y Gavin se marcharon, y ella se quedó a solas con el doctor MacGregor, que apenas se movía. Tenía la cabeza apoyada en la almohada, y murmuraba palabras sin sentido. Beth consiguió quitarle las botas sin apenas esfuerzo, y las dejó al pie de la cama. A continuación, cogió una manta del armario, y le tapó con ella. Una vez se aseguró de que estaba todo en orden, decidió que era el momento de marcharse.

—Buenas noches, doctor—dijo en voz baja.

Se dio la vuelta, y se dispuso a ir hasta la puerta, pero no pudo moverse. Giró la cabeza, y se encontró al doctor MacGregor medio incorporado, apoyado de costado sobre uno de sus codos, agarrando su mano con fuerza, mientras la miraba, suplicante.

—Por favor, Beth, no te vayas. No me dejes solo.

Beth sintió una cálida sensación en su pecho al oírle decir eso. La necesitaba, deseaba su compañía, y esto despertó en ella algo que creía olvidado. Por supuesto, ella no iba a marcharse porque también deseaba quedarse a su lado.

Quiso responderle, sin embargo, no tuvo tiempo. En ese momento, él tiró

de ella, y Beth acabó cayendo sobre su amplio pecho, atrapada entre sus fuertes brazos, que la rodearon inmediatamente. Su respiración se volvió entrecortada, debido a la cercanía con ese hombre. Percibió un dulce olor. Era su fragancia. Se sintió en ese momento segura y feliz. Hacía años que no se sentía así.

—Beth, mi dulce Beth. Eres la mujer más bonita de Callander. No. ¡Del mundo! ¡La mejor! La única que me comprende. Yo sé que tú no me vas a dejar nunca. ¿A qué no? —preguntó él, sonriente, entrecerrando los ojos, sin dejar de abrazarla y acariciando su pelo.

Beth no respondió y cerró los ojos, intentando contener la emoción que sentía.

—No, tú no te irás. Porque tú no eres una mujer fría. Aparentas serlo detrás de esos vestidos de institutriz. ¡Hip! —afirmó arrastrando sus palabras—. Pero en el fondo eres alegre y apasionada. Y tienes el corazón herido, igual que yo—dijo apoyando su mejilla en la cabeza de Beth, que permanecía inmóvil—. Pero juntos podremos curar nuestras heridas. Porque yo ya soy tuyo, Beth. Ya no hay día que no piense en ti. Puedes hacer conmigo lo que quieras. No protestaré. Solo te pido que no me abandones nunca, y que te quedes conmigo en este rincón del mundo para siempre. ¿Lo harás? ¡Hip!

Beth levantó la cabeza y lo miró con los ojos humedecidos por la emoción. ¡Qué hermosas palabras! Aunque las dijera estando borracho. Sonrió, feliz, y contestó:

—No me iré a ninguna parte.

Él la miró con una amplia sonrisa dibujada en su rostro, alzó su mano, y acarició su mejilla.

—No me iré a ninguna parte, Cameron—la corrigió él.

Beth asintió, sin dejar de sonreír.

—No me iré a ninguna parte, Cameron.

Entonces, él cerró los ojos, y cayó dormido al instante. Beth pudo liberarse de su abrazo, y al hacerlo, sintió una terrible sensación de frío. Deseaba volver a estar entre sus brazos, pero no era lo correcto. Sería terrible que les encontraran a los dos al día siguiente en una situación tan comprometedora.

Entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí. Se llevó las manos a las mejillas. Aún sentía el calor de su tacto, y pudo oler su fragancia en su bata y su camisón. Cerró los ojos, emocionada y sonriente. Suspiró y volvió a sonreír. No podía negar la evidencia: Estaba enamorada de Cameron

MacGregor.

Amaba su generosidad, su inteligencia, su simpatía. Adoraba su mirada y su sonrisa. Disfrutaba enormemente de su compañía y se sentía dichosa a su lado. Se había convertido en el dueño de su corazón poco a poco, sin darse cuenta. Y lo que era un milagro: él también la amaba.

Aunque era importante tener en cuenta que estaba borracho. Sin embargo, solía decirse que los niños y los borrachos dicen siempre la verdad. Y Beth estaba segura de que había hablado con el corazón. Aquella noche, soñó de nuevo con un nuevo amor. Esa ilusión ya no la abandonaría a partir de entonces.

## CAPÍTULO 21

El doctor MacGregor se llevó las manos a la cabeza con gesto de dolor en el rostro. Cualquier pequeño ruido, incluso el alegre cantar de los pájaros, le molestaba enormemente. Enseguida se dio cuenta de que llevaba puesta la ropa que había lucido en la boda.

No recordaba nada de lo que había sucedido anoche, sobre todo a partir del sexto vaso de *whisky*. ¿O era vino? No sabía cómo había llegado hasta su cuarto, aunque supuso que Luke y Gavin le habrían llevado hasta allí.

Se cambió de ropa y bajó al comedor, donde su tía le saludó animadamente, elevando mucho la voz.

—¡Buenos días, querido! ¿Qué tal has dormido?

El doctor MacGregor frunció el ceño, y se dejó caer sobre su silla.

—Por favor, más bajito—dijo, mientras se masajeaba las sienes.

—¡Te está bien empleado por beber tanto! —respondió la señora Wallace, ignorando su petición.

Un sirviente sirvió el desayuno, y después, trajo un brebaje casero para combatir la resaca, que funcionaba bastante bien.

—Tía, ¿sabes quién me trajo anoche? —preguntó el doctor bebiéndose el brebaje.

—Luke y Gavin, me lo dijo Beth.

El doctor MacGregor dejó a un lado el brebaje, poniendo una mueca de disgusto, porque estaba muy amargo.

—¿Estaba Beth despierta?

—Sí, fue ella quien abrió la puerta. De hecho, creo que ha debido coger algo de frío. Esta mañana tenía las mejillas muy sonrosadas. Luego quiero que la eches un vistazo. Como se haya resfriado por tu culpa, te espera una buena —le advirtió la señora Wallace con cara de pocos amigos, y limpiándose la comisura de los labios con su servilleta.

Justo en ese momento, entró el objeto de la conversación. Beth dio los buenos días al doctor MacGregor, y a continuación, se puso junto a la señora Wallace y le entregó el correo.

El doctor la observó bien. No tenía mal aspecto. Al contrario, parecía estar contenta y animada.

Sus miradas se cruzaron, y ella, al instante, agachó la cabeza. Entonces, el doctor MacGregor se alarmó. Esperaba no haber hecho ninguna tontería, y menos con la señorita Arundel.

—Señorita Arundel, ¿puedo verla en mi gabinete después del desayuno?  
—inquirió el doctor ante una sorprendida Beth.

—Sí, doctor—contestó, nerviosa.

Beth regresó a su habitación antes de dirigirse al gabinete del doctor. Buscó entre sus dibujos, y halló lo que estaba buscando.

Esa mañana se había despertado muy temprano, y había terminado el retrato que le había hecho, perfeccionando y retocando los trazos. Hoy iba a entregárselo. Lo agarró entre sus manos, lo enrolló, y salió de la habitación.

Cinco minutos después, entró en el gabinete del doctor con el corazón en un puño. Estaba realmente nerviosa después de lo sucedido anoche. Deseaba en lo más profundo de su corazón que él se declarara, ya de una manera más formal y adecuada a las normas.

El doctor estaba apoyado en la mesa de su escritorio con cara de preocupación, algo que inquietó a Beth. Aun así, ella fue la primera en hablar.

—Doctor, quiero darle algo.

Beth le entregó el papel, y el doctor MacGregor lo desenrolló, revelando así el contenido. Entonces se quedó sin palabras. Era el dibujo más hermoso que había visto nunca. Un precioso retrato, cuyo fondo eran las montañas que se podían ver desde Taigh Abhainn. Todo había sido elaborado con sublime maestría.

De hecho, al observarlo detenidamente, daba la impresión de que Beth le había retratado como si fuera una especie de héroe de cuento, algo que le halagó, indudablemente. La miró y se dio cuenta de que estaba un poco nerviosa.

—Es el retrato más bonito que he visto nunca, señorita Arundel. Reitero lo dicho, es usted una artista—afirmó.

Beth sonrió, aliviada.

—¿De verdad le gusta?

—¡Me encanta! De hecho, tengo que enseñárselo a mi tía. Le buscaremos un hermoso marco, y lo colgaremos en un lugar donde todo el mundo pueda verlo—respondió, entusiasmado.

De repente, el doctor volvió a ponerse serio.

—Verá, señorita Arundel, debido a mi estado de anoche, no recuerdo prácticamente nada de lo que ocurrió. Y quería preguntarle, ¿hice algo

indecoroso o comprometedor con usted? —inquirió, temeroso.

Beth lo miró un poco sorprendida, pero enseguida negó con la cabeza.

—No, doctor. No hizo nada indecoroso ni comprometedor.

A pesar de sentir cierta decepción por el hecho de que él no recordara las hermosas palabras que le había dicho, la cara de alivio del doctor MacGregor llenó su corazón de felicidad.

Deseaba evitarle cualquier preocupación o sufrimiento. No importaba que no lo recordara por ahora. Ya tendría la oportunidad de escuchar su declaración en un momento más adecuado.

—Me alegra enormemente. No querría que por mi culpa sufriera usted algún mal.

—No, doctor. Sé con seguridad que usted nunca podría hacerme daño, y menos de forma intencionada—respondió Beth, convencida.

Él dibujó una amplia sonrisa.

—Señorita Arundel, como siga diciendo esas cosas tan bonitas sobre mí, voy a perder mi fama de conquistador—comentó, divertido.

Beth se rio. Estando allí frente a él, sentía que estaba flotando sobre una nube, y no quería marcharse. Sin embargo, debía hacerlo.

—Bueno, doctor, si no necesita nada más, me marcho—dijo Beth haciendo una reverencia.

—Será lo más conveniente. No vaya a ser que mi tía diga que la acaparo—respondió el doctor riéndose, aunque en su interior deseaba que se quedara más tiempo con él.

Después de aquello, la rutina volvió a Taigh Abhainn sin que el doctor recordara lo sucedido entre ellos. A Beth parecía no preocuparle. Ella sabía lo que el doctor sentía, y con eso le bastaba para mostrarse risueña y contenta todos los días. Incluso canturreaba, mientras sonreía, soñadora.

El doctor y ella siguieron manteniendo animadas y profundas conversaciones, que hicieron que su nivel de confianza creciera cada día más.

Beth no recordaba haber tenido esa cercanía con Branwell. De hecho, se dio cuenta de que nunca llegó a conocerle en muchos aspectos.

Branwell. Ese nombre resonaba en su cabeza como un recuerdo lejano. Ya no sentía dolor, ni amor, ni nada. Ahora era Cameron quien llenaba de alegría sus días, el hombre a quien había entregado su corazón después de muchos años, el protagonista de sus más hermosos sueños.



Los caminos estaban ya secos después de las copiosas lluvias que habían caído los primeros días de marzo en Escocia. Esa mañana hacía algo de frío, y los caballeros cabalgaban sin prisa, pero sin pausa, mientras las elegantes damas viajaban cómodamente en los carruajes.

Lord Cardigan ya podía divisar Manor Hall desde el camino de entrada a Callander. Con él viajaban su esposa, *lady* Cardigan, su bella hija Catherine, y su hermana, *lady* Horsham, que había enviudado recientemente.

Los acompañaban en la comitiva sus amigos, lord Langley, lord Worthfield, lord Crawley, su esposa, *lady* Crawley, y sus hijas, Violet y Susan. Pronto se uniría a ellos uno de los hijos de lord Worthfield, Francis, que en esos momentos estaba en el continente.

Entraron en Callander atravesando una de sus calles principales. Sus elegantes carruajes crearon una enorme expectación en los pocos transeúntes que andaban por allí a esa hora. Al ver aquello, *lady* Cardigan y *lady* Catherine empezaron a reírse.

—¡Qué pena! Estoy segura de que hace mucho tiempo que esta pobre gente no ve a nadie tan sofisticado y elegante como nosotros. No sé por qué hemos venido este año. Cada vez me gusta menos este sitio inmundo—dijo *lady* Cardigan, mirando con disgusto las calles de Callander.

—Bueno, no está tan mal—comentó *lady* Catherine, sonriendo con picardía.

La joven esperaba divertirse con alguno de aquellos muchachos escoceses tan apuestos que había conocido el año pasado.

Mientras tanto, *lady* Horsham se mantenía en silencio. Estaba pensando en el esperado reencuentro que se produciría en poco tiempo. Hacía muchos años que no visitaba Callander, y había vuelto para ver a un hombre que siempre había despertado deseo en ella: Cameron MacGregor.

Sabía que este había regresado a su ciudad natal, y se había instalado en Taigh Abhainn. Según contaban, se había vuelto mucho más atractivo y seductor con el paso de los años, y seguía soltero.

Aunque habría dado igual que hubiera una señora MacGregor, porque *lady* Horsham estaba dispuesta a todo con tal de que Cameron MacGregor cayera rendido a sus pies de nuevo.

Sonrió al pensar en aquel joven impetuoso que siempre hacía lo que ella le pedía, y que le juró amor eterno. Estaba deseando volver a disfrutar de su

excitante compañía.

Pronto los rumores empezaron a correr por la ciudad. Los Cardigan habían regresado un verano más a Manor Hall, y traían mucha compañía con ellos.

Ben se mostraba entusiasmado ante la idea de ver de nuevo a *lady* Catherine Cardigan, la dueña de su corazón. Debía encontrar una manera de encontrarse con ella, y decirle que aún seguía amándola.

Anne, al saber esto, se temió lo peor, e intentó en vano quitarle a su hijo de la cabeza la idea de intentar cortejarla:

—*Lady* Catherine no es para ti, Ben. No vivís en el mismo mundo. Debes dejar de pensar en ella de una santa vez—le dijo Anne, enfadada.

—Madre, es la mujer que amo. Y si me meto en problemas, es asunto mío—respondió Ben, indignado.

El joven salió de la casa, y caminó en dirección a Manor Hall. Se detuvo en la orilla del río, y allí se encontró con Catherine, que estaba paseando por el lugar. A Ben le pareció que era una ninfa que acababa de surgir de las aguas. Le tenía completamente hechizado.

La joven al verle sonrió, y los dos acabaron pasando toda la tarde juntos, hablando y coqueteando. Catherine disfrutaba enormemente de las atenciones de aquel pobre pero apuesto muchacho escocés, que la miraba con ojos soñadores. Estaba encantada con la situación, y estaba segura de que su estancia en Callander iba a ser de todo menos aburrida.

Las citas se repitieron esa semana, a escondidas de todos. Sin embargo, Anne estaba segura de que se estaban viendo, aunque no se lo hizo saber a Ben.

Preocupada por el asunto, la mujer compartió su inquietud con la señora Wallace y con Beth.

—Se están viendo. Lo sé. Y temo lo peor. Esa maldita muchacha va a jugar con él y le destrozará el corazón como si nada. No sé qué hacer—explicó Anne, desesperada, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Ha hablado Angus con él? —preguntó Beth, preocupada.

—Sí, los dos hemos hablado con él. Ya le hemos dicho que es una locura, que se meterá en problemas. Esa gente es poderosa, y pueden hacerle daño si descubren que se ve con ella.

—Bueno, no te preocupes. Yo también soy poderosa, y como le toquen un solo pelo, se las verán conmigo, Anne. Todo saldrá bien, querida—aseveró la señora Wallace—. Se me ocurre que a lo mejor Cameron podría hablar con él.

Él, por desgracia, conoce bien a esa familia. Además, a veces hacemos más caso a alguien ajeno que a nuestra propia sangre.

Anne la miró, esperanzada.

—¡Oh, señora Wallace! ¡Sería maravilloso! Ben admira mucho al doctor.

—Hablaré con él, no te preocupes—respondió la señora Wallace, guiñándole un ojo.

Al día siguiente, durante el desayuno, la señora Wallace le contó la situación a su sobrino.

—Así que sigue enamorado de *lady Catherine*—dijo el doctor.

—Así es. He pensado que tú podrías hablar con él. El muchacho te admira, y a lo mejor, puedes quitarle esa idea de la cabeza.

—Bueno, haré lo que pueda, pero no prometo nada. Ya sabes que, en los asuntos del amor, nada es fácil—advirtió.

En ese momento, uno de los sirvientes le entregó a la señora Wallace una carta dirigida a ambos, que acababa de traer un mensajero. Les informó que este esperaba la respuesta.

—¿De Manor Hall? —preguntó la señora Wallace, frunciendo el ceño.

El doctor MacGregor se levantó y se colocó junto a su tía, que abrió el sobre. Ambos leyeron el contenido de la misiva al mismo tiempo. Al terminar, se miraron, incrédulos.

—Así que celebran una cena y quieren que asistamos—comentó la señora Wallace, extrañada. Entonces, torció el gesto—. Esto no me gusta, aquí hay gato encerrado.

—Vamos, tía, no seas así. Al fin y al cabo, son nuestros vecinos—respondió el doctor con naturalidad, a pesar del asombro.

—Ya, vecinos que nunca nos invitaban a sus veladas. —Miró la carta con suspicacia—. No sé, creo que es mejor rechazar la invitación. No me apetece demasiado ver la cara de sapo de lord Cardigan.

El doctor MacGregor, en cambio, sí tenía ganas de saciar su curiosidad.

—Eso no estaría bien. Creo que sería mejor que asistiera yo solo. Así no causaremos una mala impresión.

La señora Wallace tenía un mal presentimiento. No le gustaba la idea de que su sobrino fuera solo, dado lo ocurrido en el pasado. Entonces, tuvo una idea.

—¡Ya lo tengo! Beth te acompañará. Tiene un vestido perfecto para la ocasión. Y sé que no es capaz de decirme que no.

Al doctor MacGregor no le pareció mala idea. De hecho, sentía curiosidad por ver sus otros vestidos. Como le sentaran tan bien cómo el que llevó a la boda, no sabría qué hacer, pensó.

La señora Wallace le comentó el asunto a Beth más tarde, sin la presencia del doctor, que había ido a hacer unas visitas. Beth recibió la propuesta con total sorpresa.

—Señora Wallace, le agradezco que me haya tenido en consideración, pero no creo que sea correcto que una persona del servicio acuda a una velada de ese tipo.

—¡Tonterías! Tú tienes más porte y educación que todos los que estarán allí presentes, te lo digo yo. Además, debo pedirte algo, pero no debes compartirlo con mi sobrino. —Beth se mantuvo en silencio, expectante—. Quiero que estés atenta a lo que ocurra, y que, si ves cualquier atisbo de desprecio, animes a Cameron a marcharse. No me gusta la idea de que vuelva a Manor Hall. Y tengo el presentimiento de que algo tiene que ver ese antiguo amor suyo en todo esto. Algo malo va a pasar, Beth. Por eso quiero que vayas, para que intentes evitarlo. Tu presencia es muy beneficiosa para él. Es un hombre tan distinto desde que estás aquí. Parece que ha vuelto a tener esperanza, y lo último que deseo es que vuelva a perderla. Debes hacerlo por mí, Beth.

Beth asintió, nerviosa ante tan enorme responsabilidad. A pesar de esto, cumpliría su misión sin titubeos, y permanecería al lado del doctor MacGregor en todo momento. No había nada que la hiciera más feliz.

Llegó la gran noche. Beth se puso un vestido de color azul celeste, con escote en forma de uve, los hombros al descubierto, y el pelo recogido en un moño bajo. Se miró al espejo, y sonrió, ante la atenta mirada de la señora Wallace, que le hizo saber que estaba muy hermosa.

Al bajar las escaleras, vio al pie de ellas al doctor MacGregor, que llevaba un elegante traje negro, con camisa blanca y corbata a juego. Él la miró y quedó fascinado.

En ese instante, su corazón empezó a latir desbocado, y tuvo que contener el ardiente deseo de estrecharla entre sus brazos, y repartir besos por su rostro y sus hombros desnudos.

Después de ponerse sus respectivas capas, él le ofreció su brazo, y ella lo agarró, sonriendo tímidamente.

A continuación, subieron al carruaje y pusieron rumbo a Manor Hall.

Apenas hablaron durante el trayecto, que fue excesivamente corto, según le pareció al doctor.

Llegaron a Manor Hall, y un sirviente les abrió la puerta. Dejaron sus respectivas capas, y se adentraron en el gran salón, donde estaban todos los invitados. Se acercó a ellos un hombre de unos cuarenta años, que parecía ser el anfitrión.

—¡Cameron MacGregor! Bueno, ahora doctor, por supuesto. Es un placer volver a verle—dijo el hombre con gesto serio.

Ambos se estrecharon la mano.

—Lord Cardigan, permítame presentarle a la señorita Arundel, mi acompañante esta noche.

Beth hizo una reverencia al igual que lord Cardigan, que la estudió de arriba abajo. De repente, Beth sintió un escalofrío que la hizo revolverse. No entendía por qué había ocurrido, ya que en la estancia no hacía frío. Sin embargo, tenía la sensación de que algo iba a suceder.

Alzó la vista, y observó cómo una elegante dama de sinuosos andares se acercaba a ellos. En ese momento, Beth notó que el doctor se había quedado paralizado. Lo miró, y comprendió lo que estaba sucediendo.

Centró su mirada de nuevo en la mujer, que sonrió al doctor, mientras a ella la ignoraba por completo. Cuando llegó hasta ellos, lord Cardigan hizo las presentaciones.

—Señorita Arundel le presento a mi hermana, *lady* Horsham. Doctor, imagino que recordará a mi hermana.

El doctor MacGregor asintió, sin dejar de mirar a la dama, y en un momento dado, a Beth le pareció oír algo que salió de sus labios en un susurro casi imperceptible. Una única palabra. Un nombre. Evelyn.

Lady Horsham miró al doctor con determinación, y a continuación, lo agarró del brazo y lo apartó de Beth. Esta última se quedó sin saber qué hacer.

A partir de ese momento, hubo una sucesión de presentaciones. Ella, aún perpleja, apenas se daba cuenta de nada. De hecho, no retuvo el nombre de ninguno de los invitados a los que le iban presentando. Sin embargo, hubo una excepción.

—Señorita Arundel, le presento a lord Marcus Langley.

Al escuchar ese nombre, otro escalofrío le recorrió la espalda. Miró a lord Marcus Langley, y este dibujó una sonrisa ladeada bastante siniestra. Un terrible recuerdo infantil llegó a su mente en ese instante. Un niño alto, de mirada feroz, que la pegaba una y otra vez. El miedo y la angustia se

apoderaron de Beth.

—¿Arundel? Ese nombre me resulta familiar. ¿Nos conocemos? —inquirió lord Langley, mirándola con suspicacia.

—No, milord. Nunca nos hemos visto—contestó, nerviosa.

A continuación, hizo una rápida reverencia y se alejó de allí. Lord Langley no le quitó la vista de encima en toda la velada.

Beth se sentó al lado del doctor MacGregor, que estaba totalmente inmerso en una conversación con *lady* Horsham, ignorando por completo su presencia.

Beth apenas probó bocado. Estaba deseando que aquella tortura terminara. Nadie le dirigió la palabra, parecía un ente invisible.

Observó con detenimiento a *lady* Horsham: Alta, con piel de porcelana, generoso escote, brillante melena, y unos hermosos y seductores ojos. Le dedicaba al doctor miradas llenas de deseo mientras se reía seductoramente.

A Beth no le costó ver la evidencia. La llama había renacido de las viejas cenizas que parecían extintas. Agachó la mirada, y respiró hondo, intentando serenarse.

Después de cenar, Beth se acercó al doctor MacGregor. Este se sorprendió al verla, y se sintió terriblemente avergonzado al darse cuenta de que la había ignorado durante toda la velada. *Lady* Horsham permanecía al lado de él, mientras miraba a Beth, desafiante.

—Doctor, creo que será mejor que me vaya—dijo con la voz entrecortada.

Sentía que le costaba respirar en aquel ambiente tan hostil. El doctor puso cara de preocupación.

—Beth, ahora mismo la acompaño, deje que...

Beth negó con la cabeza.

—No, doctor. Me iré sola en el carruaje. Usted quédese y diviértase—respondió, sin mirarle.

Él intentó protestar, pero *lady* Horsham intervino.

—Bueno, es una pena. Pero es lógico, la señorita Arundel no está acostumbrada a estas veladas. —Entonces se dirigió a ella—. Gracias por venir, señorita Arundel—dijo con una sonrisa falsa. Su actitud indicaba que estaba deseando perderla de vista.

Beth se marchó de Manor Hall, y una vez se alejó de la mansión, dio rienda suelta a su dolor. Las lágrimas se deslizaron por sus ojos, nublándole la vista.

Cuando llegó a su habitación, se dejó caer sobre la cama y siguió llorando, intentando no hacer ruido. Su pena debía ser silenciosa.

A su mente volvían imágenes de la velada. El doctor MacGregor, risueño y enamorado, se había olvidado de ella, la había dejado atrás. Igual que Branwell.

Un atisbo de enfado e indignación sobrevoló su corazón. Ella era siempre la perdedora, la tonta que caía en las redes del amor, y acababa siendo devorada. Debía cerrar su corazón de nuevo, esta vez con un candado más fuerte.

En ese momento de profundo pesar, consideró seriamente la idea de recoger sus cosas y marcharse de Taigh Abhainn, para así poder alejarse del doctor MacGregor y olvidarle.

De repente, una voz familiar le habló desde el otro lado de la puerta de su cuarto.

—Beth, querida ¿qué ocurre? —preguntó la señora Wallace, preocupada, entrando sin esperar a que Beth la invitara a pasar.

La señora Wallace vio un panorama desolador. Sus temores se habían cumplido. Beth lloraba desconsoladamente, y Cameron no había regresado a casa.

—Nada, señora, es una tontería—contestó Beth, secándose las lágrimas con las manos.

La señora Wallace se acercó a ella y la abrazó.

—No te preocupes, querida. No debes llorar por quien no merece tus lágrimas—aseveró la mujer con ternura.

No necesitó más explicaciones. Al día siguiente, su cochero le contó todo lo que necesitaba saber. ¡Maldita Evelyn Horsham!, pensó.

Ahora esa arpía era una rica viuda con ganas de jugar con su sobrino. El doctor MacGregor no regresó en toda la noche, pero no se molestó en buscarlo. Sabía perfectamente dónde estaba. En brazos de esa mujer que le rompió el corazón años atrás.

Aquel día, Beth desapareció durante la tarde. Salió a dar un paseo por los alrededores, con la intención de respirar aire fresco y serenarse un poco. Sus ojos estaban aún un poco hinchados por el llanto. Se sentía un poco mejor, gracias a que no había vuelto a ver al doctor.

La mejor idea sería evitarlo durante un tiempo, aunque fuera una tarea casi imposible. Se detuvo y observó el paisaje. No deseaba marcharse de Callander, porque ya lo consideraba su hogar. Sin embargo, no sabía si sería

capaz de afrontar la complicada situación que se le presentaba.

Siguió caminando, y se topó con algo que hubiera preferido no ver. Escuchó la voz del doctor MacGregor, que sonaba apasionada y ardiente. No estaba solo, Evelyn Horsham le acompañaba.

Beth se escondió detrás de una enorme roca que había allí, y se asomó un poco para ser testigo de lo que sucedía.

El doctor MacGregor besaba el cuello y los labios de la dama, estrechándola entre sus brazos, mientras ella emitía suaves gemidos de placer.

—Todos estos años nunca pude olvidarte—afirmó el doctor MacGregor de forma apasionada.

—¿De verdad? —inquirió ella con la respiración entrecortada.

—Sí. Nunca te has ido de mi pensamiento. Y mi corazón sigue siendo tuyo, Evelyn. Dime que no me dejarás—le pidió él con urgencia.

—No, Cameron. No me iré—respondió ella.

A partir de ese momento, dejaron de hablar. Acabaron tumbados en el suelo, abrazados, besándose y acariciándose.

Beth, de nuevo con lágrimas en los ojos, salió corriendo como si fuera un ratón asustado. Corrió hasta que apenas le quedaron fuerzas.

De repente, tropezó y cayó de bruces. Se quedó inmóvil unos segundos, intentado asimilar lo que acababa de escuchar.

Todo fue mentira. Creyó las mentiras de un borracho, de un hombre que no recordaba haberle dicho que era suyo. Ella había sido una auténtica estúpida por abrir su corazón de nuevo, y se lo tenía bien merecido.

En ese momento, unos fuertes brazos la ayudaron a levantarse. Una vez de pie, se giró, y comprobó que era Angus.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó Angus examinándola, comprobando que no tuviera heridas.

—Sí, no te preocupes—contestó Beth, mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Angus la miró con suspicacia.

—Ya veo. —Dejó la bolsa que llevaba a la espalda, y se sentó sobre la hierba—. Ahora me lo vas a contar todo.

Beth se sentó junto a él y le contó toda la historia al detalle. Angus se limitaba a asentir, sin hablar, dejando que se desahogara.

—No sé dónde tiene la cabeza ese hombre al enamorarse de semejante arpía. Cuando se dé cuenta de su error, ya será tarde—se lamentó Angus—. Sé que ahora estás dolida, pero te sugiero que, si eres feliz aquí, no te marches.

No puedes dejar que tu felicidad dependa de los demás. Eso es un error, Beth. Tú eres fuerte y valiente, y no necesitas a nadie. Eres una superviviente que se ha enfrentado a grandes peligros. Esto no es nada.

Beth se sintió mucho mejor después de escuchar las palabras de ánimo de Angus. Este tenía razón. Ella ya se había enfrentado a muchas desgracias, y siempre había salido adelante.

En ese momento, se levantó, se dio unas palmaditas en la cara, y dijo con determinación:

—Bueno, es hora de recoger los trozos de mi corazón roto, y seguir caminando. El mundo no se acaba por estas cosas ¿verdad?

Angus sonrió.

—Claro que no.

Antes de poner rumbo a Taigh Abhainn, Beth habló de nuevo:

—Por favor, Angus, no le digas nada a Anne. No quiero que se preocupe.

Angus negó con la cabeza.

—Mis labios están sellados.

Intercambiaron unas miradas cómplices, y Beth finalmente se marchó. Angus sonrió mientras la veía alejarse. Desde aquel día en el puerto de Dover, Beth había madurado y había cambiado para bien. Ya no era un ratoncito asustado. Era una valiente guerrera.

## CAPÍTULO 22

En los días sucesivos, Beth evitó cruzarse con el doctor MacGregor siempre que tuvo ocasión. No le fue demasiado difícil. Este se ausentaba prácticamente durante todo el día, y por las noches, visitaba Manor Hall, para disgusto de la señora Wallace.

Mientras tanto, según supo Beth en su última visita a casa de Anne y Angus, Ben seguía viéndose a escondidas con *lady* Catherine, hecho que estaba generando un tremendo malestar en el hogar de los Burns. Sin embargo, pronto cambiarían las cosas.

Llegó a Manor Hall un nuevo visitante. Se trataba de lord Francis Worthfield, hijo y heredero de lord Worthfield, y según los rumores, el futuro esposo de *lady* Catherine Cardigan.

El joven, de dieciocho años, había estado de viaje por Europa durante unos meses, y pronto ingresaría en la academia militar de Sandhurst, donde pasaría un año.

Lord Francis Worthfield era un apuesto joven, con un carácter altivo y arrogante. A pesar de tener a cuanta mujer deseara, se había encaprichado de la hermosa y esquiva *lady* Catherine Cardigan.

Las familias de ambos estaban encantadas con el futuro enlace, que sería muy beneficioso para todas las partes implicadas.

Después de confirmar que los rumores eran ciertos, el doctor MacGregor decidió hablar seriamente con Ben, exponiéndole los hechos y verdades.

Ambos salieron al jardín trasero de la casa de los Burns para poder hablar tranquilamente, mientras Anne y Angus permanecían sentados en el salón, expectantes.

—Está prometida, Ben, y se casará con lord Francis. Lo mejor que puedes hacer es apartarte de ella, antes de que te metas en problemas.

Ben no se resignaba, y respondió, indignado:

—No pienso apartarme. Pienso luchar por ella hasta el final. Ella me quiere y yo la quiero a ella, y nada ni nadie puede cambiar eso.

El doctor suspiró.

—Ben, escúchame. Sé de lo que estoy hablando. Conozco a esa gente. A tu edad, yo fui igual de iluso que tú.

Al escuchar eso, Ben lo miró, desafiante.

—Entonces, dígame, si tan importante es la clase social, ¿por qué se está viendo con *lady* Horsham?

El doctor MacGregor se puso tenso.

—Nuestra historia es distinta. Además, ella ahora es una respetable viuda—contestó el doctor, intentando justificarse.

—¡Ja! ¿Y cree que se casará con usted? Permítame que lo dude—respondió Ben con sorna.

El doctor estaba empezando a perder la paciencia.

—Oye, yo solo quiero advertirte del peligro. Esto no es un juego, Ben. ¿Quieres meterte en problemas por una niña caprichosa? ¡Adelante! No te detendré. Pero piensa en tus padres, y en el disgusto que les vas a dar.

Ben ni se inmutó ante este último comentario.

—Le agradezco las molestias, pero creo que ya he escuchado suficiente. Si me disculpa—y dicho esto, se fue de allí, dejando al doctor solo.

<< ¡Maldito muchacho testarudo y egoísta! >>, pensó el doctor, enfadado.

Regresó a Taigh Abhainn, después de explicarle a Anne y Angus que su charla con Ben había sido inútil.

Entró en el vestíbulo, y se encontró con Beth, que se sobresaltó al verlo. Esta hizo una reverencia, y salió huyendo escaleras arriba. El doctor puso una mueca de enfado. Desde aquella velada en Manor Hall, la señorita Arundel se comportaba con él de forma extraña.

Cada vez que lo veía, lo evitaba como si tuviera una enfermedad contagiosa. Si Beth estaba con la señora Wallace conversando en el salón y entraba él, su gesto se tornaba serio, y siempre le surgía alguna tarea que hacer, que le daba una excusa perfecta para ausentarse.

Bueno, en parte entendía que tal vez se habían distanciado desde que él volvió a ver a Evelyn, porque apenas pasaba tiempo en Taigh Abhainn. Aun así, esa actitud le molestaba y le dolía. Echaba de menos su compañía y sus animadas conversaciones.

Entró en el salón, y saludó a su tía, que le miró con gesto malhumorado. La mujer, que en ese momento estaba bordando, se mostraba así con él desde que se había enterado de sus encuentros con Evelyn Horsham.

El doctor se sentó en uno de los sillones, junto a la chimenea. Estuvieron un buen rato en silencio, hasta que el doctor se hartó y decidió iniciar una conversación.

—He hablado con Ben Burns sobre *lady* Catherine.

Su tía no alzó la vista y siguió bordando.

—¿Ya sabe que está prometida?

—Así es, pero se niega a aceptarlo. Dice que luchará con uñas y dientes hasta el final. Y me temo lo peor.

Su tía asintió, pensativa.

—Me resulta terriblemente familiar esta situación, Cameron. Hace muchos años, tu tío tuvo una charla parecida contigo, y tú te comportaste igual que Ben. No hace falta que te diga cómo acabó todo, por supuesto. —El doctor agachó la mirada ante la verdad que contenían aquellas palabras. En ese momento, la señora Wallace dejó lo que estaba haciendo, y lo miró, desafiante —. Lo que no puedo entender es que hayas caído en el mismo error.

El doctor MacGregor se puso tenso.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien. Esa *sassenach*<sup>[5]</sup> está jugando contigo de nuevo— contestó, enfadada.

—¿De qué estás hablando? La situación es totalmente diferente ahora.

—¡Ja! Eso crees tú. Esa mujer siempre consigue hipnotizarte. Tía y sobrina son iguales. ¿Cómo es posible que después de dejarte tirado como un perro en medio de la noche, aún confíes en ella? ¡No lo puedo comprender! — respondió la señora Wallace, exaltada.

El doctor MacGregor se levantó y empezó a pasearse por la estancia.

—Tú no lo entiendes. Ella tuvo que dejarme, aunque me amaba. Debía cumplir con su obligación—explicó, intentando convencer a su tía de que estaba equivocada.

—¡Claro que sí! Ya me dijeron que estaba llorando por las esquinas durante su matrimonio con lord Horsham, rodeada de riqueza y lujo. Y, por cierto, con una buena colección de amantes.

El doctor MacGregor miró a su tía, perplejo.

—Mientes.

La señora Wallace negó con la cabeza.

—Ojalá fuera mentira, Cameron, pero es la verdad. Nunca le has importado. Esa mujer y toda su familia solo piensan en sí mismos. Y ahora acabarán arruinando la vida del pobre Ben, como casi hacen contigo.

De repente, Beth entró en la sala, y se quedó de pie delante de la puerta, sin moverse, al darse cuenta de la tensión que reinaba en el lugar.

A pesar de que había acudido a una llamada de su señora, enseguida supo que había llegado en un momento inoportuno, y en ese instante, deseó que la

tierra se abriera y se la tragara.

Entonces, la señora Wallace se levantó y se dirigió hacia donde ella estaba.

—Voy a acostarme, tengo una terrible jaqueca. Beth, pide que esta noche me sirvan la cena en la habitación, por favor—dicho esto, salió del salón.

Justo cuando Beth iba a acompañarla, el doctor MacGregor habló:

—Señorita Arundel, ¿puedo hablar con usted un momento?

A pesar de que prefería marcharse, decidió quedarse donde estaba, y escuchar lo que tenía que decir.

—Sé que últimamente no hemos hablado mucho, y seguramente esto que voy a pedirle sea algo que esté fuera de sus obligaciones. Sin embargo, no sé a quién recurrir.

El doctor la miró fijamente, y esto hizo que su corazón latiera desbocado.

—Usted dirá—respondió Beth con toda la calma que pudo.

El doctor MacGregor respiró hondo.

—¿Podría hablar con mi tía e intentar convencerla de que ceda un poco en la cuestión de mi relación con *lady* Horsham? Su férrea oposición y su mala opinión de ella es totalmente injusta. Mi tía tiene muchos prejuicios hacia ella, y me gustaría que usted, que siempre consigue que la escuche, me ayude a suavizar las cosas.

Beth se mordió el labio inferior, nerviosa. No estaba por la labor de hacer tal cosa.

—No creo que pueda, doctor. La señora Wallace es muy testaruda. Además, no debo meterme en sus asuntos familiares. No estaría bien.

El doctor MacGregor se sintió un poco desilusionado con su respuesta. Sin embargo, no desistió en su intento de conseguir su ayuda.

—Señorita Arundel, para mí, usted es una buena amiga. Es alguien a quien aprecio y a quien tengo en alta estima. Confío en usted más que en mí mismo. Por favor, ayúdeme en esto—le pidió él en tono suplicante.

Beth lo miró, dubitativa. Deseaba con todas sus fuerzas decirle lo que pensaba: Que se equivocaba, que esa mujer le haría daño, que ella le quería con toda su alma, y que nunca le abandonaría. Frenó sus impulsos. No debía hacerlo.

No obstante, decidió ayudarlo. No fue capaz de rechazar su petición. Y se maldijo a sí misma por ello. Porque su amor por él era más fuerte que su razón. Asintió, y el doctor MacGregor dibujó una sonrisa de alivio.

—Está bien, hablaré con ella, pero no le prometo nada—le advirtió.

El doctor MacGregor no dejó de sonreír.

—Gracias, señorita Arundel. Es usted un ángel. La mejor amiga que nadie pueda tener—afirmó, entusiasmado y feliz.

Entonces, Beth sintió una punzada de dolor en su corazón, o en lo poco que quedaba de él. Era un ángel, una amiga, pero nada más. Sonrió con dolor y respondió:

—Si me disculpa, doctor.

Se dio media vuelta y se apresuró a salir del salón, dejando al doctor MacGregor intrigado.

No esperaba esa reacción. Beth Arundel parecía dolida. Algo le ocurría, eso estaba claro. Se quedó allí, mirando al vacío, pensativo y preocupado.

Ya en la habitación de la señora Wallace, esta protestó enérgicamente por la estúpida idea de su sobrino de usar a Beth para intentar convencerla de lo que ella tenía claro.

—¡Este sobrino mío se cree que nació ayer! Una ya tiene una edad, y muchos años de experiencia para saber lo que dice y piensa. Es un tonto por creer que tú, pobre mía, vas a convencerme de que acepte semejante disparate.

Beth suspiró, algo cansada.

—Señora Wallace, ¿no cree que será peor si se opone? Lo mejor es que acepte esa relación, porque cuanto más se oponga, más se complicarán las cosas. Y al final, acabará perdiendo el afecto de su sobrino.

—Y lo peor de todo es que tú le estés defendiendo. ¿Y qué hay de lo que te ha hecho? ¿Es que no te duele? —inquirió la señora Wallace, ignorando lo que Beth había dicho.

—Lo que yo sienta no importa. Nunca hubo nada entre nosotros. El doctor no me debe explicaciones—respondió, agachando la mirada.

—¡Pues yo no opino igual! Es un necio. Tiene la evidencia delante de sus narices, y no es capaz de verla. Desde luego, no te merece, Beth. No te preocupes. Yo haré que te desposes con un buen mozo escocés. Anne me ayudará a evitar que te conviertas en una solterona—aseveró la señora Wallace.

Beth dibujó una tímida sonrisa. La señora Wallace era una persona maravillosa, y se sentía tremendamente afortunada de estar a su servicio. Lo que le dijo su madre era verdad. Había encontrado a muy buenas personas a lo largo de su vida.

Llevada por el afecto que sentía por la señora Wallace, Beth se acercó a ella y le dio un abrazo. No supo por qué, pero deseaba agradecerle sus

desvelos y su preocupación por ella.

La señora Wallace, que al principio se quedó un poco sorprendida, respondió al gesto con efusividad. Ya quería a Beth como si fuera una más de la familia.

Un par de horas después, cuando ya estaban todos durmiendo, el doctor MacGregor esperó a Beth en el salón. Quería saber cómo había ido la charla entre su tía y ella.

Beth se presentó ante él, y le explicó, con toda la delicadeza que pudo, lo que había sucedido.

—No he podido convencerla, ha sido una tarea imposible, doctor.

El doctor MacGregor puso gesto de decepción.

—Bueno, qué se le va a hacer. Siempre ha sido testaruda. Espero que recapacite en algún momento.

—Eso espero, doctor. Bueno, si me disculpa, debo irme a dormir. Buenas noches—dijo Beth, dispuesta a marcharse.

Sin embargo, no pudo moverse de donde estaba, porque el doctor se acercó rápidamente a ella, y la agarró del brazo. Beth se quedó mirándole, algo desconcertada, mientras él observaba su rostro atentamente.

—¿Se encuentra usted bien? —inquirió él, intrigado.

Beth se puso tensa, y contestó:

—Sí, doctor, solo estoy cansada.

Él la agarró por el mentón, y observó que Beth tenía los ojos humedecidos. Parecía que estaba a punto de llorar, y esto hizo que la mirara con suspicacia.

—No es solo eso. ¿Duerme bien por las noches?

Beth tragó saliva.

—Sí, doctor, duermo bien—mintió. Llevaba días durmiendo y comiendo poco.

—¿Hay algo que la inquiete? ¿Algún problema? —insistió él. Notaba que le estaba ocultando algo, y quería saber qué era.

Beth ya no pudo aguantar más su cercanía, pues estaba provocando que su ánimo se alterara, y se zafó de su agarre, apartándose de él. El doctor se quedó perplejo ante aquella reacción.

—No me ocurre nada, doctor. Ahora si me disculpa, me voy a dormir—contestó Beth, nerviosa.

A continuación, salió del salón a toda prisa, mientras el doctor intentaba

entender lo que acababa de suceder.

Esa noche, el doctor volvió a disfrutar de la compañía de Evelyn, que yacía desnuda a su lado. Sin embargo, en esos momentos no dejaba de pensar en Beth.

Había observado que estaba pálida y que tenía mal aspecto. Parecía triste. Se preguntaba qué le estaba pasando a la siempre diligente y amable Beth. Había notado que solo se mostraba esquiva con él, mientras que con los demás no era así.

—¿En qué piensas? Alégame y dime que solo piensas en mí—dijo Evelyn, mirándole de forma seductora.

Él sonrió. Gracias al tiempo que habían pasado juntos esos últimos días, había descubierto ciertos defectos de Evelyn que no le agradaban demasiado. Era un tanto superficial y egocéntrica. Aun así, la amaba.

—Sí, estoy pensando en ti—mintió.

Ella se rio, satisfecha.

—Por cierto, el otro día hablamos de esa mujer. ¿Cómo se llama? La señorita Arundel. —El doctor la miró, extrañado—. Bueno, yo no saqué el tema. Fue Langley. Parece ser que la conoce.

El doctor frunció el ceño.

—¿Ah sí? ¿De qué?

Odiaba con todas sus fuerzas a ese hombre, que siempre hablaba con desprecio de todo el mundo. Evelyn se encogió de hombros mientras acariciaba el pecho del doctor.

—No lo sé. No quiso dar más detalles. Un misterio. —Entonces ella se puso encima de él y con una mirada lasciva dijo—: Ahora, dejemos de hablar.

A pesar del apasionado beso que Evelyn le estaba dando, el doctor MacGregor no se quitó de la cabeza lo que había dicho. ¿Qué relación podían tener lord Langley y la señorita Arundel? ¿Viejos amigos? ¿O tal vez viejos amantes? La idea de ver a Beth al lado de Langley le molestaba. De hecho, le asqueaba y le enfurecía. Seguramente, era una de las muchas mentiras que contaba ese hombre, pensó.



Unos días más tarde, Beth estaba de visita en casa de Anne. Ambas estaban arreglando un par de vestidos que esta última quería retocar. Angus y Ben estaban fuera, así que pudieron conversar tranquilamente a solas.

—Beth ¿estás comiendo bien? Últimamente te noto más delgada— comentó Anne, mirándola con preocupación.

—Estoy bien. Es que no tengo mucho apetito— respondió Beth, intentando quitarle importancia.

—Pues necesitas comer para poder trabajar en condiciones. — Anne entonces la observó con más detenimiento—. No, aquí hay algo más—afirmó dejando a un lado su labor—. A ti te ocurre algo.

—No me pasa nada, Anne. Ya te he dicho que estoy bien.

—A mí no me engañas. Hace unas semanas, venías sonriendo, y canturreabas como un pajarillo. Sin embargo, desde hace unos días pareces un alma en pena.

Beth forzó una sonrisa.

—Son imaginaciones tuyas.

Anne no pareció satisfecha con la respuesta. Sin embargo, la conversación se vio interrumpida por el alboroto que se escuchaba afuera.

Las dos dejaron lo que estaban haciendo, y salieron de la casa. Entonces, vieron a Ben y a lord Francis discutiendo, rodeados por un grupo de muchachos. Anne se quedó sin saber qué hacer. Beth iba a acercarse hasta allí, pero se detuvo cuando vio al doctor MacGregor.

Cuando este llegó hasta el grupo para saber lo que estaba sucediendo, lord Francis sacó un guante, y abofeteó a Ben en la cara con él. Las caras de los allí presentes mostraron espanto y asombro.

En ese momento, a Beth le invadió una sensación de terror indescriptible. Anne la miró, y muy alterada preguntó:

—Beth, ¿qué ocurre?

Beth la miró, aterrorizada.

—Le ha desafiado a un duelo.

En ese instante, Anne se desmayó, y Beth la sujetó como pudo. Unos vecinos acudieron en su ayuda y la llevaron al interior de la casa.

Mientras, el doctor MacGregor, junto a otros hombres, intentaba que lord Francis retirara su desafío, pero no sirvió de nada. De hecho, el joven se reafirmó, y puso fecha y hora para el encuentro. Sería al día siguiente al amanecer.

## CAPÍTULO 23

Anne estaba intentando calmarse tras lo acontecido. Apenas podía entender lo que acababa de ocurrir. La desesperación y la angustia se habían apoderado de ella. Beth permaneció a su lado en todo momento, mientras el doctor le preparaba una tila.

Ben miraba con preocupación a su madre desde el umbral de la puerta. Se habían cumplido sus peores temores. A pesar de eso, creía que estaba luchando por algo justo.

Según le había dicho Catherine, ella no quería casarse con lord Francis Worthfield, y este, como no podía tenerla, lo había desafiado.

Ben estaba dispuesto a defender su amor por *lady* Catherine, aunque le costara la vida.

Enseguida corrió la voz por la ciudad, y la noticia llegó a oídos de Angus, que se personó en su casa de inmediato.

Habló con su hijo a solas, mostrándose enormemente enfadado y disgustado.

—¿Y si mueres, Ben? ¿Qué haremos entonces? ¡Maldito egoísta! Nunca pensaste en nosotros, tus padres, que hemos luchado siempre por ti—dijo Angus totalmente fuera de sí.

El doctor y Beth ayudaron a Anne a bajar al salón, donde estaba teniendo lugar la discusión. La mujer no tenía fuerzas para recriminarle nada. Solo pensaba en el hecho de que quizás esa fuera la última noche que lo vería con vida, así que se limitó a abrazar a su hijo.

Angus se derrumbó sobre una silla, frente a la chimenea. Beth se acercó a él y le acarició la espalda, intentando transmitirle la fuerza necesaria para hacer frente a esa terrible situación.

Entonces, el doctor decidió marcharse de allí, y se dirigió a Manor Hall, con la intención de intentar detener aquella locura.

—Es una cuestión de honor, doctor MacGregor. Ese andrajoso debe recibir su merecido. No puedo permitir que me insulte e intente arrebatarme a mi prometida—explicó lord Francis, altivo y desafiante.

Al doctor le exasperaba el comportamiento del muchacho, y estaba empezando a desesperarse.

—Lord Francis, uno de los dos puede morir. ¿Entiende lo que eso significa?

Lord Francis le miró, ofendido.

—Por supuesto, doctor. Entiendo su idioma.

El doctor miró a *lady Catherine*, que permanecía impassible ante lo que estaba sucediendo.

—¿Y usted no tiene nada que decir, *lady Catherine*? —inquirió el doctor, molesto.

—¿Yo? Yo no puedo hacer nada. Si ellos quieren pelearse por mí, que lo hagan. A mí me parece algo muy valiente, y eso demuestra que me quieren— aseveró con absoluta naturalidad.

El doctor MacGregor no daba crédito a lo que estaba oyendo, y sacudió la cabeza, incrédulo.

Justo en ese momento, entró *lady Horsham*, que había oído lo que acababa de decirles tanto a *lady Catherine* como a lord Francis. Esta, en vez de actuar con sensatez, decidió defender a su sobrina.

—*Catherine* no tiene la culpa. Ellos han decidido batirse en duelo. Sí, es algo estúpido, pero ella no tiene nada que ver—afirmó con cierta altivez.

El doctor MacGregor se quedó atónito ante su defensa, y respondió, indignado:

—¿Qué no tiene la culpa? Ella fue la que empezó todo esto. Le hizo a Ben falsas promesas de amor, y luego vinieron los problemas. *Lady Catherine* sabe perfectamente que ha actuado con vileza.

Tía y sobrina abrieron la boca, ofendidas.

—Pero ¿quién te crees que eres para decir eso? Vienes aquí a insultarla, cuando ella no ha hecho nada —espetó *lady Horsham*, furiosa—. Estoy completamente decepcionada contigo, Cameron. Pensé que serías más coherente, y no defenderías a ese muchacho pobre y andrajoso, sin título ni dinero, que ha tenido el atrevimiento de pretender a mi sobrina—afirmó de forma despiadada—. Cada uno debe conocer su lugar en esta vida.

En ese instante, el doctor MacGregor sintió cómo un sentimiento de rabia y furia le invadía por dentro, destruyendo a su paso cualquier atisbo de comprensión, empatía o afecto hacia *lady Evelyn Horsham*. Había insultado a Ben, pero también a él. Recordó las palabras de su tía, y vio por fin la verdad. Se le había caído la venda de los ojos después de muchos años. Nada tenía que hacer allí.

—Sí, cada uno debe saber dónde está su lugar. Y desde luego, el mío no

es este—afirmó, mirándola con desprecio, mientras apretaba los puños y la mandíbula, enfadado.

A continuación, dio media vuelta y se marchó hacia el vestíbulo para salir cuanto antes de Manor Hall.

*Lady* Horsham se dio cuenta de lo que acababa de provocar, y fue corriendo tras él.

—¡Cameron, por favor, no te vayas! ¡No quise decir eso! Es que... Estaba enfadada—dijo ella, suplicante, abrazándole por detrás.

Él se deshizo de su abrazo, se giró y la miró.

—¿Por qué no acudiste esa noche? —preguntó, desafiante.

A pesar de la sorpresa que le provocó la inesperada pregunta, contestó de forma clara y franca:

—Ya sabes por qué. Debía casarme, era mi obligación.

—¿Y si no hubieras estado comprometida? —inquirió él.

Ella se quedó callada. Estaba desconcertada y no sabía qué contestar. No obstante, a él le bastó ese breve silencio para conocer la respuesta.

—Entiendo—respondió él, asintiendo.

—¡Tú no lo entiendes! ¡No podía casarme contigo! ¡No podía vivir como tú! Yo no soy así. No hubiera podido vivir en Callander, o en cualquier otro sitio, sin dinero, sin lujos y trabajando. Hubiera sido horrible para mí—afirmó ella, desesperada.

Después de escuchar esto, el doctor no necesitó más explicaciones. Había llegado el momento de despedirse.

—Adiós, Evelyn—dijo con gesto serio.

A continuación, se marchó de Manor Hall para no volver jamás.

Lejos de allí, en casa de los Burns, Ben estaba en el jardín, a solas con sus pensamientos. En su mente, consideraba los posibles resultados que podrían darse al día siguiente.

Lo bueno, si es que había algo, era que Ben sabía disparar. Iba con su padre a cazar conejos de vez en cuando, y no tenía mala puntería. Eso sería una ventaja. Sin embargo, estaba asustado.

De repente, oyó un ruido en la oscuridad. Alguien estaba saltando el pequeño muro de piedra que separaba la casa de los Burns de la de sus vecinos. Entonces, Ben fijó su vista en la penumbra. Instantes después, pudo ver la figura de una muchacha. Era Gracie.

Ben sintió cómo su corazón daba un vuelco. No solo por la inesperada

visita, sino porque no era otra que su amiga de la infancia, con la que llevaba semanas sin apenas hablar.

Gracie estaba preciosa esa noche. Llevaba el pelo suelto, que le caía en cascada sobre los hombros y la espalda, y un bonito y sencillo vestido gris. La joven se acercó a él despacio, hasta ponerse justo delante de él.

—Hola, Ben—dijo la muchacha con timidez.

La luz de la luna llena iluminaba su rostro, y hacía que resplandeciera de una forma casi sobrenatural. Parecía un ángel, pensó Ben. Su corazón se sentía contrariado ante aquella enigmática presencia.

—Hola—respondió él.

Gracie agachó la mirada, y se frotó las manos, nerviosa.

—Ya me he enterado de lo del duelo. —Ben resopló, pensando que iba a darle otro sermón de los suyos. No obstante, ella alzó una de sus manos, deteniendo así una posible protesta—. Sé que no puedes rechazarlo, es una cuestión de honor. Me lo ha explicado mi padre. —Gracie alzó la vista, y lo miró con resolución—. He venido a decirte que rezaré por ti, para que todo salga bien y nadie tenga que morir.

La joven tragó saliva, intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta, y que apenas le permitía hablar con calma. Al mismo tiempo, trataba de contener las lágrimas que asomaban por sus ojos.

—Pero, además de eso, también he venido a hacerte una confesión. —La joven respiró hondo, y finalmente dijo—: Siempre te he querido, Ben. He estado esperando a que me correspondieras, pero no ha podido ser. No es culpa tuya, el amor es así. Quiero que sepas que hace tiempo renuncié a ti, al saber que amabas a Catherine. Por eso, esto es en parte una despedida. Sin embargo, quiero que sepas que puedes contar conmigo, porque seremos amigos para siempre.

En ese momento, Gracie dibujó una triste sonrisa, tratando de no mostrar el inmenso dolor que sentía al pensar que tal vez no volvería a verle.

Ben se quedó en silencio, intentando asimilar su confesión. Gracie le quería. Aquella muchacha pelirroja, llena de pecas, compañera de juegos de la infancia. Esa chica que se ponía celosa cuando hablaba de otras, y que siempre trataba de llamar su atención.

Ben la examinó bien. Estaba allí de pie, frente a él, sin moverse. Consideró en ese instante que su honestidad y su valentía eran verdaderamente admirables.

—¿Por qué me dices esto ahora, Gracie? Pensaba que estabas enfadada

conmigo—preguntó Ben, todavía incrédulo.

—¡Oh, Ben! Nunca estuve enfadada. Es que me era difícil permanecer a tu lado, cuando no dejabas de hablar de Catherine. Comprende que era complicado soportarlo. Pero no quiero que, si ocurre algo, nos hayamos despedido de malas formas. Quiero que estemos en paz los dos, pase lo que pase.

Ben sonrió tímidamente y decidió abrazar a Gracie, como siempre solían hacer cuando eran niños.

Gracie le recibió con los brazos abiertos, y no pudo evitar que algunas lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

Ben la estrechó con fuerza. En ese momento, se sintió dichoso y seguro entre los pequeños y delgados brazos de Gracie. Y fue entonces cuando decidió desahogarse, y lloró desconsoladamente.

Gracie se mantuvo en silencio y siguió abrazándole, convirtiéndose en una especie de refugio para el atormentado y temeroso joven.

Después de un rato, se separaron. Ben se sentía ahora más aliviado, aunque el miedo y la incertidumbre seguían presentes en su ánimo. Ella le acarició una de sus mejillas, y se miraron a los ojos con tristeza.

—Gracias, Gracie. De verdad, gracias—dijo Ben agarrando su mano.

Gracie asintió, y decidió marcharse antes de derrumbarse del todo. Finalmente, se despidieron, y ella desapareció en la oscuridad.

Una hora después, Beth estaba sentada frente a la chimenea del salón de Taigh Abhainn, pensando en lo ocurrido.

Nada más llegar, le había contado todo a la señora Wallace, que se quedó totalmente horrorizada.

Beth observaba el crepitar de las llamas con gesto serio. A pesar de lo tarde que era, no tenía ganas de dormir, ni de leer, ni de hacer cualquier otra cosa. Estaba angustiada y asustada.

Consideraba que todo aquello era una locura. Enfrentarse a alguien en un duelo por el amor de una muchacha era absurdo. Entendía que por amor se podían hacer tremendos disparates, pero llegar a poner en riesgo la propia vida por alguien a quien es evidente que le importas poco, era una completa insensatez.

Y entonces pensó en sus queridos Angus y Anne, que estaban completamente destrozados. Beth se sintió frustrada ante el hecho de no poder hacer nada para evitar aquella terrible situación.

En ese momento, entró en el salón el doctor MacGregor. Beth no se percató de su presencia porque estaba totalmente inmersa en sus pensamientos, y el mundo había desaparecido para ella.

El doctor se sentó justo al lado de donde ella estaba, dejándose caer sobre un sillón. Fue entonces cuando Beth se sobresaltó, asustada.

—Doctor MacGregor, no sabía que estaba aquí—dijo Beth, todavía alterada.

—No llevo mucho tiempo—respondió el doctor—. ¿Cómo están los Burns?

—Mal, doctor, muy mal. ¿Ha habido suerte con lord Francis? —preguntó Beth, mirándole, esperanzada.

El doctor negó con la cabeza, para desilusión de Beth.

—Nada. No va a retirar el desafío. Y para colmo, *lady* Catherine está encantada—contestó el doctor, molesto.

Beth suspiró, abatida.

—Es terrible. ¿Y es buen tirador lord Francis?

—Tengo entendido que sí.

Beth cerró los ojos y suspiró con pesar.

—Entonces solo queda rezar para que ocurra un milagro.

El doctor MacGregor la miró con tristeza. Se sentía mal por no haber podido hacer nada. Además, volvió a recordar lo que había ocurrido con Evelyn.

Lo cierto es que su ánimo no era el mejor en esos momentos. Se levantó y se dirigió a una repisa, donde había unos vasos y sendas botellas que contenían oporto, *whisky* y brandy. Necesitaba beber algo y despejar su mente de preocupaciones.

—¿Quiere un *whisky*?

Beth lo miró, y pensó que no le vendría mal en esos momentos tomar algo que le ayudara a despreocuparse.

—Sí, por favor—contestó, asintiendo.

A continuación, el doctor llenó un vaso y se lo entregó. Beth tomó un pequeño sorbo, y tosió al notar el hormigueo que la bebida le produjo en su garganta, ya que no estaba acostumbrada.

—¿No va a dormir esta noche? —preguntó el doctor, mirándola.

—No, no podría dormir, doctor. La preocupación es más fuerte que mi cansancio. ¿Y usted?

—Yo debería dormir, porque mañana debo tener fuerzas, pero no tengo

muchas ganas.

—Mañana usted...

—Necesitan un doctor, siempre es necesario tener uno cerca, ocurra lo que ocurra.

A Beth le entró un escalofrío. Pobre Ben, pensó. Si sobrevivía y mataba al rival, tendría que marcharse de allí, huyendo de la justicia. Si moría, Anne y Angus no lo soportarían. Y si solo caía herido, entonces habría esperanza.

—¿Ha asistido a algún duelo antes, doctor?

—Nunca. He tenido la suerte de no tener que hacerlo.

—¿Qué cree que pasará? —inquirió Beth, temerosa.

Él suspiró, abatido.

—No lo sé. Ambos son buenos tiradores. Yo lo que espero es que solo sea una herida. Así se terminaría el duelo, y no habría problemas. Aunque uno de los dos tendría que marcharse por un tiempo.

—¿Y si Ben es el que acierta?

—No se preocupe. Tengo amigos en todas partes. Ellos podrán encontrarle refugio hasta que se calmen las cosas.

A Beth le alivió escuchar eso. Aunque ya sabía que el doctor era alguien extraordinario, que ayudaba a todo el mundo.

A pesar de que aun sufría por su desengaño, no podía dejar de amarlo. De hecho, estaba segura de que nunca podría.

—Gracias, doctor—dijo Beth con emoción en su voz. El doctor asintió en respuesta.

Minutos más tarde, debido al cansancio, y un poco al alcohol, Beth acabó quedándose dormida en uno de los sillones, mientras el doctor permanecía en silencio mirando el crepitar del fuego.

Giró la cabeza y la observó. Se fijó en lo largas que eran sus pestañas, en su piel blanca y suave, y en sus pequeñas y delicadas manos.

El doctor sintió una inmensa ternura al verla allí tumbada, durmiendo plácidamente. Era la inocencia y la bondad personificadas. Un considerable contraste con *lady Evelyn* y *lady Catherine*, dos mujeres superficiales que nunca hacían nada por nadie.

¡Qué ciego había estado durante tantos años!, pensó, enfadado consigo mismo por haber sido tan necio. No obstante, ahora se sentía en cierta manera liberado.

Su corazón ya no tenía ningún pesar, algo que le sorprendió gratamente. No se sentía triste, sino más bien aliviado.

Nunca debió entregarle su corazón a alguien que carecía de él.

Era consciente de que no solo había decepcionado a su tía, sino también a Beth. Su comportamiento aquella primera velada en Manor Hall con ella había sido imperdonable. Entendía perfectamente la distancia que había puesto entre ellos. Era lógico y comprensible.

Sin embargo, a partir de ese momento, trataría de enmendar sus errores. Deseaba con toda su alma recuperar la confianza y el afecto de Beth.

Decidió quedarse allí, junto a ella, velando su sueño. Trajo una manta y se la puso encima, para que no pasara frío. Volvió a su sitio, y la siguió observando durante bastante tiempo, hasta que finalmente se quedó plácidamente dormido.

## CAPÍTULO 24

Eran las seis de la mañana, y ya estaba amaneciendo en Callander. El sol se asomaba tímidamente en el horizonte, mientras los presentes se preparaban para el importante acontecimiento. El duelo tendría lugar junto al río, en un páramo situado a las afueras de la ciudad.

Ben, acompañado de dos de sus mejores amigos, los hermanos McLeod, llegó puntual a la cita.

Lord Francis acudió al encuentro acompañado de lord Langley y su padre, lord Worthfield, que miraron con desprecio a Ben.

Enseguida se unió a ellos el doctor MacGregor, que llegó montado en un carro tirado por su caballo.

Lord Langley fue el encargado de dar las pertinentes instrucciones a los dos contrincantes. Ben y Francis se colocaron frente a frente, dedicándose miradas desafiantes. Lord Langley ordenó que se prepararan, y los dos jóvenes se dieron la espalda, con sus respectivas armas cargadas y listas para disparar. Empezó la cuenta atrás, y ambos caminaron en direcciones opuestas. El doctor sintió un escalofrío mientras presenciaba todo aquello. Estaba aterrado y nervioso, y rezó todo lo que pudo para que Ben no sufriera un terrible destino. Lord Langley terminó de contar, y dio la señal definitiva.

En ese instante, se oyó un disparo. Beth, que estaba aún durmiendo, se despertó de repente. Miró el reloj, totalmente alterada. Eran las seis y cinco. Apartó la manta bruscamente, se levantó y fue hacia la ventana. Enseguida, notó la presencia de la señora Wallace a su espalda. Beth respiraba con dificultad debido a la angustia que oprimía su pecho, y se frotaba las manos, intentando luchar contra el frío que se había apoderado de su cuerpo debido al miedo.

Minutos después, vio llegar el carro del doctor MacGregor. Este estaba junto al joven, que yacía en la parte trasera, mientras uno de los hermanos McLeod dirigía al caballo. Beth comprobó con asombro que Gracie iba también con ellos.

Se dirigió al vestíbulo rápidamente y abrió la puerta de entrada. Al momento, Ben estaba sobre la camilla del gabinete del doctor, respirando con dificultad y sangrando profusamente. Una bala se le había quedado incrustada

en el hombro izquierdo y había que sacarla inmediatamente.

—¡Quiero a todo el mundo fuera de aquí! —ordenó el doctor a todos los allí presentes.

Todos obedecieron y acompañaron a la señora Wallace a una habitación contigua. Justo cuando Beth iba a marcharse, el doctor la detuvo.

—Señorita Arundel, necesito su ayuda. Usted será mi enfermera. —Beth se puso junto a él rápidamente, y esperó instrucciones—. Bien, mantenga la presión sobre la herida con estas vendas, está sangrando mucho y debemos detener la hemorragia. Voy a por el instrumental.

El doctor se apartó de ella, y Beth siguió sus instrucciones al pie de la letra. Presionó las vendas con suavidad sobre la herida, e intentó calmar a Ben, que estaba muy asustado.

—Todo saldrá bien, Ben. Ya lo verás—aseveró, mostrando una tímida sonrisa.

Ben asintió, mirándola con los ojos humedecidos. El joven respiraba de forma agitada y estaba pálido.

El doctor volvió junto a ellos, y colocó el instrumental sobre otra mesa cercana. A continuación, trajo un cuenco y lo puso a los pies de la camilla.

—Bien. Ahora vamos a sacar la bala. Voy a darle a Ben algo para que se quede un poco aturdido y no sienta tanto dolor.

El doctor mojó un paño con un poco de cloroformo, y se lo puso a Ben en el rostro. Una vez le hizo un poco de efecto, empezó a hurgar en la herida.

—Ahora agárrele bien para que no se mueva—le ordenó.

Beth asintió y obedeció, sujetando la cabeza y el brazo del muchacho como mejor pudo. Por suerte, Ben apenas se movió. El doctor encontró la bala rápidamente, y la extrajo con sumo cuidado. Entonces, le pidió a Beth con un gesto de la mano que le acercara el cuenco, donde a continuación depositó la bala. Después limpió la herida, y la cosió.

—Está fuera de peligro, aunque deberá descansar unos cuantos días—aseveró el doctor con un gesto de alivio—. Ya puede ir a darles la buena noticia, señorita Arundel.

Beth asintió, sonriente, sin poder ocultar su alegría, y salió del gabinete. Entró en la sala donde todos esperaban, y allí anunció que Ben estaba fuera de peligro.

Anne y Angus, que habían llegado mientras estaban atendiendo a Ben, se abalanzaron sobre ella y la abrazaron.

Después, entraron a ver a Ben, que aún estaba algo aturdido por el efecto

del cloroformo. Anne lloró, emocionada, y le dio las gracias al doctor por haberlo salvado.

Beth contemplaba la escena, aliviada y feliz. Consideró que al final todo salió bien, al menos para Ben.

Mientras tanto, Gracie estaba de pie a su lado, en silencio. Aún tenía los ojos enrojecidos por el llanto, no obstante, su preocupación ya había desaparecido. Al comprobar que todo se había solucionado, decidió macharse.

—Gracie, ¿adónde vas? —preguntó Beth, mirándola, extrañada.

—Ahora que Ben está a salvo, ya puedo marcharme—contestó Gracie con una tímida sonrisa.

Beth no la detuvo, comprendiendo que quizás necesitaba estar sola después de unos momentos tan difíciles y tensos.

Gracie había estado al lado de Ben cuando más la necesitaba, porque seguía amándolo, aunque su amor no fuera correspondido. Beth solo esperaba que Ben valorara ese gesto, y que Gracie encontrara la felicidad que merecía.

Una vez pasó el efecto del cloroformo, Ben buscó a Gracie con la mirada. Se sintió decepcionado al comprobar que se había ido. Estaba aún impresionado por lo ocurrido.

Cuando la bala impactó en su hombro y cayó al suelo, Gracie llegó hasta él, y no se separó de su lado hasta que entraron en el gabinete del doctor MacGregor.

Aún podía sentir la calidez de su pequeña y delicada mano agarrándole con fuerza, mientras le susurraba al oído lo mucho que le quería. Era un ángel que se había presentado ante él cuando pensaba que iba a morir.

Sabía en el fondo que no merecía su afecto. Había sido desconsiderado y egoísta, y a pesar de ello, Gracie le seguía queriendo.

Esa misma tarde regresó con sus padres a casa, ya un poco más recuperado. Nunca se había sentido tan feliz de regresar a su hogar. Y entonces empezó a pensar en Gracie, en lo cerca que estaba de él, justo en la casa de al lado. Deseaba verla, pero no podía. No ahora.

Esa misma tarde, ya con Ben en su casa recuperándose, el doctor, la señora Wallace y Beth se sentaron a conversar tranquilamente sobre lo sucedido.

—Lord Francis disparó primero, y le hirió. Así que, al caer Ben al suelo, se dio por finalizado el duelo. De repente, no sé de dónde, apareció Gracie, que no se apartó de Ben en ningún momento. Supongo que estaría escondida en

algún sitio—contó el doctor.

—Es una joven muy valiente—afirmó la señora Wallace.

—¿Y qué ocurrirá con lord Francis? —preguntó Beth.

—En estos momentos, estará camino del continente con alguno de los amigos de su padre. Pasará allí una temporada y luego regresará. Aunque no creo que se case con *lady Catherine*. Pronto se sabrá esto en todas partes, y su reputación quedará seriamente dañada—contestó el doctor MacGregor.

—¡Pues que se fastidie! Lo importante es que todo ha salido bien para los Burns. Ben está vivo y puede contarle; con eso me basta—sentenció la señora Wallace.

—Sí, eso es lo más importante—aseveró Beth.

Al día siguiente, el doctor MacGregor, la señora Wallace y Beth fueron a casa de los Burns a visitar a Ben, que estaba sentado en una de las sillas del salón, mostrándose jovial y animado, como siempre. El doctor examinó la herida, y comprobó que tenía buen aspecto.

En un momento dado, mientras todos charlaban animadamente en el salón, Ben salió al jardín.

Más tarde, Beth fue a buscarlo para despedirse de él antes de volver a Taigh Abhainn. El joven estaba agachado, recogiendo unas flores silvestres que habían crecido justo al lado del muro que separaba su casa de la de Gracie.

—¿Qué haces? —preguntó Beth.

Ben se giró, y la miró.

—Estoy cogiendo unas flores.

—¿Y para quién son?

Ben sonrió tímidamente.

—Para Gracie.

Beth se sorprendió ante la respuesta.

—Vaya, es toda una sorpresa. Pero ¿no se suponía que amabas a *lady Catherine*? —inquirió Beth, alzando una ceja.

Ben se incorporó y suspiró con resignación.

—Eso creía yo, pero he descubierto que no es así—aseveró—. Mi padre me dijo hace tiempo que, a veces, no apreciamos las cosas que tenemos cerca, y que nos damos cuenta de lo importantes que son para nosotros cuando sabemos que podemos perderlas.

Beth asintió, pensativa.

—Sabias palabras.

—Sí, desde luego. —Hizo una breve pausa, y dijo—: Verás, he llegado a la conclusión de que idealicé a *lady* Catherine. Pensaba que ella era lo que siempre había buscado. Sin embargo, después de lo que ha sucedido, me he dado cuenta de que no es así, porque la mujer de mis sueños siempre ha estado a mi lado.

—¿Y casi haces que te maten para llegar a esa conclusión?

—Sí, lo sé. He sido un estúpido—respondió, un poco avergonzado.

Beth sonrió con ternura, mientras él se rascaba la nuca, nervioso.

—¿Crees que Gracie me perdonará?

Beth se encogió de hombros.

—No veo porque no, pero deberás darle tiempo, y, sobre todo, conquistarla como es debido.

Ben sonrió con picardía.

—Bueno, dicen que mi sonrisa es irresistible.

Beth se rio y negó con la cabeza.

—No tienes remedio.

Tras despedirse, Beth, la señora Wallace y el doctor MacGregor regresaron a Taigh Abhainn con la agradable sensación de que las aguas volvían a su cauce.



Finalmente, la calma regresó a Taigh Abhainn. Beth recuperó el buen ánimo, y ya no evitaba al doctor MacGregor. Había aceptado que él nunca la amaría, aunque eso no quería decir que no pudieran ser buenos amigos.

Sabía a ciencia cierta que el doctor no había regresado a Manor Hall, algo que no le extrañó. Pensó que quizás era más prudente alejarse de *lady* Horsham durante un tiempo, después de lo sucedido entre Ben y lord Francis.

Se enteró en su última visita a casa de los Burns de que Ben y Gracie estaban juntos y muy enamorados. Anne le comentó, feliz, que seguramente en unos meses habría boda.

En uno de aquellos días, Beth estaba sentada en la biblioteca dibujando. Su señora descansaba en sus aposentos, y el doctor MacGregor había salido a visitar a varios pacientes, así que estaba completamente sola, disfrutando de un poco de tiempo libre. En ese momento, una de las sirvientas le informó que tenía una visita.

—¿De quién se trata? —preguntó Beth, extrañada, pues no esperaba a nadie.

—Es un caballero, señorita Arundel, pero no ha querido darme su nombre. Dice que es un viejo amigo de usted. Está esperando en el salón—contestó la sirvienta, un poco turbada.

Beth se levantó y salió de la estancia, decidida a desvelar el misterio. Cuando entró en el salón y comprobó quién era el visitante, el miedo se apoderó de ella, y paralizó todos los músculos de su cuerpo.

Lord Marcus Langley observaba el cuadro que había encima de la chimenea con las manos cruzadas detrás de la espalda. Se trataba del retrato que ella había hecho del doctor.

—Creo que en este cuadro ha mejorado notablemente—comentó con sorna.

—¿En qué puedo ayudarle, lord Langley? —preguntó Beth con toda la calma que pudo.

Él se dio la vuelta y la miró, dibujando en su rostro una sonrisa siniestra. En ese instante, Beth sintió un escalofrío.

—¡Oh, *lady* Beth! ¿Por qué trata con tanta formalidad a un viejo amigo? Beth frunció el ceño, indignada.

—¿Amigo? ¿Desde cuándo somos amigos?

Lord Langley se rio.

—Veo que apenas has cambiado; sigues siendo una insolente. —Entonces, la miró de arriba abajo—. Aunque debo reconocer que has mejorado, ahora eres muy atractiva. Cuando te vi aquella noche en Manor Hall, me quedé sin palabras—aseveró con lascivia.

Beth cerró los ojos y los abrió de nuevo, intentando mantener la calma.

—¿Qué quiere?

Él empezó a pasearse por la sala, dando vueltas a su alrededor.

—Imagínate la sorpresa que me llevé al verte en Manor Hall. Pensábamos que estabas muerta ¿sabes? Eso es lo que le dije tu padre a todo el mundo. Pero no, aquí estás. Vivita y coleando. Y trabajando como doncella, nada menos—comentó, riendo con malicia—. ¿Saben el doctor MacGregor y la señora Wallace de quién eres hija?

Beth tragó saliva, nerviosa, y no contestó.

—Eso quiere decir que no. Bueno, no me sorprende, siempre fue usted una embustera, *lady* Beth—afirmó él, encogiéndose de hombros.

Al escuchar esas palabras, Beth apretó los puños y la mandíbula, furiosa.

—No soy una embustera.

Lord Langley abrió los ojos de par en par, incrédulo.

—¿Ah no? ¿Saben que eres *lady* Beth Arundel, la hija mayor del barón de Ascot y nieta del vizconde de Grove? ¿Saben que tu hermanastra se casó con el que era tu prometido, lord Branwell Dickinson? ¿Saben que tu padre sigue vivo? —inquirió, desafiante.

Beth negó con la cabeza, cerrando los ojos, mientras su respiración se agitaba debido a la tensión.

—No, no lo saben—respondió, abatida.

Lord Langley sonrió con satisfacción.

—Bueno, no te preocupes. No les diré nada, si te portas bien—aseveró, colocándose delante de ella.

Beth se estremeció al escuchar ese último comentario. A continuación, él se acercó lentamente a ella, mirándola como un lobo que acecha a su presa.

Beth retrocedió hasta que su espalda chocó con la pared. Entonces, lord Langley se abalanzó sobre ella, y la atrapó entre sus brazos.

—¿Sabes que te has convertido en una mujer realmente atractiva, Beth? No tanto como Rose, pero desde luego, aquella noche estabas... Deliciosa—le susurró al oído con lascivia.

Beth se revolvió, desesperada, intentando liberarse.

—¡Apártate de mí! —gritó.

—Vamos, Beth, no soy tan malo. Sí, es verdad que entre todos te dimos una paliza aquella vez, pero eran cosas de niños. Ahora es distinto. Vamos, Rose es mucho más diligente que tú.

Beth abrió mucho los ojos, aterrada.

—¿Rose? ¿Sois amantes?

Él se rio.

—Querida, Rose y yo nos entendemos a la perfección. Aunque me temo que no he sido el único.

Beth pensó en Branwell, y se compadeció de él. De repente, lord Langley la agarró el rostro e intentó besarla, pero ella se resistió. Él la sujetó con más fuerza, y le gritó, furioso:

—¡Estate quieta! ¡Eres mía, Beth, completamente mía! ¡Y no puedes escapar de mí!

Cuando Beth creía que todo estaba perdido, sintió otra presencia en la estancia. En ese momento, alguien apartó a lord Langley de ella.

El doctor MacGregor lo agarró por el cuello de la camisa, y lo empujó

contra la pared. Lord Langley lo miró, desconcertado.

—Así que, abusando de alguien más débil ¿verdad, Langley? Oye, ya que dices que son cosas de niños, ¿qué tal si llamo a mis amigos y te pegamos una paliza a ti? A lo mejor te viene bien que te partamos la cara—dijo el doctor, apretando la mandíbula, desafiante.

Lord Langley empezó a balbucear, muerto de miedo.

—No... No será necesario, doctor. Ya... Ya me basta con su advertencia.

El doctor no lo dejó ir y lo agarró con más fuerza.

—Eso no me satisface—le advirtió, furioso.

Beth observó, sorprendida, que lord Langley estaba a punto de llorar. Ahora no era nadie frente a la fuerza del doctor MacGregor. A pesar del miedo y la angustia, decidió que había sido suficiente.

Además, sabía que, si el doctor le hacía daño a lord Langley, estaría en problemas, porque este estaba en una posición social privilegiada, y tendría a las autoridades de su parte.

Justo cuando el doctor estaba a punto de pegarle un puñetazo, Beth le detuvo, agarrándole por el antebrazo.

—¡Doctor! No es necesario—le dijo con la voz entrecortada.

El doctor la miró, incrédulo.

—Beth, no puedo dejar que se vaya. ¡Ha intentado abusar de ti!

Beth negó con la cabeza.

—Por favor, no quiero que se meta en problemas por mí. Además, lord Langley no volverá a acercarse a mí, ¿verdad que no? —preguntó ella, lanzándole una mirada de advertencia.

Lord Langley negó enérgicamente con la cabeza.

—No, por supuesto que no. De hecho, te pido mil perdones. No volveré a acercarme a ti. ¡Lo juro! —respondió, aterrorizado.

El doctor MacGregor suspiró, exasperado, y finalmente le dejó caer al suelo. Lord Langley se levantó apresuradamente y salió corriendo hacia la puerta. Pero antes de irse, el doctor le habló:

—Te lo advierto, Langley; como tenga noticia de que te has acercado a ella, no tendré piedad.

Lord Langley tragó saliva, asintió y corrió como alma que lleva el diablo hasta salir de Taigh Abhainn.

Una vez se quedaron a solas, Beth respiró, aliviada.

—¿Se encuentra bien? —inquirió el doctor, agarrándola por los hombros, y examinándola con la mirada.

—Sí, doctor. Gracias a usted no ha ocurrido nada grave—respondió, con una sonrisa de agradecimiento.

El doctor se sintió más tranquilo ante su respuesta, y la soltó. No obstante, enseguida su gesto se tornó severo.

—Bien, creo que tiene muchas cosas que contarme, señorita Arundel. ¿O debo decir, *lady* Beth Arundel? —preguntó, cruzando los brazos sobre su pecho y alzando una ceja.

En ese instante, Beth comprendió que había llegado el momento de contar toda la verdad.

## CAPÍTULO 25

—¿¡La hija del barón de Ascot!? ¿¡Nieta de un vizconde!? ¡Dios santo, Beth! Me dejas sin palabras, muchacha—dijo la señora Wallace con cara de asombro—. ¿Por qué no nos dijiste nada?

Beth se mordió el labio inferior, nerviosa.

—Lo siento, señora Wallace, pero, es que...Verá, no tengo relación con mi familia desde hace años. Como le he contado, los años que viví con ellos fueron terribles, y preferí empezar una nueva vida. Por eso nunca hablo de mi familia.

El doctor MacGregor la observó, pensativo, y se abstuvo de decir nada en ese momento. Estaba intentando asimilar todo lo que Beth había contado. Ahora le encajaban muchas piezas de ese puzle lleno de enigmas que era Beth Arundel.

La señora Wallace, a pesar de su malestar por el hecho de que su doncella le hubiera ocultado su pasado, consideró que tal vez ella hubiera hecho lo mismo en su lugar. Una familia que te maltrata y a la que no le importas, no merece ese nombre.

—Entonces, Anne es...—dijo la señora Wallace.

—Era la doncella de mi madre. Anne estuvo al servicio de mis abuelos maternos, y cuando mi madre se casó, se fue con ella a Ascot Park. Cuando aún vivía allí, conocí a Angus. Para mí, ellos son mi verdadera familia—aseveró.

Beth estaba inquieta en esos momentos. Pensaba que su mentira le costaría el empleo, y por eso, decidió hacer un último alegato en su defensa.

—Señora Wallace, doctor MacGregor, mi intención nunca fue mentirles. Aquí soy plenamente feliz porque he encontrado un lugar donde la gente me respeta y me demuestra afecto. No quise hablar de mi pasado para no abrir heridas que ya están cicatrizadas. Nunca quise formar parte de los Arundel, ni de su estilo de vida. Ellos no me quieren. De hecho, para ellos estoy muerta. Y eso es lo mejor que me podía pasar. Deseo quedarme en Taigh Abhainn, porque ya lo considero mi hogar. Y si está pensando en echarme, le pido por favor que reconsidere su decisión, señora Wallace.

El doctor MacGregor y la señora Wallace se miraron, y empezaron a

reírse. Beth entonces se quedó desconcertada, observándoles cómo si se hubieran vuelto locos de repente.

—¿Echarte? Esa idea no se me ha pasado por la cabeza en ningún momento, querida. —Beth sonrió, aliviada—. Eres una mujer trabajadora, dispuesta, educada, inteligente y gentil. Es difícil encontrar a alguien así en este mundo. Así que no te preocupes; tu sitio está aquí, en Taigh Abhainn. Pero debo imponerte una condición. —Beth entonces se puso seria—. Que, a partir de ahora, seas sincera con nosotros, y si hay algo que te angustie, nos lo cuentes, ¿de acuerdo?

El doctor MacGregor sonrió al igual que Beth, que asintió enérgicamente. A continuación, saltándose toda etiqueta y protocolo, abrazó a la señora Wallace, que recibió el gesto con alegría.

Horas más tarde, después de la cena, Beth y el doctor MacGregor tuvieron ocasión de quedarse a solas en el salón.

—¿Por qué no me lo contó antes, Beth? Se supone que tenemos cierto nivel de confianza—dijo el doctor, intentando no mostrarse molesto.

Beth suspiró.

—Porque para mí era difícil hablar de ello.

—Espero que de ahora en adelante no me ocultes más cosas. Me enfadaría mucho, la verdad.

—Descuide, ya no hay nada más que contar—aseveró.

—¿Sabe? Ahora la admiro incluso más que antes.

Beth lo miró, desconcertada.

—¿Por qué, doctor?

—Por aguantar todos esos golpes que la vida le ha dado de forma tan estoica y sin rencor. Es difícil sobrevivir a algo así, no todo el mundo lo consigue. ¿Se acuerda mucho de ellos? —inquirió con interés.

Beth negó con la cabeza.

—No, doctor. Nunca tuve buenos recuerdos de mi padre. De hecho, no merece ese calificativo. Sin embargo, me acuerdo mucho de mi madre. Era una mujer extraordinaria. A pesar del tiempo transcurrido, sigue muy presente en mis pensamientos.

—Así que lord Branwell se casó con su hermanastra. Eso es terrible. Una traición en toda regla. ¿Y conserva un buen recuerdo de él?

Beth consideró la respuesta un momento.

—Branwell fue mi primer amor, y ya sabe que eso nunca se olvida—

afirmó, mirándole—. A pesar de todo el daño que me hizo, aún guardo recuerdos felices del poco tiempo que estuvimos juntos. Por eso, creo que en el fondo siempre le apreciaré de alguna forma.

—Así que la llama no se ha extinguido—comentó el doctor, casi para sí mismo.

Beth negó con la cabeza.

—La llama ya no existe, se lo aseguro. No después de lo que hizo. Aunque lo cierto es que le perdoné hace tiempo.

El doctor se sintió aliviado al oír eso, y sin dejar de mirarla, dijo:

—Él no merecía a alguien con un corazón tan noble como el suyo.

Beth sonrió ante el halago.

—Gracias, doctor. Y gracias por salvarme. Bueno, por todo.

Él asintió, y se puso más serio al recordar lo ocurrido con Langley.

—Créame si le digo que me ardió la sangre al verla en esa situación. Gustoso le hubiera dado una paliza a ese desgraciado.

Beth suspiró, y decidió cambiar de tema, intentando borrar ese amargo recuerdo.

—¿Y cómo van las cosas con *lady* Horsham? —se atrevió a preguntar, mirándolo de reojo.

—Esa historia terminó hace unas semanas, justo antes del duelo.

Beth se quedó perpleja ante semejante revelación.

—Lo siento, doctor.

Él se rio.

—Lo dice como si se hubiera muerto alguien.

Beth se sintió un poco apurada.

—Bueno, es que cuando un amor termina, es parecido a una muerte ¿no?

—Debo confesarle que no me dolió poner fin a esa historia. Fue algo necesario, casi natural. Me di cuenta de que yo ya no era el mismo, y descubrí aspectos de su carácter que no tenían nada que ver con el concepto que tenía de ella. Al final, nuestras diferencias nos separaron. No deseo estar con alguien que desprecia a los demás solo porque no pertenecen a su misma clase social—afirmó, tajante—. Y ahora es usted libre de echarme un sermón como hizo mi tía en su momento—comentó, divertido.

Beth sonrió tímidamente.

—No, doctor, no soy quien. Me conformo con saber si esa decisión le ha traído paz.

Él asintió.

—Sí, sin duda. La única pena que tengo es haber perdido tantos años amando a alguien que no lo merecía. Y, además, me temo que he hecho daño a alguien a quien realmente aprecio. —Entonces, la miró fijamente— ¿Cree que podré redimirme?

Beth se puso nerviosa ante la intensidad de su mirada. Esos ojos azules se clavaban en los suyos con fuerza y determinación, pero no supo leer entre líneas. ¿A quién se refería? ¿A ella? Prefería no hacerse ilusiones.

—Estoy segura de que sí, doctor—contestó con toda la calma que pudo. Decidió entonces que era mejor irse a descansar después de un día lleno de emociones. Se levantó y dijo—: Me voy a descansar. Buenas noches, doctor.

—Buenas noches—respondió él, sin dejar de mirarla.

Beth se marchó del salón y se dirigió a su cuarto con su corazón latiendo desbocado.

Aquella noche durmió plácidamente, como no había hecho en mucho tiempo. Había sido un día lleno de revelaciones. Sentía que se había quitado un peso de encima tras contar la verdad de su pasado, y la angustia por guardar en secreto esa información se había desvanecido.

Por otro lado, aunque le había alegrado saber que el doctor MacGregor no volvería a verse con *lady* Horsham, tomó la determinación de intentar contener la ilusión y la esperanza. Se conformaría con vivir a su lado, disfrutando de su compañía, que la hacía tan dichosa.

Días después, Beth se enteró de que Manor Hall volvía a estar desocupada, y se rumoreaba que seguramente lord Cardigan iba a ponerla en venta. La rutina volvió a Taigh Abhainn, y los días transcurrían tranquilos, sin sobresaltos.

La única noticia que rompió la monotonía fue el anuncio del compromiso de Ben y Gracie, que se casarían en unos meses en Callander. La feliz pareja se lo había hecho saber a Beth en una de sus visitas a casa de los Burns. La buena nueva fue recibida con alegría y júbilo, como era menester.

Beth no podía estar más contenta. Ahora por fin sabía lo que era una vida libre de problemas y aflicciones. Sin embargo, no intuía la tormenta que se avecinaba.



*Lady* Melinda Avery observaba el hermoso paisaje que rodeaba

Callander con deleite. A pesar de que el cielo estaba nublado, la luz plateada que iluminaba aquel entorno daba al lugar un aire casi místico. Parecía el escenario de uno de aquellos cuentos que Beth le contaba en la escuela.

Melinda no viajaba sola. Iba acompañada de su doncella, Frances, y de su cochero, Cox, que le indicó que estaban a punto de llegar a su destino.

Como no sabía dónde estaba exactamente Taigh Abhainn, decidió preguntar a un caballero que pasaba por una de las calles principales de la ciudad, donde Cox había detenido el carruaje. Sin bajarse del mismo, Melinda llamó al caballero, que no era otro que el doctor MacGregor.

—Disculpe, caballero, estamos buscando Taigh Abhainn. ¿Sabría indicarnos dónde está? —preguntó Melinda, amablemente.

El doctor MacGregor sonrió.

—Sí, lo conozco. ¿Por qué quiere ir allí? —inquirió con interés.

—Voy a visitar a una vieja amiga, la señorita Arundel—respondió Melinda.

El doctor la observó con detenimiento. Por su acento dedujo que aquella mujer era inglesa. Además, su rostro le resultaba familiar, como si la hubiera visto en alguna parte.

—Permítame presentarme. Soy el doctor MacGregor, no sé si la señorita Arundel le ha hablado de mí.

Melinda abrió los ojos de par en par, sorprendida por su buena suerte.

—¡Claro que sí! ¡Oh, qué maravilla! Usted es la primera persona a la que pregunto, y mire qué extraordinaria casualidad—afirmó, sonriente—. Soy *lady* Melinda Avery.

—Encantado de conocerla en persona, *milady*. Lo cierto es que he oído hablar mucho de usted. Precisamente, ahora mismo me dirigía a Taigh Abhainn. Si quiere, pueden seguirme.

—¡Por supuesto, doctor! No sabe cuánto se lo agradezco.

El doctor subió a su caballo, y empezó a cabalgar despacio delante del carruaje, que lo seguía de cerca.

En poco tiempo, llegaron a Taigh Abhainn, y enseguida una sirvienta condujo a Melinda hasta la biblioteca. Beth se reunió con ella minutos después. Ambas, emocionadas, se abrazaron, alegres y sonrientes. A continuación, se separaron, sin soltarse las manos, y Melinda miró a Beth de arriba abajo.

—Tienes un aspecto maravilloso, Beth. Aunque no me extraña—comentó Melinda, guiñándole un ojo.

Beth frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, después de conocer al doctor en persona, ahora entiendo por qué no quieres irte de aquí—contestó, sonriendo con picardía.

Beth puso los ojos en blanco, y negó con la cabeza. Melinda nunca cambiaría en ciertos aspectos, pensó.

Una sirvienta les trajo té, y Beth sirvió dos tazas. Una vez a solas, y ya acomodadas en uno de los sofás de la estancia, Melinda puso gesto serio, y dijo:

—Me temo que mi visita no es por algo bueno. Tengo noticias de Ascot Park. Sé que podría habértelo dicho por carta, pero creí que era más considerado decírtelo en persona.

Beth se puso tensa, y de repente, tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué ocurre, Melinda?

Melinda respiró hondo.

—Rose falleció hace tres semanas. Fue durante una fiesta campestre, en casa de lord Hightower. Estaba cabalgando y se cayó del caballo. Se partió el cuello, y murió al instante—explicó con toda la delicadeza que pudo.

Beth se quedó sin palabras. Estaba totalmente perpleja. No podía creerse lo que Melinda le estaba contando. Se llevó una mano al pecho y agachó la mirada.

Inmediatamente pensó en Branwell, pero también en su padre y su madrastra. Debían estar destrozados por la muerte de su querida y adorada Rose, a la que amaban con toda su alma.

—Dios mío, es horrible. —Consiguió decir. Entonces, miró a Melinda—  
¿Y Branwell?

Melinda suspiró.

—Teniendo en cuenta que su matrimonio llevaba roto mucho tiempo, no está llevando el asunto demasiado mal. De hecho, y sé que no es correcto decirlo, creo que siente cierto alivio ante la muerte de Rose.

Beth no dijo nada. En ese instante, se sentía completamente abrumada por todo lo que su amiga le había contado, y estaba tratando de asimilarlo.

—Pero hay más—aseveró Melinda—. Vivian ha perdido el juicio. Ya lo noté el día del funeral. Dice el médico que la muerte de su hija le ha causado tal dolor, que no cree que vuelva a ser la misma. Deambula por la casa, llama a Rose, y a veces incluso te nombra a ti, como si aún fuerais dos niñas; entonces se da cuenta de que Rose no está, y empieza a gritar y a llorar

desconsoladamente.

Beth no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Y mi padre?

—Tu padre ha enfermado, Beth. Cogió una gripe el día del funeral, y ha empeorado. Vengo a comunicarte que no le queda mucho tiempo.

—¿Por qué no me contaste esto antes? —preguntó Beth, desconcertada.

—Porque no quería que volvieras a sufrir, y tener que verlos. De hecho, si no hubiera hecho tu padre esa petición, yo no te habría dicho nada hasta mucho tiempo después.

Beth frunció el ceño.

—¿Qué petición?

Melinda respiró hondo de nuevo.

—Quiere verte, Beth. Quiere verte antes de morir, y hablar contigo. Branwell me lo dijo hace unos días. Me pidió que le diera tu dirección para escribirte, no obstante, me negué. Así que me pidió que te contara lo que estaba ocurriendo, y que te convenciera para que vinieras conmigo a Ascot Park. Ya sé que lo que voy a decir está mal, pero no tienes que venir si no quieres. Se merece tu desprecio, incluso en su lecho de muerte.

Beth consideró el asunto durante unos instantes. Ese hombre que hizo de la vida de su madre un infierno, y que casi arruina su existencia por completo, ahora le pedía que acudiera a su lecho de muerte. Seguramente deseaba poner las cosas en su sitio ante Dios, para evitar ir al infierno.

Recordó el miedo que sentía cada día cuando vivía en Ascot Park. Los desprecios, los gritos, el abandono. Sin embargo, ahora todo era distinto. Ella ya no tenía nada que temer.

No era capaz de imaginarse a su madrastra, una mujer cruel, altiva y despreciable, perdiendo el control de sus emociones, y delirando por su hija fallecida. La hermosa Rose, esa mujer que le robó su ilusión, y que siempre la odió, ya no estaba. Tomó entonces una decisión, de la cual no sabía si iba a arrepentirse.

—Iré a Ascot Park—dijo, decidida.

—No tienes por qué venir, Beth—insistió su amiga.

—Debo hacerlo. No tengo tanto rencor como para negarle a un moribundo su último deseo—zanjó Beth— ¿Cuándo partimos?

Melinda se quedó sorprendida ante la determinación de su amiga.

—Mañana mismo si puedes.

Entonces, Beth se levantó.

—Muy bien, acompáñame, voy a darle la noticia a la señora Wallace.

Las dos se reunieron en el salón con el doctor MacGregor, que había estado dando vueltas por la estancia como un animal enjaulado, y con la señora Wallace, que se moría de la impaciencia ante tanto misterio.

Cuando Beth les contó sus planes, el doctor MacGregor se mostró serio, tratando de disimular su disconformidad. Consideraba que lord Arundel no merecía la consideración de su hija, a la que siempre había despreciado. Sin embargo, no compartió ese pensamiento con nadie.

En cambio, la señora Wallace se mostró comprensiva con la situación.

—Tómate el tiempo necesario; aquí te estaremos esperando, Beth. Por cierto, *lady Avery*, si lo desea puede quedarse en Taigh Abhainn, hay una habitación de invitados disponible.

Melinda sonrió.

—Muchas gracias, señora Wallace. Acepto su invitación encantada.

Por la noche, Beth se sentó a cenar con la familia, algo totalmente inusual. Sin embargo, el momento era excepcional. Durante la velada, el doctor MacGregor mantuvo una distendida conversación con Melinda, lo que permitió que ambos se conocieran más.

Una vez se quedaron a solas, Melinda compartió con Beth su opinión sobre el doctor MacGregor.

—Beth, es un hombre encantador. ¡Qué suerte tienes! —comentó, emocionada.

Beth puso los ojos en blanco, y aclaró:

—No hay nada entre nosotros.

—Bueno, ya lo habrá. Tengo la impresión de que le gustas—afirmó, convencida.

—¡Tonterías! Creo que lees demasiadas novelas de amor.

Su amiga se rio.

—Supongo que sí.

De repente, Melinda se puso seria.

—¿Estás nerviosa? —preguntó.

Beth suspiró.

—Un poco.

—Lo comprendo. Verás a Branwell después de muchos años, y eso no será fácil. Te advierto que su aspecto ha cambiado mucho. Está muy desmejorado.

Beth dibujó una tímida sonrisa.

—Ya no le amo, Melinda. Pero, a pesar de lo que me hizo, aún siento cierto aprecio por él.

—Lo sé, aunque no lo merezca. No te inquietes, yo estaré a tu lado en Ascot Park, no pienso dejarte sola ni un minuto—aseguró Melinda, agarrándole la mano.

—Te lo agradezco. Pero ¿no te echará de menos el capitán Chambers? —preguntó Beth alzando una ceja.

Melinda sonrió con picardía.

—Apenas tenemos tiempo de echarnos de menos.

Ambas rieron, y minutos después, se fueron a dormir. Les esperaban muchos días de viaje, y debían descansar, aunque Beth apenas pudo. La idea de volver a Ascot Park la inquietaba. No obstante, había decidido ir.

Se preguntaba si habría cambiado mucho el lugar después de tantos años. Solo esperaba que Anne no se enfadara con ella por su repentina decisión. Cuando regresara, le explicaría todo debidamente.

Esa noche el doctor tampoco pudo dormir. Ahora sabía que el antiguo amor de Beth estaba libre de cualquier compromiso, y cabía la posibilidad de que retomaran aquella historia de amor interrumpida. Quizás las llamas volvieran a avivarse, o tal vez no. Eso no podía saberlo. Solo esperaba que Beth fuera más inteligente que él, y no cayera en la misma trampa.

Por fin, se había dado cuenta de lo que realmente sentía por ella. Las dudas habían desaparecido, dando paso a una verdad que hasta ese momento se había resistido a admitir.

Beth era la dueña absoluta de su corazón, y deseaba pasar el resto de su vida a su lado.

Sin embargo, no estaba seguro de que sus sentimientos fueran correspondidos, y el miedo al rechazo le impedía contarle lo que sentía por ella. Se rio ante este pensamiento.

Él, que era un conquistador nato, estaba aterrado ante la idea de confesarle a la mujer que amaba sus sentimientos. Finalmente, consiguió dormirse y soñó con Beth.

Al día siguiente, la señora Wallace y el doctor MacGregor salieron a despedirse de ellas. Ya había amanecido y todo estaba preparado para el viaje.

—Escríbenos en cuanto llegues para saber que todo va bien. Y no te preocupes; soluciona tus asuntos y tómate el tiempo que necesites—dijo la

señora Wallace.

—Así lo haré, señora Wallace, y gracias por todo—respondió Beth.

El doctor las ayudó a subir al carruaje. Cuando Beth tocó su mano, su corazón latió velozmente, y una terrible sensación de tristeza la invadió ante la inminente despedida.

Una vez entró en el carruaje y el doctor cerró la puerta, este puso su mano encima de la suya, que estaba apoyada en el marco de la ventanilla. Entonces, el doctor la miró a los ojos y dijo:

—Recuerda que esta es tu casa, Beth. No lo olvides.

Beth asintió, emocionada.

—Sí, doctor. No lo olvidaré. Volveré lo antes posible, se lo prometo—aseveró.

Finalmente, el carruaje emprendió el viaje. Beth respiró hondo, y Melinda le dio una palmadita en su mano.

—Todo irá bien—afirmó su amiga, intentando calmarla.

Beth dejó atrás Taigh Abhainn, su hogar, al que pensaba volver en cuanto todo se hubiera acabado en Ascot Park.

Aún sentía en su mano la calidez del tacto del doctor MacGregor, y recordó su mirada azul clavada en sus pupilas. Le amaba ahora más que antes. Sin embargo, guardaría sus sentimientos en su corazón, como había hecho hasta ahora, y se conformaría con tener su amistad y su aprecio.

## CAPÍTULO 26

*Ascot Park, días más tarde...*

La mansión del barón de Ascot se presentaba ante ella como un gigante de piedra envejecido y desolado. La casa estaba casi en ruinas, reflejando perfectamente la situación financiera de su dueño.

Melinda le había contado detalles importantes sobre el estado actual de la propiedad. Ascot Park estaba en manos de los acreedores y pronto saldría a subasta. Se había llegado a esto, debido a la descuidada administración de las finanzas.

Los Arundel no se privaban de nada, a pesar de que sus arcas estaban prácticamente vacías, y tampoco intentaban encontrar una solución que mejorara su situación.

Su administrador de toda la vida, el señor Beckett, harto de que lord Arundel desoyera sus advertencias, tomó la decisión de dimitir. Sin embargo, Branwell le convenció para que cambiara de idea.

—Melinda, Branwell y Rose nunca llegaron a tener hijos, ¿cierto? —inquirió Beth con curiosidad.

Su amiga negó con la cabeza.

—No, Rose no quería. De hecho, tengo entendido que las relaciones entre ellos cesaron hace años. No sé si Branwell ha tenido amantes, supongo que sí. Pero con seguridad afirmo que Rose sí los tuvo. Sin duda, fue un matrimonio desastroso en todos los aspectos.

Beth sintió pena por Branwell. Aún recordaba con suma claridad la última vez que se vieron. Él, semidesnudo, después de yacer con Rose, desesperado y atormentado, confesándole que se había enamorado de otra que no era ella. Sin embargo, las circunstancias eran muy distintas ahora.

Llamaron a la puerta de la vieja mansión, y les abrió uno de los pocos sirvientes que aún trabajaba allí. Casi todos habían abandonado la casa debido a los retrasos en los pagos de sus salarios.

El sirviente era un muchacho joven y alto al cual Beth nunca había visto. Melinda hizo las pertinentes presentaciones, y el joven sirviente las condujo al salón, donde esperarían a Branwell, que se había instalado en Ascot Park

temporalmente.

Beth observó el estado del salón. Había humedades en algunas partes de las paredes, y los muebles tenían algo de polvo. Melinda, viendo que examinaba la estancia, explicó:

—Los dos sirvientes que tienen no dan abasto con todo. Esta casa necesita más personal de servicio para que todo esté en orden.

—¿Cuándo saldrá la casa a subasta?

—Branwell ha conseguido ganar tiempo, y esperarán a que tu padre fallezca. Después, tengo entendido que internará a tu madrastra en un asilo<sup>[6]</sup>. Allí estará mejor atendida.

Beth miró a Melinda, pensativa.

—¿Quién cuida de mi padre y de ella ahora?

—Branwell contrató a una enfermera que se hace cargo de tu madrastra, mientras los sirvientes se turnan para atender a tu padre durante el día. Branwell se queda con él por las noches.

Beth siguió paseándose por la estancia. La última vez que estuvo allí vio algún que otro signo de deterioro, pero ahora era demasiado evidente. Quien la comprara, necesitaría llevar a cabo una reforma considerable.

Recordaba lo mucho que su madre cuidaba de esa casa. Siempre estaba pendiente de todo, y gracias a ella, Ascot Park vivió tiempos mejores. Aunque ese lugar le traía terribles recuerdos, le daba pena ver el estado en el que se encontraba.

De repente, alguien abrió la puerta del salón. Era Branwell. Beth se quedó perpleja al verlo. Tenía un aspecto muy distinto al del pasado. Como le contó Melinda, los problemas y las dificultades habían hecho mella en su físico.

Su rostro estaba un tanto demacrado, debido a unas sombras oscuras que podían verse justo debajo de sus ojos, y que contrastaban visiblemente con su tez pálida. Esa mirada azul que la enamoró años atrás había perdido por completo su luminosidad. Lo único que conservaba intacto era su sedoso cabello rubio.

Él, al verla, sonrió ampliamente. Entonces, se dirigió a Beth directamente, ignorando la presencia de Melinda. Cuando llegó hasta ella, la agarró por los hombros y la abrazó.

—¡Beth, has venido! ¡Qué alegría verte! —exclamó, emocionado.

Beth se quedó quieta, intentando mantener la compostura. En ese momento, la Beth de dieciséis años dio saltos de alegría dentro de ella.

Recordaba la calidez de aquellos brazos, y la dicha que le producía estar cerca de Branwell.

Él se apartó, sin dejar de agarrarla por los hombros, y la miró de arriba abajo, fascinado.

—Tienes un aspecto magnífico. Estás preciosa, Beth.

Ella se sintió un tanto abrumada por la cercanía de Branwell.

—Gracias—respondió con timidez.

En ese momento, Melinda, algo molesta, emitió un sonoro carraspeo, mientras ponía sus brazos en jarras. Branwell salió entonces de su ensimismamiento y saludó a su prima.

—¡Oh, Melinda! Perdona, no te había visto—dijo, un poco apurado.

Su prima alzó una ceja.

—Ya veo.

Se saludaron dándose un beso en la mejilla, y Branwell pidió al único sirviente disponible que les sirviera un té. A continuación, los tres se sentaron en los sillones que había en la estancia.

Melinda se sentó junto a Beth, y Branwell se acomodó en un sillón frente a ellas. Este no dejaba de observar a Beth, embobado.

Estaba impresionado por el buen aspecto que lucía la que una vez fue su prometida. Llevaba años queriendo recuperar el contacto con ella, sin éxito. Melinda, la única persona que sabía dónde encontrarla, se negó a facilitarle la información, hasta que ya no quedó más remedio que forzar el encuentro, debido a las circunstancias.

Beth se mostraba serena, y tenía un brillo en la mirada que denotaba que su vida era plena y feliz. Al contrario que la suya, un infierno en la Tierra.

—Lamento mucho la muerte de Rose, Branwell. Te doy mi más sentido pésame—dijo Beth, con toda la delicadeza que pudo.

—Gracias—respondió.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó ella.

—Hoy está en un día bueno, quiere verte cuanto antes.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que no le queda mucho tiempo. Sus pulmones están muy mal, a veces incluso le cuesta respirar.

—Entiendo—respondió Beth, pensativa—. ¿Y mi madrastra?

Branwell suspiró con resignación.

—Cada día peor. No reconoce a nadie. Se pasa los días recorriendo la casa buscando a Rose, pensando que se ha perdido. Y cuando alguien le

menciona su muerte, se derrumba y empieza incluso a darse golpes contra las paredes—explicó Branwell. Beth abrió los ojos, sorprendida—. De hecho, hemos tenido que proteger las paredes y los muebles de su cuarto para que no se haga daño. Tiene una enfermera con ella todo el día. Se llama Sally Atterton, trabajó durante muchos años en un hospital de Londres.

—Me ha dicho Melinda que cuando la casa se subaste, la llevarás a un asilo.

—Sí, así es. Es lo único que puedo hacer por ella. Es un asilo que hay a las afueras de Londres. Allí estará bien—aseveró Branwell.

Beth asintió en respuesta, considerando que, sin duda, era lo más adecuado.

Melinda indicó que necesitaban descansar después de un viaje tan largo, así que las dos se fueron a las habitaciones que las habían preparado.

Beth no volvió a la torre, sino que se quedó en uno de los cuartos de invitados. Melinda, que en un principio iba a alojarse en otra habitación, cambió de parecer. Acababa de descubrir una enorme gotera en el cuarto que le habían asignado y prefería compartir habitación con su amiga, como en los viejos tiempos.

Además, le inquietaba dormir a solas en Ascot Park, ya que, según ella, algo siniestro y lúgubre habitaba en aquellas estancias.

Después de descansar un poco y cambiarse, Beth y Melinda acompañaron a Branwell a la habitación de *lady* Arundel.

Nada más entrar, Beth no pudo evitar dirigir su mirada a la peculiar decoración de la que en otro tiempo fue una lujosa estancia. Como le había explicado Branwell, las paredes estaban cubiertas de colchas, al igual que algunos muebles, para evitar que *lady* Arundel se hiciera daño. Había elementos que no habían cambiado, como la enorme cama con dosel y la elegante lámpara de cristal que colgaba del techo. La luz iluminaba considerablemente la estancia a través de dos enormes ventanas. Sin embargo, la melancolía ensombrecía el ambiente.

Una enfermera estaba arreglando la habitación, mientras *lady* Arundel estaba de pie al fondo, frente a la ventana. Beth sintió una enorme inquietud al volver a ver a aquella mujer que tanto daño le había hecho en el pasado.

Su aspecto era deplorable: Pelo canoso, ojeras enmarcadas en un rostro surcado de arrugas, delgadez extrema, y piel pálida, casi translúcida. Vestía un camisón blanco largo, que la hacía parecer un fantasma.

*Lady* Arundel miraba por la ventana, mientras canturreaba una melodía

que nadie sabía identificar.

De repente, se percató de la presencia de los visitantes. Giró su cabeza, y miró a Beth fijamente. Esta se puso tensa por el miedo, y tragó saliva, pensando que algo malo le sucedería.

Sin embargo, *lady* Arundel la sonrió, gesto que dejó a Beth perpleja. A continuación, su madrastra se acercó a ella sin perder la sonrisa.

—¡Bienvenida a Ascot Park! Creo que no nos han presentado. Usted es... —dijo su madrastra en tono jovial y ladeando la cabeza.

Beth frunció el ceño, extrañada, al comprobar que no la había reconocido, y contestó:

—Soy Beth.

Melinda y Branwell observaban la escena, expectantes. Si veían que la situación se complicaba, sacarían a Beth rápidamente de allí. Su madrastra, al escuchar ese nombre, puso un gesto de sorpresa.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! La hija de mi esposo se llama así. —Entonces se acercó un poco más a Beth, y dijo en voz baja—: Beth está un poco malcriada, ¿sabe? ¡Pero mi Rose es un encanto! —aseveró, volviendo a sonreír. De repente, empezó a mirar alrededor, como buscando algo—. Por cierto, ¿la ha visto? Es una preciosa niña rubia con los ojos verdes. Lleva un vestido...—Se mordió el dedo índice y movió los ojos de un lado a otro. — ¡Rojo! Sí, rojo. Con unas borlas negras en la falda. Es su vestido favorito.

Beth se quedó en silencio. A pesar de todo el daño causado, sintió verdadera lástima por aquella mujer que había perdido lo que más quería. A continuación, su madrastra se alejó de ella, y volvió a colocarse delante de la ventana.

Branwell decidió que ya había sido suficiente, y sacó a Melinda y a Beth de allí. Cerró la puerta tras de sí, mientras Melinda y Beth se alejaban por el pasillo que conducía a las escaleras.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Melinda agarrando el brazo de Beth, preocupada.

Beth asintió.

—Creo que sí. Solo estoy un poco impresionada, eso es todo.

Branwell se acercó a ellas, y dijo:

—Si quieres, puedes ver a tu padre después de la cena. Así podréis hablar tranquilos.

Beth asintió. Necesitaba unas horas para recuperarse de la impresión y reunir el valor suficiente para enfrentarse a su mayor miedo: Lord Robert Arundel, barón de Ascot.



*Callander, en ese mismo momento...*

—¡No puedo creer que Beth no me dijera nada, y que además se haya ido sin despedirse! —exclamó Anne, furiosa—. ¿¡Cómo se le ocurre ir a visitar a esos demonios, después de todo el daño que le han hecho!?

Angus suspiró con resignación, mientras el doctor MacGregor permanecía allí de pie en el salón de los Burns, observando a Anne. Había ido a verlos para contarles lo que había sucedido, y Anne no estaba en absoluto contenta. Ni mucho menos.

Se paseaba de un lado a otro delante de la chimenea, mientras Angus y el doctor la miraban con cierto temor. Porque cuando Anne se enfadaba era temible. De repente, se detuvo, puso los brazos en jarras y miró al doctor.

—¡Y usted tiene la culpa! ¡Debió quitarle esa idea de la cabeza! —aseveró, apuntándole con el dedo.

El doctor abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¡Anne, yo no podría haber hecho nada! Es una mujer adulta y tiene derecho a tomar sus propias decisiones.

—Ya, pero ella tiene muy en cuenta su opinión, y le habría escuchado. Ahora seguramente la estén haciendo alguna maldad—afirmó, angustiada.

Angus suspiró, exasperado.

—Anne, es un hombre enfermo a punto de morir. No se le puede negar una última voluntad a nadie.

Anne miró a su marido, furiosa.

—Angus, tú sabes perfectamente de quién estamos hablando. ¡Es lord Arundel! ¡Por el amor de Dios! Un hombre sin corazón, con el alma negra. Un ser despiadado que destruyó la vida de mi pobre señora, y que casi hace lo mismo con su propia hija. Si fuera Beth la que se estuviera muriendo, él lo estaría celebrando. Y ya no hablemos de ese lord Branwell Dickinson. ¡Otro canalla! Destroza el corazón de mi Beth, y luego le pide que acuda en su ayuda. ¡Beth no debió haber ido! Pero ya hablaré con ella cuando vuelva—advirtió, sentándose finalmente en el sillón.

Angus suspiró, aliviado. Ahora Anne estaría algo más tranquila después de haberse desahogado, pensó. A continuación, miró al doctor MacGregor, y le preguntó:

—¿Le apetece un trago, doctor?

Minutos después, ambos estaban en la taberna, tomándose una jarra de cerveza. El doctor se mostraba pensativo. Llevaba así días, desde la marcha de Beth. Pensaba en ella cada día y soñaba con ella cada noche.

—¿Conociste a la familia de Beth? —inquirió el doctor.

Angus tomó un sorbo de su cerveza, y contestó:

—No directamente. Cuando estuve allí solía pasear por el bosque que hay cerca de Ascot Park. Es una casa alejada de todo, muy aislada. Un día me encontré con Beth allí, en el bosque. Era muy pequeña, tendría unos siete años. Su madre había muerto unos meses antes. Solía deambular sola por el lugar, siempre huyendo de Ascot Park. Recuerdo que en los alrededores nadie hablaba bien de lord Arundel. Decían que era un hombre avaro, caprichoso y ególatra. Un encanto. Además, se rumoreaba que su segunda esposa había sido su amante durante muchos años, y que cuando murió la madre de Beth, que según tengo entendido, era una santa, lord Arundel vio el cielo abierto. De la que también hablaban muy mal era de la otra niña, Rose. Por lo visto, era un lobo con piel de cordero.

El doctor MacGregor sintió una enorme tristeza al imaginar la clase de infancia que tuvo Beth.

—¿La pegaban? —preguntó con el corazón en un puño.

—Que yo sepa no. Aunque lo que te contó es totalmente cierto. El día que esos malditos niños la pegaron, tuve ganas de cogerlos por el pescuezo a cada uno y darles su merecido. Pero me contuve por el bien de Beth y de Anne. Ella me contó cosas terribles: Desprecios, malos modos, insultos. Vivir en un ambiente así, mataría el espíritu de cualquiera.

—Sí, yo también tuve ganas de matar a Langley cuando lo supe. Sin embargo, Beth me detuvo—comentó el doctor con cierta molestia.

—Anne no quería casarse conmigo por no dejar a Beth a merced de lord Arundel. Sin embargo, la niña decidió irse al colegio. Gracias a eso, pudimos casarnos. Es una deuda que tengo con Beth, y espero poder pagársela algún día —dijo Angus, mirándole con determinación.

El doctor dibujó una tímida sonrisa.

—Sí, es una mujer admirable.

Angus alzó una ceja al escuchar el comentario. Dedujo que el doctor al menos sentía aprecio por ella.

—Sí, lo es. Por suerte, tiene a gente que la aprecia; no está sola en este mundo. Supongo que también eso la ha hecho ser como es. Al final, recoges lo que siembras.

En ese momento, el doctor MacGregor se acordó de un asunto que lo inquietaba: Lord Branwell Dickinson.

—Angus, ¿crees que cabe la posibilidad de que ella y lord Branwell Dickinson...? Bueno, ya sabes—inquirió, dubitativo.

Angus negó con la cabeza.

—Beth no es tan estúpida como para tropezar dos veces con la misma piedra—contestó antes de dar un trago a su cerveza.

El doctor suspiró, aliviado.

—Me alegra que no sea como yo en ese aspecto—comentó casi para sí mismo—. Lo que no sé es cómo ha podido vivir con todo ese dolor, y, aun así, no sentir rencor.

—Cuando a uno le toca ir por el camino difícil en la vida, lo último que necesita es cargar con un sentimiento tan pesado y dañino como el rencor.

El doctor asintió.

—Sí, en eso estoy totalmente de acuerdo.

—Beth tiene mucho amor que dar, lo tiene bien guardado. Aunque sé que ya tiene a alguien a quien le gustaría dárselo—dijo, mirando al doctor de reojo.

—¿Ah sí? ¿De quién se trata? —inquirió con interés.

Angus sonrió de forma enigmática, se levantó, y se dirigió a la puerta. El doctor se quedó mirándole, expectante. Finalmente, Angus se despidió con un gesto de su mano, y se marchó.

Mientras cabalgaba hacia Taigh Abhainn, el doctor MacGregor pensó en la conversación que había mantenido con Angus. Una charla que le había dejado con una considerable inquietud.

Si Beth no iba a volver con lord Branwell Dickinson, ¿quién era ese otro pretendiente? A partir de entonces, no dejaría de pensar en ello.

Cada día rezaba porque el tiempo transcurriera rápido. Mientras esperaba su regreso, no dejaba de pensar en ella. ¿Qué estaría haciendo? ¿Se encontraría bien? ¿Estaría asustada? Preguntas que se quedarían sin respuesta hasta que llegara alguna noticia de Ascot Park.

## CAPÍTULO 27

*Ascot Park...*

La cena transcurrió en perfecta calma y armonía, mientras los comensales charlaban. Durante la mayor parte de la velada, Branwell dominó la conversación. El caballero habló de su vida en Londres, de su hogar en Belgravia, y de otros asuntos un tanto intrascendentes.

Beth apenas probó bocado. La perspectiva de encontrarse con su padre y la situación en la que se encontraba su madrastra le habían quitado el apetito. Estaba intentando asimilar todo lo que estaba sucediendo como mejor podía.

Había visto a mitad de tarde a su madrastra paseando por el jardín con su enfermera. Iba en bata y camisón, y saltaba y brincaba como una niña. Era evidente que su mente la había llevado a un lugar donde era más feliz.

Una vez terminaron de cenar, Branwell la acompañó a la habitación de su padre, un lugar prohibido para ella durante años. De hecho, si en ese instante alguien le hubiera preguntado cómo era la estancia, no habría sabido responderle.

La enorme puerta de madera de color oscuro se presentaba ante ella como la entrada a algo inquietante y desconocido. Tragó saliva, y Branwell abrió la puerta con delicadeza.

La habitación de lord Arundel era espaciosa, con altas ventanas, una gran chimenea y una majestuosa cama con dosel. Las sábanas eran de color blanco, y su padre estaba protegido del frío por un grueso edredón.

En medio de grandes almohadas estaba recostado el señor de Ascot Park, que la miraba fijamente. Branwell la acompañó hasta un lado de la cama, y le acercó una silla. Ella se sentó despacio, mirando a su padre con temor. Él estrechó la mirada y preguntó con voz ronca:

—Beth, ¿eres tú?

Beth observó a su padre, y comprobó que su aspecto era calamitoso: Rostro pálido y sudoroso, su cabello oscuro surcado por algunos mechones canosos estaba revuelto, tenía los ojos enrojecidos, los labios secos, y respiraba con tremenda dificultad.

—Sí, soy yo, padre—contestó Beth, ahora menos inquieta, ya que su

temor se había ido en parte.

Lord Arundel la miró de arriba abajo, examinándola. Entonces, dirigió una mirada a Branwell, que entendió que deseaba que estuvieran solos. Sin decir palabra, se marchó de allí, cerrando la puerta tras de sí.

A partir de ese instante, lord Robert Arundel centró su atención en su hija.

—Has cambiado mucho, y debo decir que para bien.

Beth se sorprendió ante esto, ya que nunca había recibido un comentario agradable de su padre.

—Gracias, padre. ¿Cómo se encuentra? —preguntó Beth, intentando ser cortés.

El hombre suspiró, cansado.

—Como puedes ver, muy mal. Han pasado muchas cosas, como imagino que ya sabrás.

—Sí, estoy enterada de todo.

El hombre suspiró de nuevo, esta vez con tristeza. Beth seguía asombrada. Nunca había visto a un hombre tan derrotado y abatido. Siempre creyó que su padre no tenía sentimientos, ni un corazón que los albergara.

—Supongo que sentirás cierta alegría al comprobar que estoy pagando las consecuencias de mis actos—comentó él con aire distraído, sin mirarla.

Beth apretó la mandíbula. Ahí estaba otra vez, el ser déspota que ella conocía bien.

—No, padre, jamás me alegraría de la desgracia de otro, por mucho daño que este me haya hecho.

Él la miró de nuevo.

—¿Sabes? En apariencia te pareces mucho a mí. Los ojos, el cabello, el rostro. Sin embargo, tienes el carácter de tu madre. Aunque tú has demostrado ser más fuerte que ella.

Beth respiró hondo, intentando mantenerse serena.

—¿Por qué me ha hecho llamar? Pensé que os alegraba tenerme lejos.

El hombre hizo una breve pausa para coger aire, y respondió:

—Me muero, Beth. Y es hora de dar ciertas explicaciones y recibir el perdón necesario para enfrentarme al Señor. No quiero morir sin solucionar ciertos asuntos.

Al terminar de hablar, lord Robert tosió violentamente. Beth se levantó para acercarle un vaso de agua, que estaba colocado encima de una mesilla, junto a la cama. Le ayudó a beber, y el hombre se calmó, volviendo a

recostarse.

—Usted dirá entonces, padre.

El hombre respiró hondo.

—Hay un secreto que desconoces, y que debo revelarte. Sabes que mi matrimonio con tu madre fue de conveniencia; yo nunca la amé ni quise casarme con ella. —Hizo una pausa, aspiró un poco de aire, y continuó—. En ese entonces, ya me veía con Vivian, tu madrastra. —Beth abrió los ojos de par en par al escuchar eso, no obstante, no le interrumpió—. Nos conocimos una noche, en una taberna, en Londres. Era una muchacha preciosa que trabajaba de costurera. —Lord Arundel dibujó una tímida sonrisa al recordar aquel primer encuentro—. Me enamoré de ella al instante, y ella me correspondió. Ambos éramos felices, estábamos enamorados, pero nuestro matrimonio no podía celebrarse. Mis padres se opusieron, y cuando me casé con tu madre, decidí que ella pagaría mi infelicidad—aseveró, ensombreciendo su mirada. Beth cerró los puños sobre la falda de su vestido, y apretó la mandíbula, enfadada—. Nunca la soporté. A pesar de cómo la trataba, en vez de odiarme, ella me seguía queriendo. ¡Ja! Tenía la idea de que algún día yo la querría. ¡Pobre infeliz! —espetó con sorna.

Beth sintió una punzada de dolor en el corazón, y lord Robert Arundel miró a su hija.

—Adelante, puedes odiarme. Dios no se enfadará contigo, estás en tu derecho. —Beth le dedicó una mirada llena de furia, pero no dijo nada—. Durante todos esos años, nos vimos a escondidas.

En ese momento, Beth abandonó su gesto de enfado para dar paso a la reflexión.

—Por eso ibas tanto a Londres...—comentó, pensativa.

Lord Arundel asintió.

—Así es. Y justo en las fechas cercanas a tu nacimiento, vino al mundo Rose.

Beth abrió de nuevo los ojos de par en par.

—Entonces Rose era...

—Sí, Rose era tu hermana. Compartíais la misma sangre, la de los Arundel.

Beth se quedó sin palabras. Ella siempre intuyó algo. Era extraño el enorme afecto que su padre le profesaba a Rose, teniendo en cuenta que, en teoría, no era su hija natural. Al final, sus sospechas resultaron ser hechos probados y no meras especulaciones.

—Cuando murió tu madre, ya nada nos detuvo. No había oposición de ninguna clase. Ya no vivían tus abuelos, y yo era el dueño de todo el patrimonio. Por supuesto, tuve que inventar una historia, un pasado para Vivian y Rose, para que la gente no hablara. Es decir, que tú eres la única hija legítima, fruto de la unión de dos miembros de la nobleza. Sangre azul corre por tus venas.

Beth agachó la mirada, intentando asimilar todo aquello. De poco le había servido ser hija legítima y tener sangre azul. Eso no le había evitado sufrir desprecios por parte de aquellos que debían darle afecto y protegerla de todo mal.

—¿Por qué me odiaba tanto, padre? ¿Por qué me odiabais los tres? —preguntó Beth, casi desesperada.

Su padre la miró fijamente con gesto serio.

—Porque tú eras el fruto de un matrimonio impuesto, eras el motivo de mi desdicha. Y para colmo, eras tan buena y dulce, que no había manera de justificar mi odio. Todos te querían y te adoraban. Has sido y eres la hija perfecta. Nunca hablabas de más, siempre educada e intachable. Yo deseaba que sacaras tu rabia, tu dolor, tu enfado. Deseaba que fueras mala, para así poder mandarte lejos de allí. No te soportaba—contestó con desprecio.

—¿Por eso me odiabas!? ¿Por ser una buena hija!? —inquirió, incrédula.

—Eras el motivo de mi infelicidad, y te odiaba por ello. Porque tú simbolizabas el deber y el honor. Eras igual que tu madre, buena en todo.

—Y por eso ellas también me odiaban...

—Todos te alababan a ti, incluso el servicio te quería. De hecho, cuando te fuiste hace diez años, mentí a todos diciendo que habías muerto. ¿Y sabes qué? Que todos lloraron tu muerte, y eso hizo que mi odio por ti creciera. Tú eras todo lo que yo nunca fui: Un ser admirado y apreciado por todos.

Beth puso gesto de indignación.

—Era así porque nunca intenté hacer daño a nadie.

—Lo sé. Todos me envidiaban por tenerte a ti como hija, y a Emily como esposa. Pero yo no era feliz. Os odiaba por haberme hecho desgraciado con vuestra existencia. Ahora me doy cuenta de que, al final, todos los malos actos que cometemos en esta vida se pagan. He perdido a mi hija, a mi Rose. Y todo por mi culpa. Nunca supimos educarla. Era una criatura caprichosa, despiadada y disoluta. Hacía todo lo que quería sin pensar en las consecuencias. Y ese carácter suyo la llevó a subirse al caballo que acabó

matándola. —De repente, Beth vio cómo unas lágrimas se deslizaban por las mejillas de su padre. Esto provocó que la indignación que había sentido hace solo unos instantes desapareciera. — Además, el amor de mi vida ha perdido el juicio. Dios ahora me castiga, y solo me queda hacer una cosa para, al menos, obtener su misericordia en el otro mundo: Pedirte perdón. Siento el daño causado. Lo siento por todo, Beth. Por favor, perdóname—le imploró, llorando desconsoladamente.

Beth agachó la mirada, y suspiró con resignación. A pesar de todo, no era tan cruel como para no perdonarle antes de su marcha.

No podría enmendar sus errores, pues ya era tarde. Ese hombre que siempre se había mostrado arrogante y altivo, ahora estaba arruinado y a punto de morir solo, sin ningún ser querido que lo acompañara en sus últimos momentos. El castigo ya había sido impuesto, y había llegado el momento de perdonar.

—Te perdono, padre. No llores más. No sirve de nada—dijo Beth, agarrando su mano por primera vez en su vida.

En ese instante, recordó las palabras de su madre:

<<Hay personas en este mundo que solo tienen oscuridad y tristeza en su alma.>>

Lord Arundel lloró desconsoladamente durante bastante tiempo, sin soltar la mano de Beth, su única compañía. Siempre deseó que su padre agarrara su mano, que le acariciara el pelo como siempre hacía con Rose, que le diera afecto y cariño, pero al final no pudo ser.

Finalmente, acabó quedándose dormido, y ella se marchó a su cuarto.

Melinda ya estaba acostada a un lado de la cama cuando ella entró. Beth procuró no hacer ruido, para no despertar a su amiga.

—¿Beth? ¿Eres tú? —preguntó Melinda.

—Sí, lo siento ¿te he despertado? —respondió Beth, mientras se cambiaba.

—No, estaba esperándote. ¿Cómo ha ido el encuentro?

—Bueno, hemos estado hablado de forma serena y tranquila. Incluso me ha pedido perdón.

—Vaya, eso sí que es una novedad. Entonces, ¿todo arreglado?

—Eso parece—contestó Beth, metiéndose bajo las sábanas.

De momento, prefirió no compartir el secreto que le había sido revelado. Su amiga se quedó dormida al instante y ella también. Después de un duro día lleno de emociones, necesitaba descansar.

Beth estaba profundamente dormida cuando un fuerte crujido, seguido de unos pasos, la despertó. Se incorporó un poco, y se mantuvo en silencio, intentando escuchar mejor. Mientras miraba hacia la puerta, en medio de la oscuridad, su corazón empezó a latir rápidamente debido a la inquietud.

Como su curiosidad era más poderosa que su miedo, cogió un candelabro, encendió una vela, y a continuación, salió de la habitación para averiguar quién era el causante del ruido.

Se adentró en el oscuro pasillo, y no vio a nadie. No supo por qué, sus pies empezaron a andar como si alguien los guiara, y llegó hasta la puerta de la torre. Vio que esta estaba entreabierta y eso la inquietó aún más. Tragó saliva, y subió aquellas estrechas y elevadas escaleras de piedra que conocía tan bien.

Llegó finalmente a su antigua habitación, ahora llena de telarañas y cubierta de polvo. Nada se había tocado desde la última vez que estuvo allí. Parecía que el tiempo se había detenido en ese lugar.

De repente, escuchó un crujido y esto la hizo sobresaltarse. Al instante, Branwell salió de entre las sombras.

—¡Branwell, me has asustado!

—Lo siento, Beth. ¿Qué haces aquí? —preguntó él, mirándola.

—Oí ruidos y decidí ver qué ocurría. ¿Eras tú?

—Sí. Suelo subir aquí a veces, cuando necesito pensar.

A Beth le extrañó un poco esa respuesta.

—Entiendo.

Branwell se acercó a ella.

—Recuerdo cuando me trajiste a este cuarto aquella noche, y estuvimos aquí solos.

Beth sonrió tímidamente.

—Sí, han pasado muchos años, ¿verdad?

—Demasiados—contestó Branwell con pesar—. Beth, quiero pedirte perdón por todo. Fui un ser despreciable y ruin. Nunca seré capaz de perdonarme a mí mismo por todo el daño que te causé—dijo, mirándola con tristeza y angustia.

—No te preocupes, yo te perdoné hace años, Branwell. Todos cometemos errores—respondió.

Branwell la miró, ensimismado. En ese momento, sintió un enorme deseo de estrecharla entre sus brazos, como en el pasado.

—Eres demasiado buena. No lo merezco.

Beth se encogió de hombros.

—El tiempo pasa y cura hasta las heridas más profundas. En estos años, he llegado a la conclusión de que seguramente no estábamos destinados a estar juntos. Las cosas ocurren por algún motivo. En este caso, Rose se cruzó en tu camino, y simplemente, sucedió. Hace años que no pienso en ello.

—Intenté escribirte, pero Melinda no me dejó. Beth, yo he pensado en ello cada día—afirmó con intensidad—. Quería verte y hablar contigo, y disculparme cuantas veces fueran necesarias.

Beth negó con la cabeza, intentando quitarle importancia.

—Branwell, no es necesario. Ya no hay nada por lo que disculparse. Todo está olvidado—respondió Beth, sonriendo con ternura, algo que desarmó a Branwell por completo.

Empezó a acercarse más a ella, dispuesto a no reprimir su deseo. Iba a besarla en ese instante, allí mismo. No le importaba el resto del mundo. Deseaba tener a Beth de nuevo entre sus brazos. No obstante, alguien se interpuso en sus planes.

Melinda carraspeó justo cuando estaba a punto de tocar a Beth. Esta pareció no percatarse de sus intenciones, y se giró para mirar a Melinda. Branwell puso cara de fastidio, mientras su prima le lanzaba una mirada de advertencia.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

—Estábamos hablando, pero ya me iba a dormir. Hoy ha sido un día agotador—respondió Beth.

A continuación, se dirigió hacia la puerta, y antes de marcharse, se giró y dijo:

—Buenas noches, Branwell.

Este la miró, derrotado, y forzó una sonrisa.

—Buenas noches.

Melinda y Beth volvieron a su cuarto, y se durmieron enseguida. Branwell se quedó un rato más despierto, inmerso en sus pensamientos.

Se dio cuenta del error que había cometido al casarse con Rose a los pocos meses de la boda. Había aguantado estoicamente su temperamento caprichoso e irascible. Para Rose, todo lo que hacía por ella nunca era suficiente.

Branwell empezó a ausentarse cada vez más de su hogar para atender los negocios familiares, y ciertos rumores llegaron a sus oídos. Según se decía, Rose se veía con lord Langley, un viejo amigo de la infancia. Un buen día,

durante una discusión, Rose admitió que había tenido un idilio con aquel caballero.

No obstante, eso no fue todo. Tiempo después, ella le confesó que se casó con él solo por arruinar la vida de Beth, a la que odiaba con toda su alma.

Desde entonces, cada vez que venía a Ascot Park subía a la torre para estar a solas, y recordar esa última noche de amor con Beth.

Qué feliz era cuando ella le demostraba su amor incondicional con apasionados besos y tiernas caricias, mientras con su suave tono de voz le decía que él era el dueño de su corazón.

A veces subía con él una botella de brandy, y se emborrachaba para olvidar su desgraciada vida.

Se preguntaba si Beth era feliz, si había conseguido olvidarle, si estaba bien. Cada noche rezaba para que encontrara la dicha que él le arrebató.

¿Cómo pudo caer en la trampa? ¿Por qué si amaba a Beth, acabó en los brazos de Rose? ¿Vanidad? Rose supo engatusarle, supo seducirle y el peligro le atrajo. Rose era una especie de fruto prohibido que él quiso probar, aún a riesgo de perder algo mucho más valioso: El amor verdadero.

Cuando supo por Melinda que Beth estaba en Escocia y seguía soltera, la esperanza anidó en su corazón. Si jugaba bien sus cartas, quizás podría reconquistarla. Y no iba a dejar pasar la oportunidad de hacerlo.

Al día siguiente, aprovechando que hacía un maravilloso día, y que Branwell debía ausentarse toda la mañana para arreglar unos asuntos, Melinda y Beth decidieron ir a dar un largo paseo por los alrededores. Beth le hizo de guía por los lugares donde jugaba en su infancia.

Apenas había cambiado nada, cosa que a Beth le alegró. Melinda seguía sus pasos con cierta dificultad, poco acostumbrada a este tipo de aventuras.

Atravesaron matorrales y arbustos, y llegaron a la orilla del arroyo. Allí se refrescaron un poco, y continuaron su marcha hasta llegar a un claro del bosque, donde se sentaron a descansar.

—Dios mío, no recuerdo haber andado tanto en mi vida—aseveró Melinda, acomodándose en la hierba.

—Yo suelo caminar mucho.

—Sí, es evidente—respondió Melinda—. ¿No sientes cierta nostalgia de vez en cuando? Muchas veces me acuerdo del colegio, y de lo mucho que nos divertíamos.

Beth sonrió.

—Sí, yo también. Fue una época muy feliz.

Melinda torció el gesto.

—Sí, aunque no me gustaban los castigos de la señorita Easton.

Beth se puso seria de repente, y decidió revelarle a Melinda lo que le había contado su padre.

—Melinda, anoche mi padre me contó algo.

—¿De qué se trata?

Beth miró a su amiga.

—Rose era mi hermana. Era hija de mi padre.

Melinda puso cara de asombro.

—Eso quiere decir...

—Que mi madrastra era su amante. Él solía pasar muchos meses en Londres durante el año. Apenas venía a Ascot Park. Era entonces cuando se veían. Supongo que allí vivían como una familia—comentó Beth.

Melinda torció el gesto, indignada.

—¡Increíble! Y luego ellos criticando a todo el mundo, creyéndose por encima del bien y del mal. Lo que no entiendo es, ¿por qué tanto odio?

—La envidia y los celos. No podían soportar que yo no causara problemas, que fuera alguien noble y bueno. Además, hay que tener en cuenta que la existencia de mi madre y la mía era, según mi padre, la causa de su infelicidad. Nosotras éramos un impedimento para que él pudiera vivir libremente con Vivian y Rose.

Melinda negó con la cabeza.

—¡Cuánta maldad! —sentenció, enfadada. Entonces agarró a Beth de la mano, y la miró, preocupada— ¿Tú estás bien?

Beth sonrió tímidamente, y asintió.

—Sí, estoy bien. Solo deseo que esto termine cuanto antes.

Melinda sonrió, aliviada, y volvió a acomodarse.

—Oye, estaba pensando que, cuando todo esto termine, podrías venir a Londres conmigo unos días.

Beth negó con la cabeza.

—No, antes de regresar a Escocia quiero visitar a Olivia. Ya ha dado a luz, y quiero conocer a su pequeño. Sin embargo, te tomo la palabra—respondió Beth, sonriente.

Allí se quedaron las dos hasta que llegó la hora de comer. El resto de la tarde estuvieron en uno de los salones, conversando con Branwell sobre los viejos tiempos.

Antes de irse a dormir, Beth fue a ver a su padre. Como lord Robert estaba un poco indispuerto, Beth se limitó a darle las buenas noches. Finalmente, entró en su cuarto, se acostó y enseguida cayó en un profundo sueño.

—¡Beth! ¡Beth, tesoro, despierta! —dijo una dulce voz femenina que parecía venir de algún lugar lejano.

Beth abrió los ojos lentamente, y se incorporó un poco. Parpadeó un par de veces para aclararse la vista, y a continuación, se levantó.

—Beth, ven conmigo—le instó la voz.

En ese instante, una sombra pasó delante de ella y atravesó la puerta.

Beth la siguió por el pasillo, y llegó hasta la puerta de la que había sido la habitación de su madre. Esta se abrió, y Beth entró en la estancia vacía.

A pesar de que no había nadie, Beth sentía que alguien la observaba. Paseó por la antigua habitación de su madre, que ahora estaba llena de polvo. Hacía mucho tiempo que nadie entraba allí.

Recordó todas aquellas veces que se refugió en sus brazos cuando había tormenta o cuando la acunaba para dormirse.

De repente, notó una suave brisa que acarició su espalda. Entonces, la voz femenina, que curiosamente le recordaba a la de su madre, le susurró al oído:

—Todo termina hoy, Beth. Es hora de dejar todo esto atrás. Debes emprender un nuevo camino con el corazón abierto y el alma dispuesta.

Beth se giró, intentando ver quién le hablaba, pero no vio nada.

En ese momento, notó que alguien la zarandeaba con fuerza, al tiempo que otra voz a lo lejos la llamaba.

—¡Beth, despierta! ¡Beth! —exclamó Melinda enérgicamente.

Beth se despertó de repente y miró a su amiga.

—¿Qué ocurre? —preguntó Beth, alarmada.

Minutos después, la condujeron a la habitación de su padre. Allí yacían él y su madrastra, tumbados uno junto al otro. Habían muerto súbitamente hacía tan solo una hora. Todo había terminado.

## CAPÍTULO 28

El funeral se celebró en la iglesia de St Mary de manera discreta y sin boato alguno. Pocas personas acudieron a despedir al matrimonio Arundel, que se había ganado la antipatía de muchos a lo largo de los años.

Una vez se llevó a cabo el entierro, Beth se alejó de Branwell y Melinda, y fue a visitar la tumba de su madre.

Según le contaron, los antiguos empleados de Ascot Park, el señor Beckett y Branwell se encargaron de que el lugar de reposo de su madre estuviera siempre bien cuidado, y de que nunca faltara un ramo de flores sobre su tumba.

Beth se sentó delante de la lápida y depositó unas flores silvestres que acababa de coger cerca de la iglesia.

Durante unos minutos permaneció en silencio, sin percatarse de que alguien la observaba desde uno de los árboles que había allí cerca.

Branwell la miraba, fascinado. Pensaba que la serenidad que mostraba le daba un aire sofisticado, casi angelical.

Beth acarició la fría lápida y rezó por el alma de su madre. Era un momento de intimidad, como los que solían compartir en el pasado. Solo esperaba que allí donde estuviera, supiera que ahora tenía una existencia plena y casi feliz.

El sonido de un crujido a su espalda la sobresaltó. Se giró y se encontró con Branwell. Se levantó lentamente y sin decir palabra, empezaron a andar en dirección a Ascot Park.

Caminaron en silencio hasta que Branwell se detuvo, cuando ya estaban lejos de la iglesia.

—Beth, he estado pensando en algo durante estos días. —Beth permaneció callada, mientras Branwell la miraba fijamente—. Creo que el destino ha vuelto a reunirnos por alguna razón. Quizás todo lo que ha sucedido sea una señal.

—¿Qué quieres decir, Branwell?

Él se acercó a ella, y agarró sus manos entre las suyas.

—Ahora que hemos dejado atrás lo que pasó hace años, quizás sea el momento de empezar una nueva vida juntos, Beth.

Beth se puso tensa.

—Quieres decir que...

—Cásate conmigo, Beth. Recuperemos el tiempo perdido, todos esos años que podríamos haber sido felices. Ahora no tenemos ataduras, no tenemos a nadie que nos lo impida. Somos libres. —Beth quiso protestar, sin embargo, él la detuvo con un gesto de su mano—. Sé que no te merezco y sé que no tengo derecho a pedirte nada. Pero, por favor, hazme el hombre más feliz del mundo. Vuelve a mi lado. Te prometo que cuidaré de ti, que no te faltará nada, y que te amaré con todo mi ser, Beth. Porque siempre lo he hecho. Te quiero—dijo, acariciándole la mejilla.

Beth agachó la mirada, y en ese instante, un pensamiento cruzó su mente: La mirada del doctor MacGregor. Suplicante, anhelante, triste. El corazón de Beth latió desbocado al pensar en él.

De repente, una suave brisa acarició su espalda. Miró hacia atrás. Parecía venir del cementerio. ¿Quizás una señal de su madre? Entonces, Beth miró a Branwell con determinación.

—Hace años, me hiciste esta misma propuesta, y acepté casarme contigo sin dudarlo porque te amaba. Sin embargo, me temo que ahora ya no es así, Branwell. No puedo casarme con alguien a quien ya no quiero. El paso del tiempo hizo posible que dejara de amarte. No obstante, te aprecio como amigo, ese afecto nunca desaparecerá—respondió para disgusto de Branwell, que en ese momento se sintió derrotado—. Comprende que, dadas las circunstancias, no puedo aceptar tu propuesta. Ninguno de los dos sería feliz. Tú porque te darías cuenta de que te casaste conmigo por no sentirte culpable ni solo, y yo porque mi corazón nunca volvería a corresponderte. Además, hay...

Branwell inclinó la cabeza, pensativo. Había algo que se le escapaba. Entonces, agarró a Beth del mentón y la observó con detenimiento.

Enseguida leyó en sus ojos lo que no había sido capaz de ver por su egoísmo. En todo este tiempo, solo había estado pensando en su desdichada suerte, no en la felicidad de Beth. Y lo vio claro. Su corazón ya tenía dueño.

—¿Cómo se llama? —inquirió él.

Beth abrió mucho los ojos, sorprendida, y a continuación, contestó con timidez:

—Cameron MacGregor, es médico. Trabajo a su servicio.

Branwell suspiró con resignación.

—¿Y él te corresponde?

Beth negó con la cabeza, y Branwell volvió a acariciar su mejilla.

—No te preocupes. Estoy seguro de que, en algún momento, se dará cuenta de lo maravillosa que eres, y ya no podrá vivir sin ti. Espero que no sea tan estúpido como yo, y se dé cuenta a tiempo—dijo Branwell con una triste sonrisa. Entonces, abrazó a Beth, estrechándola entre sus brazos con fuerza—. Por favor, prométeme que serás feliz.

Beth asintió, emocionada, con lágrimas en los ojos.

—Haré lo que pueda.

Él agarró su rostro entre sus manos.

—Y no lo dudes nunca. Si me necesitas, estaré aquí siempre, ¿de acuerdo, mi dulce Beth? —aseveró él, mirándola, sonriente.

Beth sonrió y asintió. Los dos pusieron rumbo a Ascot Park con la grata sensación de haber puesto fin a algo que quedo inacabado. Ahora volvían a reír juntos, a disfrutar de su mutua compañía, dejando atrás cualquier atisbo de rencor o dolor.

Al día siguiente, Beth se preparó para viajar a Faringdon, donde pasaría unos días en casa de *lady* Olivia Garamond, su antigua alumna.

Melinda se marchó a Londres unas horas antes, despidiéndose de Beth en la entrada de Ascot Park.

—Ya sabes que puedes venir cuando quieras a Londres, y el año que viene intentaré ir con los niños a Escocia a hacerte una visita.

—Eso sería maravilloso, Melinda—respondió Beth, emocionada.

—Y mantenme informada sobre tu doctor. Espero que pronto me cuentes buenas noticias a ese respecto—dijo en voz baja y guiñándole un ojo.

Beth negó con la cabeza y se rio.

—No tienes remedio.

A continuación, su amiga se subió al carruaje.

—¡Ya sabes que no! Adiós, Beth, querida—dijo, lanzando un beso al aire, mientras se alejaba.

Unas horas más tarde, Beth se dispuso a abandonar Ascot Park para siempre. Antes de subirse al coche de caballos, se despidió de Branwell con un afectuoso abrazo.

—Sé feliz, mi dulce Beth. Y recuerda que siempre estaré aquí si me necesitas—aseveró, mirándola con ternura.

Beth sonrió.

—Igualmente, Branwell.

Mientras el carruaje se alejaba, Beth observó por última vez su viejo hogar. Aquel gigante de fría piedra se mantenía imperturbable y sereno, sabiendo que pronto perecería engullido por el olvido y la soledad.

Beth deseaba con todo su ser que Branwell encontrara su propio camino algún día, igual que ella parecía haber encontrado el suyo. Rezaría porque así fuera.

Cuando Beth se marchó, Branwell entró en la casa, y se dispuso a preparar su equipaje. En unas horas, él también abandonaría Ascot Park para siempre.

Justo antes de emprender el viaje, Branwell vio a un hermoso petirrojo posado en el quicio de una de las ventanas de la casa. De repente, este abrió las alas, y emprendió el vuelo, alejándose de Ascot Park para no volver nunca más.



*Kensington Hall, Faringdon, Oxfordshire.*

Olivia observó desde la ventana de uno de los enormes salones de Kensington Hall la llegada del carruaje. Emocionada y pletórica, salió de la casa. El coche de caballos se detuvo delante de ella, y Beth salió a su encuentro. A continuación, se fundieron en un sentido abrazo.

—¡Bienvenida, señorita Arundel! ¡Dios mío, tenía tantas ganas de verla!  
—exclamó Olivia.

Beth sonrió.

—Yo también tenía muchas ganas de verte. Espero que mi visita no sea inoportuna. Todo fue más rápido de lo esperado y me temo que no te avisé con demasiada antelación.

—Descuide, señorita Arundel, todo está preparado. He ordenado que arreglen el cuarto de invitados que da al jardín, tiene las mejores vistas. ¡Vamos, entremos! —la instó Olivia, agarrándola del brazo—. Por cierto, le doy mi más sentido pésame, señorita Arundel. Espero que la estancia en Kensington Hall le anime un poco—comentó, más seria.

Beth la miró con ternura.

—Gracias, Olivia.

Entraron, y después de que Beth le entregara su capa y su sombrero a una sirvienta, Olivia la condujo al salón.

Allí estaba la niñera, la señora Forbes, que sostenía en sus brazos al pequeño John, de tan solo tres meses. John George Elliot Garamond observaba todo con sus preciosos ojos azules abiertos de par en par. Tenía la cara redonda, la nariz pequeña, y Beth comprobó que había heredado el pelo rubio de su madre. Olivia cogió al niño, que estiró los bracitos al verla, y se lo mostró a Beth, que sonrió dulcemente.

—Este es nuestro pequeño John. ¿A qué es precioso? —dijo Olivia, apoyando tiernamente su mejilla en la de su hijo.

Beth asintió.

—Desde luego.

Las dos se sentaron, y Olivia dejó que Beth sostuviera al niño. El pequeño la miró con curiosidad y enseguida empezó a tocar su rostro. Beth le hizo un par de carantoñas, y John se mostró feliz.

—Le ha caído usted bien, señorita Arundel—afirmó Olivia.

Beth la miró, sonriente.

—Eso parece.

A continuación, Olivia hizo las pertinentes presentaciones. La señora Forbes y Beth intercambiaron saludos cordiales y conversaron brevemente.

La señora Forbes era una mujer de mediana edad, corpulenta, de semblante amable, y actitud campechana. Sus formas eran correctas y parecía tener buena sintonía con el pequeño John.

Minutos después, Olivia permitió que la niñera se ausentara, ya que ellas se harían cargo del pequeño. Una vez a solas, tuvieron la oportunidad de ponerse al día.

—Lawrence vendrá más tarde. Cada mañana, atiende todos los asuntos que tienen que ver con Faringdon. Y por las tardes, nos dedicamos tiempo a nosotros. A veces, visitamos a amigos o familiares, o recibimos visitas.

—Entonces, ¿eres feliz aquí?

—¡Oh, por supuesto! La gente es muy amable y tengo muy buenos vecinos. Y bueno, con Lawrence la relación es excelente. ¡Oh, le quiero tanto, señorita Arundel! Me siento muy afortunada —contestó, soñadora.

El pequeño John hizo unos gorgoritos y estiró los bracitos, indicando que quería volver con su madre. Esta le cogió en brazos y le dio unos besos en sus sonrosadas mejillas. El niño reía y balbuceaba ante las muestras de afecto de su madre. Beth no podía creerse todavía que aquella dulce niña que ella educó ahora fuera madre.

—Me alegra muchísimo saber que todo va bien.

Entonces Olivia puso gesto serio.

—La única pena es que tenga tanta prisa por irse. Supongo que por Escocia todo va bien.

Beth asintió.

—Sí, la verdad es que sí. Y ya sabes lo que siempre te decía, uno no debe abusar de sus anfitriones quedándose más tiempo del debido. Además, tengo que volver al trabajo. La señora Wallace fue muy considerada al darme más días de permiso. No debo abusar de su generosidad.

—Así que está contenta—concluyó Olivia.

—Sí. Por cierto, ¿cómo están tus padres?

Olivia se encogió de hombros.

—Bien, vinieron a ver a John cuando nació, y ya está. Ya sabe que no son padres demasiado afectuosos. En cambio, mis suegros suelen venir a menudo. Son encantadores y adoran a John ¿verdad? —dijo Olivia mirando a su hijo—. Todo va bien. Solo me falta una cosa.

Beth la miró, extrañada.

—¿El qué?

—Que usted se case por fin—contestó la joven, sonriente.

Beth se rio ante el comentario. Afortunadamente, Olivia seguía siendo la misma, pensó.

Durante sus dos días de estancia en Kensington Hall, tuvo tiempo de acompañar a la joven pareja en sus actividades diarias, y conocer a algunos de sus amigos y familiares.

Fardingdon era un lugar tranquilo, donde la vida transcurría de forma apacible y monótona. Como en Callander, había gente de toda condición, y Olivia y Lawrence tenían buen trato con todos.

Según le comentaron algunos vecinos, eran una pareja apreciada por todo el mundo por su amabilidad y su trato respetuoso.

Lawrence demostró ser un marido atento y cariñoso, un hombre honorable, que se preocupaba por su familia.

A Beth le alegró ver que Olivia había conseguido tener lo que muchos anhelan: Un matrimonio próspero y feliz.

En su última noche en Kensington Hall, Olivia y ella tuvieron la oportunidad de quedarse a solas, y compartir confidencias.

Fue entonces cuando Beth decidió contarle toda la verdad sobre sus orígenes.

—Esto sí que ha sido una sorpresa. Aunque después de escuchar todo lo que me ha contado, entiendo que guardara sus orígenes en secreto. Quizás yo también hubiera actuado así si estuviera en su lugar. De todas maneras, para mí usted siempre será mi querida señorita Arundel. Eso nunca cambiará por muy hija del barón de Ascot que sea—aseveró Olivia.

Beth sonrió, aliviada, al comprobar que Olivia no se había enfadado con ella por haberle ocultado algo tan importante.

—Así que, su antiguo amor volvió a pedirle matrimonio después de todo el daño que le hizo. ¡Qué descaro! Aunque eso demuestra que usted es inolvidable, señorita Arundel—afirmó Olivia. En ese momento, miró a su antigua institutriz con sumo interés—. Pero hay alguien en su corazón, puedo notarlo. Déjeme pensar. —Estrechó la mirada, llevándose el dedo índice al mentón, y al instante, chasqueó los dedos—. ¡Ya sé! Es ese médico escocés ¿verdad?

Beth se rio.

—Debe ser que lo llevo escrito en la frente—respondió, divertida.

—Sigo siendo buena para estas cosas. ¿Y él con usted...?

Beth se encogió de hombros.

—Nos llevamos bien, eso es lo importante.

—Si dependiera de mí, estaría usted ya con un anillo en el dedo y camino del altar—aseveró.

—No lo dudo. Sé de lo que eres capaz. ¿Sigues haciendo de celestina?

—A veces, cuando estoy segura, claro está. No siempre se acierta.

—Siempre tuviste buen olfato para esas cuestiones. No sé cómo lo consigues.

—Usted me enseñó que es mejor observar y estudiar el terreno antes de actuar. Y me gusta observar a la gente. Ves lo que los demás pasan por alto.

—Eso desde luego.

—Y he aprendido que muchas veces necesitamos un pequeño empujoncito para conseguir lo que deseamos. No vale de nada lamentarse sin haber hecho nada, ¿no cree? —dijo Olivia, intentando que leyera entre líneas.

Beth comprendió lo que quería decir y asintió en respuesta. Ahora los papeles habían cambiado, y era Olivia quien le daba consejos a ella.

Se sorprendió al darse cuenta de lo rápido que pasa el tiempo. Su alumna se había convertido en madre y esposa, había madurado y había adquirido cierto grado de sabiduría.

Por supuesto, tendría en cuenta su consejo, ya que Olivia era una persona

versada en estas cuestiones, y solo buscaba su felicidad.

Al día siguiente partió hacia Callander, despidiéndose de Olivia con la promesa de volver a verse pronto. Ponía rumbo a Escocia con el corazón abierto y el alma dispuesta.

Su existencia había dado un vuelco. Ya no tenía los mismos miedos, ni las mismas inquietudes. Su pasado había quedado enterrado, y los viejos fantasmas se habían ido.

## CAPÍTULO 29

El carruaje llegó a Callander a las once de la mañana. Un espléndido sol le dio la bienvenida a Beth, que sonrió al ver las majestuosas montañas que habitaban en el horizonte.

Pronto divisó Taigh Abhainn, y una sensación de felicidad inmensa la invadió. A pesar de haberse ausentado solo unas semanas, sintió que llevaba lejos de allí demasiado tiempo.

Ahora se daba cuenta de que ese anhelo y melancolía que sentía eran debidos a sus ganas de regresar aquí, a su hogar.

Bajó del carruaje apresuradamente, y el servicio de la casa la recibió con alegría. Según le informaron, los señores de la casa no estaban, pero que no tardarían en volver, así que Beth aprovechó el momento para subir a su cuarto, cambiarse y deshacer su equipaje.

Una hora más tarde, el doctor y la señora Wallace regresaban a Taigh Abhainn. Beth, al verlos llegar, bajó las escaleras a toda prisa, para reunirse con ellos en el vestíbulo.

—¡Beth! ¡Has vuelto por fin! —exclamó la señora Wallace, emocionada, mientras se acercaba a ella. Agarró sus manos entre las suyas, y de repente, se puso seria—. Te damos nuestro más sentido pésame, querida. Espero que te encuentres bien.

Beth asintió.

—Gracias, señora Wallace. Estoy bien, no se preocupe.

El doctor y ella se miraron, y Beth sintió una cálida sensación en su vientre. Aunque él no la amara, qué feliz se sentía estando cerca de él.

El doctor dibujó una sonrisa, y consiguió reprimir el impulso de abalanzarse sobre ella y estrecharla entre sus brazos. Entonces, se acercó a Beth, y simplemente dijo:

—Bienvenida a casa.

A continuación, los tres se dirigieron al salón. Allí se sentaron, y mientras tomaban un té, Beth empezó a contar todos los detalles de su estancia en Ascot Park y en Kensington Hall.

El doctor se mantenía en silencio, escuchando lo que Beth estaba contando. Mientras, la señora Wallace hacía mucho hincapié en todo lo

relacionado con lord Branwell, y miraba de reojo a su sobrino, con la esperanza de ver algún tipo de reacción.

Beth se abstuvo de mencionar la proposición matrimonial, al considerar que era un asunto demasiado íntimo. Sin embargo, la señora Wallace dedujo que estaba omitiendo información, pero prefirió no indagar más por el momento.

Ya por la tarde, Beth decidió ir a ver a Anne, que según le dijo el doctor MacGregor, estaba bastante enfadada con ella. A Beth no le sorprendió. Era consciente de que no había obrado bien, y debía darle unas cuantas explicaciones.

Llegó a casa de su querida amiga, y Angus le abrió la puerta. Se saludaron con un afectuoso abrazo, y después, Beth entró en la casa.

Anne, al escuchar su voz, se acercó a la entrada, y a pesar de su enfado, le dio un sentido abrazo que Beth devolvió con la misma resolución.

—¡Oh, Beth, me alegra tanto que hayas vuelto! Ya temía que esos buitres te encerraran o algo peor.

Beth puso los ojos en blanco.

—Anne, eso no hubiera sido posible. Yo no lo habría consentido.

Los tres se sentaron delante de la chimenea, y Anne, en vez de echarle una reprimenda a Beth, escuchó atentamente su relato de todo lo sucedido en aquellas semanas.

Asentía mientras Beth le contaba todo, y curiosamente, no se sorprendió al conocer la relación de parentesco entre Rose y Beth.

—Anne ¿tú sabías eso de Rose? —inquirió Beth.

—Algo intuía. Sabíamos que tu padre tenía una amante, pero no conocíamos su nombre ni los detalles que tenían que ver con el asunto. Ahora me encaja todo.

—Entiendo.

—Lo que me sorprende es que hayas sido capaz de perdonarle. ¡Menudo canalla! Espero que Dios sea justo y le imponga el castigo que se merece por haceros sufrir a las dos.

—Bueno, no podía hacer otra cosa, Anne. Estaba solo y angustiado. No está en mi naturaleza ser cruel.

Anne suspiró con resignación.

—Lo sé, tesoro. Lo que ocurre es que, a pesar del tiempo y de lo que me digas, yo no seré capaz de perdonarle nunca.

Beth comprendió perfectamente la postura de Anne, y no dijo nada más al

respecto.

—¿Y cómo está lord Branwell Dickinson? —preguntó Anne repentinamente.

En ese momento, Beth se puso tensa.

—Bien. Bueno, dentro de lo que cabe, claro está.

Anne la miró con suspicacia.

—¿Tienes algo más que contarnos?

Beth tragó saliva, nerviosa. Era consciente de que a Anne no podía esconderle nada.

—Bueno... Se declaró—contestó, un poco apurada.

Anne y Angus se miraron, asombrados.

—¿Cómo dices? —inquirió Angus.

Beth se encogió de hombros.

—Me dijo que todavía me sigue queriendo, y me pidió que me casara con él.

Anne puso gesto de sorpresa e indignación.

—Pero ¿cómo se atreve después de lo que te hizo?

—Anne, no te preocupes, dije que no en el acto—aclaró.

Anne al oír eso, se quedó más tranquila.

—Bueno, entonces todo bien.

Beth sonrió.

—No le amo, Anne. No puedo casarme con alguien a quien no quiero. Sin embargo, seguiremos siendo amigos. Eso no cambiará—advirtió.

Anne torció el gesto, pero no dijo nada. Angus se sintió orgulloso de Beth por haber sido capaz de escuchar a su corazón y actuar sin rencor. Miró a Anne, y comprobó que, a pesar de no estar de acuerdo con ciertas decisiones de Beth, el orgullo brillaba en sus ojos.

A veces le costaba admitir que se equivocaba, y solía preocuparse demasiado. Sin embargo, con Beth no tenía motivo. Ella no era *lady* Emily Arundel.

Sabía que el día que se casara, lo haría convencida y enamorada. Y Anne esperaba que fuera con el doctor MacGregor.

Casi cada día, le veía pasar por delante de casa, cabizbajo y triste. Habló del asunto con la señora Wallace y esta le dijo que estaba así desde que Beth se había ido. ¿Sería él conocedor de la propuesta de matrimonio? Anne intuyó que no. Beth era muy discreta en esas cuestiones. Debía hablar con la señora Wallace cuanto antes, y contarle todo.

Con el paso de los días, la rutina volvió a Taigh Abhainn. El doctor se mostraba animado y contento gracias al regreso de Beth. Se sentía dichoso por volver a tenerla cerca y poder verla cada día.

Aunque había algo que le inquietaba. Beth había compartido el relato de todo lo acontecido sin ningún tipo de reparo. Sin embargo, se mostraba esquiva y tensa al hablar de un asunto concreto: lord Branwell Dickinson.

Él era el viudo de su hermana, fue su prometido y su primer amor, y el doctor comprendía que quizás le resultara difícil hablar de Branwell. No obstante, la actitud de Beth era verdaderamente extraña, y esto le generó una enorme duda: ¿Y si había ocurrido algo entre ellos durante su estancia en Ascot Park?

Ahora que había pasado la tormenta, todo había vuelto a la normalidad, así que el doctor prefirió no romper la armonía que había regresado a Taigh Abhainn con preguntas indiscretas.

Por el momento, no compartiría con ella sus sentimientos, hasta no tener todo más claro. No quería precipitarse y acabar con el corazón roto.

Días después de la visita de Beth a casa de los Burns, Anne fue a ver a la señora Wallace. Las dos se reunieron a media mañana en el salón de Taigh Abhainn para hablar a solas. Allí Anne le contó lo ocurrido entre Beth y lord Branwell Dickinson con todo detalle.

—Pues no, no tenía ni idea. Beth no me ha contado nada, aunque yo tenía la sospecha de que algo había ocurrido. Es lógico que lord Branwell le haya pedido su mano ahora que ha enviudado. Después de todo, Beth es su antigua prometida. Aunque me alegra mucho que rechazara la proposición, claro está —dijo la señora Wallace.

—¿El doctor lo sabe? —preguntó Anne.

—No, ni debe. Tengo una idea, Anne—respondió la señora Wallace, pensativa.

—Usted dirá.

—Voy a contarle a Cameron lo que me has dicho, pero vamos a cambiar un poco la historia.

Anne alzó una ceja.

—¿Cómo?

—Le contaré una mentirijilla que hará que se declare de una vez por todas—contestó la señora Wallace.

Las dos intercambiaron miradas de complicidad y sonrieron. Si el plan

salía bien, habría un desenlace feliz.

Al mediodía, el doctor MacGregor regresó a Taigh Abhainn contento porque tendría la tarde libre. Aprovecharía para leer un poco y a lo mejor salir a dar un paseo. O tal vez podría compartir una animada charla con Beth a solas. Sonrió al pensarlo. Eso sería maravilloso.

Entró en el comedor, donde le esperaba su tía. Al verla frunció el ceño. La señora Wallace estaba sentada frente a la mesa, cabizbaja. Parecía estar verdaderamente apenada. El doctor se alarmó y llegó rápidamente hasta donde ella estaba.

—Tía, ¿qué te ocurre? —inquirió, preocupado.

—¡Ay, Cameron! ¡Una tragedia! —contestó ella con dramatismo.

—Vamos, dime qué ocurre, seguro que no es para tanto—dijo, intentando tranquilizarla.

La señora Wallace puso gesto de angustia y agarró las manos de su sobrino con desesperación.

—Cameron, Beth acaba de decirme que lord Branwell Dickinson le ha pedido que se case con él, y ella ha decidido aceptar. —Hizo una pausa y respiró hondo, simulando que estaba intentando contener el llanto—. Me ha contado que le hizo la proposición en Ascot Park, y que ella respondió que debía pensarlo. Y lo ha hecho, Cameron. Ha decidido dejarnos para convertirse en *lady* Dickinson.

A continuación, empezó a hacer pucheros, cogió un pañuelo de tela de la mesa, se tapó parte del rostro con él, y gimoteó. Su actuación era digna de la mejor actriz del Drury Lane.

El doctor se quedó perplejo, con la mirada perdida, intentando asimilar lo que su tía acababa de decirle.

—No puede ser cierto—dijo casi para sí mismo.

La señora Wallace asintió.

—Sí, querido, así es. Yo tampoco me lo podía creer. Aunque bueno, entiendo a la muchacha. Al fin y al cabo, es un buen partido, y no hay otro que le haya pedido matrimonio—respondió mirando de reojo a su sobrino.

En ese instante, el doctor sintió un enorme dolor en el pecho, casi le costaba respirar. Tragó saliva y la miró, desesperado.

—¿Y cuándo se irá?

—Me ha dicho que en un mes nos deja, así tendré tiempo de encontrar una sustituta. ¡Oh, Cameron, qué pena! ¡Y no podemos hacer nada para evitarlo! Al fin y al cabo, es su decisión. —Entonces suspiró amargamente—.

Será mejor que comamos, o se enfriará—comentó como si nada.

La señora Wallace estaba dando saltos de alegría por dentro, al ver que la noticia había afectado a su sobrino como ella deseaba. Solo esperaba que esto le hiciera reaccionar, y actuara de una vez por todas.

El doctor MacGregor apenas probó bocado. No tenía apetito. El miedo y la angustia le impedían comer.

Lo que le resultaba extraño era que Beth no hubiera dicho nada el primer día, o que no le hubiera dicho nada a él directamente. Se suponía que había confianza entre ellos.

Su determinación crecía por minutos. Debía hablar con ella lo antes posible y aclarar el asunto. Necesitaba que le explicara por qué de repente se quería marchar de Taigh Abhainn, cuando hacía tan solo una semana que había regresado.

Beth bajaba por las escaleras en dirección al vestíbulo. Hoy tenía la tarde libre y había decidido salir a dar un paseo. No se llevaría su cuaderno de dibujo. Le apetecía caminar.

Al llegar, se encontró con el doctor MacGregor, que parecía estar esperándola. A Beth le inquietó un poco su gesto serio. Parecía molesto por algo, no obstante, no sabía por qué. Antes de poder preguntar, él habló:

—¿Le importa que la acompañe durante su paseo, señorita Arundel?

Beth negó con la cabeza.

—No, doctor—contestó, algo desconcertada.

Él asintió sin cambiar el gesto.

—Estupendo. Necesito hablar con usted, y creo que es un buen momento —aseveró, mientras le cedía el paso.

Ambos salieron de la casa, y comenzaron a andar. Beth se sentía inquieta. ¿Habría hecho algo que lo molestara? Si era así, no lo recordaba.

Caminaron juntos en silencio durante unos minutos, mientras se alejaban de la casa. El doctor llevaba las manos cruzadas detrás de la espalda, y se mostraba pensativo.

Ambos miraban el paisaje que tenían delante. Las altas montañas se mostraban ante ellos majestuosas, mientras la brisa movía suavemente las copas de los árboles. Rompían el silencio el cantar de los pájaros y el sonido del agua que corría por el río.

Finalmente, se detuvieron delante de un enorme roble. El doctor MacGregor se puso frente a ella y la miró.

—¿Ha echado de menos Callander?

—Sí, doctor. Mucho. De hecho, estaba deseando volver—aseveró.

Él frunció el ceño.

—Entonces, si tanto aprecia Callander, ¿por qué tiene tanta prisa por volver a marcharse?

Beth se quedó perpleja. ¿Había oído bien?

—No entiendo lo que quiere decir...

Él apartó la mirada y resopló.

—Pensé que entre nosotros había confianza, que éramos amigos, Beth. Y por ese motivo, pensaba que tendrías la deferencia de contarme que vas a contraer matrimonio—dijo, olvidándose de la formalidad por completo.

Beth abrió los ojos, totalmente sorprendida.

—¿Cómo dice?

—Mi tía me ha contado que lord Branwell Dickinson te ha pedido que te cases con él, y que tú has aceptado—contestó, molesto.

Beth, a pesar de la sorpresa, se apresuró a aclarar el asunto.

—Me temo que ha habido un error...

Él se alejó de ella y se apoyó en el tronco del árbol, sintiéndose derrotado y triste. Sabía que ya era tarde para confesar lo que sentía, pero no le importaba. La miró fijamente a los ojos, y Beth sintió cómo su corazón latía desbocado.

—Sé que es injusto decir esto ahora, sin embargo, necesito decirlo. Beth, a pesar de mi enfado, deseo por encima de todo que seas feliz.

>>Te digo esto con el corazón. Te quiero. Y me hubiera gustado ser yo el primero en pedirte que fueras mi esposa. —Beth lo miró, asombrada. De repente, sintió una inmensa sensación de felicidad que no podía describir con palabras. Notó un nudo en la garganta y cómo la emoción invadía sus ojos—. Siento haber sido un necio que no ha sido capaz de ver lo que tenía delante, y valorarlo cómo es debido.

>>Ahora que te he abierto mi corazón solo te diré que, a pesar de todo, estaré a tu lado siempre que me necesites. Y apoyaré tu decisión de casarte con Branwell. —Entonces cerró los ojos, y respiró hondo. Al abrirlos de nuevo, la miró con determinación—. Pero te advierto algo. Si me entero de que Branwell te hace llorar o te hace sufrir de cualquier modo, iré a Londres, llegaré hasta su casa, derribaré la puerta, y te raptaré.

>>Soy un salvaje escocés, puedo hacerlo y lo haré si es necesario. Después te traeré aquí, y curaré tu dolor con mi afecto, como un amigo fiel y leal. Y si algún día decides entregarme tu corazón, seré el hombre más feliz de

la Tierra, y te amaré y cuidaré de ti hasta mi último aliento, aunque tengamos que vivir en pecado.

Beth sonrió con los ojos humedecidos, y de repente, empezó a reírse ante la mirada atónita del doctor.

—¡Maravilloso! Te abro mi corazón y tú te ríes—dijo, cruzando los brazos sobre su pecho, enfadado.

Ella dejó de reír, y se acercó a él.

—Todo es un enorme malentendido. Es cierto que hubo una proposición, pero yo la rechacé en el acto.

El doctor MacGregor se quedó asombrado ante la revelación.

—¿De verdad?

Beth asintió.

—No puedo casarme con alguien a quien no quiero. Además, mi corazón ya tiene dueño—aseveró con timidez.

El doctor torció el gesto.

—¿Y quién es? Si puede saberse—refunfuñó.

Beth sonrió y le acarició el rostro, sintiendo la calidez de su piel a través de sus dedos.

—Cameron MacGregor.

Él abrió los ojos de par en par, y al momento, sonrió. Entonces, la rodeó con sus brazos.

—¿Hablas en serio?

Beth asintió, feliz.

—Sí.

—¿Desde cuándo? —inquirió él, emocionado, mirándola con ternura.

Beth pensó un momento.

—Desde esa noche en Edimburgo.

Cameron se maldijo a sí mismo al pensar en el tiempo perdido.

—¡Oh, *mo gràdh*! Siento no haberme dado cuenta antes. Pero te prometo que te lo compensaré el resto de mi vida.

Cameron se rindió a los deseos de su corazón y descendió sobre sus labios. Al instante, se fundieron en un dulce y apasionado beso.

Beth se abrazó más a él, dejándose llevar por sus más profundos anhelos. Había estado esperando ese momento durante mucho tiempo. Era un sueño hecho realidad.

Sintió cómo su piel se erizaba y cómo una cálida sensación recorría su cuerpo a medida que Cameron profundizaba el beso, acariciando con su lengua

la suya. Se separaron un poco, sin dejar de abrazarse, y Cameron apoyó su frente en la de ella.

—Beth Arundel, ¿me harás el honor de casarte conmigo?

Beth sonrió.

—Sí, Cameron MacGregor.

Sellaron su amor con otro beso más apasionado. El resto del tiempo, las caricias y los besos se sucedieron. Estaban felices y enamorados. De repente, Cameron ató cabos. Su tía había orquestado todo aquello para provocar que él confesara sus sentimientos de una vez por todas. Y menos mal que lo había hecho, pensó.

Finalmente, decidieron volver a Taigh Abhainn para darle la noticia a la culpable de todo. Mientras regresaban, caminando juntos y agarrados de la mano, Beth le habló de aquella noche en la que, totalmente borracho, se le declaró.

—Ya sabía yo que algo había hecho. ¿Y qué te dije? —preguntó él, risueño.

—Que eras mío y que hiciera contigo lo que quisiera—contestó Beth con una mirada pícaro.

Él le devolvió el gesto con mayor intensidad.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer a partir de ahora—dijo él, volviendo a besarla.

La señora Wallace saltó de alegría al conocer la noticia. Su plan había sido un éxito, y aquellos dos no volverían a separarse.

La boda se celebró dos meses después, tras los esponsales de Ben y Gracie. Todo Callander acudió al enlace, y Melinda asistió, dichosa, con sus hijos. Branwell se limitó a enviar sus felicitaciones desde Londres.

Por fin, Beth había encontrado a su otra mitad, y a partir de entonces, empezarían una nueva vida juntos.

# EPÍLOGO

*Ocho años después...*

Los MacGregor estaban en el jardín de Taigh Abhainn disfrutando de un hermoso día primaveral. Cameron MacGregor jugaba con sus dos hijos mayores, Bruce, de siete años y Emily de cinco, mientras Beth estaba sentada delante de la mesa del jardín dando de comer a la benjamina de la familia, Roslyn, de dos años.

Tanto Bruce como Emily habían heredado el cabello pelirrojo de su padre, mientras que Roslyn tenía el cabello oscuro de Beth. Los tres tenían la mirada de Cameron, de un azul intenso.

Sentada a su lado estaba la señora Wallace, que observaba divertida como los niños perseguían a su padre, intentando atraparlo. La pequeña Roslyn les señalaba con su diminuta mano, y se movía inquieta, queriendo unirse al juego.

—Tesoro, a ver si es posible que podamos meter más comida en tu boca que en tu vestido—comentó Beth, divertida.

De vez en cuando, Cameron la miraba, ensimismado. A pesar de los años que llevaban casados, quería a Beth incluso más que el primer día.

Habían conseguido que la pasión y el amor se mantuvieran intactos, y se sentía afortunado y dichoso. Beth se había convertido en su compañera de vida ideal, e incluso le ayudaba en el trabajo cuando era necesario, ejerciendo de enfermera.

Todos vivían en Taigh Abhainn en perfecta armonía. La señora Wallace les dejaba su espacio, para que el matrimonio tuviera intimidad, y estaba contenta por el hecho de ver crecer a los hijos de la pareja, que llenaban la casa de alegría y risas.

En un momento dado, uno de los sirvientes vino a informarles de que el doctor MacGregor debía atender a un paciente. Beth se lo hizo saber, y tanto Bruce como Emily pusieron cara de tristeza al darse cuenta de que su padre tendría que dejar de jugar con ellos.

—Bueno, hora de trabajar—comentó el doctor MacGregor con resignación.

Dio un beso a sus hijos, y otro a las mujeres de su vida, su tía y Beth, aunque a esta última la dio uno más íntimo en los labios.

—Que tengas un buen día—le dijo Beth, sonriente.

Cameron suspiró con pesar por tener que dejar a los suyos, pero no le quedaba más remedio.

En esos años, muchos cambios se habían producido en el entorno de Beth. Melinda había enviudado hacía cinco años, y había hecho realidad su sueño de contraer matrimonio con el amor de su vida, el capitán Chambers. Además de los dos hijos que ya tenía, tuvieron uno más, una preciosa niña a la que llamaron Victoria.

Ben y Gracie también crearon su propia familia y ya tenían dos hijos, Angus y Ronald.

Branwell se había vuelto a enamorar, y había contraído matrimonio con la hija de unos amigos de sus tíos.

Por otro lado, Olivia y Lawrence le dieron a John dos hermanitos más, Annabelle y Joseph.

Sus cuñados, los Fawcett, seguían viviendo en Edimburgo, y ya habían tenido dos hijos, Logan y Gabriel. Cada cierto tiempo ambas familias se visitaban mutuamente, y la relación entre ellos era maravillosa.

Y sus queridos Anne y Angus seguían juntos y enamorados, viendo crecer a sus nietos, y ejerciendo también de abuelos con los hijos de Beth, a los que adoraban.

Por la noche, una vez los niños terminaron de cenar, llegó la hora de irse a dormir. Beth, que sabía que Cameron estaba aún ocupado atendiendo una urgencia, se encargó de contarles un cuento para que se durmieran.

Cuando finalmente se quedaron dormidos, bajó las escaleras, y se sentó a leer en uno de los sillones del salón, esperando a que volviera su marido.

De repente, apareció Emily, que iba vestida con su camisón y su pequeña bata, con una hoja de papel en la mano.

—Emily Marian MacGregor, ¿qué haces levantada? —preguntó Beth al verla.

La pequeña Emily, que llevaba el pelo suelto y algo despeinado, la miró con timidez.

—Es que le he hecho un dibujo a papá, y quería dárselo.

Beth suspiró con resignación. No podía enfadarse con su artista favorita. Su hija había heredado su talento para el dibujo. De hecho, opinaba que era

mejor que ella.

—Dámelo, y yo se lo entregaré.

Emily negó con la cabeza y se irguió, orgullosa.

—No, mamá, quiero dárselo yo. Porque tú no vas a saber explicárselo.

Beth miró a su hija con severidad.

—Emily...

—Por favor, déjame quedarme contigo. No te molestaré ¡Lo prometo! — aseveró con una mirada suplicante.

Beth suspiró. Sus hijos eran buenos niños, aunque Emily era muy impulsiva y algo testaruda. Adoraba a su padre, y lo admiraba. Siempre quería pasar tiempo con él. Sabía que pronto se quedaría dormida, y, además, era cierto que nunca molestaba. Se mantenía callada como un ratoncito.

Decidió ceder al ver sus bonitos ojos azules expectantes. Asintió, y la niña sonrió, algo que a Beth le alegró el corazón. La pequeña se sentó a su lado, sin soltar el dibujo, que colocó sobre su regazo. Se tumbó sobre el costado de Beth, abrazándola, mientras esta leía en silencio.

Cameron regresó a su hogar después de visitar a numerosos pacientes. Beth estaba en el salón, leyendo junto al fuego, esperándole, como era su costumbre. La vio allí y los latidos de su corazón se aceleraron por la emoción.

Entonces se percató de que no estaba sola. En uno de sus costados, yacía Emily dormida plácidamente, tapada con una manta, y abrazada al pecho de su madre. Cameron sonrió al verlas. Al percatarse de la presencia de su marido, Beth alzó la vista.

—Quería esperarte y darte este dibujo—explicó, entregándole el papel que la niña tenía encima de su regazo.

Cameron se sentó a su lado y acarició el pelo de su hija, que dibujó una sonrisa mientras dormía. Miró el dibujo. En él aparecían unas montañas y una casa. Lo dejó sobre la mesa, y decidió esperar a mañana para que Emily le contara de qué trataba el asunto, como siempre hacía.

Cameron besó a su mujer en los labios, y la miró con ternura. Pensó que estaba preciosa en ese momento. Aunque para él siempre lo estaba. Entonces, le acarició el pelo.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Beth.

Cameron suspiró, cansado.

—Bien, nada grave, afortunadamente.

—Me alegra—respondió Beth, sonriendo.

Después de dejar a Emily acostada en su cuarto, el matrimonio se fue a su habitación. Cameron se desvistió y se tumbó junto a Beth.

—¿Te imaginaste alguna vez que tu vida sería así?

Beth negó con la cabeza.

—No, jamás me habría imaginado que acabaría en Escocia, casada con un médico y siendo madre de tres niños. De hecho, durante mucho tiempo pensé que nunca me casaría ni tendría hijos.

Él la observó, enamorado y risueño.

—Hasta que llegó el doctor MacGregor, se enamoró perdidamente de ti, y te convertiste en la señora MacGregor.

Beth se rio.

—Y pensar que para llegar hasta aquí hemos recorrido un camino tan largo y difícil—dijo ella acariciándole la barba.

—El esfuerzo ha merecido la pena—respondió él.

A continuación, se dieron un apasionado beso, entregándose el uno al otro por completo.

Una noche estrellada en una mansión londinense, sus caminos se cruzaron cuando habían cerrado sus corazones y la esperanza les había abandonado.

Sin embargo, después de comprender que habían encontrado el uno en el otro a un igual, nada pudieron hacer para evitar que el amor volviera a llamar a las puertas de sus maltrechos corazones.

Beth comprendió tiempo atrás que a veces el camino para alcanzar la felicidad es largo y está lleno de obstáculos. El destino le había impuesto el viaje más difícil, y a pesar de esto, nunca dejó de creer en sí misma. Finalmente, obtuvo como recompensa algo sumamente valioso e imperecedero: El amor verdadero.

**FIN**

¿Te ha gustado mi novela? Entonces, por favor, no olvides dejar tu reseña en Amazon o en Goodreads. Tu opinión es importante.

## NOTA DE AUTORA

Escocia es una fuente inagotable de inspiración para mí. Desde hace tiempo me ha fascinado, y cuando tuve por fin la oportunidad de viajar allí, me quedé prendada por completo.

Ya visité Escocia, concretamente Edimburgo, en mi novela *Alguien especial*, aunque en la época actual. En esta ocasión, he decidido viajar al pasado, a la época victoriana.

En aquella etapa de la historia, que abarca el reinado de la reina Victoria, Gran Bretaña se convirtió en una nación industrializada.

Hubo además un importante desarrollo de las ciencias, especialmente en el ámbito de la medicina, donde los médicos escoceses tuvieron un papel importante.

Y estaréis pensando que obviamente mi personaje, el doctor MacGregor, es el reflejo de aquellos médicos escoceses de la época. Sí, lo es. Sin embargo, también es un pequeño guiño a mi madre, médico de profesión.

¿Y de dónde sale Beth Arundel? Pues es otro personaje que apareció en un sueño, y que ha recorrido distintos caminos.

En la primera versión, no se apellidaba Arundel, sino Carlyle, un pequeño guiño al nombre de la calle en la que viví en Birmingham, Carlyle Road. Sin embargo, cuando el manuscrito estaba terminado, descubrí que el nombre de ese personaje ya pertenecía a otro libro, así que decidí cambiar el apellido por Arundel, que además es mucho más fácil de pronunciar.

La historia no ha cambiado en nada, siempre fue la misma, aunque en sucesivas correcciones he ido puliéndola, eliminando errores y ciertas repeticiones. Hay que tener en cuenta que terminé de escribirla a principios de verano de 2018, y la he leído muchas veces.

En cuanto a Branwell Dickinson, el nombre es un homenaje al hermano, de destino trágico, de las célebres escritoras Anne, Charlotte y Emily Brontë. Él también dejó algunos escritos, pero no llegó a alcanzar la fama de sus hermanas.

Para mí, Branwell es mi héroe trágico romántico. Un hombre que puede tener lo que quiera, pero que comete el error de dejarse llevar por la belleza y lo superficial, rechazando lo auténtico, el amor de verdad.

Y el doctor MacGregor es ese hombre generoso, pero que también se deja llevar por un sentimiento de nostalgia, más que de amor, intentando recuperar lo que una vez perdió, aunque en el fondo de su corazón, Beth es su gran amor. Lo que ocurre es que a veces tardamos en darnos cuenta de lo que tenemos delante.

Y Beth es mi heroína valiente, que se enfrenta a mil peligros, y que al final lucha con vehemencia y sin dejarse vencer. No es fácil aceptar que tu propia sangre no te quiere, y Beth lleva ese pesar en su corazón. Sin embargo, decide mirar hacia adelante, y creer en sí misma.

No solo quise centrarme en la historia de Beth, ya que, como en la vida, nuestra existencia está llena de capítulos que otros protagonizan.

El papel de los personajes secundarios es vital en las aventuras de Beth, porque ella se ve implicada en sus vidas. Melinda y su matrimonio desdichado; la educación de Olivia, que es casi como una hija para ella; la historia de amor de Anne y Angus; el amor de Ben y Gracie; incluso la tragedia de los Arundel y de Branwell. Todos ellos se verán de alguna manera implicados con Beth, y por eso pienso que esta es una novela con muchas historias.

Y en cuanto al nombre de la casa de la señora Wallace, Taigh Abhainn, significa en gaélico escocés Casa del río. Pensé que sería buena idea que el hogar de la familia tuviera un nombre propio de la zona. Además, en Callander en aquella época se hablaba en gaélico escocés con mucha frecuencia.

Respecto a los demás escenarios de la trama, elegí Inglaterra porque conozco bien aquel país en el que viví unos años, y Bélgica, porque parte de mi familia vive allí, y he estado en numerosas ocasiones. Es un país que me gusta mucho. En la época en la que tiene lugar la novela, Bélgica era una nación muy joven, que estaba empezando a crecer, al igual que Olivia Gibson y Beth, que empezó una nueva vida.

Confieso que me he emocionado escribiendo algunas partes. Hay episodios duros y amargos, que te hacen sentir verdaderamente indignado y triste. Y otros que te hacen sonreír. Algunos de los personajes tienen finales desdichados, consecuencia del mal que han sembrado. Sin embargo, Beth tiene su propio final feliz, después de un largo camino en busca de la felicidad. Una historia que espero que se haya quedado en vuestro corazón.

# SOBRE LA AUTORA

**Andrea Muñoz Majarrez** es una escritora nacida en Madrid en 1987. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido.

Vivió durante un año como estudiante Erasmus en Polonia, y cuatro años en Reino Unido trabajando como profesora de español y traductora de inglés.

En la actualidad, vive en España y trabaja como traductora. Es autora de *Corazones rebeldes* (2017), *Charlotte Beverly* (2018, *Selecta*), *Siempre estuve esperándote* (2018) y la biología *Tal y como eres* (2019), entre otras.

Para más información consulta su página web: [www.corazonrebelde.com](http://www.corazonrebelde.com)

---

[1] En francés: ¡Buenas tardes, señorita Arundel y señorita Gibson! ¿Cómo están?

[2] Buenas tardes, señor. Estamos bien, gracias.

[3] ¡Un momento, por favor!

[4] *The Romance of the Forest*, de Anne Radcliffe (1764-1823), novela publicada por primera vez en 1791.

[5] En gaélico escocés esta palabra se emplea para referirse a los ingleses o a algo procedente de Inglaterra. En ocasiones suele usarse de forma despectiva, como en este caso.

[6] Hospital psiquiátrico.